



HOMENAJE A JOSE CORONEL URTECHO

- * **GALERIA DE ARTE PRECOLOMBINO**
(Cortesía de nuestros patrocinadores)
- * **EDITORIAL**
Xavier Zavala Cuadra
- * **EL SAN JUAN: HABITAT DEL POETA**
Ernesto La Orden Miracle - Carlos Meléndez Chaverri
- * **EL RIO DE LA POESIA**
Carlos Rafael Duverran - Giuseppe Bellini
Virginia de Fonseca - Giovanni Maria Bertini
Jorge Eduardo Arellano - Francesco Tentori
- * **REMANSOS DE LA AMISTAD**
Pablo Antonio Cuadra - Ernesto Cardenal
Fernando Silva - Alberto Cañas
José García Nieto - Rodrigo Peñalba
Mimi de Mendoza - Emilio del Río
- * **RIBAZOS Y HONDONADAS**
Franco Cerutti - Carlos Chamorro Coronel
Constantino Láscaris - Sergio Ramirez
- * **RESISTENCIA DE LA MEMORIA**
Introducción a MEA MAXIMA CULPA
José Coronel Urtecho
- * **SECCION ARCHIVO**
Artículos Juveniles de Coronel Urtecho
Su primer aproximación a la Historia de Nicaragua.

Publicado por

CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ACTIVIDADES CULTURALES (CIAC)

en cooperación con

**CONSEJO SUPERIOR UNIVERSITARIO CENTROAMERICANO (CSUCA)
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE NICARAGUA
UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA, NICARAGUA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE HEREDIA, COSTA RICA.
CENTRO DE INVESTIGACION Y ACCION SOCIAL (CIAS), GUATEMALA
CENTRO DE INVESTIGACION Y ASESORIA SOCIO-ECONOMICA (CINASE)
TULANE UNIVERSITY, ESTADOS UNIDOS.
THE UNIVERSITY OF KANSAS, ESTADOS UNIDOS**

SUMARIO

	Pág.	
	11	GALERIA DE ARTE PRECOLOMBINO (Cortesía de nuestros patrocinadores)
Xavier Zavala Cuadra	1	EDITORIAL
		EL SAN JUAN, HABITAT DEL POETA
Ernesto La Orden Miracle	6	José Coronel Urtecho, Oráculo del Río San Juan
Carlos Meléndez Chaverri	11	Río San Juan: Estrecho, Tránsito, Canal.
		EL RIO DE LA POESIA
Carlos Rafael Duverrán	18	Coronel Urtecho o la Palabra en Libertad
Giuseppe Bellini	23	El Mundo Mágico de Coronel Urtecho
Virginia de Fonseca	26	Frontera entre dos modos de poetizar
Giovanni Maria Bertini	29	Germinación Poética de Coronel Urtecho
Jorge Eduardo Arellano	34	José Coronel Urtecho, Poeta
Francesco Tentori	39	La Oda a Rubén Darío (traducción al Italiano)
		REMANOS DE LA AMISTAD
Pablo Antonio Cuadra	43	El Toque
Ernesto Cardenal	44	Epístola a José Coronel Urtecho
Fernando Silva	50	Mi Amigo, José Coronel Urtecho
Alberto Cañas	53	José Coronel Urtecho
José García Nieto	54	A José Coronel Urtecho, Dede un Diciembre en Madrid
Mimi de Mendoza	55	José Coronel desde Antel Martínez: I-Notas de Angel al margen de las obras de Coronel
Emilio del Río	60	II - La correspondencia de los Poetas
Rodrigo Peñalba	74	Dibujo del Poeta
		RIBAZOS Y HONDONADAS
Franco Cerutti	76	Apuntes para un Retrato
Carlos Chamorro	81	El Humanismo de José Coronel Urtecho
Constantino Láscaris	90	José Coronel Urtecho
Sergio Ramírez	95	El concepto de burguesía en dos Noveletas
José Coronel Urtecho	98	RESISTENCIA DE LA MEMORIA (Introducción a MEA MAXIMA CULPA)
		SECCION ARCHIVO
José Coronel Urtecho	109	Artículos Juveniles
	123	Historia de Nicaragua. Cap. 1o.

Fundada por

Joaquín Zavala Urtecho

en 1960

Director
Xavier Zavala Cuadra

Directores Asociados

Carlos Mántica Abaunza
CIAC

Sergio Ramírez Mercado
CSUCA

Ernesto Gutiérrez
Universidad Nacional Autónoma
de Nicaragua

Alvaro Argüello Hurtado, S.I.
Universidad Centroamericana

Franco Cerutti
Universidad Nacional de Heredia

César Jerez, S.I.
CIAS

Edmundo Jarquín Calderón
CINASE

Ralph Lee Woodward, Jr.
Tulane University

Charles L. Stansifer
The University of Kansas

Jefe de Redacción
José Emilio Balladares Cuadra

Jefe de Distribución
Ann McCarthy de Zavala

CONSEJO EDITORIAL

Oscar Aguilar Bulgarelli
Catedrático, Universidad Nacional de Heredia
Giuseppe Bellini
Catedrático de la Universidad de Venecia.

José Coronel Urtecho

Pablo Antonio Cuadra

Rafael Cuevas del Cid
Secretario General del CSUCA
Constantino Láscaris
Catedrático en la Universidad
de Costa Rica
Carlos Meléndez Chaverri
Catedrático de Universidad de Costa Rica
Chester Zelaya Goddman
Director Instituto Estudios Latinoamericano
Universidad Nacional de Heredia.

Las opiniones expresadas en los artículos no representan necesariamente el punto de vista de esta publicación.

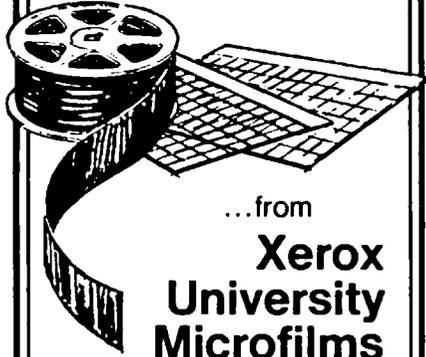
Aceptamos manuscritos sin comprometernos publicarlos o devolverlos. Envíelos, por favor, al Director o al Director Asociado más cercano.

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización de la Dirección.

Articles appearing in this journal are abstracted and indexed in HISTORICAL ABSTRACTS and AMERICAN HISTORY AND LIFE.

Diagramación Rolando Padilla

**This
Publication
is Available in
MICROFORM**



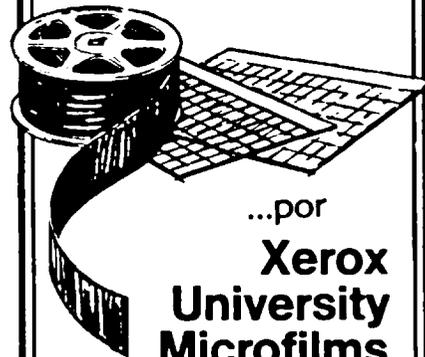
...from

**Xerox
University
Microfilms**

300 North Zeeb Rd.,
Ann Arbor, Mich. 48106
(313) 761-4700

PLEASE WRITE
FOR COMPLETE
INFORMATION

**Esta
Publicación
puede obtenerse
MICROFILMADA**



...por

**Xerox
University
Microfilms**

300 North Zeeb Rd.,
Ann Arbor, Mich. 48106
(313) 761-4700

ESCRIBANOS
PARA MAYOR
INFORMACION

REVISTA
 **PENSAMIENTO
CENTROAMERICANO**

Valor de Suscripciones anuales:

Nicaragua	: 48.00 córdobas
Centroamérica	: 11.00 dólares
Sur América	: 14.00 dólares
U.S.A., México, Canadá	: 12.00 dólares
Europa	: 18.00 dólares

Apartado 2108. Managua. Nicaragua. Tel. 80788

Galería de Arte Pre-Colombino

Cortesía de Nuestros Patrocinadores

Cortesía de **Azúcar San Antonio**



Niño-Jaguar
Basalto
Altura: 90 cm.
San Lorenzo, Veracruz, México
Museo Nacional de Antropología, México

La banda de la cabeza con sus piezas laterales corrugadas y el pectoral de simbólicas bandas cruzadas identifican suficientemente al niño-jaguar en esta monumental escultura. La configuración simétrica y los pies, irreales y pesados, son característicos de estas representaciones, pero no en esculturas. La pieza es totalmente ahuecada por su eje vertical.

*Cortesía de
First National City Bank*

"El Danzante" (Hombre-Jaguar)
Basalto
Altura: 1 m.
Tuxtla Chico, Chiapas, México
Preclásico Medio, 1150-550 A.C. (?)



*Cortesía de
Embotelladora Milca*

El vigor, las proporciones del cuerpo y el fino modelado de esta figura son dignos de los trabajos similares de La Venta. Como representación de un gobernante investido de poderes sobrenaturales, combina con admirable realismo los rasgos del hombre y el jaguar. La banda de la cabeza y el cinturón son típicamente olmecas.

Cortesía de Compañía Nacional de Seguros



Estatuilla de piedra negra
Piedra negra pulida
Altura: 25 cm.
Quiché, Guatemala
Preclásico Medio, 1150-550 A.C.
Museum of the American Indians, Heye Foundation

Esta pieza es la más grande conocida de una serie de representaciones aparentemente de niños o enanos, caracterizada por su pose recogida, sus manos en alto y la cara orientada hacia adelante. La presente parece haber sido ahuecada con posterioridad a su manufactura para ser usada como incensario.

Cortesía de Shell Nicaragua S. A.
v

Cortesía de Nicalit, S. A.

Cortesía de Jabón Prego



Hacha Votiva
Altura: 29.5 cm.
Oaxaca
The British Museum, London

Esta escultura de jade verde es a la vez un hacha y una típica representación del niño-jaguar. Aunque carente de colmillos, la forma de la boca, los ojos con llamas estilizadas, y el característico pectoral bastan para identificar a la tradicional figuración olmecoide.

Cortesía de GRACSA

Cortesía de La Prensa

Cortesía de Embajada de España



Máscara Ceremonial

Esta interesante pieza es el único trabajo en madera de estilo olmecoide hasta ahora conocido. De tamaño natural, fue encontrada en el cañón de la Mano, cerca de Iguala, Guerrero. Su datación aproximada es de 1.150-950 A.C. La fisonomía recuerda la de trabajos de fina cerámica en el Centro de México, así como otros, en piedra, de San Lorenzo.

*Cortesía de
Supermercado La Colonia*

VII

*Cortesía de
E. Chamorro y Cia. Ltda.*

Digitalizado por: **ENRIQUE BOLAÑOS**
F U N D A C I Ó N
www.enriquebolanos.org



José Coronel Urtecho (foto de Franco Cerutti).

Editorial

José Coronel Urtecho, Impulsor de Fuerzas

Xavier Zavala Cuadra

Dedicamos el presente número de Revista del Pensamiento Centroamericano a José Coronel Urtecho.

La oportunidad nos la da este mes de febrero, en que don José cumple con setenta años de vida y coincide tan racimoso cumplimiento con otro, nuestro, parecido al de él por tratarse en ambos casos de responder al compromiso de ser: el que nuestra revista cumple su número 150. Para una publicación estudiosa, seria, y por tanto, de austera lectura, es ocasión de fiesta, —en cualquier lugar del mundo— llegar al número 150, pero más en Centroamérica, donde la hazaña es casi única. Nuestra fiesta es el gozo de este número dedicado a José Coronel Urtecho: tanto él, como esta Revista —aunque cada uno a su manera— buscan lo mismo: soltar fuerzas, impulsar más los movimientos, para enriquecer y elevar la construcción de nosotros mismos

Ser como el viento —impulsor de otros— ha sido la característica de sus 70 años. Como impulsor y por impulsor, ha hecho pocas cosas él mismo. Pocas no es sinónimo de poco. Don José ha hecho mucho. En pocas, mucho. Y, como apuntaremos más tarde, tras el disfraz de pocas, ha hecho muchas en otros. Más que hacedor, ha sido planeador, que es una forma de hacer o, mejor dicho, una forma de ser: una forma de hacer-se. Le escribía él, hace ya tiempo a Ángel Martínez —el gran poeta místico español y nicaragüense: “Hago planes, planes, planes. ~

— 1—

En poesía debían existir, además de los astros, los planetas, pero no los que giran alrededor de los astros, sino los que giran alrededor de sí mismos haciendo planes. Poetas y planetas. Creadores de poesía y planeadores de poesía". Don José parece haber sabido hace tiempo que planear ya es hacer, porque es hacer-se. Planear es una fuerza soltándose, un hombre vivo - y mejor. Basta con que quiera más para que el hombre sea más.

Sin embargo, le ha preocupado la idea de no hacer más que eso, porque nunca ha sido superficial para creer que una cosa o un aspecto bastan. Siempre ha entendido el todo. Ángel Martínez anotaba que existía en Coronel Urtecho una "parada e insistente preocupación por hacer algo —que no fuese un libro— para que lo salvase". Y añade, en apuntes al margen de libro Pol'la D'ananta Katanta Paranta, que allí Don José había alcanzado "lo que ansiaba en lo que no quería".

El problema económico —que en último análisis es el problema de una mejor vida para los hombres todos, y, por tanto, el problema que también Don José trata de resolver— debe examinarse, tanto desde la perspectiva de la abundancia o escasez de hombres y cosas, como desde la perspectiva de la liquidez o iliquidez, es decir, del poder o no poder actuar y hacer con los abundantes o escasos hombres y cosas existentes. Don José resuelve en sí mismo el problema de la abundancia y escasez, porque encuentra en sí abundancia: "planes, planes, planes". Tiene para llenar una nación. Pero no resuelve el problema de iliquidez: su abundante riqueza no fluye en obras con la facilidad que él querría. Sus libros y poemas, que ya no son planes sino estupendas realizaciones para muchos años, y tal vez, para siempre, no le bastan. Tiene planes de otras realizaciones. Pero no puede con ellas. "Parada e insistente preocupación". Sabe que planear es ya hacer-se, pero es también la urgencia de hacer hacia fuera. La visión de ese todo es un rescoldo inapagable. Ver la riqueza y no poder explotarla. Ver la abundancia y no poder hacerla fluir, como su río. Tal vez ello explique la singular admiración que parece tener en los últimos años por empresas financieras que —como tales y en teoría, al menos— no se dedican al negocio de hacer ellas, sino al negocio de facilitar el hacer de otros.

Decíamos que ha hecho mucho en pocas cosas. Una, abundante y viva, —como su río— es la renovación de la literatura nicaragüense. La renovación literaria de Darío no estalló nicaragüensemente sino hasta después y por medio de José Coronel Urtecho y el grupo de Vanguardia. Alfonso Cortés, Salomón de la Selva y Azarías H. Pallais son importantes peñones, pero solitarios. La renovación irrumpe generosa y abundante solamente después de la generación de Vanguardia, alrededor de Coronel Urtecho. Brota la nueva y rica expresión nicaragüense: Pablo Antonio Cuadra, Joaquín Pasos, Manolo Cuadra, Ernesto Mejía Sánchez, Carlos Martínez Rivas, Ernesto Cardenal, Ernesto Gutiérrez, Fernando Silva y tantos otros que están haciendo y rehaciendo constantemente la palabra nicaragüense, el más común medio nuestro de expresarnos.

Otra obra y también abundante y rica —como su río— es nuestra historia interpretada por él. Su ordenamiento mental de los hechos del pasado —de lo que él conoce y cree importantes y que hasta él permanecían en la frontera de la enumeración y el

relato. Don José ha sido el primer nicaraquíense que trata en serio y en conjunto de dar sentido a nuestra historia. Pero, como lo más grande de un poema no termina en el poema mismo sino que trasciende a los poemas que, a su vez, suscita en los lectores, así el sentido que Coronel Urtecho pone a la historia no termina en él mismo sino que se multiplica en las inquietudes y nuevos sentidos de la historia que provoca en los lectores. Porque el sentido que Don José pone a los hechos de nuestro pasado no pretende ser el sentido único, el sentido que los hechos tuvieron en sí mismos cuando ocurrieron, sino el que él les ve aquí y hoy, desde su lugar y desde su tiempo. Por eso Don José no habla de "encontrar" el sentido de la historia, sino que —hondamente— entiende la limitación y reconoce explícitamente la imposibilidad de la certeza objetiva en la historia. Por eso él habla de "poner" un sentido a la historia. Un historiador francés escribía hace algún tiempo: "La historia nunca triunfa completamente sobre esta relatividad... porque los hechos, en la medida en que trascienden a los individuos, no existen en sí mismos, sino por y para las conciencias".

Pero, tal vez, mayor que su obra como poeta y prosista, mayor que su obra como renovador de la literatura nicaraquíense, mayor que su obra como pensador de nuestra historia, es su obra como impulsor de cuanta posibilidad de movimiento y renovación ha encontrado a su paso.

Hoy, a los setenta años, Don José es joven inquieto, el asecho siempre de movimientos renovantes, de posibilidades de mejoras de la situación nacional, sobre todo de la situación cultural de la nación. Mañana, tarde y noche se preocupa con ellos y conversa sobre ellos. Su conversación ha sido su gran generador de energía. Ágil, brillante, sutilmente irónica, penetrante. Con ella abre horizontes y revuelve inquietudes, impulsando siempre a otros hacia el cambio, la mejora, la renovación. Así ha impulsado la publicación de revistas —como ésta— y de libros, las nuevas expresiones literarias y plásticas de escritores y pintores, las ansias revolucionarias de los jóvenes, la toma de responsabilidad de los que controlan el poder político, la toma de conciencia, de los que controlan el poder económico, un más inteligente y constructivo servicio de parte de los medios de comunicación masiva, una educación más de hombres que de "profesionales" en las universidades, la liberación sólida de la mujer, etc. Como el viento, impulsor de cuanto puede moverse hacia adelante.

Impulsor al parecer, no selectivo, como el viento. Sin detenerse a considerar y examinar cada camino, sin calcular las consecuencias inmediatas y mediatas, hasta dar la impresión que impulsa en direcciones contrarias y contradictorias. Como el viento. Conocedor experimentado de que el mañana no se hace programadamente ni por la fuerza de una sola dirección, sino que es la resultante de conjuntos de fuerzas que se apoyan y estorban, se mezclan y separan, en busca de salidas nuevas.

A este impulsor de fuerzas humanas y a su esposa doña María Kautz —"como inventada por un poeta"— dedicamos con respeto y gusto este número —150— de Revista del Pensamiento Centroamericano.

Agradecemos a todas las distinguidas personas que generosamente aceptaron colaborar en este número homenaje a José Coronel Urtecho con motivo de sus setenta años y nos enviaron a tiempo sus trabajos. Agradecemos, sin embargo, en forma especial al Doctor Franco Cerutti, Director Asociado de esta Revista por parte de la Universidad Nacional de Heredia, Costa Rica, quien desde hace meses solicitó la mayor parte de los trabajos aquí presentados.

El Río de la Historia
(El San Juan: habitat del poeta)

José Coronel Urtecho, El Oráculo del Río San Juan

Ernesto La Orden Miracle*

Hay en la historia de Inglaterra, y por desgracia también en la de España, un personaje al mismo tiempo repulsivo y seductor que ha sido poco estudiado en nuestro país. Se trata de Thomas Gage, un joven católico inglés de principios del siglo XVII, que fue enviado por sus padres a Flandes, —donde un hermano suyo militaba en la tropas de Felipe II, —para q' ingresara en la Compañía de Jesús en el Col. Francés de Doai y regresara algún día a Inglaterra para restaurar la antigua religión o ganarse probablemente la palma del martirio. El joven Gage no se entendió con los jesuitas de Doai ni con los de Valladolid, donde residió algún tiempo en el célebre Colegio Inglés que todavía hoy subsiste y sigue proporcionando sacerdotes católicos a la Gran Bretaña. Ingresó entonces Gage en los Dominicos y el año 1625 fue enviado por sus superiores a las misiones de Filipinas. Estando de paso en Méjico decidió desertar, junto con algún otro compañero de aventuras, y se pasó doce años vagabundeando por toda la América Central, y a veces en un convento de su orden o de franciscanos, otras como párroco en algún pueblo de indios, atento siempre —según propia y desenfadada confesión—, a darse la mejor vida posible y a atesorar doblones para regresar algún día a su país. Lo consiguió por fin en 1637, aunque sus perlas y sus monedas de oro, escondidas en un colchón, cayeron en manos del pirata holandés "Jambe de Bois" (Pata de Palo) yendo de Costa Rica hacia La Habana.

UN FRAILE APOSTATA Y ESPÍA

Vuelto a Inglaterra el fraile aventurero, se dio cuenta de lo difícil que era seguir siendo católico en su país. Rompió con su familia, apostató públicamente en la catedral de Londres, denunció a algunos de sus antiguos compañeros —que por su culpa sufrieron el martirio—, y se convirtió en párroco anglicano en un pueblo de Kent. No contento con todo ello, en 1648, gobernando Inglaterra Oliverio Cromwell, publicó un mamotreto titulado "El inglés americano, o un nuevo estudio de las Indias Occidentales", en el que describía con no poco ingenio sus 3.300 millas de viajes por la América española —desde Méjico hasta Guatemala, Nicaragua, Panamá y La Habana— y descubría, como él mismo decía en la portada, "la navegación española

*Nuestro buen amigo Don Ernesto La Orden Miracle, antiguo Embajador de España en Nicaragua, nos envía para colaborar en este número de homenaje a José Coronel Urtecho, un artículo que publicó hace pocos años en la Revista "Mundo Hispánico", de Madrid, después de un interesante viaje al río San Juan.

a dichas partes y dominios, gobiernos, religión, fuertes, castillos, productos, etcétera". Resultó un libro de inmenso valor político y militar, ya que su autor era el primer inglés que había podido conocer por dentro, y en privilegiadas condiciones, la realidad del imperio español. Su tesis práctica se resumía en la idea de que Inglaterra debía atacar en firme las posesiones españolas, que eran un emporio de trabajo y riqueza, aprovechándose de lo desguarnecidas que estaban, bien fuera con ánimo de ocupación permanente o de fácil y fructífera depredación.

Hablando, por ejemplo, del convento de sus hermanos dominicos en La Antigua, capital de Guatemala, decía textualmente: "Las rentas anuales de ese convento son por los menos de 30.000 ducados, con los cuales aquellos gordos frailes se tratan bien y pueden ahorrar para construir y enriquecer su iglesia, entre cuyos tesoros hay una lámpara de plata tan grande que requiere la fuerza de tres hombres para elevarla con una maroma, y una imagen de la Virgen Maria de plata pura, con el tamaño de una mujer de buena talla. Con los tesoros de este convento se podrían obtener fácilmente cien mil ducados". Terminaba su libro con esta frase: "El Dios de las Naciones ha usado de mí como de José para descubrir los tesoros de la tierra de Egipto o como los espías que indagaron sobre la tierra de Canaán". Cromwell aprovechó bien las pistas dadas por el fraile apotata, uno de los mayores espías de todos los tiempos, y le embarcó como capellán en la poderosa flota q' zarpó para el Golfo de Méjico en 1655, dispuesta a realizar el famoso "Western Design" o "proyecto occidental". No consiguieron los ingleses establecerse en la isla Española, que era su principal propósito, pero se apoderaron de Jamaica con relativa facilidad y la convirtieron en el centro de sus futuras campañas contra las islas y la tierra firme. Gage ocupó la catedral de Jamaica como arcipreste y allí murió poco tiempo después.

He contado toda esta lamentable historia para comentar con conocimiento de causa algunas citas de Fray Tomás, como sin duda le llamarían sus antiguos amigos españoles: "La fama de la ciudad de Guatemala me había hecho pensar en fuertes murallas, torres y baluartes para guardarse de enemigos, pero cuando llegué a ella me encontré dentro sin pasar puertas ni murallas ni atravesar un puente o encontrarme algún guardián que averiguara quién era yo". "En la ciudad de Méjico los españoles viven tan seguros de enemigos que no hay puertas, murallas ni baluartes, plataformas, arsenales,

municiones, ni artillería para defender la ciudad de un enemigo interior o extranjero". "La ciudad de Oaxaca, como todas las demás de América, excepto las ciudades marítimas, está abierta y no tiene murallas, torres, castillos ni artillería para defenderse".

LOS CASTILLOS ESTABAN SOBRE EL MAR

El fraile espía decía la verdad. En el interior de la América española no había castillos porque no hacían falta, ya que los indios vivían contentos con su suerte —que no era nada mala, según cuenta el mismo fraile— y los enemigos podían llegar solamente por el mar. Allí era donde hacía falta acumular defensas, tanto en San Agustín de la Florida, como en los morros de Puerto Rico y La Habana, en Puerto Cabello y en Cartagena de Indias, en San Felipe del Callao y en las murallas de Manila, al otro lado del Pacífico. Los ingenieros militares de España, a comenzar por el famosísimo milanés Juan Bautista Antonelli, no se daban abasto en planear y construir castillo, siempre en los puertos y bahías de ultramar. Mi querido amigo, maestro de historiadores don Juan Manuel Zapatero, a quien yo daría el título de "Castillero mayor de las Américas" ha hablado largamente de este tema conmigo en lo alto de las murallas de San Juan de Puerto Rico, frente al Atlántico azul.

¡Castillos españoles sobre el mar! Yo tenía su imagen tan metida en los ojos que me pareció extraño, de primera intención, que en el interior de la actual república de Nicaragua, regida antiguamente por la Capitanía General de Guatemala, nuestros abuelos levantarán un castillo en plena selva, a varias jornadas de remo desde el Atlántico, sobre un cerro que domina el caudaloso río San Juan. Aunque si el río es navegable ya se comprende que resultaba ser un brazo del mar y que la poderosa escuadra británica podía pasearse por él como por cualquiera de los siete mares.

A falta de una escuadra semejante, España necesitaba fortificar el curso de aquel río, ya que por él se llegaba al puerto de Granada, emporio de comercio en aquella sazón, donde el mismo Thomas Gage vio entrar en tres días más de quinientas mulas cargadas de plata, añil, azúcar, cueros y otras mercancías. No ya un castillo sino dos y unas cuantas baterías hicieron falta río adentro, lago adentro, para defender las riquezas de Granada. La principal de estas fortificaciones estaba en medio del curso del río y era el titulado Castillo de la Purísima Concepción, que cumplió su misión durante los siglos XVII y XVIII, resistiendo los ataques de los indios mosquitos, los de los piratas y los de los marinos de Su Graciosa Majestad. Por cierto que en 1780 ocupó durante unos días ese castillo un joven marino inglés llamado Horacio Nelson, que había de ser más tarde el almirante vencedor de Trafalgar. Tan orgulloso estaba Nelson de su breve conquista, que se hizo retratar por Rigaud al año siguiente, con el castillo del río San Juan como fondo. En aquella ocasión Nelson enfermó gravemente. Años más tarde, el gran almirante se dejó en Tenerife un brazo y perdió un ojo cerca de Cerdeña, hasta que en Trafalgar perdió la vida.

Pero dejemos esta introducción y vayamos a nuestro castillo español en plena selva, objeto de una excursión inolvidable para mí. Vaya mi cordial recuerdo a los compañeros de aquella gira, realizada del once al catorce de julio de 1969. Eran don Alejandro Gallard Prio, antiguo director del Turismo de Nicaragua, y su padre don Abel Gallard, que había sido treinta años antes comandante militar del río San Juan, el periodista chileno establecido en Nicaragua don Carlos Maturana y dos funcionarios del INFONAC (Instituto de Fomento Nacional Nicaragüense), a saber, el economista don Manuel Antonio García y el ingeniero don Francisco Barea.

LA AUTOPISTA IMPERIAL DE NICARAGUA

Navegábamos casi en volandas a ochenta kilómetros por hora, sobre un fondo de veinte metros de agua, en los tramos más rectos y despejados del río San Juan, autopista imperial de Nicaragua. Riase usted del Támesis en Henley y del Sena en las cercanías de Ruán. Yo iba sentado al sol sobre el techo de nuestra potente motora, embriagado de aire y de historia, viendo desfilar a un lado y otro las distantes orillas, alternativamente bajas —pantanosas o cubiertas de ganado— o elevadas en árboles gigantescos o en colinas de selva enmarañada. De vez en cuando, se asomaba al río un embarcadero rudimentario, avanzada de alguna choza mísera en la que vislumbrábamos un niño o una mujer. Un edificio ya considerable, provisto de un sencillo espigón, era el albergue de turismo llamado Tarpon Camp, donde concurren los millonarios norteamericanos para pescar sábalos de más de setenta kilos, tiburones aún mayores y peces-sierra monstruosos, que miden a veces seis metros de longitud. Nadie diría que aquel estupendo espejo de agua dulce albergara esa fauna de los mares.

Es sabido que el lago de Granada, tan grande como nuestra provincia de Madrid, fue en tiempos remotos un golfo del Océano Atlántico, hasta que las convulsiones tectónicas levantaron un poco más el istmo centroamericano y su cuenca se fue llenando de agua dulce, sin perder sus especies animales marinas y transformando en poderoso río su antiguo cordón umbilical con el Atlántico.

Este río San Juan, que no tiene más que ciento noventa y ocho kilómetros de longitud, es el famoso Desaguadero, el mítico "Estrecho Dudoso" descubierto por los españoles de Gil González Dávila en 1524 y navegado por primera vez en 1539 por el capitán Alonso Calero de órdenes del gobernador don Rodrigo de Contreras, después de una famosa polémica que alejó definitivamente de Nicaragua a Fray Bartolomé de las Casas. La reina doña Juana la Loca, o quienes gobernaban en su nombre, le habían dicho a Contreras en Cédula del 9 de septiembre de 1536: "Hay una laguna de agua dulce que baja ciento y treinta leguas y sale della un desaguadero que va a la Mar del Norte, que es un río muy grande como el Guadalquivir que pasa por Sevilla —;qué más quisiera nuestro Guadalquivir!—, y que desde dicho desaguadero hasta la dicha Mar del Norte hay noticia de mucha gente y muy rica en oro y que desde allí se llevó a Yucatán el oro que tenía Moctezuma —;qué fantasías le contaban a la reina, alla en las orillas del Duero!—, y porque a

nuestro servicio conviene saber el secreto de dicho río....”

Alonso Calero descubrió el secreto saliendo de la recién fundada ciudad de Granada el 4 de abril de 1539 con un puñado de hombres en dos fustas y cuatro canoas, amén de una barca grande que llevaba cuarenta caballos, que no le fueron muy útiles, y cincuenta cerdos, que pronto se acabaron como provisión. No encontró nada de oro, pero sí unos pocos y pobrísimos salvajes, perdidos en las aguas y en las selvas sin fin. Esos pocos dejaron entre sus manos seis pescados, “que cada uno de ellos tenía dos arrobas de peso, la cosa más hermosa que se podía ver en parte ninguna”, que les sirvieron para comer un par de días. Al llegar a un raudal que llamaron del Diablo, la canoa del capitán chocó con una roca y Alonso Calero estuvo a punto de ahogarse, perdiendo desde luego su rodela y su espada. “El capitán se quedara allí si Dios no le socorriera, y un indio que le asió y ayudó a poner sobre una peña, donde le tomaron y le sacaron los que iban en la canoa del alférez”. Cuando llegaron al Mar del Norte, como ellos decían, los exploradores naufragaron y pasaron grandes apuros, hasta que al fin arribaron a Nombre de Dios, en el actual terriorio de Panamá. “Para volver por el río de Nicaragua no hay brazos que remen; para ir por tierra no hay pies que anden”, resumía el capitán Calero su temerosa aventura.

La nuestra era muchísimo más fácil, a bordo de nuestra rápida motora, comiendo bocadillos de jamón y bebiendo coca-cola o Whiskey, según los gustos. Al mediodía llegábamos a la confluencia del río Sábalo, lugar de belleza paradisíaca, y estirábamos las piernas sobre las planchas de una casucha ribereña, cuidando de no pisar el tesoro que estaba tendido a secar. Era un buen cargamento de “raicilla”, de hierba medicinal *hipecacuana*, tan valiosa q’, según me contaron, un metro cuadrado de ella se paga a trescientos dólares en el mismo lugar. En Sábalo cambiamos de embarcación y de piloto porque nos aguardaban los rápidos o raudales del río. Tomamos una lancha casi plana, provista de motor fuera de borda, y atravesamos sin dificultad el raudal del Toro y alguna otra barrera de poca monta, tomándolas al sesgo poco a poco por canalillos, que nuestros pilotos conocían. Lentamente nos adentramos en una selva cada vez más cerrada, cuyos árboles se reflejaban sombríamente sobre el río y dejaban escapar a veces el agorero clamor de bandadas de pajarracos invisibles. Aunque el sol brillaba esplendorosamente sobre nuestras cabezas y hacía un calor propio del trópico, uno no podía evitar a veces la sensación de escalofrío. De pronto el río culebreó un poco entre colinas y apareció ante mis ojos el castillo.

EL CASTILLO DE LA INMACULADA CONCEPCION

Mi soñado castillo de la Inmaculada Concepción o del río San Juan, que de ambos modos se nombra en los documentos españoles, no ofrecía la silueta almenada de nuestras torres medioevales ni siquiera la de los geométricos baluartes, poligonales, y casi planos, propios de la fortificación del siglo XVIII. Parecía más bien una pirámide truncada, un antiguo templo indio de paredes desnudas, cubierto de humedad y de vegetación. Sólomente cuando nos acercamos a él,

desembarcando en unos troncos flotantes y trepando entre unas casuchas de madera, pudimos ver que en realidad era un cuadrilátero alargado, con sendos baluartes pentagonales en las cuatro esquinas, y que su cumbre desmochada era el “Caballero” o baluarte principal, todo ello de dimensiones reducidas, unos cincuenta metros como máximo, pero de pura piedra y bella línea. Quedaban huellas de un foso y era visible el puente levadizo. Hermosos arcos de ladrillo sin techo daban testimonio del cuerpo de guardia y en el estrecho y hondo patio interior se apretaban las ruinas de cuarteles, almacenes, capilla y demás dependencias de la guarnición. Una escalera de piedra daba acceso al “Caballero”, llamado vulgarmente “el macho” en los documentos militares. Desde su plataforma, con visibles muestras de emplazamientos artilleros, se dominaban dos largas rectas del caudaloso río, aguas arriba y aguas abajo. En mitad de la curva que se ceñía al cerro del castillo, las aguas se encrespaban y se llenaban de espuma entre las rocas de una escollera natural. Aquel era el famoso raudal del Diablo que pudo costarle la vida al capitán Alonso Calero. Este era el formidable emplazamiento elegido por los ingenieros españoles en 1673, sobre la base de exploraciones y estudios más antiguos, para combinar los fuegos artilleros con las dificultades del rápido fluvial y cortar cualquier intento de penetración enemiga en el lago de Granada. La construcción fue lenta y penosísima para el acarreo de materiales, con un clima malsano y en aquella naturaleza hostil, pero se consideró definitivamente acabada en 1747, por obra del coronel don Luis Díez Navarro, cuyos planos pueden estudiarse en nuestro Archivo Histórico Militar.

LA HEROINA RAFAELA HERRERA

De pie sobre la cumbre del “Caballero”, viendo allá en lo hondo las aguas sonoras del raudal, era fácil imaginarse el episodio más bello de la historia de este castillo, formidable testimonio del imperio español en pleno trópico. Una doncella criolla de 19 años, hija y nieta de grandes artilleros, viendo que su padre, alcaide del castillo, había muerto pocos días antes de un ataque inglés, tomó el mando y disparó personalmente la artillería hasta en fuga al enemigo. He aquí lo escrito por ella misma en un memorial dirigido al Rey en 1780:

“Todo el tiempo que el dicho su padre estuvo en el castillo de San Juan, se aplicó a instruir a su hija, la suplicante, en el manejo del cañón y con alguna propiedad y acierto lo montaba, cargaba, apuntaba y disparaba, aplicación que después fue utilísima para el servicio de la Corona, porque habiendo muerto su padre por el mes de agosto del año pasado de 1762 y teniendo los ingleses de Jamaica noticia de que la fortaleza se hallaba sin castellano y comandante, intentaron tomarla y enviaron un oficial inglés con tropas que sitiaron y bloquearon la fortaleza. No había en ella guarnición de españoles, como ahora la hay; por esta causa y la de hallarse el castillo sin bastimentos, a las primeras hostilidades y a la primera intimación que hicieron los enemigos para que se rindiera el castillo, quisieron entregar sus llaves los soldados y mulatos que le guarnecían.

“Pero la suplicante, aunque joven de sólo diecinueve años, animada del espíritu español de sus difuntos padres y abuelos, y conociendo el riesgo a q’ se exponía su honor y virginidad con la barbarie de los zambos y moscos, se opuso fuertemente a tan pública afrenta de las armas española y para su remedio mandó cerrar la puerta del castillo, tomó sus llaves, puso centinelas y llegó hasta la formalidad de dar la misma suplicante el santo y seña. Después subió al “Caballero” cargó el cañón y principió a hacer fuego a los enemigos. Quiso Dios que fuese con tanto acierto que al tercer cañonazos que dirigió a la tienda del comandante inglés, quedase muerto, toda su gente en confusión que, poniendo el cadáver en un tapesco, se retiraron huyendo y dejaron libre el castillo y guarnición”

Cuando firmó este memorial la heroína doña Rafaela Herrera de Sotomayor, era viuda y con seis hijos, dos de ellos enfermos. Carlos III le concedió desde El Escorial, el once de noviembre de 1781, una pensión vitalicia, equivalente a la mitad del sueldo de alcaide del castillo, y la propiedad de dos fincas cercanas a Granada.

DEL “ESTRECHO DUDOSO” AL CANAL NORTEAMERICANO

Gracias a Rafaela Herrera y a su castillo del río San Juan, Centroamérica ha podido conservar su independencia. En un principio los españoles creyeron que existía en aquella zona un paso marítimo entre ambos océanos, el soñado “Estrecho Dudoso” que era para “Hernán Cortés” la cosa q’ yo en este mundo más deseo topar”. Cuando se convencieron que no había tal estrecho —magnó tema histórico que ha inspirado el poema épico de Ernesto Cardenal, genial poetización en versículos de numerosos documentos de la época— organizaron el tráfico por el río San Juan, pese a sus raudales, y planearon la construcción de una canal artificial en Nicaragua o en Panamá. Para el cronista Franciseo de Gómara, que escribía desde España, la cosa era perfectamente factible. “Sierras son, pero manos hay. Dadme quien lo quiera hacer, que hacer se puede”. Pero el gobernador de Tierra Firme don Pascual de Andagoya le informaba serenamente al Rey años más tarde: “Ningún príncipe sobre la tierra es capaz por poderoso que sea, de juntar ambos mares... ni de soportar los gastos que tal empresa requiere”.

Durante todo el siglo XIX, Inglaterra y los Estados Unidos estuvieron rondando el istmo centroamericano con esta intención. Así se explica la instalación británica en la isla del Tigre, en plena bahía de Fonseca, para crear una especie de Gibraltar centroamericano, y éste es el sentido de la misión diplomática de Jorge Efraín Squier, acreditado por Washington en todos los países del istmo, que entró por el río San Juan desde el Atlántico en junio de 1850 y escribió sobre el castillo párrafos como este: “Si la fortaleza parece formidable desde el río, cuánto más no lo es mirando dentro de sus muros sus dos ringleras de cuartos clavados en la roca, en los cuales crecen altos árboles cuyas ramas cimeras casi llegaban a la altura donde estábamos parados. Bajamos por una escalera a prueba de bombas hasta lo que había sido la santabárbara y luego pasamos a lo que fueron

cuarteles de la guarnición, impresionados más que nunca por la osadía y la energía de aquellos hombres de hierro que subyugaron los imperios de Moctezuma y de los Incas, los mismos que cincuenta años después del descubrimiento ya habían trajinado al continente por todos lados, desde California al Río de la Plata” Squier tenía conciencia de la consigna de Monroe, “América para los americanos”, es decir, para los norteamericanos, y no quería que el puesto abandonado por España cayera en manos de la pérfida Albion...

Los Estados Unidos renunciaron a hacer el canal propuesto por Squier en Nicaragua, seguramente a causa de los volcanes de Ometepe, y decidieron cargar su esfuerzo sobre Panamá, donde los franceses de Lesseps ya habían fracasado ante la Naturaleza a fines del siglo XIX. José Coronel Urtecho, ese gran filósofo nicaragüense de la historia, ha comentado los acontecimientos de esta manera: “La apertura del Canal era el coronamiento de nuestro destino geográfico. Obra imperial por excelencia, nuestro Imperio no pudo realizarla porque su disolución tuvo lugar en una época en que eran todavía insuperables las dificultades materiales de esa empresa gigante. Antes de la Independencia, nuestro ideal era completamente nuestro. Estaba a salvo para nosotros o para nuestros hijos. Nos bastaba con mantener ocupadas y defendidas las tierras ístmicas para conservar en nuestras manos el destino geográfico que atrajo a nuestros padres. Así, durante mucho tiempo, nuestros predecesores defendieron con encarnizamiento el dominio del istmo contra los asaltos del imperio mercader de Inglaterra, que intentó varias veces apoderarse del Darién y de Nicaragua. Disuelto nuestro Imperio, Panamá y Nicaragua cayeron bajo el signo de los Estados Unidos.

CORONEL URTECHO EN EL RIO

He citado al historiador Coronel Urtecho y al poeta Ernesto Cardenal, los dos hombres que forman, con Pablo Antonio Cuadra, la trinidad intelectual nicaragüense de nuestros días. Pablo Antonio vive en Managua, rodeado de hijos y de nietos, rigiendo la Academia Nicaragüense de la Lengua y escribiendo la poesía lírica y la prosa sociológica más bellas de América, con perdón de Pablo Neruda y su Premio Nobel. Urtecho y Cardenal viven en las soledades del Río y del Gran Lago, donde fui a verles en el curso de este mismo viaje. Coronel me recibió en su casa, en su hacienda “Las Brisas”, alzada sobre los yerbazales anegadizos a orillas del río Medio Queso, afluente costarricense del río San Juan. Coronel es un hidalgo antiguo, tocado con boina vasca, que escribe sus “Reflexiones sobre la historia de Nicaragua”, o pasea apoyado en su cachava, mientras su extraordinaria mujer María Kautz, hija de colonos alemanes, gobierna la hacienda que ella misma ha creado materialmente con sus manos.

“Mi mujer era roja como una leona
Era campeona de basket-ball y vivía en el Río,
en una hacienda de ganado que ella misma
manejaba
porque hacía las veces del padre con su familia de
cinco mujeres”.

Así comienza Coronel su soberbio poema titulado "Pequeña biografía de mi mujer". En verdad, María Kautz es una mujer fabulosa que ha criado en la selva sus seis hijos, ha manejado las herramientas de todos los oficios —que ornamentan las paredes de su salón— ha derribado árboles y ha construido su casa de madera, ha enseñado y gobierna a los peones, —cuando uno de ellos se emborracha ella misma lo ata a un árbol para que no cometa desafueros—, ha abierto zanjas y pozos, ha hecho de médico y de electricista, de cazadora y de ganadera. Su marido termina su poema, que es asimismo extraordinario, con estos versos firmados el día San José de 1963:

"Cuentan de ella y no acaban.

Dicen que no hay otra mujer como ella,
una mujer extraordinaria
una mujer como inventada por un poeta,
una mujer casada con un poeta,
una mujer por eso mismo verdadera,
una mujer verdadera mujer,
una mujer, sencillamente, una mujer".

Gozando de la hospitalidad de este matrimonio único, acompañado a ratos por algunos de sus hijos, que son ingenieros agrónomos y gobiernan también haciendas de cultivos y ganados sobre el río, pasé dos veladas inolvidables y hablé largamente con José Coronel. Este maestro hispánico, que conoce perfectamente la cultura anglosajona y es al mismo tiempo poeta, novelista e historiador, entiende y analiza como nadie las verdades profundas de Nicaragua y de España. ¡Con qué claridad ve nuestras cosas españolas desde aquella soledad casi prehispánica! En cuanto a los pueblos hermanos me decía: "Los nicaragüenses somos españoles. ¿Qué otra cosa podemos ser mejor?". Me parecía estar escuchando la voz de un oráculo, el espíritu de nuestro común Imperio que alguna vez resucitará.

ERNESTO CARDENAL EN SOLENTINAME

Desde la hacienda "Las Brisas", navegando por el río Medio Queso, cubierto de camalotes flotantes que ondulaban al paso de nuestra motora como si hubiera un terremoto en torno nuestro, remontamos el río San Juan y nos detuvimos en San Carlos, la pequeña ciudad construida en la bocana del río sobre el lago, al pie de un castillo —otro castillo— alzado en el siglo XVII con el nombre del rey Carlos II. Este castillo es cuadrado, con baluartes esquineros a modo de puntas de lanza, y sirve actualmente de cuartel a la Guardia Nacional nicaragüense. Separados de él hay restos visibles de una batería adelantada y de otra casi a flor de agua, frente a la desembocadura del río Frío, que viene de las montañas de Costa Rica.

El poblado es muy pintoresco, con sus casitas de madera encima del agua y sus callejuelas pedregosas en las que se tienden a secar las preciadas raicillas de hipecacuana. Hablamos un momento con el comandante de la guarnición, heredero de tantas glorias, y nos engolfamos plenamente en el Lago,

camino del archipiélago de Solentiname y del poeta Ernesto Cardenal.

Solentiname suena a soledad y a ruido de agua. Hermoso nombre para aquellas "Insulas extrañas" que hubieran enamorado a San Juan de la Cruz y han pacificado el corazón ardiente de Ernesto Cardenal, poeta místico y revolucionario al mismo tiempo, consagrado en su edad madura al sacerdocio. Son siete islillas altas y boscosas —Mancarrón, Mancarroncito, San Fernando, La Venada, La Juana, Zapote y Zapotillo—, que se rodean de islotes y farallones en un rincón del gran Lago, viendo de lejos las dos cumbres volcánicas de la gran isla de Ometepe.

¿Serían éstas las dos o tres islas que Gil González Dávila le pedía al emperador Carlos V, al mismo tiempo que el título fabuloso del Almirante de la Mar Dulce?

Han estado olvidadas mucho tiempo y ahora forman un núcleo de criantand primitiva, con su puñado de mestizos dulces y alegres, evangelizados por Ernesto Cardenal. Comenzó a llover cuando atracamos en Mancarrón y las nubes bajas nos envolvían como en un sueño. Sonaba la campanita de una iglesia sin puertas, toda ella abierta al pueblo agrícola, alfarero y pescador. Aquel cura superintelectual, con el rostro, la barba y las melenas de un apóstol del Greco, leía el Evangelio y rogaba a sus feligreses que lo explicaran a su modo. "¿Qué te parece de esto, Juana? Antonio, ¿cómo entiendes tú estas palabras del Señor?". El poeta colombiano William Agudelo dirigía un coro de guitarras que cantaba el Credo con alguna libertad. "Nacido de nuestra gente", decían al hablar del Hijo de Dios. "Cordero de Dios, que quitas el "egoísmo" del mundo", coreaba el pueblo momentos antes de la comunión, que recibimos en forma de auténtico pan, en galletas tostadas y crujientes. Seguía lloviendo cuando Ernesto Cardenal nos dijo adiós. No olvidaré jamás aquella misa.

REGRESO AL MUNDO DE HOY.

Nuestro regreso a Granada fue una cosa muy seria, con nuestra motora ingrátida zarandeada por el viento y el oleaje, a punto de quedarnos sin gasolina en aquella inmensa soledad del Gran Lago, mientras caía una noche oscurísima, y no se veía ningún faro. Menos mal que nuestro piloto, un mulato de Bluefields llamado Jefferson, conocía aquellos parajes como su casa y nos dejó sanos y salvos a media noche dentro del dédalo de las isletas, en el desembarcadero de las Piedras Pintadas.

Volvimos a Granada y a nuestros automóviles, a Managua y la moderna civilización. Habíamos salido tres días antes pero nos parecía volver a la vida de hoy desde tres siglos atrás. A partir de aquella excursión al siglo XVI, cada vez que me acuerdo de Nicaragua la imaginación se me va al capitán Alonso Calero y al Padre Las Casas, a Rafaela Herrera y a Lord Nelson, a Ernesto Cardenal y sobre todo a José Coronel Urtecho, oráculo del Río San Juan.

Río San Juan: Estrecho, Tránsito, Canal

Carlos Meléndez Chaverri

INTRODUCCION

La vida y obra de José Coronel Urtecho se halla en directa relación vital y testimonial, con el escenario magnífico y ciertamente primitivo del río San Juan. Muchos años hace que tomó la decisión de asentarse en sus márgenes, para hacerse dueño de sus secretos más íntimos, que han quedado plasmados en encantadoras páginas históricas o literarias. Y desde allí, tras afirmar su visión auscultadora y sagaz, ha podido incursionar felizmente en la historia de Nicaragua, dentro de la cual el río San Juan desempeña un papel clave y modelador.

El San Juan resulta ser algo más que un simple río, es el desagüadero de una vasta cuenca lacustre de Nicaragua, y el colector de un caudal significativo de aguas que provienen de la parte norte de Costa Rica. Esto, si lo vemos sólo desde el punto de vista físico, que es quizás apenas un punto de partida. En efecto, el rol desempeñado desde antes de la llegada de los españoles o a raíz del conocimiento pleno que llegaron a adquirir con cierta tardanza los peninsulares europeos, y de allí hasta nuestros días, es de una complejidad e interés extraordinarios.

José Coronel conoce muy a fondo todos estos hechos, de modo que lo que para otros es un laberinto de soledades, para él es la palma de su mano. De allí que hallamos llegado a concluir que es él uno de los que ciertamente cabe incluir entre los "sanjuanistas" más importantes en su historia, y el principal en nuestros días.

Nuestra afirmación no es gratuita, pues se afirma en tres importantes escritos suyos, espaciados cronológicamente en más de veinticinco años, los que muestran la existencia de un hilo conductor común, la preocupación "sanjuanista". El primero de ellos se titula: "Estrecho Dudoso. Función del Desagüadero en la historia colonial de Centro América" (1). Hay en él la preocupación del historiador que busca comprender el papel modelador del río durante la fase, ciertamente imaginativa e irreal de las primeras décadas, contadas a partir del momento del hallazgo de este territorio por el inmortal Colón.

El segundo es su artículo "Viajeros en el río", que se incluye como capítulo primero de su libro "Rápido tránsito. Al ritmo de Norteamérica" (2). Se trata esta vez de un ligero enfoque sobre la visión dejada por algunos norteamericanos tras haber pasado por el San Juan, o tener asimismo la experiencia de vivir en él, en largo y directo contacto.

Finalmente debemos citar la Carta Prólogo al libro de Ernesto Cardenal, "El Estrecho Dudoso" (3). Hay aquí una clara perspectiva histórica, que alterna con una incisiva visión de la realidad geográfica actual, que de hecho hace trascender el fenómeno del pasado a una lógica de la realidad.

He aquí pues, los fundamentos del llamado "sanjuanismo" en Coronel Urtecho. Pensamos que estos testimonios aportados, nos permiten justificadamente organizar algunas ideas que busquen glosar algunas de las ideas de las esbozadas por José Coronel, con miras a clarificar parte de esta misma problemática sanjuanista. Para ello, nada mejor que seguir la síntesis de José Coronel sobre el ciclo histórico del San Juan, y en consecuencia hablar de "estrecho tránsito, canal".

ESTRECHO

Colón es más un hombre del medioevo que de los tiempos modernos. Hay todavía en él un mundo de confusiones científicas que lo ligan al pasado europeo con fuertes amarras mentales, con ideas fijas. A la hora del hallazgo, su idea obsesiva es la de haber llegado al Asia. Es así como logra descubrir la limitación superficial del mar de los Atlantes, pero no consigue borrar de su esquema mental su presunción asiática, de modo que al morir no pasa aún por su mente la idea del hallazgo de un Nuevo Mundo. Con ello, dejó de ser el descubridor de un continente nuevo, creyendo ser sólo el que halló una nueva ruta para llegar al Asia.

El postrero cuarto viaje busca una aproximación al Aurea Quersoneso, que habría de permitirle traspasar el estrecho para llegar a la India. En la práctica, tras un recorrido por la costa oriental de la América Central, busca pasar por un paso que cree existe en estas tierras, para proseguir al oeste. Ciertamente Colón es intuitivo, al sospechar el carácter ístmico, que puede confirmar de boca de los indios de Veragua, como puede verse con toda precisión en el primer mapa de estas tierras, el de Bartolomé Colón. Allí alternan los toponimios que resultan de la experiencia, con los correspondientes al Asia, sacados sin lugar a dudas del libro de Marco Polo.

La América Central nace como resultado de una fantasía y una realidad; es constante por unas pocas décadas, esta preocupación por hallar un paso hacia occidente, circunstancia que hace propicia la denominación de tierra "del estrecho dudoso", que

perdurará hasta el momento en que por las exploraciones específicas y concretas, se termine con la fase mítica, para caer en el aprendizaje que nos muestra la realidad.

Obra de titanes es la que paulatinamente va definiendo un conocimiento claro y preciso de los hechos concretos. Núñez de Balboa fija la profundidad de la línea costanera en el continente, planteando el carácter de istmicidad de estas tierras; Gil González perfecciona el perfil del mar de Núñez de Balboa hacia occidente y trae la noticia de la existencia de una Mar Dulce, el Lago de Nicaragua. Fernández de Córdoba encuentra el desagüadero de esa Mar Dulce y González Dávila por burlar a Pedrarias, cree que el paso puede hallarse por un desagüadero que sale —ertóneo juicio— a Honduras. Así, entre error y realidad, va conformándose un conocimiento, cada vez más preciso. Pedrarias murió en 1531 sin que se hubiese podido hallar el término del desagüadero, tarea que estaba reservada a Alonso Calero y que habría de ocurrir ocho años más tarde, es decir en 1539.

La ciudad de Granada, había sido asentada por sus fundadores, dentro de un marco de esperanza en lo que podría ofrecer el lago y el río, una vez q' se les conociese en forma completa. La esperanza se confirmó, y con ello en el destino histórico de Nicaragua surgió la posibilidad de tornarse en ruta interoceánica. La geografía reafirmó el carácter de estrecho y ciertamente Granada, por el proceso que se derivó del hecho de haberse tornado en un puerto del Caribe a través del río San Juan.

Frente a una ciudad capital como era León, emplazada en el norte en un momento en que se vislumbraba una posible ampliación hacia Cuzcatlán y Olancho, que no pudo ser, Granada halló su destino histórico prometedor, en la realidad de un contacto con el Atlántico. La historia de las dos ciudades con destinos tan distintos una de la otra, llevaría más tarde a una bipolaridad, prometedora una, frustrada la otra. En ello se encerraba parte del sino histórico de Nicaragua, tanto para bien como para mal.

En temprano momento como es el año de 1586, unos viajeros veraces nos informan que León, pese a ser la capital, decaía notoriamente; se agrega que lo arruinado no se reedificaba y que en consecuencia el número de sus pobladores iba en franco descenso. Granada, nos agregan los mismos informantes, contaba con 200 vecinos españoles, edificios con tapias, casas techadas de teja, bonita iglesia, convento y activo movimiento de fragatas con Nombre de Dios en Tierra Firme, con mercaderes y tratantes y estancias de ganado mayor (4). Son dos fisonomías urbanas diferentes, resultado indudable de distintas situaciones, desfavorables para la capital, beneficiosa para Granada.

Más de un siglo hubo de pasar, sin que mayores problemas ensombrecieran el próspero desarrollo de Granada, hasta el momento en que, la misma circunstancia que había estimulado su crecimiento, resultó el mayor peligro. En 1665 y 1670 los piratas llegaron a saquear a Granada y con ello ciertamente se vino a cerrar su ciclo de vigoroso crecimiento. Se empiezan de inmediato a adoptar las medidas que

procuran conseguir la defensa y seguridad de la provincia amenazada. Las primeras edificaciones defensivas sobre el San Juan se terminan en 1666, más la experiencia posterior mostrará que no son suficientes. Del baluarte de San Carlos, habrá de pasarse de seguido al de la Inmaculada Concepción, acabado ya por 1675, para ser reedificado más tarde, una y otra vez. De este modo, lo que se ganaba en beneficios económicos, hubo de gastarse en defensas, salarios y milicias. La codicia de los enemigos de España se ensañó en estas tierras, que ya en el siglo XVIII presenciarían escenas heroicas como la de Rafaela Herrera o el arribo de figuras que más tarde alcanzarían relieve histórico como el célebre Horacio Nelson, el héroe de Trafalgar.

Sueños, realidades, ensueños, desdibujan el proceso histórico de la dominación española sobre el San Juan, haciendo de lo que parecía prometedor, en ocasiones una verdadera pesadilla, en otras un afán hondamente acariciado.

El estrecho dudoso se torna con los piratas y enemigos que buscan acceder al mar de Núñez de Balboa, en verdadero talón de Aquiles, que hay que defender a como haya lugar. Tierra de dudosa seguridad y de más dudosa posesión. La víctima directa de todo esto es Granada, que ve cerradas sus puertas a la riqueza y los beneficios que otrora parecieron maravillosos.

TRANSITO

Su sola palabra de hecho nos traslada, en forma inmediata en pensamiento, al siglo XIX y al convulso proceso en que, tras la independencia, nuestras pequeñas nacionalidades resultan ser el apetitoso plato de las potencias mundiales, en el cual se puede saborear un jugoso beneficio.

Es de nuevo la geografía la que estimula la codicia, acicateada por la feliz circunstancia del hallazgo en California de ricos yacimientos auríferos, que generaron el proceso de rápidos desplazamientos humanos del este hacia el oeste de los Estados Unidos.

Muy diversos elementos entran en juego, para dar carácter de complejidad y tensión externa, a la de por sí confusa y difícil situación interna. En lo internacional, se hallan los intereses crecientes de la Gran Bretaña en la costa de la Mosquitia, alentada por un cónsul ambicioso y maquiavélico, Frederick Chatfield. Los intereses norteamericanos, se extienden como parte de un proceso expansivo interno de ese país, que se cobija en sus afanes expansivos en la teoría del destino manifiesto, fuerza impulsora ésta que justifica toda aventura individual, es decir, no auspiciada por el Estado, que busque ampliar los intereses norteamericanos sobre los pobres países mestizos que eran incapaces de darse siquiera un gobierno digno de respeto y consideración. Esta era al menos la convicción de aquellos aventureros que sin muchos escrúpulos, buscaron la expansión de su país y de sus propios intereses particulares.

Los términos de una presunta contratación canalera, fueron variados en 1850 para llevar al establecimiento de un tránsito, previo al canal, por el territorio de Nicaragua. De este modo se experimenta el inicio de

un ciclo de grande actividad al través de la vía interoceánica. Greytown o San Juan del Norte se tornó en la terminal de los navios que venían del Norte; al través de embarcaciones planas con ruedas de turbinas, se remontaba el río San Juan; en el espacio entre los raudales, obras embarcaciones llevaban adelante las conexiones, hasta conseguir más adelante atravesar el lago hasta el puerto de La Virgen y por un camino arreglado, llegar a San Juan del Sur, término de la ruta interoceánica. La Accessory Transit Company fue financiada por poderosos capitalistas norteamericanos, principalmente Valderbilt y Morgan de Nueva York y Garrison de San Francisco.

Los primeros viajeros por la ruta en septiembre de 1850, fueron recibidos calurosamente por los nicaragüenses, hasta con aplausos, según nos narra Ephraim G. Squier en su extraordinario libro sobre Nicaragua. Se estima hoy que alrededor de cien mil pasajeros cruzaron siguiendo uno u otro rumbo, en los años en que estuvo en servicio esta importante arteria de comunicación. Los beneficios que Nicaragua recibió, fueron bajos en orden a lo fijado en las contrataciones, aunque tuvieron un carácter de mayor gravedad, por los problemas políticos que se derivaron en forma casi inmediata de esta situación.

Sin vía del tránsito por Nicaragua, probablemente tampoco habría podido ocurrir la aventura del filibusterismo. Entre estas empresas, cabe citar la colonizadora propiciada por el Coronel Kinney, que se asentó en Greytown por corto lapso en 1855, y la que jefeó William Walker y que se organizó mediante una alianza suscrita por Byron Cole, por el Director del Estado el Licenciado Castellón.

La confusa mezcla de intereses que entran en juego dentro del proceso global de la aventura de Walker, va más allá de nuestro propósito inmediato en este trabajo. De todo este proceso, resulta claro que el sometimiento del estado de Nicaragua a las presiones e intereses norteamericanos, fue uno de los resultados más inmediatos, aún cuando resulte bastante difícil dejar establecida la separación entre lo que podía ser interés particular y lo que caería como designio específico del estado norteamericano.

La pugna entre los intereses específicamente particulares, es uno de los factores ciertamente modeladores del proceso que se estructuró a final de cuentas contra la aventura de Walker en Nicaragua. El hecho de haber pretendido Walker enfrentarse a los intereses poderosos de Vanderbilt y compañía como parte de un plan en su beneficio particular, fue una carta demasiado poderosa, q' redundaría a final de cuentas en su perjuicio. Para jugar con los poderosos, hay que serlo también, y Walker en este terreno era un aprendiz inexperto. Ciertamente la derrota de Walker, en cierto modo fue el resultado de una venganza promovida por Vanderbilt, ha dicho con mucha razón Scroggs en su conocido libro (5). Es claro que no se pueden tampoco simplificar las cosas, dado que la magnitud del problema no se reducía a la cuestión de la vía del Tránsito. Walker se tornó en Presidente de Nicaragua, hecho que alertó fuertemente a las naciones centroamericanas, al menos a aquellas que

ingenuamente creyeron que los acontecimientos de Nicaragua no eran tan graves.

La oportunidad de un esfuerzo común centroamericano para librar a la amenazada república hermana, cabe decir fue la máxima expresión de la decisión de nuestros pueblos por permanecer libres e independientes. Ciertamente también, que fue la vía del tránsito la que generó toda esta problemática y dio oportunidad a la mayor gesta de heroísmo y determinación frente a un enemigo común, librada por los pueblos del istmo.

CANAL

Sueño largamente acariciado ha sido este del canal interoceánico por Nicaragua. Al flamenco Diego de Mercado habría que adjudicarle, en época tan temprana como es el año de 1620, la primera elaboración de un proyecto global que buscase llevar al hombre a construir tan singular obra del artificio humano (6). Fue el Rey Felipe III, quien hubo de tener particular relación sobre tan importante tópico, que de haberse podido llevar a efecto, habría significado un paso revolucionario en las comunicaciones mundiales de la época.

Por los detalles contenidos en la relación de Mercado, caemos en el conocimiento de que a su juicio, la mayor dificultad estribaba en la salida hacia el Pacífico, y para el efecto él aconsejaba la ruta de la Quebrada Honda, que parece ser más bien la del río Sapoá, con una salida a bahía de Salinas, dentro del actual territorio de Costa Rica.

Fue un proyecto demasiado ambicioso quizás para su tiempo, pero que nos muestra el sentido visionario de algunas gentes, en una época bastante difícil para tales fantasías.

Se hace necesario esperar el paso de varios siglos, antes de que el tópico de un posible canal, vuelva a cobrar actualidad. En efecto, por impulso e iniciativa del General Francisco Morazán, vino a tierras centroamericanas el inglés John Baily, a ocuparse de la exploración y medidas del proyectado canal. Esto sucedió entre los años de 1837 y 38. A su pluma se deben algunos apuntamientos que nos permiten adquirir el conocimiento preciso de sus ideas y concepciones. Por ellos sabemos que, en opinión de los ingenieros, resultaba factible remover los obstáculos de los raudales; además, la conexión con el Pacífico se establecería entre el río Lajas y San Juan del Sur, siguiéndose una curvatura que buscase el punto más bajo de la cordillera (7).

Parece que los altos costos de estas obras, fue el factor más determinante que impidió su realización, ya que la República Federal de Centro América, que la promovía, se hallaba en un estado crónico de crisis financiera.

Aunque se realizaron más tarde diversas concesiones que buscaban la misma oportunidad canalera, no será sino hasta el año de 1871 en que nuevamente se emprenden formales esfuerzos por plasmar en realidad dicho empeño. Ese año el gobierno de los Estados Unidos envía una comisión para estudiar el problema, así como el competitivo de Panamá. Los franceses sin embargo, toman la delantera a los norteamericanos;

en 1878 se decide la construcción del Canal Interoceánico por Panamá, desechándose el de Nicaragua, por recomendación directa del ingeniero francés Ferdinand Lesseps, constructor del Canal de Suez. Los Estados Unidos continuaron propiciando la ruta por Nicaragua, de modo que en 1888 el ingeniero cubano A. G. Menocal, asociado con capitalistas estadounidenses, organiza una compañía, realiza rigurosos estudios, e incluso emprende las primeras obras en San Juan del Norte, abriéndose además la trocha para la vía del ferrocarril que habría de correr paralelo a la ruta canalera.

Los múltiples problemas experimentados por Lesseps en Panamá, fortalecieron más tarde el interés estadounidense en el proyectado canal. Es así como en 1895 se aprueban los levantamientos y estudios formales para la vía de Nicaragua y en junio de 1897 se constituye la Nicaragua Canal Commission, la que estuvo presidida por el almirante John G. Walker. Los estudios realizados por dicha comisión, son los más pormenorizados y específicos que es dable encontrar sobre el tema; empezaron en diciembre de 1897 y se completaron en febrero de 1899 (8).

El descalabro de la Compañía Francesa del Canal de Panamá, planteó una nueva situación a los Estados Unidos, al abrirse la posibilidad de su adquisición por dicho país. Veamos cuál fue la argumentación en 1902 del Senador norteamericano del Comité de Canales interoceánicos, A.B. Kitterige al Senado:

“Una cosa es segura; si adoptamos la ruta de Panamá, habrá sólo un canal istmico, y será el nuestro. En cambio, si preferimos la de Nicaragua, puede haber dos canales, de los cuales seríamos nosotros dueños de uno, que será el inferior”

“Si construimos un Canal en Panamá, nadie intentará construir uno en Nicaragua, porque éste será cuatro veces más largo que el de Panamá; tendrá más cuerdas y su navegación, por esto, resultará más difícil. Si terminamos el canal de Panamá, dominaremos el tráfico interoceánico de los barcos”.

“Si construimos el canal por Nicaragua, debemos contemplar la posibilidad de que el canal por Panamá sea terminado por otros en lo futuro, si no en esta misma generación. Entonces será abierto a las naves extranjeras y facilitará el acceso a nuestras costas de flotas hostiles, y el principal objeto que el país busca con la construcción del canal istmico quedará completamente frustrado. La ruta de Panamá atraviesa un territorio antiguo de la civilización que ha estado al servicio del Comercio del Mundo por cuatro siglos” (9).

Con argumentaciones como la presente, es innegable que es posible hallar con facilidad, el motivo que llevó a que, de 1902 en adelante, los Estados Unidos

fortalecieran su interés por Panamá, en perjuicio de los encaminados planes por el canal de Nicaragua.

Es cierto que en posteriores oportunidades se ha vuelto a replantear la posibilidad canalera, pero en el fondo los alcances de las argumentaciones del senador Kitterige, en respaldo de un control ciertamente monopolístico del Canal de Panamá, conservan plenamente su vigencia, de manera que no cabe esperar mucho de esta otrora prometidora ruta canalera por Nicaragua.

CONCLUSIONES

En fecha bastante reciente, se ha vuelto a hablar del río San Juan, involucrado dentro de un proyecto global de cuencias multinacionales en Centro América. La idea fundamental es la de conseguir mediante el aprovechamiento del apreciable caudal de aguas de la cuenca del San Juan, mejorar la navegación fluvial por el elevamiento del nivel del río en la parte que corresponde a los raudales y la construcción de dos esclusas. Se conseguiría además una generación hidroeléctrica apreciable, con un dique que se construiría aguas abajo del río San Carlos. Todo esto en una primera etapa, dado que se prevé otro similar aguas abajo de la confluencia del Sarapiquí, concebido igualmente como el primero (10).

No sabemos la suerte que habrá de correr en el futuro este proyecto; pareciera en todo caso que se ha podido evolucionar hacia la adopción de un criterio nuevo de posibilidades, enmarcadas no ya dentro de la vasta dimensión de un canal internacional, sino en el más realista de una cuenca multinacional, en que Nicaragua y Costa Rica habrán de compartir esfuerzos y beneficios, que tiendan al desarrollo de esta zona, hasta el momento marginal en el proceso global de ambos países.

Los hechos del pasado, van sedimentándose y adquiriendo ciertamente su carácter esencialmente histórico, ante las nuevas perspectivas que la realidad plantea. La historia de la cuenca, rica en lecciones y aprendizajes, merece por esta misma causa ser comprendida y analizada, no por lo que es en la actualidad, sino por lo que ha sido o puede llegar a ser en el futuro. Por esto se justifica plenamente el desarrollo de un pensamiento ciertamente “sanjuanista”, del río San Juan como preocupación, interés, y aspiración. Eso es lo que ha venido haciendo por largos años José Coronel Urtecho. De manera que, seguiremos en adelante relacionando su nombre con este padre de las aguas de Nicaragua, que con su vigoroso caudal, con su singular ubicación geográfica, y con lo que parece prometernos, nos hace pensar siempre y en forma permanente en un futuro prometedor, cargado de sueños de grandeza.

NOTAS

(1) Se publicó en la Revista “Centro. El bimestre en Centro América”. Año II, Vols. VII-IX (Marzo-Agosto de 1940): 23-24. Managua.

(2) Colección Ensayistas Hispánicos. Aguilar. Madrid. 1959:3-24

(3) Ediciones Cultura Hispánica. Madrid. 1966:1-57

(4) Dos religiosos: Relación de las cosas que le sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce, Comisario General en las provincias de Nueva España”. 1586. En Revista Conservadora del Pensamiento

Centroamericano. Managua. No.58 (Julio, 1965). Sección Libro del mes, pág. 14-24.

(5) Scroggs, William O. *Filibusteros y Financieros. La historia de William Walker y sus asociados*. Banco de América. Managua. 1974.

(6) Mercado, Diego de. "Relación". En Peralta, Manuel M. "El Canal Interoceánico de Nicaragua y Costa Rica en 1620 y 1887". Bruselas. 1887 (5-32)

(7) John Baily. En *Revista de los Archivos Nacionales de Costa Rica*. Año II, Nos. 7-8 (Mayo-Junio 1938): 345-357

(8) Nicaragua Canal Commission: "Report", 1899.

(9) Castellero, Ernesto J. "Historia de la Comunicación Interoceánica y de su influencia en la formación y en el desarrollo de la Entidad Nacional Panameña". Imprenta Nacional, Panamá, 1939, pág. 101.

ANEXO

Hemos creído pertinente complementar nuestro trabajo, con una bibliografía selectiva, que nos sirva para destacar el prolongado interés que el San Juan ha ofrecido a viajeros y científicos, e incluso historiadores y técnicos. He aquí las que consideramos como más importantes.

ALVAREZ, Miguel A. "Los Filibusteros en Nicaragua. 1855-1856-1857".

Managua, Editorial LA PRENSA. 1944.

Obra de importancia, sobre todo en lo que concierne a la Compañía del Tránsito y sus intereses en Nicaragua. BAILY, John. "Memoir on the Lake of Granada, the River San Juan and the Insthmus between the Lake and Pacific Ocean in Nicaragua". London. 1837.

Este trabajo concreta el proyecto propiciado por Morazán, para la posible apertura del canal. Hay traducción al español, sin fecha, publicada en Guatemala, hecha por el Dr. Juan J. de Aycinena. La reedición más reciente en: *Revista de los Archivos Nacionales de Costa Rica*. San José. Año 2, Nos. 7-8 (mayo-junio 1938): 345-357

BASTIDE, Martin de la "Plan pour ouvrir une communication de la mer du Nord á la mer du Sud, par la riviére Saint-Jean et le golfo de Papagayo" Paris, 1791. (Citado por Lévy).

BELLY, Félix "A travers l'Amérique Centrale. Le Nicaragua et le Canal Interoceanique". Dos tomos. Paris. Librairie de la Suisse Romande. 1867.

Obra importante, destinada a promover la realización del canal por Nicaragua.

BELT, Thomas "The Naturalist in Nicaragua. A narrative of a residence at the gold mines of Chontales; journeys in the Savannas and Forests; with observations of animals and plants in reference to the theory of evolution of Living forms". London. 1874. El autor entró a Nicaragua por Greytown y describe sus experiencias por el río San Juan, con ricas observaciones científicas.

BONAPARTE, Louis Napoleón "Canal of Nicaragua..." London. 1846 (L.N.B.)

El texto, traducido al francés, aparece incluido en la obra de Félix Belly. Trata de promover la construcción del canal.

CHILDS, O.W. "Report Survey of a route the proposed Nicaragua Ships Canal, from San Juan del Norte on the Atlantic, to Brito on the Pacific". New York. 1852 (citado por Lévy):

DAVIS, Arthur P. "Report of Hydrographic Investigations in Nicaragua". En "Nicaragua Canal Commission". 1899:193-341.

Muy completo estudio hidrográfico y meteorológico del área del proyectado canal.

HAYES, Charles Willard "Report on the Geology and Physiography of the Nicaragua Canal Route". En: "Nicaragua Canal Commission. 1899:87-192

Riguroso e importante enfoque sobre los temas que se indican.

LAWRENCE, George N. "Excursion to the Lake Nicaragua up the river San Juan".

"Nautical Magazine". 1840-41 (Citado por Lévy).

Su autor es naturalista y ese debe ser el énfasis dado a su trabajo.

LEVY, Pablo "Notas Geográficas y Económicas sobre la República de Nicaragua".

Paris. Librería Española de E. Denné Schmitz. 1873.

En su importante obra, su autor dedica varias páginas al problema de los canales americanos y con énfasis en el de Nicaragua (págs. 413-440). Incluye al final de la obra una bibliografía amplia sobre la misma materia.

MARURE, Alejandro. "Memoria histórica sobre el Canal de Nicaragua". Guatemala, 1845.

Recoge los esfuerzos últimos que buscaron el logro del canal.

MENOCAL, Aniceto G. "The Nicaragua Canal Project". En: "Engineering News". September 14, 1889. Págs. 3'8.

Muy cuidadoso estudio justificativo del canal, con claros planos de los perfiles generales y detallados del proyecto canalero.

MERCADO, Diego de "Relación de los puertos de San Juan del Norte y San Juan del Sur, de la laguna de Granada y el Desagüadero, dirigida a S.M. el Rey don Felipe III por D. de M.". 1620. En: Peralta Manuel M. "El Canal Interoceánico de Nicaragua y Costa Rica en 1620 y en 1887". Bruselas. Imprenta de Ad. Mertens. 1887:5-32.

NICARAGUA CANAL COMMISSION "Report of the N.C.C. 1897-1899". Baltimore. The Lord Baltimors Press. 1899.

Muy completo estudio acerca del proyecto canalero, con gráficos, planos, mapas, fotografías, etc.

PASOS DIAZ, José "La Canalización del río San Juan". En: *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, No.108 (Septiembre, 1969): 17-24.

Analiza la importancia económica para Nicaragua, de

la obra de canalización.

PEREZ VALLE, Eduardo "El Desagüadero de la Mar Dulce. Historia de su descubrimiento". León. Editorial "Hospicio. 1960.

Muy completo estudio acerca de la historia de su hallazgo y exploraciones por los españoles del siglo XVI.

REYNOLDS, Thomas C. "Comisión de los Estados Unidos a la América Central y Meridional". 1885.

En: Peralta, Manuel María "El Canal Interoceánico de Nicaragua y Costa Rica en 1620 y 1887". Bruselas. Imprenta de Éd. Mertens. 1887:35-55.

Se reproduce la parte sobre Nicaragua, sobre la condición del proyectado canal y el comercio con ese país.

ROBERTS, Orlando W. "Narrative of Voyages and Excursions on the East Coast and the Interior of Central America". Edinburgh 1827.

Existe traducción al español en: Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano. No.68 (Mayo, 1966): 1-62, traducción de Orlando Cuadra Dowing. Managua, bajo el título de "Narración de los viajes y excursiones en la costa oriental y en el interior de Centroamérica".

Roberts hizo su viaje por 1820 y relata con detalle su recorrido por el San Juan y el interior de Nicaragua

RUSSELL, Wallace E. "El Tratado de Canal Zavala-Frelinghuysen". En: Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano, No.108 (Septiembre, 1969): 1-46 (Sección Libro del Mes). Managua.

Presenta un documentado estudio acerca del convenio canalero de 1884.

SALVATIERRA, Sofonías. "Los castillos en el Reino de Guatemala". En: Contribución a la Historia de Centroamérica. Monografías documentales". Tipografía Progreso. Managua. tomo I:38-57.

Presenta importantes datos sobre los castillos sobre el río San Juan durante la colonia.

SCROGGS, William O. "Filibusteros y Financieros. La historia de William Walker y sus asociados". Serie Histórica No.1. Colección Cultural. Banco de América. Managua. 1974 (Traducción de Luciano Cuadra)

Esta obra es clave para el conocimiento de los intereses económicos en la aventura filibustera de Walker.

SQUIER, Ephraim George "Nicaragua: its people, Scenery, Monuments, and the Proposed Interoceanic Canal". 2 volúmenes. New York. Harpers Bros. 1852.

(Hay traducción al español, de Luciano Cuadra, publicada por EDUCA. 1972.

Fundamentalísima obra sobre Nicaragua y la cuestión del canal. La parte canalera, no incluida en la traducción al español.

SIECA "Estudio de cuencas multinacionales en Centroamérica. Diagnóstico y posibilidades de Desarrollo en tres cuencas multinacionales de Centroamérica". Resumen. Volumen Uno. Guatemala, Septiembre de 1973

Compendiada publicación de los proyectos de navegación y electricidad sobre el San Juan (Hay otras con mayores detalles)

VALLE, José Cecilio del "Memoria sobre el Canal de Nicaragua". Guatemala 1824

(citada por Lévy).

El Río de la Poesía

“Todo este denso y variado libro se desliza como un río de curso irregular: con grandes playones llenos de agua mansa hasta donde alcanza la mirada, con peligrosos raudales y con sorpresivos y enroscados meandros”.

E. Gutiérrez

Coronel Urtecho o la Palabra en Libertad

Carlos Rafael Duverrán *

Entretanto, si pedís, por una parte,
la materia prima de la poesía en
toda su crudeza y
la que es, por otra parte,
genuina, entonces estáis interesados en la poesía.

Marlaine Moore (La poesía)

La obra poética de José Coronel Urtecho es una larga aventura en la búsqueda de la palabra en libertad expresiva. Esa tentativa, que puede seguirse tanto en la prosa como en el verso, constituye el esfuerzo por crear un espacio lírico amplio, capaz de reflejar la múltiple y compleja realidad centroamericana, en un plano de experimentación y búsqueda que va desde la palabra en rebelión subjetiva hasta la comunicación directa de la visión de la naturaleza.

Aventura o búsqueda de la palabra poética en libertad de expresión, cruzando por muchas vueltas y revueltas de estilo que son como túnicas con que el poeta se reviste y de las que luego se despoja, siempre fiel a su natural insatisfacción frente a un lenguaje establecido y a su segura jovialidad de encantador de la palabra. Aventura que para —después de un largo viaje por lugares de sueño y de Quimeras— en el sitio original, en la casa del corazón y de la propia tierra, como él mismo lo define con el verso de Homero que da nombre a su libro de poemas: “y por muchas subidas y caídas, vueltas y revueltas, dan con las casas”.

Vista en su amplitud, en su diversidad de estilos, la poesía de Coronel se nos aparece como un continuado esfuerzo sobre el lenguaje, como una lucha constante por hacer posible esa palabra libre y mágica, la palabra en todas sus posibilidades de expresión y sugerencia. Desde la palabra en juego de sugerencias fónicas hasta la palabra de limpia significación, desnuda, sin piel de brillo literario.

Ya desde la poesía de vanguardia se inicia una trayectoria que se va extendiendo por una línea de evolución a lo largo de lo experimental vanguardista, búsqueda de complejidad formal, con el uso de los recursos propios de esa renovación lingüística. (El poema *Retrato de la mujer de tu prójimo*, por ejemplo, está en el límite de esa dirección, y anticipa recursos cinematográficos para la poesía). Pero hay también otra dirección que va desde el centro —el indudable centro imaginario— por una línea de depuración y concreción de la palabra poética hasta un límite de sencillez lingüística y de realismo imaginativo. En ese

espacio la palabra sólo tiene ya una carga de intencionalidad sugeridora por sí misma, y actúa en la libertad de la impresión directa y sensorial. Es el gozo y deleite en la simple visión o descripción de la realidad, de la naturaleza; es la fruición, el paladeo de nombres con que congrega los elementos de su perfumada zona terrestre.

Esta doble dirección —que lleva implícita también una doble ruptura literaria— puede asimismo señalarse desde el mismo centro imaginario: la que va hacia el terreno de lo experimental, de la creación de formas sintácticas llenas de dinamismo en la representación multisugerente de la doble realidad, subjetiva y objetiva, como en la prosa de *Rápido tránsito* (1953); y la otra dirección en que la prosa se dirige hacia la representación directa de una realidad concreta, como en las noveletas.

El centro de donde dimanan esas direcciones no es otra cosa que esa constante vocación de libertad expresiva y de insurrección literaria que en Coronel es vital, y que es como un sentido escéptico de la literatura del que se salva su fe inquebrantable en la poesía como realidad de vida, captada por algunas obras literarias. En ese imaginario pero viviente centro de la operación lírica de Coronel se encuentra ese increíble equilibrio entre cultura y vida, entre reflexión y poesía que le permite ser al propio tiempo un gran poeta y un gran teórico, traductor y promotor de la poesía. Por ser un centro de equilibrio, de intersección de líneas perpendiculares, allí se funden y confunden en un grado cero de intencionalidad, neutro, la poesía original y la poesía traducida, interrelacionándose y apoyándose mutuamente en una sola visión de la poesía y de la vida.

Vista desde este enfoque, la obra poética de Coronel, que se proyecta en evolución que retrocede desde lo complejo estilística y temáticamente —el vanguardismo— hacia el dominio de una palabra libre y sugeridora por ella misma, por la especial tonalidad y vibración de la voz, es un avance hacia la conquista de un lenguaje gris, exento casi de metáforas, que dice y habla desde lo real imaginativo. Poesía desde la sugestión o desde la imaginación, no poesía hecha con recursos de la poesía o de la literatura, aunque refleje —cómo no— la extraordinaria formación cultural del

* Carlos R. Duverrán - Catedrático de Lengua Castellana en el Departamento de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica

autor, pero ya hecha suya, asimilada y apenas sugerida, en un desenfadado dominio que siempre presupone el conocimiento de aquello de lo que prescinde y hasta su experimentación previa.

Por otra parte, como se ha señalado, la obra poética de Coronel se compone de dos vertientes paralelas: la poesía original y la poesía traducida. Hay entre ambas formas de creación —lo creado y lo re-creado— un hilo secreto que conduce a la más íntima de las fibras de la estructura imaginativa de donde esta obra brota. Esta relación es la que nos ha permitido afirmar que ambas zonas de creación se apoyan mutuamente y se explican. El mismo poeta parece intuirlo al ordenar su libro (su único libro de poesía publicado: *Pol-la D'Ananta Katanta Paranta. Imitaciones y traducciones*, 1970), como una sucesión intercalada de poemas originales y traducciones. Es más: el poeta emplea el término imitaciones para sus poesías originales, con lo que alude en forma excesivamente injusta a la relación de su poesía con la de otros autores. O también, más certeramente quizás, a su sentido escéptico sobre la originalidad literaria, ya que la poesía se nutre de la poesía, y un buen poema es en realidad obra de muchos poetas. Pero lo que nos interesa destacar es que hay sobre todo algunos poemas traducidos por Coronel de gran importancia para la interpretación de sus poemas originales, (y aun para la de poemas de otros poetas nicaragüenses), porque reflejan su coincidencia o afinidad con las ideas del poeta sobre la poesía, o que de alguna manera han contribuido a conformar esas ideas o intuiciones. Lógicamente, la afinidad no se circunscribe a la poética, sino que en su atmósfera hay también elementos críticos sobre la vida y la realidad que han colaborado a integrar la cosmovisión de Coronel. Poemas como *La Poesía* de Marianne Moore y *El reino de la poesía* de Delmore Schwartz, parecen señalar condiciones que se ajustan a lo intentado y conseguido por el poeta. Toda la poesía de Coronel es un esfuerzo evidente por descubrir ese reino de la poesía que flota como corona de iris sobre la realidad:

Porque el brillo y la gloria de la realidad,
sin la poesía,
Palidecen, como las rojas óperas del crepúsculo
y los ríos azules y las ventanas de la mañana.
Delmore Schwartz (*El Reino de la poesía*)

Así como también se ha esforzado por demostrar que el humor, el sano humor es alimento de la poesía y un buen camino hacia el amor:

Por lo cual la historia de la poesía será una historia
de la alegría y una historia del misterio del amor.
D.S. (*El reino de la poesía*)

Este sentido de la poesía como algo no necesariamente solemne, trascendental, sino como espacio capaz de alegría, de humor, de temática ancha y humanística, liberal poéticamente, proviene tal vez de su propia concepción de la vida, pero se refuerza en el contacto con la gran poesía norteamericana. En su obra Coronel trabajará incansablemente por el lado de la temática, abierta siempre, y por el de lo lingüístico

(por ejemplo, toda su expresividad fónica, sus juegos de palabras y sonidos), por dar una representación de esa amplitud o totalidad de lo lírico como un dominio sin fronteras.

Desde su primera época se advierte su tendencia a la elaboración de lo popular, de la riqueza expresiva popular que ha informado siempre la gran poesía. Allí lo mítico —mayor o menor— es urdimbre tejida por la imaginación del pueblo. Así, en su *Pequeña Oda a tío Coyote*, el poeta recoge un fragmento de esa mitología rural centroamericana y lo eleva a un plano universal. El buen humor está presente en sus poemas y en sus antipoemas (Coronel es tal vez un iniciador de este tipo de experimento poético, aunque con la inteligencia necesaria para no quedarse en ello). Coronel, contemporáneo de un clima posvanguardista de poesía demasiado seria, solemne y trascendentalista, ha vuelto a descubrir para la poesía el humor, el tono festivo, lo no-trascendental, y su sentido profundo como elemento de ironía crítica y captador de la realidad. el humor como forma de penetrar más directamente en un tema, apoderándose del objeto por medio de una inversión de perspectiva, y llegando así directamente al meollo. Por ejemplo, la *Oda al Mombacho*, la *Oda a Rubén Darío*, etc.

Señalábamos al principio que la obra de Coronel es un avance hacia la palabra en libertad. Y que esa dirección se refleja en la diversidad de formas de ataque frente a la creación poética: una actitud cambiante, de alegre discordia, nunca rígida, que se manifiesta por el lado de la forma en distintos estilos y maneras. Ahora bien esta diversidad expresiva puede hacernos suponer algunas cosas: en primer término, dada su calidad permanente, podemos hablar de su capacidad de dominio de esas distintas formas; luego, de su inconformidad con un determinado estilo o forma precisa; y, como consecuencia, de su descontento por los resultados expresivos de las distintas formas, es decir, de su actitud activa de insurrección expresiva.

Desde el soneto, el poema rimado, la canción, al verso libre, al versículo, al párrafo poético, a la prosa poética, la incansable búsqueda de Coronel es una metáfora estilística de su desconfianza en la literatura (literatura como sujeción a una política literaria, a un solo credo, a un solo estilo) y, como contraparte, de su fe en la poesía. En la poesía, que puede darse y se da en cualquier estilo, porque ella no es el estilo, sino otra cosa. También podría decirse que no se trata de una búsqueda, sino más bien de un encuentro múltiple con la poesía, de un cerco que el poeta le hace a la poesía hasta dar con ella en la pura palabra, en la palabra en libertad. Como Picasso (“Yo no busco, encuentro”) no se detuvo en un estilo, porque él era todos los estilos, es decir, la pintura, Coronel es todos los estilos poéticos, es decir, ninguno, porque su dominio es la poesía.

Por tanto, complejidad de formas o de búsqueda, y sencillez de encuentro o de dominio, la poesía de Coronel es reacia al estudio crítico envolvente, difícil a una sola interpretación. Sin embargo, creemos que una buena forma de acercamiento a ella es el estudio del pensamiento poético y literario de Coronel, disperso

en sus escritos, y en la aproximación admirativa —como crítico, como intérprete, como traductor— a la obra de otros poetas. En ese campo, la poesía norteamericana ocupa un lugar importante. Las siguientes notas, tomadas rápidamente en un repaso de su libro *Rápido tránsito*, pueden dar idea de lo que podría ser un estudio detenido.

La enumeración, signo de estilo importante en cierta poesía de Coronel, por ejemplo, proviene de su admiración por la poesía norteamericana, y especialmente de su interpretación de Whitman. Coronel había aprendido la emocionada lección del poeta en su amor por las palabras. Amor por las palabras representativas de cosas, de lugares, de elementos de la tierra. Porque la palabra representa la cosa, es la cosa misma para el poeta, y una manera de apoderarse de la realidad y fijarla es recoger sus fragmentos, enumerar los modos de ser de esa realidad, agotando en el poema las posibilidades de comunicación con esa realidad recogida en sus pormenores y destellos múltiples. He aquí una forma de descifrar el enigma de la tierra, el enigma de América.

En su apreciación de Whitman, Coronel destaca ese modo de poetizar, representando la realidad numerosa:

“Su poesía era de la tierra y sobre todo de la tierra y del pueblo de América. Había oído —decía él— pedir algo para descifrar este enigma de América y por eso nos enviaba sus cantos para que contempláramos de ellos lo que deseábamos”. *Rápido tránsito*, pág. 52

“Cantaba el poeta de América partiendo del lago Paumanok, que tiene forma de pescado, donde nació —donde nació, decía, hablando en su yo personal y colectivo— bien traído al mundo y creado por una madre perfecta, tras de vagar por muchas tierras, amante de los populosos pavimentos, habitante de Manhattan, su ciudad, —my city— o de las sabanas del Sur o soldado acampado o cargando su mochila y su fusil, o minero en California o rústico en su casa de los bosques de Dakota: su dieta, carne, su bebida, de la fuente; o retirado a meditar en un remoto paraje, lejos del alegre bullicio de las multitudes, dándose cuenta del fluyente Missouri, dándose cuenta del poderoso Niágara; dándose cuenta de las manadas de búfalos que pastan en las llanuras de los hirsutos toros de pechos poderosos, de la tierra, las piedras, las flores experimentadas— “vidas como una experiencia profunda— las estrellas, la lluvia, la nieve, su asombro —mi asombro, decía, my amaze— habiendo estudiado los tonos del zenzontle y el vuelo del gavilán de montaña y oído de madrugada al sin rival, al zorzal eremita de los cedros del pantano....”

Rápido tránsito, pág. 53

“Y dirigía palabras de amor —como embriagado— a las tierras de América”

Ibid., pág. 53

Esa experiencia profunda que Coronel encuentra en

la raíz sensorial de las enumeraciones de Whitman, y ese amor de palabras embriagadas, es el mismo sustrato que se encuentra en su forma de ver y de cantar la tierra centroamericana, de enumerar sus elementos; es esa misma capacidad de asombro constante, de regocijo libre en la enumeración de los milagros comunes de la tierra y la naturaleza. A este respecto, véanse los grandes poemas enumerativos de Coronel: *Febrero en la Azucena*, *Pequeña biografía de mi mujer* y *Ciudad Quesada*, poema en q' se hace un emotivo recuento de la fauna y la flora de la zona norte de Costa Rica.

“Y repetía incansablemente los nombres aborígenes que le sonaban como llamadas de pájaros y de animales en los bosques”.

“Era el poeta adánico, edérico, como Adán en el Paraíso dando nombre a las cosas. Estaba enamorado de todas las palabras y de todas las cosas”, *Ibid.* pág. 54

La visión de Norteamérica, que es la vivencia personal de esa tierra y de ese pueblo, llega a Coronel a través de Whitman, por medio de las sensaciones del poeta en sus poemas. Y hay también poesía en la prosa en que Coronel lo explica y en que recrea esas sensaciones que ya eran suyas, desde Whitman, porque eran recreadas por su sensibilidad. De la misma manera que la poesía viva de sus traducciones, viva y revivida por él (en la traducción y en la asimilación a su sensibilidad poética) pasa de alguna forma a su propia poesía, sin que haya sujeción al modelo, porque es ya reincorporada, asimilada fecundamente.

“Absorbía con él paisajes y multitudes, objetos, animales y gente”.

De la misma manera Coronel nos entrega, en *Rápido tránsito*, su emoción enumerativa de la realidad, en este caso de la palpitante vida de la ciudad o de la naturaleza americana. Su prosa es multisugerente y nos transmite un mundo de sensaciones entrelazadas, que nacen siempre de una experiencia:

“Las sábanas inmensas de la ribera occidental en que vagaban las tropillas de búfalos y a veces un viejo búfalo con cuernos como dos lunas nuevas y barba luminosa cruzaba el río a nado separando las olas e iba a echarse sobre las altas yerbas en una de las islas; las selvas de la otra orilla con árboles suspendidos sobre la corriente, apiñados en los acantilados, dispersos en los valles, árboles de todas las formas, de todos los colores, de todos los perfumes, que se entrelazaban, crecían confundidos, subían por los aires, entre viñas silvestres, begonias y coludos entretejidos en los troncos, escalando sus ramas, arrastrándose a sus extremos, saltando del arce al tulipán, del tulipán al malvarrosa, formando grutas, cúpulas, pórticos....”

Ibid. pág. 82

Obsérvese aquí cómo la sintaxis adopta la forma característica de la enumeración continuada, dando la representación dinámica —casi cinematográfica— de algo que está ocurriendo y de su impresión resultante a la vez. La descripción remite siempre a la sensación presente: al color, al sonido, al sabor, a la fruición

morosa en ese disgustar todas las cosas. Por esto, de la crónica se pasa a la poesía. De la misma manera que en sus poemas la enumeración de elementos —sin apartarse a veces un milímetro de la realidad— es siempre comunicación y no crónica, y por lo tanto poesía.

Por supuesto que la comprensión y admiración de Coronel por otros poetas que amaron la tierra y escribieron siempre pensando imaginativamente en cosas concretas, en seres reales, debe haber contribuido a enriquecer su visión de Norteamérica, y del mundo, y su capacidad para sentir su zona terrestre centroamericana. Esto puede decirse, entre otros, de Robert Frost.

“Ese amor por la tierra —su simpatía por el mundo— era uno de los rasgos que más amaba en Frost. No hay pesimismo en él sino bondad”.

Ibid., pág. 62

Y también, lo que más advierte en él, es su capacidad para construir su poesía con imágenes amorosas y puras de la realidad, que la interpretan, que aluden a categorías significativas de la vida y la naturaleza. Esto, que ama en Whitman, lo encuentra de alguna manera en la poesía rural de Frost, y en Sandburg y otros poetas. Lo encuentra en ellos, porque ya estaba presente en su sensibilidad, y desde ellos vuelve a él y lo enriquece.

“Empecé a imaginarme a la Nueva Inglaterra a través de la poesía de Robert Frost y de sus imágenes campesinas, como si leyera únicamente una sencilla presentación neovirgiliana del campo y sus quehaceres, pero había algo engañoso en su simplicidad, pues los hechos y cosas más familiares como un macizo de flores, una pila de leña, un poco de nieve vieja en un recodo sombreado, el caballo de un amigo parado en un camino, sentarse a la orilla de un matorral o detenerse en un bosque una nevosa tarde, adquirirían en sus poemas una espontánea significación, un sentido moral o espiritual que parecía desprenderse de ellos de manera indirecta y como sin quererlo”.

Ibid., pág. 60

En Carl Sandburg, Coronel descubre tres vertientes de su sensibilidad poética: la captación del mundo por el amor a la tierra —como en Whitman— pero ahora en una forma menos grandilocuente, más sencilla, la salvación por el humor y el sentido de lo popular.

“Carl Sandburg se salvaba del escepticismo o la amargura por el amor a la tierra y a la gente y por el buen humor popular que siempre es un consuelo”.

Ibid., pág. 75

También señala su visión de América, y de la poesía americana, como una conjunción entre mujer y tierra: la mujer americana y su reflejo en la poesía. Es significativo ver cómo también Coronel, en su poesía, ve a la mujer, a la mujer concreta, como un centro dinámico en medio de la tierra. Su amor a su mujer es su amor por su zona terrestre y viceversa. Como su poema *Pequeña biografía de mi mujer* no es otra cosa que la enumeración emocionada de los lugares y de los

elementos de un espacio terrestre ocupado por la vida y la presencia envolvente de una mujer: su mujer. En una doble perspectiva, la tierra está llena de su presencia, y ella es la tierra y sus múltiples elementos y transformaciones. Pero de una manera concreta: su tierra, su zona terrestre y su mujer. Refiriéndose a las muchachas cantadas por Sandburg, señala:

“Porque yo buscaba entonces en la poesía norteamericana el reflejo de la mujer americana. Pensaba que la poesía y la mujer eran dos manifestaciones de la misma belleza: que la poesía era una expresión más trascendente y pura de nuestro amor a la mujer. América y la poesía americana y la mujer americana eran la misma cosa”. Ibid., pág. 79

Esa intuición del poeta siguió latiendo en su creación posterior, pues para Coronel su poesía y la mujer y la zona terrestre son la misma cosa.

El americanismo que puede sentirse en la poesía de Coronel —americanismo vivido desde el amor a la tierra, a su gente— americanismo sensorial y edénico, encuentra su identificación en la poesía y la gran literatura norteamericanas que amó e hizo suyas desde su formación. La intuición de que la poesía de América es asimilación de formas para contenidos originales, auténticos, es lo que lo acerca a escritores como Emerson, que decía:

“Ya hemos escuchado lo suficiente a las musas cortesanas”

En Thoreau, por ejemplo, lo que más admira, es aquello en que más se identifica con su sentido de la vivencia de la naturaleza, del gozo simple de la contemplación de la naturaleza. El partir de lo concreto, de la visión directa, poética, de la realidad, que, como hemos visto, es lo mismo que admira en Whitman y en los nuevos poetas. Ese rechazo de lo filosófico, de lo intelectual como punto de partida en el conocimiento del mundo, es central en el pensamiento poético de Coronel y puede así rastrearse en su obra. Su naturalismo que ve, refleja y proyecta simultáneamente su visión de lo americano y de la poesía, se encuentra, por lo mismo, en el espacio dinámico de su obra literaria. Coronel hace suyo un sentimiento (más que una teoría) que ya le pertenecía. Pero su conocimiento y recreación en la lírica norteamericana lo ilumina y revela, y, en un enriquecimiento a la inversa, ayuda al poeta a liberarse de la carga de una cultura demasiado pesada.

De Thoreau dice:

“Sus libros, mas que una crónica de la naturaleza, son ellos mismos bosques y ríos, praderas y lagunas, con atardeceres y amaneceres y medios días, con árboles y plantas, flores y frutas silvestres, con pájaros, mamíferos, peces, reptiles y mariposas, y de sus páginas se escapan todos los ruidos y los ecos, los perfumes y los colores, el sabor natural de las cosas, la vida, el movimiento, las sensaciones y las emociones, el lenguaje secreto y el significado misterioso de cuanto existe independientemente de nosotros y al lado nuestro”.

“Como lo dice Emerson, Thoreau sabía mejor que nadie que no es el hecho aislado lo que importa, sino la impresión del hecho en nuestra mente”.

Ibid., págs. 203-204

Coronel buscará siempre dar en su poesía, al menos en gran parte de ella, esa impresión profunda de la

vida y de la naturaleza. Regresando, como lo dice en su libro, a su propio Walden (el sitio de la experiencia vital y poética de Thoreau), Coronel empieza su canto. Su Walden es su zona terrestre, su Nicaragua, su Centroamérica. En ella y desde ella encuentra su respuesta. La respuesta es su poesía.

NOTA:

—Todas las citas de *Rápido tránsito* han sido hechas sobre la edición original de 1953, Talleres Gráficos San Antonio, Managua, Nicaragua.

Los poemas citados en la traducción de José Coronel Urtecho,

pertenecen a *Pol-La D’Ananta Katanta Paranta. Imitaciones y traducciones*, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, 1970, León, Nicaragua.

El Mundo Mágico de José Coronel Urtecho

Giuseppe Bellini*

Cuando pensamos en la poesía nicaragüense, junto con el gran nombre de Alfonso Cortés, se nos presenta el de una triada que, a pesar de las diferencias generacionales, ha enaltecido singularmente la expresión poética hispanoamericana. Junto con Pablo Antonio Cuadra y Ernesto Cardenal, José Coronel Urtecho cuenta en ella no solamente como el introductor en Nicaragua de las modalidades de vanguardia, sino como una de las más interesantes expresiones de la poesía de este país.

No me detendré aquí en el examen de la actividad vanguardista del poeta, ni en el de su incansable labor de difusión de la poesía norteamericana, sino me limitaré a subrayar el aspecto "mágico" de su poesía, que da un signo original a la expresión poética de Nicaragua. Ahora, cuando tan frecuente es hablar de "magia", con referencia especialmente, o casi exclusivamente, a la narrativa hispanoamericana, puede sorprender el hecho de que me atreva a aplicar este término, "mágico", a la poesía de Coronel Urtecho. El "realismo mágico" de la novela hispanoamericana tiene su correspondiente, en la poesía, en la "magia" que deja a un lado la pura protesta y en lugar de la denuncia escueta de la "condición americana" va, por caminos más íntimos, abriéndonos visiones singulares en torno a un mundo en el que —a lo menos para nosotros los europeos— parecen repetirse las visiones maravillosas de Cristóbal Colón; o las "de encantamiento" que recuerda Bernal Díaz del Castillo, al asomarse al valle de México, frente al espectáculo de la capital azteca; o, en obra de un gran autor americano de nuestro tiempo, Miguel Angel Asturias, los paisajes verdes, de esplendor, fijados en *El espejo de Lida Sal*, pero ya presentes como "maravilla" en las *Leyendas de Guatemala*, y en toda la poesía del escritor guatemalteco, hasta el triunfo místico —rito, pampa, color— de *Clarivigilia Primavera*.

Fundamentalmente, a partir de su rechazo —odio amor— de la gran sombra intrigante de Rubén Darío, y a pesar de los virtuosismos sucesivos de vanguardia —con lo positivo que esta experiencia significa como depuración libertadora de una retórica empalagosa y muerta y como experimentación de nuevos caminos en la poesía— José Coronel Urtecho ha seguido cantando, en variedad singular de formas, un único mundo poético, con el que totalmente se identifica. Cuando traduce "Milagros", de Walt Whitman, el climax del poema es ya algo suyo, personal, que él ve reflejado en la palabra del poeta norteamericano, para el cual la vida es "un permanente y renovado milagro", según se ha expresado un fino crítico y poeta, Ernesto Gutiérrez (1). Como ya es propia de José Coronel la emoción con que Blaise Cendrars canta, en la primera parte de "Far-West", que el poeta nicaragüense traduce, las riquezas naturales americanas, en abundancia maravillosa de ríos, valles, frutas, hortalizas, caza tropicales. Nos lo ha advertido Ernesto Gutiérrez, ex-

plicando el subtítulo "Imitaciones y traducciones", que Coronel Urtecho quiso aplicar a su obra poética —la que "hasta hoy él admite como *Obra Poética*" (2)—, que traducción y poesía original no tienen, en realidad, distinción para el poeta: "dice que todos sus poemas han sido sugeridos por algún otro poema de algún otro poeta en alguna de sus innumerables lecturas, y que las traducciones son también parte de su obra, porque al hacerlas, esos poemas de otros poetas se han hecho nuevamente poemas, pero a su manera, o sea, que al hacerlo a su modo, de cierto modo, ha hecho suyos esos poemas". (3).

Su misma espiritualidad cristiana, católica, se identifica con la religiosidad de Claudel, de Merton, de San Bernardo, a quienes traduce, con la visión bíblico-quevedesca de la destrucción de James Oppenheim, de quien José Coronel traduce "Un puñado de polvo":

"(...)

Porque el viento esparce por las colinas de la tierra
(el polvo de las marchitas generaciones,
y no hay ni una gota de agua en el mar que no haya
sido gota de sangre o lágrima,
y no hay ni un átomo en la savia de una hoja o de un
capullo que no haya sido savia de amor de un ser
humano,
y no hay terrón que no haya sido rosada curva de
un labio, un pecho, una mejilla (...)"

La religiosidad de José Coronel Urtecho, su concepción cristiana del mundo, sus esperanzados acentos, así como sus más aterradoras consideraciones, llevan a la contemplación, a la creación, o recreación, de un mundo "mágico", centro del interés del poeta. Y ello se realiza en dos planos, que terminan por completarse: la mitificación de una vida que se funda en los valores familiares, bastante cercana de la concepción de Juan Boscán, y la celebración de la naturaleza nicaragüense —y en sentido más amplio americana—, entendida como Edén milagroso que se perpetúa en el mundo actual como región privilegiada.

Existe, en efecto, una parte de Nicaragua donde el poeta ve reflejarse un paraíso todavía operante. Es la que corresponde a "La Azucena", "Las Brisas", "El Almendro", "El Tule", "San Francisco del Río", "San Carlos"... La maravilla, la magia del mundo americano se nos muestra en varias composiciones líricas —largos párrafos en prosa poética—, como "Febrero en La Azucena", a través de una enumeración pormenorizada de animales, peces, aves y naturaleza en flor:

"Han florecido todos los árboles de flores. Los corteses están tupidos de flores amarillas y alzan sus copas en el sol haciendo alarde de su amarillo apasionado. Brillan, refulgen a lo lejos como las legendarias cúpulas de oro de las siete ciudades. Los robles están cuajados de crespas flores nacaradas, Laurel y sotacaballo perfuman todo el aire con la fragancia de sus blancos ramilletes. El capirote da flores de un blanco de

* Prof. Giuseppe Bellini - Catedrático de Literatura Iberoamericana en la Universidad de Venezia, Italia.

espuma. El almendro de monte, moradas, el hombre-grande, rojas. Y la caoba lila.

Han florecido los matorrales, las orillas de los caminos, las cercas, la humilde escoba da sus florecitas amarillas. Cuando ha soplado el viento el río se cubre de flores y hasta los criques arrastran pétalos. Vuelan abejas y mariposas.

Han florecido las yedras y las enredaderas de la montaña. Amapolas. Veraneras.

Han florecido las orquídeas.

Polen”.

Un mundo mítico, que mantiene en el tiempo sus estrechos lazos con el pasado anterior a la Conquista, surge de estas descripciones en las que, más que la rápida, pero eficaz, referencia a los espejismos y devaneos de los primeros conquistadores y pobladores, en la mención de las “siete ciudades”, es eficaz el climax suscitado por las repeticiones iniciales, de amplia sugestión prometedor de milagro. Se repite en ellas la atmósfera del Popol-Vuh, cuando “todo estaba en suspenso” y todo estaba a punto de realizarse:

“Ahora es cuando salen a calentarse en los bancos de arena los lagartos (...)

Ahora es cuando bajan las manadas de chanchos de monte de las montañas a los llanos para comer coquitos (...)

Ahora es cuando los tigres siguiendo a las manadas de los chanchos

amenazan a los ganados que también han bajado a los llanos (...)

Ahora es cuando (...)

Ahora es cuando (...)

Ahora es cuando (...)”

Un tiempo mágico surge de los repetidos inicios sucesivos:

“Es el tiempo (...)

Es el tiempo (...)

Es el tiempo (...)”

La fecundidad milagrosa del mundo americano se establece. El universo se cubre de frutos, todo produce, sin que intervenga casi la mano del hombre. El paraíso terrenal establece sus contornos en estas páginas de extraordinario lirismo pintor con que José Coronel Urtecho celebra el mundo americano. Más tarde Miguel Angel Asturias grabará la visión de un “mundo de golosina”, maravilla y resplandor, en páginas de hondo lirismo, celebrando en Maladrón, con la “elegía de los Andes verdes”, la unicidad del mundo de América.

La magia se repite, en la poesía de Coronel, en el poema “Ciudad Quesada”, cuando celebra las praderas, valles, montañas, la diversidad de climas del Cantón, la abundancia de plantas acuáticas de las lagunas, los caños y los ríos donde “pueden pescarse con anzuelo o cogerse con redes o nasas toda clase de peces, como guapotes, bobos, roncadores, mojarras, pepe-machines y guavinas”, las selvas “pobladas de árboles gigantescos, ceibas, madroños, cedros, paulinas, begonias, granadillas, platanillos y dalias / Especialmente se menciona la caoba, como también el guayacán, el hule chicle, el cocobolo y la vainilla”, los “monstruosos helechos fosforescentes”, aves y animales, igualmente mencionados con insistida meticulosidad. El legendario sabor de la crónica, cuando empezaron las primeras descripciones del Nuevo Mundo, se impone con todo su halo mágico en este poema, como en el anterior, y asimismo en ciertos

pasajes descriptivos de la “Pequeña biografía de mi mujer”, donde en sentido hondamente cristiano, José Coronel celebra el trabajo en los dones de la naturaleza, la recompensa al amor hacia ella que su esposa profesa y enseña a sus hijos:

“Así les enseñaba mi mujer a mis hijos a amar al campo, la naturaleza,

que con tal abundancia de dones paga, gracias a Dios, el trabajo

del hombre en algunos lugares de América

Les enseñaba a amar la tierra, y a trabajarla, como ella

A ser como ella y a vivir como ella (...)”

Es así como el mundo mágico va poblándose de seres humanos y al mismo tiempo míticos, entre los que destaca la esposa del poeta. Ya en los Sonetos de uso doméstico la había cantado José Coronel Urtecho cual centro ideal de su concepción de la vida, en la sencillez del amor seguramente compartido, laboriosa mujer y madre ejemplar:

“Libre ya del amor que aturde y ciega canto ahora a la dueña de mi casa, cuando atareada en sus quehaceres pasa, cuando rodeada de sus hijos llega”.

De esta manera se expresa el poeta en “Mater amabilis”, con acentos que nos recuerdan concretamente, y al mismo tiempo con originalidad, a Juan Boscán, en el canto de una dantesca Beatrice de dimensiones reales, casera. Para José Coronel la esposa es la fuente de todo y el origen misterioso de ese climax de “compañía y soledad” que caracteriza al mundo querido. Pero ya en “La cazadora” la sencillez del acento poético mejor destaca la originalidad de la concepción del poeta: la mujer se impone en su actitud de agreste Diana cazadora, de tamaño esencialmente humano y doméstico y, a pesar de ello, de grandeza mítica, que en “Rústica conjux” remata el rústico cuadro de la vida campesina: ella espolcando al caballo “en la aurora”, aventando “el ganado a la quesera”, ordeñando, cuidando los terneros, prensando quesos, quemando potreros, haciendo trabajos de carpintería. La operosidad de la mujer participa y es fuente, al mismo tiempo, del milagro:

“Diosa campestre como Diana y Ceres.

así realizas todos tus quehaceres

desde el principio hasta el final del día

en esta condición de fuente y centro de la vida del poeta, se explica el sentimiento de la ausencia que a veces lo atormenta. Si con ella se realiza para José Coronel la plenitud del mundo —“Contigo el mundo entero es nuestra casa”, expresa en “Ausencia de la esposa”—, sin ella se acentúa la necesidad de su presencia física, porque la ausencia de la esposa introduce el desierto. También Neruda, en el LXV de los Cien sonetos de amor, cantó, de forma intensamente dramática, la angustia originada en él por la ausencia de Matilde, y en varios sonetos —Véanse entre ellos, los indicados con los números XXXII, XXXVI, XXXVIII— el significado positivo de su presencia y su actividad. La tersura clásica del verso de José Coronel Urtecho se impone, sin embargo, con singularidad de acentos originales. El amor nerudiano encierra un drama que en el poeta nicaragüense se resuelve en original compostura, acercándonos en esto también a las dimensiones

mágicas y el lirismo que caracterizan al *Cantar de los Cantares*:

“Vuelve a llenar de sol, calor y vida
mi cuerpo que se ajusta a tu medida
y mi alma que hace veces de la tuya.

Ven a calmar las ansias de mi pecho,
y a llenar el vacío de tu lecho
para que mane miel y leche fluya”.

El mismo concepto desarrolla José Coronel en el “Soneto para invitar a María a volver a San Francisco del Río”. Nótese la sugestión derivada de la insistida mención de los lugares geográficos en toda la poesía de este lírico. El tema clásico de la ausencia se desarrolla, en esta composición, con logrado alarde de habilidad conceptista y adquiere vida nueva a través de las muchas reminiscencias clásicas de que rebosan los versos, concluyendo con la afirmación de la función vital que encierra la presencia de la esposa:

“Ven, mi vida, a juntar vida con vida
Para que vuelva a ser la vida que era
Que la vida a la vida a la vida convida”

Concluye el climax “doméstico” el poema finamente humorista “La Paloma”, en el que los acentos clásicos, de ascendencia garcilasista, de la segunda parte, rematan la atmósfera mágica del mundo amado por el poeta. Pero es en la “Pequeña biografía de mi mujer” donde se realiza completa la transformación mítica del personaje, no solamente a través del improvisado comienzo deslumbrante —“Mi mujer era roja como una leona”—, sino debido a toda una serie de celebraciones de la esposa, “Maestra en toda clase de oficios”, milagrosa en su operosidad, vital en su continuo movimiento, medida en la magia de un paisaje del cual es reina dominadora, con su “mirada verde de reflejos dorados”, educadora de sus hijos al trabajo y al amor a la tierra. El ideal “doméstico” de vida familiar se exalta en su personalidad. Su identificación con la tierra es total. A través de la mujer el poeta también encuentra sus raíces. Neruda mismo, en *Los versos del Capitán*, llegó a la identificación de la amada con la tierra: “y me inclinó a tu boca para besar la tierra” escribe en el poema “En ti la tierra”. En la poesía de José Coronel la estatura mítica de la mujer procede de la misma identificación:

“Mi mujer no comprende su vida sino es para esta tierra

Es como si pensara que ella misma es la tierra
en que ella y yo vivimos”

De esta identificación del poeta en su mujer y en la tierra brota y se alimenta el amor. José Coronel Urtecho nos ofrece una original interpretación de este sentimiento en el poema, fusión perfecta con el paisaje encantado que los rodea a los dos:

“Amor es sólo amor y diariamente amor

Amor es diariamente una canción de amor que siempre engendra

(otra canción de amor

Amor es otra vez la primera pareja y el nuevo
Paraíso del primer hombre

(y la primera mujer

Amor es la pareja que se baña desnuda en algún

crique de la selva y ve

(temblar el reflejo de sus cuerpos en el agua
Amor, en ese tiempo, son las noches sin luna en
el rancho de Calvo, el
(hulero, y los días de sol esperando la lluvia, y
los días de
(lluvia riyando la madera a la cabeza de los
riyeros

“Mi mujer trabajaba donde quiera que estaba”

El concepto del amor, que vuelve al estado de gracia de la primera pareja y el Paraíso de los orígenes, va estrechamente unido, en la concepción de José Coronel, con el de la actividad, el trabajo, que su esposa siempre ha interpretado” como un acto de amor”. De todo ello procede la grandeza mítica y a la par hondamente humana del personaje, del que el poeta destaca, al final del poema, la unicidad:

“Cuantos han trabajado con ella, cuantos la han visto en su trabajo,

(nunca la han olvidado

Cuentan de ella y no acaban
Dicen que no hay otra mujer como ella
Una mujer extraordinaria
Una mujer como inventada por un poeta
Una mujer casada con un poeta
Una mujer por eso mismo verdadera
Una mujer verdadera mujer
Una mujer sencillamente
Una mujer”

El mundo “mágico” de José Coronel Urtecho se define completamente en la mitificación de la esposa y en la exaltación de la naturaleza nicaragüense. La poesía hispanoamericana afirma en sus poemas una extraordinaria originalidad de acentos. ¡Cuán lejos estamos, en su concepción de la mujer-trabajadora, del erotismo cosquilloso de Rubén Darío! Y, sin embargo, ¡cuán cerca del gran poeta por el proceso de exaltación en mito de la mujer! Algo tiene la esposa cantada por José Coronel, de esa Diana rubeniana, de relevada gracia, celebrada en “Primavera” como “real, orgullosa y esbelta”, si no “con su desnudez divina”, sí “en su actitud cinégetica”. Y cuán cerca también por la magia del paisaje a la fina sensibilidad colorista con que Darío cantó la naturaleza, a partir de Azul. Sólo que la experiencia vital de José Coronel Urtecho rechaza, o parece rechazar totalmente, por su significado positivo, la persistente nota de amargura que empapa toda la poesía rubeniana, “aquel sabor amargo que brota del centro mismo de todo deleite” subrayado por Juan Valera (4), resucitando el lucreciano “medio de frute leporum / Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angat”. Y esta amargura la rechaza en nombre de un mundo en que el poeta ha descubierto la posibilidad de una perfecta fusión del hombre con la naturaleza y ha transformado en su mundo ideal, su mundo mágico.

(1) E. GUTIERREZ, “Al fin: un libro de poemas de José Coronel”, en J. CORONEL URTECHO, *Poeta d'anata katanta paranta. Imitaciones y traducciones*, León, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, 1970, p. XII.

(2) *Ibid.*, p. XI

(3) *Ibid.*, p. XII

(4) J. VALERA, II Cartá prólogo a Azul.

Frontera entre dos modos de poetizar:

LA ODA A RUBEN DARIO de José Coronel Urtecho

Virginia de Fonseca *

Quizá sea esta oda el poema más importante del libro *Pol-la, Dananta, Katanta, Paranta*, en cuanto clave para comprender la obra y cosmovisión de José Coronel.

No es uniforme la poesía incluida en este primer volumen publicado en 1970, a pesar de que la composición de estos versos coincide con el período de orientación posmodernista. Es más, constituye el punto de partida de nuevas sendas poéticas desde 1925.

La oda aparece dividida en tres partes: la primera introduce el tema de protesta contra el espíritu decorativo modernista, como una especie de busca de la autenticidad poética; la segunda, formada a base de contrastes e ironías; la tercera o *Final*, muy breve, es la liquidación definitiva de las técnicas de creación dariana.

Toda la composición está hecha con heptasilabos y endecasílabos; éstos son los más. A través de ellos se advierte la rebelión contra la música en dos aspectos; primero, porque tales endecasílabos no responden a las acentuaciones tradicionales, por lo cual la oda desemboca en prosaismo deliberado. Para Coronel Urtecho la prosa es también instrumento poético. En segundo lugar, cada una de las tres partes del poema tiene un acompañamiento musical inarmónico: con papel de lija, lo cual es más bien ruido; la percusión del acompañamiento de tambores de la segunda parte es lo más alejado de cuerdas, trinos y murmurios rubenianos; el *Final*, con pito, es lo estridente. En lugar de un arte a base de armonías, surge uno que descansa sobre disonancias.

El yo lírico representa la nueva dirección poética; el tú, la modernista. Lo que se refiere a éste, quiere ser presentado como inauténtico, o por lo menos anacrónico, aunque haya sido válido en su momento.

Coronel da entonces su personal visión de la poesía, aquella que se acerca a lo cotidiano, a lo real, a veces en serio, otras en broma, pero siempre en busca de lo auténtico embellecido por un toque de la imaginación, lo cual es otra forma de verdad. Por eso repudia cisnes, princesas y centauros; por eso huye de la Grecia versallesca, columnas marmóreas y salones fastuosos. Prefiere la tierra americana y sus realidades.

PARTE PRIMERA

Comienza diciendo: "Burlé tu león", que por sí es figura heráldica, pero ésta es de cemento. A menudo el yo lírico se acerca a la realidad: llora llanto de lágrimas y no de perlas; come naranjas, fruta de nuestro trópico y no la exótica pera. Alude también a diversos poemas rubenianos, al mismo tiempo que se erige en asesino de sus retratos, hasta desnudar, poco a poco, la estética modernista. El traje de emperador está vacío y colgado de la pared. Entre tanto, el poseedor del traje queda reducido a un simple objeto y hasta degradado, pues resulta desprovisto de su rango cuando se halla envuelto sólo en su pajama. Es pues, un ataque a lo decorativo y aristocrático de criaturas y ambientes modernistas.

Luego, frente al espejo, la confusión de esencias. ¿Se ha minizado el hombre o se ha esfumado del todo?

Y no sabías cuál de los dos era
el verdadero.... (1)

el objeto o la imagen reflejada.

¿Cuánto ha ocurrido! Primero el tú ha perdido su jerarquía al despojarse de su traje de emperador; luego ha venido el aniquilamiento del ser y su imagen Llegado a este punto, el yo lírico ya puede burlarse de los cisnes. Es otro "túércele el cuello al cisne", como diría González Martínez.

SEGUNDA PARTE

El yo lírico se desdobra y refiere la lucha interna que ha tenido para encontrar su propia voz poética. En un afán de reiterar su oposición a lo decorativo se llama a sí mismo "ladrón de tus corbatas".

Toda esta segunda parte juega con una serie de dualidades contrastantes: ese "ladrón de tus corbatas" con el cual ha peleado, es el mismo que "rompió los ritmos rubenianos". Tan pronto se apresura a llamar a Darío libertador y maestro, recuerda la influencia provenzal que gravita sobre éste, cabe decir, francesa, extranjera.

Mención especial merece la tercera estrofa de esta segunda parte, suma de ironías para repudiar procedimientos modernistas, alejados siempre de la realidad. El yo lírico quiere ver partir al maestro en globo —vehículo moderno— pero lo hace en una galera —medio de transporte arcaico— como para mostrar cuán fuera de circulación se encuentra ya la poesía dariana. A la inversa, el yo lírico, compara la luna con

* Licda. Virginia de Fonseca - Decana de la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica.

otro vehículo moderno, la bicicleta, acorde así con su espíritu de renovación. La abuela, posiblemente la del clavicordio, repudia lo francés al rechazar las sinfonías parisienses. Y se cierra la estrofa con una exclamación sobre la naturaleza muerta con sus frutas de cera:

Y los chicuelos nos comíamos
tus peras de cera

(¡Oh tus sabrosas frutas de cera!) (2)

Si antes había aniquilado al tú en la dualidad que éste formaba con su imagen ante el espejo, ahora ha tocado el turno final a la naturaleza.

La Grecia que Darío conoció tampoco fue la auténtica. Su belleza de museo, con sus jardines versallescos y sus muchas estatuas, todo esto lo opone el yo lírico a una captación a modo de cámara fotográfica, no porque se trate de una visión superficial, sino porque la experiencia cotidiana está en contacto con los adelantos técnicos. El hombre lleva sus vivencias a la poesía, precisamente, aquí, en su tierra, donde Darío quiso hacer centauros de los jinetes de la pampa.

Y sigue el yo lírico en busca del maestro Rubén. Sin embargo, ésta ya no existe; sólo fue un mármol griego, esto es, foráneo en su arte, divorciado de la realidad americana. Música, pompa, color; evasión hacia otros mundos lejanos en el espacio o en el tiempo.

En protesta por ese distanciamiento, el yo lírico tiende al prosáimos y al verso libre.

FINAL

Ahora hay el saludo para Rubén, el compatriota. El yo lírico se descubre ante el vate nicaragüense, pero con un bombín —comido por los ratones— por lo que el indicio de aristocracia y refinamiento se disuelve.

Todos los objetos que aluden al modernismo aparecen disminuidos (león de cemento, vestido de emperador vacío de cuerpo, Ecce homo desprovisto de ser, salida en galera y no en globo, Grecia francesa, música suntuosa del silencio, Rubén como mármol griego), ironizados (ladrón de tus corbatas, sabrosas frutas de cera, bombín comido de las ratas) o repudiados directamente (cisnes irrespetados, manos provenzales, rechazo de sinfonías parisienses), todo ello para expresar oposición a la estética modernista.

Por fin, el año de 1925 acusa el despego del modernismo y el nacimiento de la corriente vanguardista.

Es aprovechable en el cierre de este poema, otro muy pequeño, titulado *Contrarrima*, acta de defunción de la escuela dariana:

Al fin murieron las princesas
de Rubén. (3)

Hacia esta altura del tiempo, la atmósfera poética ha cambiado en todas partes, hasta en Francia. No en vano han ocurrido acontecimientos graves en el orbe, como una guerra mundial, la cual ha conturbado los espíritus, volviéndolos a la realidad de su presente. Pero Coronel ha 'mostrado que sabe manejar hábilmente acentos, ritmos y metáforas, como en los Parques.

Lindas telefonistas las azucenas
hablan por sus bocinas de porcelana
con las focas locas y antiguas sirenas
de la perfumería de la mañana. (4)

Los vanguardistas acuden a la imagen y hacen de ella el objeto poético por excelencia.

Véase ahora el efecto acústico producido por la persistencia de las vocales cerradas en los primeros cinco versos que siguen, en contraste con el predominio de las abiertas en los dos últimos versos.

Mombacho
monte murrucó
volcán eunuco
buey mudo
Dios timbuco
¡Arriba!
¡Monte-timba! (5)

La mayor libertad formal de este libro se da cuando Coronel incorpora la prosa dentro de la versificación, especialmente en aquellos poemas enumerativos como *Febrero en la azucena*, *Ciudad Quesada* y otros más.

La reiterada enumeración da un cierto ritmo de salmodia a la composición, solemne y continuado. Al mismo tiempo, el contacto íntimo con los objetos de la realidad, funda una cosmovisión que se alimenta de la praxis y lo cotidiano, visible cuando predomina el valor referencial del lenguaje. Se explica entonces el canto a las labores domésticas y rústicas; a aquellas que proporcionan la subsistencia del hombre o la descripción de las cualidades de éste.

El yo lírico aprisiona con su voz el aquí y ahora de todos los días. Poeta señor de la realidad, admira el trabajo y sus frutos; el progreso y sus proyecciones; el esfuerzo y su resultado. En el fondo subyace la polaridad causa-efecto para aferrarse a las cosas que lo rodean, a los seres que ama o admira. Y aunque es un contemplativo, quizá por contraste temperamental con su modo de ser, su poesía referencial es verbo, acción intensa

Han florecido los matorrales, las orillas de los caminos, las cercas, la humilde escoba de sus florecitas amarillentas. Cuando ha soplado el viento el río se cubre de flores y hasta los criques arrastrán pétalos. Vuelven abejas y mariposas. (6)

Bajo mi capote ahulado
palpitando
aspirando
expirando
mi corazón
como un pescado
vivo. (7)

Por el contrario, cuando el rasgo dominante del lenguaje es su literalidad, vienen los juegos vocálicos,

la rima interna, el caligrama, la poesía chinfónica como la llama el autor, en que el factor lúdico es primordial.

En casa vieja
con reja de teja
vive la pareja

2

Tos.

Adiós.
Sala de gala.
El sillón de Chón.
La silla Paquilla
y la butaca Paca. :8).

¡Hasta dónde ha llegado la inspiración de Coronel en su alejamiento del modernismo! Por eso, volviendo a

la Oda a Rubén Darío, se advierte entonces cómo este poema constituye una frontera entre dos modos de poetizar.

NOTAS

(1) José Coronel Urtecho. Pol-La D'Ananta, Katanta, Paranta, León, Nicaragua, Editorial Universitaria de U.N.A.N., 1970.

p. 18.

(2) Ibid., p.19

(3) Ibid., p.22

(4) Ibid., p-27

(5) Coronel, Opus cit. Oda al Mombacho, p.35

(6) Coronel, Opus cit. Febrero en la azucena, p. 157

(7) Coronel, Opus cit. San Carlos, p.166

(8) Coronel, Opus cit. Chinfonía burguesa, p. 143.

Germinación poética en José Coronel Urtecho

Giovanni María Bertini*

Acercarnos al poeta en el momento de su creación, tal vez, no es cosa de las más asequibles, pero, sí, creo, entrar luego en lo vivo de sus poemas y cogerlos, para decirlo así, en su gestación, o, dicho con otra palabra, en su germinación.

Este es desde luego un método, es un camino, como muchos otros, para llegar a una interpretación y, al mismo tiempo, disfrute de una obra poética. Conforme el método que acabo de escoger conviene que rehagamos (y tal vez ateniéndonos a cierto arbitrio, sugerido por la capacidad de "recrear" de la cual todo lector fornido de intuición y sensibilidad debería disponer) el camino que el poeta debe haber hecho al componer su obra. Desde luego, reconozcámoslo, tampoco esta empresa es fácil, pero, intento tras intento, mucho podemos sacar de ello.

Por otro lado, esta manera de enfocar la lectura de una creación poética puede descubrirnos sobre todo lo que llamamos la textura de la realidad interior del poema, punto de partida de nuestra introspección. Se trataría, para expresarme de otra manera, de captar los elementos vitales de una poesía: origen de la inspiración, búsqueda de los medios que traducen la fantasía del artista, visión concretada en ritmos, colores, estructuras, imágenes, etc.

José Coronel Urtecho, el poeta nicaragüense de múltiples facetas y de asombrosa variación temática, que ha prestado a la literatura de su país nuevas expresiones, nos ofrece en el abundante acervo de sus creaciones, numerosas composiciones, que, a una mirada algo intensa y atrevida, parecen abrirse en toda su plenitud, como rosas a los primeros rayos del sol, invitándonos a participar en su germinación.

De su libro definitivo de poemas "Pol-la d'Ananta Katanta Paranta" (León, Nicaragua-UNAN, 1970) en donde el propio poeta ha recogido tan solamente aquellas composiciones que considera hoy día caracterizantes de su arte, a lo largo de toda su rica experiencia, el grupo de "Sonetos de uso doméstico" (compuesto tal vez alrededor de hace unos treinta años) acaba de indicarme, según mi gusto y mi criterio, uno de los aspectos más personales, en su sencillez y cotidiana humanidad, de la lírica de Coronel Urtecho. Y precisamente de este grupo entresaco dos sonetos que han llamado mi atención por su procedimiento compositivo, traducido en una evidente sucesión de realizaciones poéticas, testigos a su vez de momentos emotivos y creativos provocados por el paisaje que ha encantado al poeta.

Los dos sonetos son:

* Prof. G. M. Bertini - Catedrático de Literatura Española e Hispanoamericana en la Universidad de Turín, Italia.

A UN ROBLE TARDE FLORECIDO

Un desmedrado roble sin verdor
que seco ayer a todos parecía,
hijo del páramo y de la sequía,
próxima víctima del leñador,

que era como una niña sin amor
que en su esterilidad se consumía,
con la lluvia de anoche — ¡oh, qué alegría! —
ha amanecido esta mañana en flor.

Yo me he quedado un poco sorprendido
al contemplar en el roble florido
tanta ternura de la primavera,

que roba en los jardines de la aurora,
esas flores de nácar con que enflora
los brazos muertos del que nada espera.
(P. 90)

y

SOL DE INVIERNO

Cuando ha llovido toda la mañana
y el sol, de pronto, asoma y dora el llano,
—y parece que el ángel del verano
cae sobre el invierno y lucha y gana

y el cielo se abre, el campo se engalana
y el viento barre hasta el confin lejano
para mirar del sol el rostro ufano
¡con cuanto gozo le abro mi ventana!

Entra el sol y mi cuarto se ilumina
se despeja el fastidio, huye la pena.
y queda el alma límpida y serena

¡Mas qué pronto la dicha se termina!
La alegría del sol brilla un momento:
vuelve la oscuridad, la lluvia, el viento.
(P. 91)

Los dos sonetos bien responden a la época indicada durante la cual Urtecho, junto con Alfonso Cortés, Pablo Antonio Cuadra y otros, sentía cierta inclinación hacia el soneto, vestigio de tradición humanística. Nuestro poeta había confesado con toda sinceridad en "Retrato de la mujer de tu prójimo": "...no se me escapa el movimiento sin sentido de las cosas, pero lo voy atando todo en la tela convencional de las

proposiciones, las conjunciones y los verbos, de tal manera que sin dificultad hago un soneto, como lo hago cuando estoy despierto sobre la superficie de la tierra” (P. 98)

Por cierto, el soneto guarda entre las manifestaciones poéticas de Coronel Urtecho y de la producción lírica nicaragüense (y desde luego me atrevo a añadir, en general, de la poesía hispanoamericana) hasta hace unos años cierta primacía.

¿Sería tal vez la tradición renacentista que continuaba imponiéndose o cierta preferencia por una expresión poética privilegiada con su forma clara y sobria? Para nuestro lírico el soneto, como espejo llano y luminoso, reflejaría mejor que otras formas su mundo de gozo natural y de irresistible optimismo. Puede también que el soneto, desplegado en sus catorce variados endecasílabos, abrigara voluntad y empeño de presentar al lector el rostro sossegado sobre los contrastes de un alma herida por el vaivén de las humanas vicisitudes.

Aquí acude el recuerdo de la frase becqueriana, formalmente equilibrada y linda aunque henchida de melancolía y hasta de íntima desesperación...

En otro soneto del mismo grupo al cual aludimos (“Nihil novum”) el propio Coronel Urtecho declara: “Es muy antiguo el hombre y su pasión,/guarda en el nuevo día el viejo anhelo,/bajo la nueva noche igual desvelo/y el mismo palpitar del corazón” (op. cit. p.88) Igual aquí el poeta alude a la tragedia del ser humano, en medio de “los nuevos continentes,/con sus plantas, sus bestias y sus gentes” (ibidem), sin levantar el tono de voz, sin emplear una sintaxis revuelta, ni tonos y tintas fuertes.

La realidad con todo su drama resalta escueta e hiriente, gracias, sobre todo a la expresión vigorosa, al lenguaje preciso e inmediato.

El procedimiento de los dos sonetos señalados merecen algún que otro relieve que podrá ayudarnos a apreciar uno de los estilos más logrados del poeta y a percatarnos de las alturas que Coronel Urtecho ha alcanzado a los pocos años de su retorno desde Estados Unidos (1925).

Ha desaparecido todo artificio, todo oropel que pudiera reportarnos a cierta producción a lo Rubén Darío, de tercera categoría. “Si pedís... la materia prima de la poesía en toda su crudeza... entonces estais interesados en la poesía” (1), había afirmado Coronel Urtecho, reconociendo, tal vez con estas palabras, “en toda su crudeza” su propósito, al cual, en distinta medida, ha quedado fiel. Era desde luego coherente, mientras se empeñaba en asimilar del gran vate nicaragüense, “lo genuino” con el desprecio de los “literalistas de la imaginación” (2)

Acerquémonos ahora al soneto “A un roble tarde florecido”. La composición en sus dos cuartetas descubre lo que llamo el punto de apoyo, o punto de partida de la visión que ha inspirado el poeta: en verdad el poema arranca, probablemente de la voz “parecía” referida al “desmedrado roble sin verdor” protagonista de la trasfiguración inesperada y testigo de las misteriosas posibilidades que esconde la

naturaleza. Por cierto el roble reconocido como muerto por todos, revela improvisadamente un latido de vida, aquel q’ podría poco a poco ser la “próxima víctima del leñador” revela una primaveral floración. Resulta evidente el contraste entre las dos cuartetas y los dos tercetos de la segunda parte.

A una teoría de adjetivos y sustantivos que estructuran las cuartetas, como simples notas descriptivas: “roble sin verdor”, “seco”, “hijo del páramo”, “víctima del leñador”, “niña sin amor”, corresponden en la segunda parte del soneto algunas proposiciones resueltamente narrativas: “Yo me he quedado... sorprendido/al contemplar.../tanta ternura de la primavera,/que roba en los jardines de la aurora,/esas flores de nácar con que enflora/los brazos muertos del que nada espera”. A la triste constatación, toda angustia, del roble “muerto” se contrapone un movimiento libre y ágil debido a la sorpresa, a la contemplación imprevista de la vida resucitada, a la esperanza aludida en la primavera que “enflora/los brazos muertos del que ya “nada espera”.

Nos atrevemos a decir que tenemos aquí dos lenguajes: el de la pena estancada frente a la muerte y el de la alegría explotada frente a la flor de la vida.

Sin duda la poesía se desenvuelve con una actitud parecida al movimiento que tiende hacia lo alto, o mejor dicho, que desde una postura estática va hacia la acción. Claramente emplearemos el término “arsis” para indicar sin más el pasaje de lo menos a lo más; de la muerte a la vida; de la desesperación a la esperanza. La trayectoria concretamente parte del primer verso de la composición: “Un desmedrado roble sin verdor” y concluye en “enflora/los brazos muertos del que nada espera”, pasando a través algunas expresiones, que abrigan aliento y vigor tal como: “con la lluvia de anoche... ha amanecido esta mañana en flor” (evidente contraposición a “sin verdor”). Del vocablo-imagen “flor” tan expresivo y sustancialmente evocativo del sentido de todo el soneto, por asociación proceden “roble florido”, “ternura de la primavera”, “jardines de la aurora”, “flores de nácar” y “enflora”. Estas voces cálidas de vida “arremeten” el verso final, “los brazos muertos del que nada espera” y asumen el cometido de comunicar un soplo vital a “los brazos muertos”, reiterando el “milagro” del roble florido.

El simbolismo de la composición que vamos analizando identifica al hombre sin esperanza con el roble sin verdor, por esto, sin esfuerzo, el poeta nos sugiere que el “roble tarde florecido” alude al hombre con “los brazos muertos” porque “nada espera”. Hay pues, cierta correspondencia entre la vida de la naturaleza y la vida del hombre, entre flor y esperanza. Como hemos subrayado, la visión del poeta, desolada en un principio al ver el roble “hijo del páramo y de la sequía”, desemboca en un latido de esperanza.

De verdad que el ritmo no solamente fónico (las primeras estrofas que nos ofrecen el cuadro desalentador insisten en justaponer sintagmas bien distintos los unos de los otros con firmes cesuras, mientras los tercetos finales se presentan

estructurados en un complejo sintacticamente más compacto, ya por la presencia del "enjambement"; "sorprendido/al contemplar..."; "que enflora/los brazos"; ya por el empleo de un periodo más distensivo y fluido, sino sobre todo expresivo, va poco a poco adquiriendo intensidad hasta que en el segundo terceto la poesía alcanza vigor narrativo y cierto empuje conectivo, componentes de la representación con la cual concluye el soneto: "... la primavera.../roba en los jardines de la aurora/esas flores de nácar con que enflora/los brazos muertos del que nada espera".

En cierto sentido conformándonos con la afirmación de Grammont que armonía es relación entre sonido y sentido, advertimos que en nuestro soneto al aumentar la emoción (en el caso actual, se trata de un arrebató de alegría) paralelamente cuaja una mayor fuerza expresiva, sea como "sonido" (riqueza del elemento fónico), sea como "sentido" (léxico, estructura sintáctica, imágenes, etc)

El pasaje de la "tesis" al "arsis" se realiza entre las dos cuartetas y los dos tercetos, lo cual nos lleva a afirmar que el soneto presenta una doble faz, entonada, desde luego, con los distintos momentos emotivos: tristeza, y alegría, que, según acabamos de subrayar, han inspirado al poeta.

Compárense ahora los dos sonetos que preceden al que estamos comentando: "Nihil novum" (p. 88) y "Vida del poeta en el campo" (P. 89) y advertiremos que tanto en el primero como en el segundo parece dominar un solo tema, más bien un sólo clima, y, por consiguiente, veremos imponerse un único ritmo.

La actitud dictada por el contenido paremiológico del soneto "Nihil novum" y el carácter típicamente descriptivo de la jornada del poeta, en "La vida del poeta en el campo", han sugerido una atmósfera superlativamente unitaria a las dos composiciones y sobraría aludir a un desenvolvimiento ascendente, justificado en "Un desmedrado roble..."

El segundo soneto que nos proponemos ponderar, "Sol de invierno" bajo cierto aspecto pertenece, sobre todo, por su contraste "dramático" entre las dos cuartetas junto con el primer terceto, al clima que distingue "Un desmedrado roble..." Sin embargo las proporciones han variado en relación con las dos posturas, de "tesis" y de "arsis"; pues ésta ocupa en el soneto "Sol de invierno" tres unidades métricas (las cuartetas y el primer terceto) mientras la "tesis" está representada por el último terceto.

Protagonista en la primera parte se presenta el sol, y en la segunda parte, eso es el último terceto, dominan "la oscuridad, la lluvia y el viento".

Nos atrevemos a suponer que el poeta haya, sin más, traspuesto en términos naturalísticos lo que suele ocurrir al corazón del hombre, en el trascurso de su existencia: "pronto la dicha se termina" ha repetido el poeta. Pero el sol que "asoma y dora el llano" acogido con gozo, pues a su vista "se despeja el fastidio, huye la pena y queda el alma límpida y serena", bien representa la sombra de la felicidad. Sin embargo pronto "vuelve la oscuridad, la lluvia, el viento" y ya tenemos otra vez el dolor, el fastidio.

Desde luego hay que reconocer que los matices de la

entera composición, encabezada por el verso "Cuando ha llovido toda la mañana" no son tan marcados como en "Un desmedrado roble..." Lo notable se cñe en el dinamismo expresivo conseguido también gracias a la abundancia de las voces verbales, que cubren por un lado toda una zona de efectos atmosféricos y por el otro una correspondiente zona de sentimientos.

Acudiendo a la consabida sencillez, el primer verso abre el acorde que desde el asomarse improviso del sol nos lleva a la angustiosa oscuridad. El desfile rápido de la sinfonía deslumbrante de los verbos que indican "la alegría del sol "que" brilla, en un "crescendo" y en un difundirse sin límites, nos hacen participar en el gozo del poeta. "El sol... asoma y dora", comparado al "ángel del verano" que "cae sobre el invierno y lucha y gana". Las proposiciones paratácticas, reducidas a la sola voz verbal, se persiguen sin pausa, señalando, al mismo tiempo, la ascensión cósmica del mayor astro y el despertarse de la vida en la tierra ("el campo se engalana/y el viento barre") junto con el júbilo del hombre ("con cuánto gozo le abro mi ventana!").

El primer terceto con un acertado juego contrapone la acción de la naturaleza: "entra el sol y mi cuarto se ilumina" con la reacción anímica: "se despeja el fastidio, huye la pena/y queda el alma límpida y serena". El cuadro está logrado en su realismo sano y alentador, rasgo, éste, tan apreciable en toda la producción de Coronel Urtecho. Ya en la composición que es considerada como su manifiesto; "La poesía (P. 7) anota, después de haber reconocido que "la poesía" (por cierto Coronel se refiere a la poesía retórica, retorcida, hermética y falsa) "a mi también me disgusta", confiesa que "Leyéndola, no obstante, con perfecto desprecio por/ella, se descubre que hay en/ella, después de todo, lugar para lo genuino". (ibidem). Es sin duda el tono, hasta cierta fecha, característico de tantos poetas nicaragüenses que al lado de Coronel Urtecho rehusaron actitudes que procedían de algunas composiciones rubenianas anteriores.

El motivo de la lluvia, que se conecta en general, con el motivo del agua, tan frecuente en la poesía hispanoamericana, y en particular en las tierras de Nicaragua, en donde primer cantor de la nueva lírica fue Rubén Darío "el dueño/de góndolas y lirás en los lagos", ha encontrado a menudo verdadera simpatía, empezando por Pablo Neruda, allá en Temuco, a orillas del Pacífico. Sin embargo, uno de los cantos más puros y más finos a la lluvia lo debemos a otro lírico nicaragüense con quien Coronel Urtecho tuvo amistad, por haber sido el "capellán" del grupo de Vanguardia en los años alrededor de 1926, Azarias H. Pallais. No hemos de ninguna manera profundizado las relaciones "poéticas" entre Pallais, quien pertenecía a una generación anterior, y Coronel Urtecho. Pero la poesía de los dos presenta, como tono y temática, no pocos contactos: sencillez, cariño hacia la tierra natal, predilección por las cosas cotidianas, amor hacia los humildes, hacia los pobres...

En el libro "Los caminos" (Después de las lluvias) así canta el motivo de la lluvia: "Desde que era muy

nino, saltaba de alegría/cuando la fresca lluvia de los cielos caía./Chorros de los tejados, vuestro rumor tenía/el divino silencio de la melancolía./Los niños con las manos tapaban sus oídos,/y oyendo con asombro los profundos sonidos/del corazón, que suena como si fuera mar,/sentían un deseo supremo de llorar./Y como la lluvia, todo era interrumpido,/se bañaban las cosas en un color de olvido". Lluvia suena alegría, y, al mismo tiempo, "deseo supremo de llorar" mientras las cosas bañadas casi se perdían "en un color de olvido". Poco más adelante Pallais reconoce que "Las lluvias de mi tierra me enseñaron lecciones... "y que cantaban mis sueños en la noche lluviosa" y, aún, que "al caer de la lluvia, la criada más antigua/desgranaba sus cuentos en una forma ambigua". "Empujado por una emoción que casi definiríamos romántica, ajena al ánimo de Coronel Urtecho, todavía nos dice: "Otro de los milagros que en la lluvia yo canto/es que al caer sus linfas; se pone un nuevo manto/mi ciudad..." Vuelve al tema del agua en "Hesperia" con el breve poema "El abanico de las grandes aguas": "Preñado de Amazonas y Niágaras, el mar/se acuerda de sus tiempos y vuelve a comenzar/con su azul cabellera de crechas milenarias..." Y luego: "... abre el mar su abanico de grandes aguas, y/nada pueden.../los que dicen, que pueden, pequeñeces/de los hombres pequeños; y grande siete veces,/el abanico abierto del mar crecido, para/que Dios, como en la Biblia, se vea, cara a cara".

El mar y el agua aparecen, aquí y allá, en la obra de otro poeta tan amigo de su "pequeña tierra", Pablo Antonio Cuadra. Ya en sus primeras poesías el mar asoma en "Fray Mastil": "Basta tu cruz de palo,/franciscano del mar!" (Nueva Poesía Nicaragüense" Selección de O. Cuadra Downing, Madrid, 1949, p. 281); en "Corrido del río": "Yo me montara en el río,/yo me alejara a la mar./En este caballo mío/caramba, amor, hasta el mar!" (ps. 282-283). Más claramente en "Trazo": "Acaso ignoras tu profunda tierra/y eres todavía un delicado universo sacudido/por el ritmo de las aguas que preceden a la creación" (p. 284) y poco más adelante en el mismo poema: "Una fuerza azul atrae hacia el mar/cuyos labios besan las rodillas maltratadas de la patria" (ibidem). Son palabras alusivas a la tierra nicaragüense que P.A. Cuadra dirige con el alma a "La única mujer cuyos pájaros se amansaron bajo mis dedos", pues el "delicado universo" puede bien significar Nicaragua, cuya formación idealmente precede la creación en "el ritmo de las aguas" de sus numerosos lagos. Con tanta riqueza de aguas desbordantes, podemos entender la referencia a "una fuerza azul" que atrae "las rodillas maltratadas de la patria" hacia el mar. Aún en "Oda fluvial": "Porque es aquí/en el seno de la selva musical/donde habita el misterioso dios perdido:/el dios de tierra y de deseo.../sierpe de pluma o mágico sol/azul que vuela como pájaro de mar". Y todavía más pregnante al recuerdo del agua, en algunos versos con que se cierra la composición. "Pero escucha. Hay aquí, distante—así como reclamo, como llamado en agua y voz al navegante—/la margen de la espuma, el

esparcido azul de playas transparentes, el vigilante/lago, de su misma amplitud tan merecido!" (P. 286). Por cierto bien aludiendo en "sierpe de pluma" al pájaro simbólico de tradición nahuatl, el quetzal, comparado a "pájaro de mar", bien en la visión despejada de la costa nicaragüense, asomada a dos océanos, el elemento "agua" constituye una nota del paisaje en el cual Urtecho ha modelado su mundo poético, y con él tantos antiguos y nuevos líricos de Centroamérica.

Es probable que alguno que otro lector extrañe la forma tan sencilla y casi primitiva en que están forjados los dos sonetos que acaban de llamar nuestra atención.

En este caso lo que pretendemos afirmar es que la validez de una composición poética descansa sobre la vibración vital que el poeta ha sabido comunicarnos a través de sus versos. En esta dirección la crítica hoy día ya no pone reparo ninguno entre composición sujeta a precisas normas métricas, tal como ocurre, con el soneto, la canción, el romance, el villancico, etc., y la composición completamente libre y dotada de una armonía que llamamos interior. Coronel Urtecho acude a las dos armonías con los mismos resultados de realizar una poesía auténtica.

En esta breve nota queremos tan solamente dar una mirada a los dos sonetos que se presentan empleando un lenguaje familiar, cotidiano como de quien se abre con un amigo. Y sin embargo los dos sonetos ostentan un ritmo agradable y fino, un desfile de traslatos que califican la composición, según la voluntad significativa del autor, y crean lo que definimos un ambiente, una unidad expresiva. Precisamente el empleo de un lenguaje, muy a menudo, doméstico, coloquial y siempre sencillo y natural, justifica, al entrar en el mundo poético de Coronel Urtecho, y, en el caso que se nos depara, al leer y saborear los dos sonetos escogidos, el concepto que proclamamos de una poesía inmediata. Por otro lado, el tejido de los traslatos, de las metáforas, de las imágenes, puede contemplarse en una doble realización: o utilizando concretamente unas construcciones de figuras, o, como a menudo ocurre en la forma ágil preferida por nuestro poeta nicaragüense en toda su creación, acudiendo a formas verbales, cuyo sentido desviado por la fuerza del traslato origina nuevas sugerencias.

En la primera de estas dos categorías, refiriéndonos al soneto "Un desmedrado roble..." incluiremos las imágenes: "hijo del páramo y de la sequía"; "niña sin amor/que en su esterilidad se consumía"; mañana en flor"; "ternura de la primavera,/que... en los jardines de la aurora"; "roba... esas flores de nácar"; "enflora los brazos muertos". Estos símiles, dispuestos en la trayectoria del soneto, eso es desde un estado de tristeza, que presiente la muerte, hasta la explosión de alegría por la vida renacida, evidentemente se distinguen por dos tipos de intuición: la muerte y la vida. Por cierto "hijo de páramo y de la sequía" y "niña sin amor..." establecen una atmósfera de anonadamiento, justificado bien por la falta de agua, elemento esencial en la vida física bien por la falta de

amor, elemento esencial, a su vez, en la vida espiritual.

Paralelamente corresponden a una visión opuesta, eso es al "renacer de la vida", las imágenes: "mañana en flor", la primavera en actitud humana que abriga ternura por el roble sin verdor y, desbordante en un arrebatado amoroso, roba en los reinos de la aurora las flores que darán nueva vida (casi podríamos sugerir que aquí nos encontramos con una pequeña y deliciosa alegoría); "enflorar" los brazos muertos de quien está muriéndose, falto de esperanza.

En la segunda categoría, de los verbos "metaforizados" (por cierto muy contados en esta composición, mientras se presentarán numerosos en el segundo soneto) debemos incluir: "robar" atribuido a la primavera piadosa, y se explica como acción de quien sabe que viola unas leyes, aquí se trata de las leyes inflexibles de la muerte, y "enflora" que alude al "vivificar" lo que ya muerto iba a resurgir.

Antes hemos asentado que el "desmedrado roble sin verdor" reflorecido, casi milagrosamente, se ha convertido en el símbolo del optimismo que abriga en el ánimo de Coronel Urtecho y el entero soneto ha tomado la trascendencia de una animada y fresca alegoría de la vida vencedora de la muerte. Para quien conoce a nuestro poeta, esta actitud es, realmente, casi constante en él. Los ejemplos en su multiforme producción poética son muchos. Uno de estos y sorprendente por su denuedo y seguridad "Credo" que empieza con "Gracias porque abro los ojos y veo/la salida del sol, el cielo, el río/en la mañana diáfana de estío/que llena hasta los bordes mi deseo" (p. 92) Y en cierto sentido muy significativo el poemita "Nota en un libro de historia": "Mientras ojeo historiadores y tomo notas/un pajarito canta entre las hojas de una rama/Y su canto/un silbido, tal vez una llamada/me saca de la Historia" (P. 170) De aquí, sin duda sacamos, que el canto del pajarito, vivo y presente, tiene el poder de hacerle olvidar... todas las páginas de la historia pasada de la humanidad. La fuerza de la realidad rebosante de brio e imponente en su actualidad despliega su encanto, aunque sobre ella manda "la poesía" que "engrandece y eleva la realidad/.../porque la poesía es, en cierta manera/omnipotente;/porque la realidad es varia y rica, potente y viva,/pero no es suficiente..." (P. II)

El segundo soneto "Sol de invierno" analizado con el criterio adoptado en el soneto precedente nos presenta dos solas imágenes formadas con sustantivos: "parece que el ángel del verano (el sol) cae sobre el invierno y lucha y gana" y "para mirar del sol el rostro ufano". La primera imagen en que el sol es llamado "ángel del verano" tal vez por el beneficio que a los campos participa con su presencia cálida refuerza su "exaltación por haber aparecido al menos por unos instantes y sobre todo parece ensalzar con sentido espiritual, religioso-cristiano a un elemento de la realidad cósmica. "El rostro ufano" del sol parece significar cierta satisfacción que "probaría" el propio astro del día al percatarse de la alegría de todos los seres de la tierra que su presencia ha despertado. El

poeta, aquí como en otros muchísimos casos, parece atribuir una emoción, o un sentimiento humano a una fuerza, o a un ser del universo.

Los verbos con función traslata son en esta composición, según ya hemos anotado muy numerosos. Esto puede significar que el soneto ha sido concebido con un movimiento ligero y con el empeño de potenciar la capacidad expresiva de cada término.

Algunas de estas voces verbales evidencian tan solamente una leve metamorfosis de propio sentido corriente. Mencionamos el caso de: el sol "dora"; el sol transfigurado en el "ángel del verano... "cae"... el cielo "se abre"; "se despeja" el fastidio; "huye" la pena.

Tal vez más alejadas de su realidad suenan las siguientes expresiones: el campo se engalana; el sol "lucha y gana"; el viento "barre" "entra" el sol; la alegría del sol "brilla".

Acudiendo a una leve desviación semántica Coronel Urtecho ha empleado estos verbos en la representación viva y eficaz del sol que en un pleno invierno, de oscuridad, de lluvia y de viento por "un momento" ha despejado cada cosa dejando "el alma límpida y serena".

Por cierto el poeta no se proponía, al componer el soneto, pintarnos una escena que con frecuencia se nos depara delante de los ojos. Probablemente el primer verso del último terceto: "¡Mas qué pronto la dicha se termina!" ha sugerido una comparación y ésta con tanta evidencia y convicción no podía ocurrírsele al autor sino contemplando, según su costumbre, la naturaleza, el paisaje, el modo de ser de las estaciones en su país.

El cuadro está pintado con tintas tenues, cotidianas. Ya decía Pallais, como hemos referido: "Las lluvias de mi tierra me enseñaron lecciones..." Aquí Coronel Urtecho más que enseñarnos una lección, a través de un ordinario acontecimiento atmosférico, ya tan trillado, se ha propuesto identificar con sano realismo, la vida de la naturaleza con la vida del alma: una y otras sujetas a las visciditudes, muy a menudo desagradables y, por el contrario, muy raramente afortunadas.

No sabemos hasta dónde el propósito de examinar la germinación poética de las dos composiciones de Urtecho se ha cumplido en estas páginas. Lo cierto es que los dos sonetos se presentan en una construcción tan firme y tan fluida que toda problemática estructural debía sobrar. Nos convencieron por su oportunidad solamente algunos relieves que partiendo del verso, que ha guardado rastros del proceso intuitivo, precedente toda composición poética, han procurado aclarar, con todo el arbitrio consentido a la crítica, algunos aspectos del proceso creativo de Coronel Urtecho en "Un desmedrado roble sin verdor" y "Cuando ha llovido toda la mañana". El cariño que llevamos a la tierra nicaragüense y a su maravillosa familia de poetas nos conseguirá indulgencias por estas pocas líneas dedicadas a uno de sus más destacados hijos, José Coronel Urtecho.

José Coronel Urtecho, Poeta

Jorge Eduardo Arellano

Entre los poetas hispanoamericanos reconocidos por los antólogos españoles, (1), siempre ha figurado uno que, hasta hace pocos años, publicó su primer y único libro de versos. Se trata del nicaragüense José Coronel Urtecho, quien ha sido ante todo un inventor —un incesante captador de rumbos nuevos— y su obra: un incansable encuentro de formas: de ahí que nunca se haya considerado un poeta de destino capaz de satisfacer grandes ciclos creadores. Este carácter pionero explica la naturaleza de su poesía, de su expresión personal lograda en sus diversas exploraciones, por las cuales se le estima “poseedor de una de las mayores fuerzas poéticas del continente y de España” (2).

En sus poemas, sin embargo, no se cumple la tesis de Cesare Pavese de que el creador de un estilo resulta más exhaustivo y eficaz que sus epígonos. Porque Coronel Urtecho no explora con fácil confianza ni con refinados instrumentos la veta que descubre, sino que inmediatamente la abandona para buscar otras. Así, al cabo de medio siglo de ejercer el oficio, (3), el rigor autocrítico lo llevó a reducir su verdadera obra a los más representativos de sus experimentos y logros en Pol-a d’ ananta katanta paranta (4).

Bajo este título tomado de Homero —que significa “y por muchas subidas y caídas, vueltas y revueltas”— aparecen, de acuerdo con el criterio del autor, todos los hallazgos de su don poético: las subidas; no así sus desechados “fracasos” o caídas dignas del innovador que se encuentra tras los primeros (5). Estos fueron distribuidos por él mismo en nueve secciones características atendiendo, más que a un orden cronológico, a cierta unidad temática. Pero inicia la primera sección con algo aparentemente insólito: dos traducciones.

1 “La Poesía”

La primera sección titulada “La Poesía” comienza pues, con los textos de Marianne Moore y Delmore Schwartz que Coronel Urtecho hace suyos para ilustrar su ars poética que, según el prologuista Ernesto Gutiérrez, “marca un punto de cambio en la actitud de los poetas en relación a la poesía, desposeyéndola de toda solemnidad y decorativismo, haciendo a un lado los ecos himnicos con que la había impregnado el modernismo, y presentádola jubilosa, lúdica y genuina pero siempre deleitable y mágica” (6). “La Poesía” de Moore y “El reino de la poesía” de Schwartz, en efecto, exponen esto y más, sobre todo el último.

En la “Oda a Rubén Darío”, “Contrarrima” y “Obra maestra” —que completan esa sección— el propio Coronel Urtecho expresa la misma actitud, que data de los años veinte cuando rechazaba el pasado poético inmediato —en concreto el rubendarismo— y comienza

a desarrollar los elementos de la poesía de vanguardia. Basado en sus experiencias personal con la de Darío, en la “Oda” citada encierra el concepto superficial que en aquel momento tenía sobre el máximo representante del modernismo: que era un simple decorador. Durante sus años de colegio, el joven poeta había empleado en sus versos las elegantes prendas darianas. Por eso, después de negar las falsas imágenes que del maestro habían hecho sus discípulos serviles (“Soy el asesino de tus retratos”), afirma:

He tenido una reyerta
con el ladrón de tus corbatas
(yo mismo cuando iba a la escuela)
el cual me ha roto tus ritmos
con puñetazos en las orejas.

Luchó contra sí mismo, como se ve, ya inmerso en la poesía nueva. Esta hizo desaparecer esos recursos ornamentales de que había echado mano con poemas a los que no estaban habituados sus tímpanos. De manera q’ los continuos desengaños —rompía muchas composiciones— y el vasto aprendizaje de literaturas extranjeras —en especial de la norteamericana moderna— fueron royendo, como lo hacen los ratones, el símbolo de esa afición decorativa: su bombín. Todo ello lo experimentó en 1925 o ese año —el segundo de su permanencia en San Francisco de California y durante el cual compuso la “Oda”— terminaron los roedores su labor. Es lo que revela cuando, en nombre de la nueva estética, saluda al maestro:

En fin, Rubén
paisano inevitable, te saludo
con mi bombín,
que se comieron los ratones en
mil novecientos veinte y cinco
Amén.

La misma posición de la “Oda” concibió “Contrarrima” también de 1925, la cual confirma la defunción de las princesas cantadas por Darío, y “Obra Maestra” de 1928, ingenioso ejemplo de poesía caligráfica que transmite “el verdadero poema de la explosión del esfuerzo que todo mortal ha conocido y no se ha dado cuenta de él” (7).

2. “Parques”

Simultáneamente a esos testimonios juveniles de expresión nueva, Coronel Urtecho ensayaba en los “Parques” una novedosa orquestación y cierta intrepidez metafórica, influenciada por los principios imaginistas que sustentaban Ezra Pound desde 1912. En dichos poemas, tras de los cuales recoge como muestras en la segunda sección, las abundantes comparaciones veloces y evocaciones literarias se armonizan con las asociaciones de ideas y objetos consiguiendo un equilibrio dirigido por la más

sugerente concentración. Así las focas le recuerdan las sirenas mitológicas: “Debajo de la flor de las sombrillas/cultivaremos las avispas locas/mientras la arena en la playa brilla/con las sirenas que se hicieron focas” (8).

Casi todas las etapas de la poesía coroneliana, como veremos, giran alrededor de un leitmotiv: el amor a la mujer que en los “Parques” no existe; lo que se da es una intención de enamorado en potencia: “La novia que yo tenga una mañana/de parque musical y breves besos/me ofrecerá tal vez una manzana/de culpa original por faltas leves”. (Parque No. 2).

Para entonces su autor buscaba en la poesía norteamericana el reflejo de la mujer “americana” porque, según él, la poesía y la mujer eran dos manifestaciones de la misma belleza, y la primera la expresión más trascendental y pura del amor a la mujer. Y algo de ese amor se encuentra en las novias y chicas de los “Parques”. En el No. 1, por ejemplo, las de un colegio desean que llegue el príncipe de sus sueños, pero el sol les anuncia que no vendrá, con lo cual la ropa tendida en los alambres sustituye sus ilusiones vacías:

“y los perales reparten corazones
a las internas de la escuela vecina,
que asoman sus asombros a los balcones
mientras el sol —una abadesa de zarzuela
cuelga de unos alambres los pantalones
del Príncipe Cumiche, sin portañuela”.

Por otra parte, el temperamento de todo creador tiene una resonancia inconfundible en su obra. Todo poeta tiende a concebir la vida de una manera o de otra. En los “Parques” se observa una concepción jocosa de la misma. Esta la podemos concebir de muchísimas maneras: optimista, seria, triste, etc.: “La vida tiene innumerables caras/como la novia que soñamos todos” dice en el “Parque No. 10” Coronel Urtecho, cuya juventud —saturada de humor y alegría, indiferencia y lucidez— ignora o quiere ignorar la seriedad de la vida. Por eso, caprichosamente, inventa una nueva bisutería: parejas y arbolillos, flores y champaña, miradas y niños, cucharas y papanatas, espejos y ratones, cristales y estrellas, sombreros y elefantes, casetas de baño y caracoles, jirafas y chimeneas, etc., todo al controlado azar.

En los “Parques”, además, es determinante el sentido deportivo de la poesía, común a muchos de los vanguardistas de esa época. A la poesía se le consideraba como una actividad deportiva. “Hoy se escribe por sport —escribía Luis Alberto Cabrales—, antaño por fazer et dar alegría” (9). Colocada en su momento histórico, esta colección obedece a un estado transitorio de entrenamiento del poeta y comunica una inolvidable fugacidad viajera.

3. “Odas y Canciones”.

La tercera sección, “Odas y Canciones”, constituyen su etapa popular: nueve poemas de los muchos que escribió entre 1931 y 1932, llevando a la práctica la idea del movimiento nicaragüense de vanguardia de dar con una poesía vernácula y popularista. Esto lo consiguió totalmente en cuanto a que tales poemas se entienden con facilidad. Pero los mismos no son elementales en

su forma ni simples en su pensamiento que es lo que distingue, en esencia, a la poesía popular propiamente dicha, como el romancero español y la poesía gauchesca. Al contrario: bien planeados, se ejecutan sorprendentemente. En efecto: la “Oda al Mombacho” es una crítica anti-burguesa, la “Oda a la torre de la Merced” se destaca por su hábil construcción y la canción “Luna de Palo” conserva su bien lograda ternura.

El más efectivo de todos es, sin embargo, la “Pequeña oda a tío coyote”, inspirada en uno de los cuentos de camino nicaragienses: las aventuras de tío conejo y tío coyote. Este, cuyo origen mítico se remonta a la luna, es engañado constantemente por su amigo en las travesuras que le induce a realizar juntos. Luego tío conejo le propone comer el queso que se encuentra en el fondo de una poza —la luna reflejada— y le dice que es necesario beberse todo el agua para secarla, acción que el mismo tío conejo disimula —arrimando nada más la trompa al agua— y deja que tío coyote reviente. Tal desenlace no lo tiene la “Oda” que eleva universalmente la muerte de tío coyote, quien se ahoga buceando la grandeza de la luna y por eso le llama “el animal quijote”. (10).

Por lo demás, Coronel Urtecho continúa explotando su veta humorística (las odas ya apuntadas); hace malabarismos con las palabras (“Cantada”) y “El molino”, antecedente del tema doméstico que preferirá más tarde, acierta en el cuento infantil “Plenilunio” y en la tanka “Garza”; emplea la rima mágica y seductora estableciendo la concepción del poeta como prestidigitador: “Yo pudiera sacar de tí lo q’ quisiera/Una flor/Una fiera/como el prestigitador de su chistera”, le dice al Mombacho; y reacciona contra los que creían que la belleza no puede expresarse con vocablos “vulgares” aún no incorporados al lenguaje poético.

4. “Idilio en cuatro endechas”.

Si la etapa popular obedeció a una búsqueda colectiva, preconizada por el grupo de vanguardia, la siguiente fue individual e influida por un cambio profundo en la vida del poeta. Fracasados sus sueños políticos al comenzar la década de los cuarenta, y viendo la vida desengañada y serenamente, buscó una armonía expresiva y equilibrada, correcta y justa. Así surgieron su famoso “Idilio en cuatro endechas” y sus “Sonetos de uso doméstico”. Pero en la cuarta sección recogen solamente, como lo merece, al primero.

Novedoso, clásico y maestro, el “Idilio” instauro un estilo nuevo e inimitable. Entre sus principales elementos, vale la pena señalar el ritmo interior —el del movimiento de los trenes— y, no obstante su brutal erotismo, el sentimiento de la proximidad humana sentida como alejamiento, frecuente en la lírica moderna: “Lejos estás de mí, si estás conmigo”.

5. “Sonetos de uso doméstico”

“Libre ya del amor que aturde y ciega”, como confiesa en el primer endecasílabo con que inicia la quinta sección, el poeta encontró en los “Sonetos de uso doméstico”, la sencillez y claridad que se había

propuesto al reaccionar contra “los excesos de la poesía moderna (la misma parece mentira q’ Don Juan de Mena llamaba en su tiempo: “de la poesía moderna abusiva”, según sus propias palabras) (11). Decidió, pues, cantar a su mujer (“Mater amabilis”), una de sus bellas hazañas (“La cazadora”), sus quehaceres de diosa campestre (“Rústica conjux”) y pedir su Regreso (“Ausencia de la esposa” y “soneto para invitar a María a volver de San Francisco del río”); en general: a poetizar la verdad cotidiana de su propia experiencia (“La paloma”, “Vida del poeta en el campo”, “A un roble tarde florecido” “Nihil novum” y “Credo”).

En los En los sonetos a su compañera, Coronel Urtecho es trascendido como individuos por el amor e integra con ella una unidad absoluta y vital:

Si mi vida no es mía, sino tuya.
Y tu vida no es tuya, sino mía,
Separados morirnos cada día
Sin que esta larga muerte se concluya

Hora es que el uno al otro restituya
Esa vida del otro que vivía,
Y tenga cada cual la que tenía
Otra vez en el otro como suya.

Mira pues, vida mía, que te espero
Y de esa espera vivo mientras muera
La muerte que, sin tí, contigo muero.

Este “Soneto para invitar a María a volver de San Francisco del río”, concluye con un llamado semejante al de “Ausencia de la esposa”, en el cual la lejanía y la soledad son menos intensas, pues el poeta experimenta que “Contigo el mundo entero es nuestra casa/a cuya vera el tiempo lento pasa”; pero en el que hemos transcrito casi íntegro, la soledad lo vence por completo y, para que vuelva a completarse, la llama con más deseo de eternidad:

Ven, mi vida, a juntar vida con vida
Para que vuelva a ser la vida que era
Que la vida a la vida a la vida convida.

Los dos sonetos titulados “La Paloma”, “Vida del poeta en el campo”, y “Sol de invierno” no se limitan a ser simples ejercicios: los primeros —afirma Gutiérrez— “son una hazaña técnica al lograr la exacta descripción de un suceso, dándole un nuevo aspecto a un hecho cotidiano y vulgar”. (12); el tercero, según él mismo, “es la graciosa realización de un tema insólito” (13), y el cuarto demuestra una vez más el sabio manejo de la forma más genuina de la poesía tradicional. Todos, en fin, le asignan un lugar indiscutible entre los más altos sonetistas castellanos. Por algo han sido incluidos en antologías universales (14) y valorados con justicia: tras un minucioso examen, efectivamente, “A un roble tarde florecido” supera en fuerza descriptiva y contenido poético su fuente —“A un olmo seco” de Antonio Machado— y “Nihil Novum” es más directo, desenvuelto y eficaz que el de Miguel de Unamuno del mismo título. (15).

Insistiendo en estos cotejos, agregamos otro: el “Credo” de Coronel Urtecho con el “Credo” de Miguel Angel Asturias. (16). El primero confirma la fe en el

creador providente del universo y su dosis poética está bien repartida; el segundo confirma la fe en la libertad y en el libertador Simón Bolívar y, aunque bien distribuido, no obtiene un completo equilibrio resultando menos logrado que el anterior: aprovecha la estructura del credo católico para dar testimonio de su preocupación por la libertad de sus hermanos americanos. Si en aquel hay trascendencia metafísica y la naturaleza lo abarca, en éste hay inquietud libertaria y la redención popular, apenas insinuada, forma parte de él. El del guatemalteco tiene un ritmo suelto, sin retóricas y no pasa de ser una invocación; el del nicaragüense está construido con vocablos comunes y soluciona, a través de la fe y la esperanza, la angustia existencial del autor.

6. “Cometa de ramos tristes”

En la segunda mitad de los cuarenta, surgió su etapa titulada “Cometa de ramos tristes” —infiel transcripción de unos verso de Alfonso Alvarez de Villasandino— alumbrada por el cometa de la Segunda Guerra Mundial: “Porque hay sangre en la tarde/tras de nubes de plomo/y sustancias sin formas/sobre la mar de sangre”, comienza aludiendo a las muertes en “Crepúsculo con una estrella al fin”, el primero de esta media docena de poemas —sexta sección de su libro— en la cual hay un dominio absoluto del material de los sueños. El surrealismo de esta colección no es una receta, sino una vivencia, no es un recurso artificioso, sino una expresión natural lograda a fuerza de intensidad.

En “Líneas escritas en una enfermedad” presenta el clarividente desconcierto de su conflicto e invoca a la Virge, ya que también “Cometa de ramos tristes” es profundamente cristiana. “Retrato de la mujer de tu prójimo”, el viaje más largo a su mundo onírico, lo inicia con imágenes delirantes y visuales, todas eróticas; interrumpe su sueño y continúa en prosa —sin que se le escape “el movimiento sin sentido de las cosas”, construye un soneto descriptivo y vuelve a la prosa anterior para hundirse de nuevo en el misterio del subconsciente y encontrar la salvación en los dogmas de la fe (“palabras rojas como boyas”) cuando triunfe la muerte: “Gana el gusano/la batalla de la mano”.

La misma densidad posee “Hipótesis de tu cuerpo”, su mayor irrupción en la carne de la mujer (“tengo mi casa ahí donde mi araña”) y penetra a tal grado que inventa palabras inusitadas en el idioma: “Tesómosme, Mesómoste/Cávote sepultura en mi otro sexo/Cávame sepultura en tu otro sexo/Muéreme Vívote Viveme Muérote/No nos distingo/Sesamo”. Más que en estos hallazgos novolingüistas, la novedad de su lenguaje original o la originalidad de su nuevo lenguaje radica en el uso del asineton como puede apreciarse en “Lo dicho, dicho”, toda concentración y pureza amorosas. Así la mujer es lo infernal y lo celeste, vacío y cuerpo sólido, abismo y realidad absoluta; en síntesis: estrella y centro del universo para condenarse o salvarse: “quiero el eje del mundo en que tú giras/y tu estella natal sexo de fuego”.

Finalmente, "Te he saludado al río", cierra esta sección con las mismas novedades expresivas.

7. "Intermezzo chifónico".

En la séptima "Intermezzo chifónico", Coronel Urtecho inserta dos textos: la parte central de su obra de teatro *La Petenera* (1938) y la segunda versión poemática, escrita con Joaquín Pasos en 1931, de la "Chinfonia burguesa". Ambos se basan en un descubrimiento: la rima en serie —o reiterativa— y su valor sugerente, elementos de algunos vestigios de poesía popular; así nació la rima chifónica adecuada para los temas bufos y burlescos.

El fragmento de la primera, en la cual constituía también el intermezzo chinfónico, es aún gracioso e ingenuo; después de permanecer prisionera en una jaula y casada con "El oso", la petenera es liberada por un trovador, a quien le dice:

Llévame de las manos hasta los llanos
Llévame de los ojos a los rastros
Llévame de los pechos a los barbechos
Llévame de las pestañas a las montañas
Llévame de la cintura a la llanura de la
(ternura.

Por el viejo camino del molino,
por el camino de las brevas nuevas,
sin preguntar dónde me llevas
yo seguiré el camino de tu destino.

Ay, Trovador, Trovador

Yo sin ser adivina lo adivino;
ese camino con sonar de mar,
ese camino con olor de flor,
ese camino con sabor de vino
es el camino del amor.

Lo mismo puede afirmarse de "Chinfonia burguesa" que, hacia 1935, fue convertida por sus autores en obra de teatro.

8. "Varia"

En la octava sección reúne poemas fechados en años distintos: desde 1931 ("San Carlos") hasta 1967 ("Autoretrato"); casi todos exterioristas, se originan, como su poesía en general, de cuatro fuentes creadoras: la vida en el campo, la trascendencia religiosa, la experiencia y relación literarias, el amor a la mujer.

Por citar algunos, señalamos que "Oyendo el canto de las poponé y las ranas", "Ciudad Quezada", y "Febrero en la Azucena" incorporan poéticamente la fauna y flora de la terra incognita del río San Juan: el primero se inspira en los cantos de las poponé —aves cantoras del atardecer— cuyo sonido estructura los verso; el segundo transforma en poesía un pueblo costarricense recurriendo a lo que el ojo abarca, a estadísticas y anécdotas; y el tercero, el más completo de todos, comunica la exuberancia estival de su región en cinco estancias: verano-cielo-fecundidad-polen-misterio para concluir: "Ya desde ahora se anuncia el tiempo de Semana Santa, con un silbido de penitencia, un pajarillo pardo casi invisible. /El pajarillo del Espíritu Santo"; pajarito que parece ser

el mismo de "Nota en un libro de historia" incluido con "Un viajero visita a Castellón", ambos de 1964, en "Varia".

Esta sección, por no constituir una estricta etapa estilista, ofrece las técnicas más variadas: la traducción en verso de un párrafo en inglés de un viajero norteamericano, la foto-flash de un puerto lacustre, un pésame en forma de carta y con titulares de periódicos, etc., en este sentido, por consiguiente, es la más coroneliana. Pero de todas ellas preferimos la excepcional del "Discurso para Azorin para ser traducido en lengua nahual".

9. "Pequeña biografía de mi mujer"

Y al fin, en la última, trae la culminación de su poesía: la "Pequeña biografía de mi mujer". Aprovechando la extraordinaria personalidad de su esposa, escribió una obra revolucionaria en la poesía hispanoamericana. Lo primero que llama la atención es su forma: toda una tarea novedosa de ordenar los detalles de una vida llena de vida, de una biografía que sólo pudo darse en América, como el mismo poema. Y aquí reside, a nuestro parecer, su más obvia significación: "Canta a la mujer —ha dicho la poetisa española Carmen Conde— con calidades de continente". (17).

Como se advierte, este poema es el resumen poético y vital de Coronel Urtecho: su plenitud. No pudo ser posible, por lo tanto, sin sus antecedentes propulsores: el magisterio literario ejercido en Nicaragua durante más de cuarenta años —desde la fundación del movimiento de vanguardia— y las traducciones de poetas franceses y norteamericanos que orientaron a la nueva poesía nicaragüense. Algunas de éstas (18) reproduce en otras 2 secciones —entre la 3ra. y la cuarta, y la séptima y octava de las que estudiamos— con las que recreó hasta el punto de identificarse plenamente, (19), con las que le hacen ver algunas etapas de su vida (20) y con una oración de San Bernardo: "María".

Esta ha sido, pues, la palabra clave del poeta y de su poesía: el de su mujer que realizó su amor, su leitmotiv principal. Recordemos que desde joven había buscado en la poesía el reflejo de la mujer y que el amor a ésta se halla presente en sus diversos ciclos: en varias "cantadas", sobre todo en "Luna de palo", de su etapa popular; en cinco de los sonetos de su etapa clásica, concretamente en el verso "Todo es tranquilidad en tu presencia", en los mejores poemas de su etapa surrealista y en "Dos canciones de amor para el otoño".

En conclusión, aparte de su fecunda y permanente veracidad poética, la esencia de la poesía coroneliana reside en el encuentro y en el reencuentro con la mujer, con la suya, a quien expresó su amor en la forma más pura y trascendente no sólo en la impresionante biografía ya referida, sino también en estos versos memorables de las últimas canciones citadas:

Cuando ya nada pido
Y casi nada espero
Y apenas puedo nada
Es cuando más te quiero

Basta que estés, que sea
Que te pueda llamar, que te llame María
Para saber quién soy y conocer quién eres

Para saberme tuyo y conocerte mía
Mi mujer entre todas las mujeres.

- 1) Véanse, por citar dos, a José María Valverde: *Antología de la poesía española e hispanoamericana*. Tomo II. México, Renacimiento, pp. 403-407 y José Olivio Jiménez: *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea*. 1918/1970. Madrid, Alianza, 1931, pp. 336-345.
- 2) Stefan Baciú: *168 horas de poesía...* Libro del mes de *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*. Managua, Núm. 81, 1967, p. 25.
- 3) Al 8 de abril de 1920 se remonta su primera publicación en verso en *El Correo de Granada*.
- 4) Prólogo de Ernesto Gutiérrez, León, Universitaria, 1970 (*Colección Poesía 4*) 217 p.
- 5) Alguna vez dedicaremos una páginas a sus no pocos "desechos" poéticos que, con los seleccionados en *Pol-la d'ananta katanta*, comenzamos a recoger en 1964.
- 6) *Pol-la d'ananta katanta*, Op. cit. XIII-XVI.
- 7) "Notas a los poemas gráficos", *Vanguardia* 2a. época, Núm. 14 (1932) reproduce en *Ventana*, León año 2, Núm. 11 (1962)
- 8) "Parque No. 2" que puede leerse con el No. 5 en la antología de Valverde, pp. 406-407.
- 9) "Parques de Coronel Urtecho" *La Semana Managua*, 2a. época, Núm. 45, 20 de junio de 1928.
- 10) "Sobre este bastidor folklórico, Coronel Urtecho borda una figura cómica tío coyote será un ilusionado, como don Quijote, como el poeta chino Li Tai-Po: Y allí comienza su gloria/donde su pena termina! / También así murió/Li-Tai-Po/poeta de China" Enrique Anderson Imbert. *Literatura Hispanoamericana. Antología e introducción histórica*. New York, Rihart and Winston, 1960, p. 670.
- 11) De una carta al poeta Angel Martínez Baigorri S.J., fechada el 12 de marzo de 1941.
- 12) *Pol-la d'ananta katanta*, XV.
- 13) Id.
- 14) Por ejemplo "La cazadora" en la de Miguel Brascó: *Antología universal de la poesía*. 2a. ed. (Buenos Aires) Castelvi, s.a., p. 190, superior desde luego al soneto titulado igualmente del mexicano José Joaquín Pasado (1801-1861). Véase *Antología general de la poesía mexicana*. Edición a cargo de Agustín del Saz. Barcelona, Bruguera, 1972, p. 112.
- 15) Luis Alberto Cabrales: "Un complejo hispanoamericano. Coronel, Unamuno, Machado ("PrenLit) Managua, 10 de mayo de 1968")
- 16) No hace falta ~~detalle~~ bibliográficamente los conocidos textos de Machado, Unamuno y del nobel hispanoamericano.
- 17) "El canto más hermoso del mundo en que vivimos a una mujer" ("PrenLit, 27 de junio de 1965); la frase de la poetisa española, completa, es la siguiente: "Es la primera vez, que yo sepa, que un poeta canta a su mujer con calidades de continente; mejor dicho, como se canta a la creación".
- 18) El modelo exteriorista "Far-west" de Blais Cendrars y "Pollita Llorimer —la resuleta muchacha que alguna vez amamos— de Carl Sanburgh..
- 19) "Milagros" de Walt Whitman; "Un puñado de polvo" de James Oppenheim; "La virgen a medio día", de Paul Claudel; "Con usura" de Ezra Pound; y "Marcha triunfal" de T.S. Eliot.
- 20) "Carta del exilado", de Ezra Pound y "Programa práctico para monjes" de Tomás Meton.

La Oda a Rubén Darío (Traducción al italiano)

Francesco Tentori *

Nota del Traductor.

No soy historiador de literatura ni en rigor crítico. Mi trabajo ha sido sobre todo traducir poesía. Así que mi homenaje a Coronel Urtecho, a quien conocí hace algunos años en su Nicaragua, sólo puede ser una versión.

Su Oda a Rubén Darío no teme la cercanía de lo que escribieron en muerte del poeta Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, y recientemente Vicente Aleixandre. Su mezcla de burla y amor (burla no a

pesar sino a causa del amor), de ternura y sentimiento de la tragedia (esas gotas de sangre...), su emoción compensada, a la Chaplin, por el saludo quitándose el bombín, hacen de ella algo inolvidable: inseparable ya, en la memoria, de la imagen verdadera de Rubén, íntima y callada, a la que hay que buscar, como hicieron Coronel Urtecho y los poetas de Nicaragua, entre sus "cortinajes de ensueño".

Francesco Tentori Montalto

Ode a Rubén Darío

Lei? Non l'hanno annunciata. Tarda a giungere.

R.D.

I

(Accompagnamento di carta vetrata).

*Si, beffai il tuo leone di cemento.
Ma tu sai che il mio pianto fu di lagrime,
e non di perle. T'amo.
Ho assassinato i tuoi ritratti.
Si mangio per la prima volta arance.
Il n'y a pas de chocolat - disse il tuo angelo custode.*

*Ora si che potevi
mostrarmi alla finestra la tua vita
come quadri che nessuno ha dipinti.
Il tuo abito da imperatore, che pende
al muro, ricamoto di parole,
com'è piu piccolo di codesto pigiama
col quale dormi adesso,
che sei soltanto un'anima.*

*Io ti baciai le mani.
"Stella — tu ragionavi con te stesso
ora e venuta, dopo la parata".
e non ricordo che dicesti dopo.
So che noi ne ridemmo.
(Ti dissi infine: "Maestro, vorrei
vedere il fauno".*

E tu: "Va', va' in convento".)

* Prof. Francesco Tentori - No tiene cargos: traductor, poeta, ensayista italiano. Vive en Roma.

*Parlammo di Zorrilla. Tu dicesti:
"Mio padre", poi parlammo degli amici.
"Et le reste est littérature" ancora
l'angelo impertinente
Tu ti accendisti tutto.
"Tutto e letteratura: questo e il resto".
Allora comprendemmo la tragedia.
E' come l'acqua quando
inonda un campo, un borgo
senza rumore ed entra
per le porte e traboccano i saloni
dei palazzi—in cerca di uno sbocco
o del mare, s'ignora.*

*Tu che dicesti tante volte "Ecce
Homo" volto allo specchio
e non sapevi quale dei due fosse
quello vero, se pure uno lo fosse.
(Avevi voglia di ridurre in pezzi
il vetro?) Altro lo stare
qui (marmo sotto il cielo) nei giardini
—dove pregasti prima di morire—
tuoi passeggio con la mia ragazza
e sono irrispettoso con i cigni.*

II

(Acompagnamento di tamburi).

*Mi sono azzuffato con
il ladro delle tue cravatte
(oi quando andavo a scuola)
che mi ha rotto i tuoi ritmi
a pugni nelle orecchie...*

*Ti chiamerei liberatore
se non fosse un' insolenza
per le tue mani provenzali
(e il Canzoniere di Baena)
sul "Clavicordio della Nonna"
—le tue mani, che torno a baciare,
Maestro.*

*Ci si riuniva tutti in casa
per vederti partire in pallone
e tu partivi in diligenza
—poi scoprimmo che la luna
era una bicicletta—
e tornavi per la gran festa
dell' apertura della tua valigia.
La Nonna s'infuriava
alle tue sinfonie parigine,
e noi ragazzi si mangiava
le tue pere di cera.
(Oh il sapore dei tuoi frutti di cera!)*

*Tu capisci.
Tu che sei stato al Louvre,
in mezzo ai marmi di Grecia,
ed hai eseguito una marcia
alla vittoria di Samotracia,
tu capisci perché ti parlo
come una macchina fotografica
in piazza dell' Indipendenza
delle Cosmopoli d'America,
dove hai insegnato a allevare centauri
ai mandriani delle Pampe.*

*E perché al cercarti invano
tra i tuoi cortinaggi illusori,
ho finito col chiamarti
"Maestro" nei luoghi dove
la tua musica sontuosa
si fa armonia del silenzio...
(Perché sei fuggito, maestro?)
(Ci sono gocce di sangue
sui tuoi tappeti.)*

*Capisco.
Scusate. Non è niente.
Torno alla corda della letizia,
Rubén? Sì. Ruben fu un marmo
greco. (Così va bene?)*

*"All's right with the world", ci disse
col suo prosaismo superbo
il nostro amato sir Robert
Browning. E è vero.*

Finale

(Con fischio)

*Ti saluto, Rubén,
compaesano inevitabile,
alzando la bombetta
che si sono mangiata i topolini
nel millenovecentoventicinque.*

José Coronel Urtecho

Remansos de la Amistad

..!donde uno somos y corremos río!!

El Toque

Pablo Antonio Cuadra

En aquel tiempo yo era un niño a quien le habían enseñado a contar con los dedos las sílabas del verso y tengo un lejano recuerdo del desasosiego del niño por acompañar verso y corazón. Un niño que acababa de salir de la niñez al amor; instante peligroso porque el niño tenía intenciones de poeta (tendía a adolorir su felicidad) y cayó en manos de Amado Nervo, en lo más nervoso y excesivo de su tristeza.

*“Yo soy un alma pensativa. ¿Sabes
lo que es un alma pensativa? - Triste,
pero con esa fría
melancolía
de las suaves
diafanidades. ¡Todo lo que existe
cuando es diáfano, es sereno y triste!”*

El niño tenía una facilidad inmensa para crear monstruos. El minotauro que mitologizaba al niño tenía la cabeza alegremente natural — deportiva, suelta, arremetidora —, pero el corazón anacrónicamente melancólico, tímido y becqueriano. En los pupitres del colegio (Colegio Centroamérica de Granada) el niño de catorce años guardaba —con terror a los registros del padre “vigilante” — un album de poemas. Eran los pre-textos de su corazón. En cambio, la cabeza inquieta que atendía con ojos curiosos parecía de otro ser. Yo mismo, ahora que recuerdo, no comprendo. ¿Qué me habían enseñado a entender por poesía? —aunque ya pase los sesenta años noto que todavía no tengo dispuesta mi mente para las “Memorias”. Cuando interrogó a mi pasado me enredo y contesto con mi presente. Pero recuerdo un suceso:

Era el año 1927. El Padre Jaime Castiella organizó en el colegio un recital de poesía preclásica. José Coronel, recién llegado de Estados Unidos, tuvo a su cargo la lectura de poemas: Berceo, El Romancero, El Archipreste, la lírica popular de los primeros siglos de nuestra lengua. Castiello al piano, con un pequeño coro

de alumnos, nos transportó a la época de los trovadores y juglares. La estupenda lectura de Coronel —llenando de sentido y haciendo cobrar toda su gracia ingenua a cada palabra y al juego y danza de las palabras— fue, para mí para aquel niño extrañamente minotauro, la primera revelación de su monstruosidad. Los poetas de esa poesía (“*Tres morillas me enamoran / en Jaén / Axa, Fátima y Marién*”) se colocaban ante el poema — (“*Tres morillas tan garridas / iban a coger olivas, / y hallábanlas cogidas / en Jaén: / Axa, Fátima y Marién*”) como inventando un idioma y como jugando un juego que les permitía gozar de inmunidad ante el sentimiento. Dábanlo sin darse. El niño estaba enamorado, y en ese estado —que es siempre salvador — vio algo no analizable: posiblemente una manera, quizás tan solo un ademán para interponer una distancia de ironía entre su palabra y el voraz corazón. Digo que algo vio porque rompió su album, ¡nada menos que el sagrado album de sus dolorosos y amados primeros poemas! y comenzó desde ese día un nuevo cuaderno de versos que llevaba un título de inocente buena voluntad: “SENCILLAMENTE”.

Muchos, muchos años después (en 1974) iba con Luis Rosales camino de Jaén. Nos había invitado la ciudad — que celebraba su semana cultural— para una lectura de poemas al alimón. Nunca había estado en Jaén, la capital del olivo, y el viaje y la invitación tenían para mí toda la gratuidad y el encanto de lo que proviene del azar.

—Jaén me evoca dos cosas, le dije a Luis Rosales: Los cuadros de Zabaleta y las morillas Axa, Fátima y Marién que nunca más pude olvidar desde que las conocí de niño en un recital de José Coronel.

Terminada la lectura de poemas, se nos acercó un grupo de muchachas a pedirnos autógrafos, entre ellas una preciosa, pequeña y morena niña de ojos almendrados, negros y asombrosos. Le pedí su nombre para la dedicatoria.— “Fátima”, me dijo.

Epístola a José Coronel Urtecho

Ernesto Cardenal

Poeta:

*He gozado con sus "Conferencias a la Iniciativa Privada"
(yo diría Homilias) que escribió en Granada, en la casita del lago,
y tardó tanto escribiéndolas que pensaba —me dijo allí una vez—
que tal vez cuando las terminara no habría iniciativa privada.*

Todavía hay. Pero no será por mucho tiempo.

*Fue un esfuerzo heroico el suyo para que le entendieran
no obstante la inflación y devaluación del lenguaje
en el lenguaje de todos los días, que es también el de la poesía,
los gerentes de empresa. Y fue, supongo
un esfuerzo inútil. No se salvan, salvo
las excepciones que conocemos.*

Algunos sí individualmente.

Engels fue millonario.

Usted sabe como yo que no tienen remedio.

Salvo unos pocos que ya sabemos.

(Revolucionario hecho empresario para financiar El Capital...)

*Usted poeta, que como dice, no posee "bienes terrenos",
y mucho nos repite que la finca Las Brisas no es suya sino
de la María y de sus hijos y está allí posando como huésped,
y jamás en su vida ha vendido nada,
ha predicado ahora a la Iniciativa Privada. Y fue para
me parece a mí, que viendo no vean
oyendo no entiendan*

"no sea que se conviertan y se salven"

.... un Cadillac por el ojo de una aguja.

*Pueden ser buenos, según Marx. Algunos capitalistas son
de buen corazón. Por eso: no es cambiar el corazón
sino el sistema.*

La propiedad privada —ese eufemismo.

Ladrones, no es retórica.

No es figura de lenguaje.

*Caridad en la Biblia es *sedaqah* (justicia)*

(la terminología correcta que quería el maistro Pound)

y 'limosna', devolver

*Esto tiene mucho que ver con la inflación y devaluación
(del lenguaje y el dinero)*

La solución es simple: repartir fraternalmente.

El capitalismo impide la comunión.

Los bancos impiden la comunión.

Y naate con más de lo que realmente necesita.

*A los bancos les interesa que el lenguaje sea confuso
nos ha enseñado el maistro Pound*

de ahí que nuestro papel sea clarificar el lenguaje.

Revaluar las palabras para el nuevo país

mientras el FSLN viene avanzando en el norte.

San Ambrosio tronaba en su catedral de Milán, en los umbrales del feudalismo, la catedral no gótica todavía ni románica sino revolucionaria:

LA TIERRA ES DE TODOS NO DE LOS RICOS

y San Juan Crisóstomo en Bizancio con su marxismo bíblico: "la comunidad de bienes responde mejor a la naturaleza".

En el lenguaje del Nuevo Testamento, le decía yo la otra vez en Las Brisas, citando al P. Segundo el 'pecado' es el conservatismo.

El mundo en San Juan es el Statu quo.

El mundo - pecado es el sistema.

Un cambio de actitud es de estructuras

*Obtener más ganancias para
acumular más capital para
obtener más ganancias para
y así hasta el infinito.*

Ajeno. Trabajo ajeno según Crisóstomo.

" 'Disfruto de lo mio...' No, no de lo tuyo sino de lo ajeno"

Una especie de fructificación automática. Ya tantas veces hemos comentado esto, con los textos del maestro Pound.

La "parthenogénesis" del dinero.

Y las muchachas de Matiguás son muy hermosas pero están siendo esterilizadas.

Todavía hay. Pero no será por mucho tiempo.

Ya pasa esta prehistoria

de la superficie del planeta en manos de pocos

Leíamos la otra tarde aquí bajo el mango

mirando el lago azul y enfrente la pequeña isla La Cigüeña

lo que dice Fidel: "la tierra será como el aire"

y los muchachos del Club Juvenil sueñan ya ese día

cuando la isla La Cigüeña, La Venada, todas las islas sean de ellos, y el país entero.

("En el extranjero

uno dice mi tierra", decía Laureano, "y es mentira es de otros jodidos".

Y hemos sabido que ahora en Portugal están presos los banqueros.

Millonarios, y no lustradores.

Ha sido cerrado el Banco del Espíritu Santo.

Una especie de fructificación automática, como si el dinero trabajara.

La santa banca...

Su función es buscar el dinero que no existe y prestarlo.

No hay comunión con Dios ni con

los hombres si hay clases,

si hay explotación

no hay comunión.

Le han dicho que yo ya sólo hablo de política. No

es de política sino de Revolución

que para mí es lo mismo que Reino de Dios.

Construir la tierra.

La transformación de la tierra en una tierra humana

o la humanización de la naturaleza.

Todo, hasta el cielo, un hombrecito, como decía Vallejo.

*Llenar de amor este planeta azul.
(O la revolución es burocrática).
Como el paso del australopiteco al pitecántropo.
El sujeto plenamente objeto
y el objeto pleno de subjetivismo.
Dueños de la naturaleza y de sí mismos
libres, sin Estado.
La Osa Mayor tendrá ya entonces forma de jirafa.
El Hombre Nuevo no es uno,
me dijo usted un día allí en el río,
son muchos juntos.
"Cambio del hombre", dicen, no de estructuras. Pero
¡un cambio de estructuras es hasta del subconsciente del hombre!
Una nueva relación entre los hombres
y entre el hombre y el mundo natural
y con lo Otro
(en lo que también Ud. insiste tanto)
Marx dijo que no sabía
que habría después del comunismo.*

*Como el árbol hacia la luz
la evolución se desarrolla hacia el amor.
El planeta no será dominado por insectos, monos o robots
o por el monstruo de Frankenstein.
Un billón y pico desde la primera célula...
Vio que la materia era buena. (Un Dios Materialista)
Y con la creación comenzó la liberación.
Y el pecado es la contra-evolución
es antihistórico
la tendencia a lo inorgánico.
¿Cómo escapó nuestra materia de la anti-materia?
¿Y qué quiere decir que Cristo entregará el reino al Padre?
...Al que se reveló en la zarza como El que Oye a las Masas
como la Liberación de la sociedad esclavista.
Y también podíamos preguntarnos: ¿Qué relación hay
entre resurrección y relaciones de producción?
Toda célula viene de otra célula.
La vida se produce por participación de la vida.
La reproducción es por comunión.
Sería injusto, la injusticia final si no hubiera.
Hay resurrección, si no
¿no se librarán los que murieron antes de la revolución?
La abolición de la muerte... Pero primero naturalmente
la del dinero.*

*Usted se ha vuelto al río, a su finca Las Brisas
que no es suya sino de la María y de sus hijos,
a su eremo del llano del Medio Queso rodeado de selva
que está siempre lleno de agua menos en verano
donde hace poco lo visitó un presidente sin guardaespaldas
por supuesto no el de Nicaragua, el de Costa Rica.
Su eremo donde practica ahora su penosa penitencia
de escribir prosa. Su penosa prosa diaria.
Pero prosa profética.
Yo prefiero el verso, usted sabe, porque es más fácil
y más breve*

y el pueblo lo capta mejor, como los posters.

Sin olvidar que

*“el arte revolucionario sin valor artístico
no tiene valor revolucionario” (Mao)*

Usted antes fue reaccionario

*y ahora está “incómodo” en la izquierda
pero en la extrema izquierda,*

*sin haber cambiado nada en su interior:
la realidad a su alrededor ha cambiado.*

El profeta puede equivocarse. Jeremías

—he sabido— se equivocó en una profecía de política internacional.

Usted poeta, ha vuelto a su remoto eremo

(al que amenaza ahora un oleoducto de Onassis:

como a Solentiname, la cadena de casinos de Howard Hughes)

y perora allí a toda hora frente al llano

para cualquiera que quiera oírle, profetizando a toda hora,

el dinero como fin de la vida

el trabajo por amor al dinero y no por amor al trabajo

frente al llano siempre verde aún en verano, con

palmeras cubas rousseauneanas y palomas pataconas

y palomas poponés y chillonas bandadas de piches,

la universidad de los jesuitas, el INCAE

los realistas sin más realidad que la que da ganancias,

y de vez en cuando también pasan volando martin-peñas

y martin-pescadores de pico largo y despeinado copete

y veteranos de cuello desplumado también en bandadas

el joven ejecutivo sin tiempo para coger a su mujer,

los amigos de Managua

que nunca hacen nada por estar demasiado ocupados,

o son guairones, o el avión de San José de Costa Rica

que ya baja a aterrizar a Los Chiles, o son patos de aguja

los dos tipos de gente que dominan en Nicaragua

los bebedores de sangre y los comedores de mierda,

y la gallinita-de-agua color de flor acuática corre

junto al agua de la zanja, y surge de los sorocontiles

el sargento negro con su mancha de sangre como un guardia,

la Mierdocracia,

generales y comerciantes, cuando no generales comerciantes,

en su estudio rústico hecho por la María, abierto al llano

lejos en el horizonte la línea azul del río casi invisible

y de vez en cuando casi inaudible el rumor de un motor de lancha

la historia de Nicaragua se detuvo en 1936

y si es tarde pasan las lapas en parejas, canta un cuaco

quién sabe dónde, canta el sapito tu llamando a la hembra

tú, tú, tú, y cuando llega la hembra se le monta encima

¡Está loco, pero como todos le obedecen, parece cuerdo!

alza el vuelo la garza de plumas de espuma y pico amarillo

y sale la luna, la luna llena sobre el llano del Medio Queso

y la María nos llama para la cena.

“El arte revolucionario sin valor artistico...”
¿Y el artistico sin valor revolucionario? Me parece
que grandes bardos del siglo XX están en la Publicidad
esos Keats y Shelleys cantando la sonrisa Colgate
la Coca Cola Cósmica, chispa de la vida
la marca de carro que lleva al país de la felicidad.
La inflación y devaluación del lenguaje
parejas a las del dinero y causadas por los mismos.
Al saqueo llaman sus inversiones.
Y están llenando la tierra de latas vacías.
Como un río de Cleveland que ya es inflamable
el lenguaje, también polucionado.
“Parece que nunca entendió (Johnson)
que las palabras tienen un significado real
además de servir para la propaganda”
dijo Time que sí lo entiende y miente igualmente.
Y cuando la defoliación en Vietnam
es Programa de Control de Recursos
es también defoliación del lenguaje
Y el lenguaje se venga negándose a comunicar.
El saqueo: inversiones
También hay crímenes de la CIA en el orden de la semántica.
Aquí en Nicaragua, como usted ha dicho:
la lengua del gobierno y la empresa privada
contra la lengua popular nicaragüense.

Recuerdo aquella vez en el puertucho de San Carlos
donde uno dobla para ir al correo y al telégrafo
y se ve el gran lago abierto color cielo, y Solentiname
también color cielo, y los volcanes de Costa Rica
y las puestas de sol son sólo comparables a las de Nápoles
según Squire:
el guardia borracho en la acera con el garand bala en boca
apoyándose en el garand para no caer,
el obrero borracho acostado sobre el lodo de la calle
cubierto de moscas y con la portañuela abierta.
Y me dijo usted: “Hay que escribir esto en un poema
para que sepan después lo que fue Somoza”
(La poesía como poster
o como film documental
o como reportaje)

*Usted antes estuvo en la Reacción. Pero su "Reacción"
no era tanto la vuelta a la Edad Media sino a la de Piedra
(¿o tal vez más atrás todavía?)*

*Yo he añorado el paraíso toda mi vida
lo he buscado como un guaraní
pero ya sé que no está en el pasado
(un error científico en la Biblia que Cristo ha corregido) sino
en el futuro.*

*Usted es un optimista empedernido, como yo, y
al menos a corto plazo es más que yo,
y prende la radio cada mañana para oír la noticia que cayó Somoza.
Ahora usted va a cumplir 70 años
y espero que no caiga ahora en la tentación del pesimismo.*

*La Revolución no acaba en este mundo
me dijo usted una vez en esta isla, frente al lago
y el Comunismo se prolongará en el cielo.*

*El FSLN viene avanzando en el norte.
Aún en la universidad de los jesuitas hay signos de vida,
la hierba tenaz asoma otra vez entre el concreto,
la tierna hierba agrieta el concreto.*

*Sus Conferencias serán más apreciadas sin Iniciativa Privada.
Miro aquí nomás tras el cedazo el lago en calma y pienso:
como el lago azul refleja la atmósfera celeste
así será en el planeta el reino de los cielos.*

*Una garza junto al agua comulga con una sardina.
Saludes a la María y al río.
Le abraza,*

ERNESTO CARDENAL

Mi amigo José Coronel Urtecho

Fernando Silva

—¿Ud. no sabe quién es José Coronel Urtecho....? — le pregunté al Comandante.

El se sonrió, viéndome y parpadeando, como hacen los pájaros cuando van a volar.

—¡Uumm....! —dijo— desde que estaba chiquito conozco yo a José; y ya hombre, siempre ha sido mi amigo. La Maruca también es amiga mía.

—¿Quién es la Maruca....?

—La esposa de él.... María Kautz, hija de don Ricardo; amigo mío, también— dijo el Comandante entre cerrando los ojos— La Maruca— volvió a decir—..... una mujer de verdad.... ¡una Princesa.....! Yo los he querido mucho a ellos. A José yo le digo "Chepito". Es una persona extraordinaria. Yo creo que es lo mejorcito que se ha dado en el país; y es que se parece mucho a su padre, mi amigo Manuel Coronel Matus....— y se detuvo, pensando un ratito—..... de Coronel Matus sacó "Chepito" esa chispa que tiene; aunque por Urtecho, también. Las Urtecho son unos talentos.... ¡Qué me gustaría que vos conocieras a José...!

—¿No es bravo....? — le pregunté.

—¡Eh!....¡Jo! ¡Jo!— se rio.—¿Cómo vas a creer, si es como un muchacho.....! — me dijo.

—¿Cómo como un muchacho...! —le dije yo.—

¿Qué anda jugando?

—No....— me dijo él—.... que es natural.

—¿Qué es natural?— le pregunté.

—Como vos....— me dijo.

—¡Ah, bueno....! —le dije.

El río pasaba lento y bien ancho, con algunas matas de lechugas de agua que flotaban frescas. Yo me agaché a recoger una mata que la saque a la orilla, desenredándole las raíces, estaba, y diciendo de memoria....

"....Las sirenas que se hicieron focas"

—¿Yo no pudiera ver una sirena....? —le pregunté al Comandante.

—¡Una sirena....! — repitió él, y me quedó viendo un rato— Bueno...— dijo—.... no salen todos los días....

—¿....y hay aquí?

—No creo.— dijo riéndose — No, hombre— me dijo en seguida—.... si no hay sirenas; esas son inventadas.... ¡Ehée....! — dijo, tocándose con el dedo la cabeza.

—Eso creé Ud. — le dije. —¿No ve que lo dice José Coronel Urtecho?...

—¿No era ese el verso que tenías ahí en la mesa?— me preguntó.

Yo no le dije nada y pensé: —"Me anda registrando mis papeles".

—¿....y qué quiere decir eso que escribiste.....? — me dijo, y empezó a acordarse.... diciendo el verso de memoria:

"Un campanario triste que está pescando sapos".

Yo no le dije nada y me fui a sacar mis papeles que tenía guardados y los fui a meter en la otra gaveta de la mesa. Cuando estábamos almorzando no decía nada yo y él se hacía el que estaba pensando otra cosa; comía y dejaba el tenedor un ratito, poniéndolo sobre la orilla del plato, bebía agua, cogía el cuchillo, cortaba la carne deteniendo el pedacito con el tenedor, ponía el cuchillo sobre el mantel y se llevaba el tenedor con la carne a la boca. Yo también estaba comiendo y mientras masticaba, revolvía con la cuchara el arroz con el caldillo de la carne.

—Pasáme la ensalada. — me dijo.

Le pasé la ensalada y se sirvió.

—Tomá. — me dijo, pasándome el tomate de su plato. —Es bueno el tomate.— me dijo.

Yo moví la cabeza. El agarró la servilleta y se la pasó por la boca, después la puso sin doblar a un lado y se arrecostó a la silla.

—Bueno— dijo—.... hagamos las paces. Lo que voy hacer es llevarte adonde José Coronel Urtecho¿querés....? — me dijo. Yo alcé la vista, sorprendido.

—¿Cuándo....?— le pregunté.

—Como vamos a ir a San Carlos el martes, seguro que allá lo vamos a ver; él llega a San Carlos los martes....

—¿....y si no llega....?

—Como no; siempre llega.

—¿....y, qué le digo yo....?— le pregunté.

—Vos lo saludás— me dijo— y le decís, pues, lo de tus versos.

—No....— le dije afligido—... mejor un día que Ud. lo vea, le dice.

—¡Ah, no! — me dijo, poniéndose serio. —¡Así no es la cosa! Yo me quedé pensando: —"Estoy fregado, dije".

—Le voy a decir, pues....— le dije a él.

Entonces él me quedó viendo, medio riéndose.

"¿Qué estará pensando?" —dije yo.

En la tarde estábamos donde la Nila Gómez, en la pulpería.

—El martes voy a ver a José Coronel Urtecho— les conté a los otros.

—¡...y para qué sirve ese!— me dijo Julio.
 —¿Qué para qué sirve?... ¡No fregués, si es lo más bárbaro que hay...! — le dije.
 —¿Para qué es bárbaro?— dijo Julio.
 —Para todo.— le dije.
 —¿Es bueno a los golpes?— me preguntó Julio.
 —¡...pues, sí!— le dije.
 —¿Creés que le entra a Machaca...?
 —¿Qué...! — dije—... a ese le gana con una mano.
 —¡A Machaca...! — dijeron los otros.
 —Qué va— dijo Chico—; si yo oí que ese José Coronel... ¿no es el de San Pancho?... pues, dicen que sólo anda leyendo libros.
 —El lee porque él sabe leer. ¡Ya quisieras vos saber leer— le dije a Chico.
 —Bueno; pero ya estoy aprendiendo...— dijo Chico.
 —¿Y como decís que es bueno a los golpes y sólo vive leyendo?— dijo Julio.
 —Es que es bueno para todo.— digo yo.
 —¿Y creés que también le hace al arpón?
 —¡Ah!.... para qué voy a seguir.... —dije yo.
 —¿Y vos lo conocés a él...? — me preguntó Chico.
 —¡Claro!.... si una vez lo ví en San Carlos— le dije—...y él me habló primero...
 —Ajá.... ¿y qué te dijo?
 —Mi amigo.... mi amigo, ¿qué tal ?— me dijo él, y me dio la mano. ¡Chocho!..... ¡qué tuco de mano!.... y se le veía el gran brazoete....
 —Eso es mentiras— dijo el negro Rayo—; si yo lo conozco. Es baboso: reza rosarios, habla solito y las manos son así, finas.
 —Bueno; es que es poeta....—le dije— ¿Qué no ves que es poeta?
 —¿Y para qué sirven los poetas?— dijo el negro Rayo.— Apostemos a que no se agarra con uno....
 —¡Ah, — dije yo— como que el hombre anda buscando pleito, pues....!
 —¿Y no decís vos que es bueno...?
 —Pero no es para andar en eso; él no es así.
 —¿Y cómo es, pues....? — me preguntó el negro Rayo.
 Yo me quedé callado, pensando: —“¿Cómo es? ¿Cómo será?. Tiene las manos finas, reza rosarios.... pero escribe versos; por eso es así él. Los poetas son distintos de los otros, ¿para qué van a andar buscando pleito?. ¡Está bueno don José, no se pelée con nadie!. Yo tampoco voy a andar buscando pleito.... ¿oyó, don José?”.
 El martes nos fuimos a San Carlos. Salimos temprano y llegamos hasta el mediodía porque el Comandante pasó primero por los Sábalos, haciendo una inspección de un corte de madera que iban a empezar unos Gaitanes.
 Cuando íbamos saliendo de Sábalos, le dije:
 —Ya cuando lleguemos no va estar....
 —¿Quién....? — me dijo.
 —....pues, don José....

—¡Ah!.... ya se me había olvidado.
 —¡Ve....! — le dije—; entonces para nada venimos. Y así fue porque por ningún lado lo hallamos.
 —Andá preguntale a don Chale.... — me dijo.
 En la calle yo iba pensando: —“¡Ah, si yo fuera amigo de José Coronel Urtecho!”.
 Don Chale me dijo que no había venido nadie de San Francisco, y que sólo habían mandado a un muchacho a recoger las compras.
 —No te preocupés.— me dijo el Comandante.— Nos vamos a regresar en el Lilliam y yo voy a hablar con Ramón para que se pare un ratito cuando pasemos por San Francisco y entonces, nos bajamos a ver a José Coronel Urtecho.
 Nunca salió la lancha infeliz, sino hasta como a las cinco de la tarde, y claro, que cuando pasamos por San Francisco, ya era de noche.
 Yo iba parado, listo, a la orilla de la plana y oí cuando sonaron la campanita para avisar que iban a arrimar; pero había unas tucas como un gran muelle desde medio río hasta la orilla de la vega de la arrimada que quedaba allí. La casa hacienda de San Francisco, en una loma estaba, y de largo sólo se veían los bultos de las personas con la luz de la casa. El motor no lo habían apagado y Ramón le dijo al Comandante:
 —No hay onde arrimar; pegado a las tucas es peligroso.
 —Pues, sigamos...le dijo el Comandante.
 Yo veía los bultos de las personas adentro de la casa.
 —¡Adiós José Coronel....! ¡Adios Maruca...! —gritó el Comandante; y el ruido del motor roncaba en la montaña.
 —Aquel ha de ser el Poeta....—le dije, señalando a una de las personas que se veían en la casa.
 —Tal vez... —me dijo.
 Yo me vine a buscar la hamaca que traía en la lancha y me acosté. El encendió un puro y se sentó encima de unos sacos.
 —Cuando volvamos a Granada lo vamos ir a buscar— me dijo, gritando para que lo oyera con el ruido del motor.
 —¡Ya no!....—le dije.
 —¿Qué ?—...
 —Bueno...—le dije
 El motor sonaba a los lados, dando el ruido de vega a vega. Yo venía pensando en....“¡Adiós José Coronel! ¡Adios Maruca!”. Pasó el tiempo y siempre que yo venía de San Carlos para El Castillo y pasaba por el río, divisando la casa de la hacienda San Francisco, pensaba en: “¡Adios José Coronel! ¡Adios Maruca!”
 Una mañana, en El Castillo, divisamos venir un portátil.
 —Ha de ser don Abel— dijo el Comandante y se asomó en la ventana. — ¡Ah, no...! — dijo en seguida.
 —Ese es un buen portátil; ese ha de ser Carleño.—Se quitó de la ventana y se vino para afuera.

No tardó el portátil en ir arrimando. De más arriba se vino para orillarse pegado con la corriente que lo amuró a la vega. Voló el mecate afuera y brincó. Un hombre que estaba cerca se vino a ayudarlo y vararon la proa un poco sobre el lechugal. Cuando se volvió de frente, vi yo que era una mujer vestida con ropa de hombre, con sombrero y una pistola.

—¡Si es la Maruca...! — dijo el Comandante, y se apeó de la acera y se vino a encontrarla. Le dio un abrazo y hablaron un ratito, riéndose los dos, y se vinieron para la casa. Cuando entró la señora, me dio la mano.

—¡Hola, joven...! — me dijo, y le preguntó a él— ¿Este es el hijo suyo?

—Sí.— le dijo él; y algo más le iba a decir, pero la señora siguió para adentro, se sacó un papel de la bolsa de su camisa y le dijo a él:— ¿Conoce esta firma?— El Comandante se puso los anteojos y vio el papel— Sí. — le dijo en seguida. — Es de don Tomás.

—Pues me ha engañado este jodido.... —dijo la señora— Hace dos meses que le di un dinero y no he vuelto a saber nada de él....

—Sí — dijo el Comandante— Está herido en Granada. Se le pegó una sierra en la mano.

—No sabía....—dijo la señora.

—No, Maruca— le dijo él—; no te preocupés. Tomas es honrado: te paga.

—Ah, no....— dijo ella— si está así, pues yo lo espero. Es que creía que me había engañado.

—No.— le volvió a decir el Comandante— perdé cuidado: Tomás es honrado.

—Bueno.... con eso me quedo tranquila; pues entonces me vuelvo. Yo venía sólo a eso. Aquí le voy a dejar a Ud. el papel, y me hace el favor de hablarle a Tomás, cuando vuelva.

—Sí, claro: perdé cuidado, Maruca....—le dijo el Comandante. Al rato se despidió la señora y se vino otra vez al bote. Vi cómo encendía el motor con la cuerda, a un sólo tirón. Se sentó en el bote deteniendo la agarradera del timón y salió echándose para afuera y de espaldas con el pelo rojo alborotado que el viento le había echado para atrás el sombrero.

¡Adios Maruca!...y ella con la mano contestaba el adios. Yo empecé un verso,

“en el río corría con el viento....”

¡Cuanto tiempo...!

—“Ya” se llamaba la revista. Me la trajo el Comandante de Managua.

—Ve— me dijo—, esto te va a gustar a vos. Aquí sale una fotografía con los poetas. Allí estaba, en las páginas de adentro, la foto: Joaquín Pasos, Pablo Antonio Cuadra, otro que no me acuerdo y José Coronel Urtecho. Me quedé viéndolos, y el Comandante también a la orilla.

—¿Este es José Coronel Urtecho?— le pregunté.

—Sí; éste es.... — y me señaló con el dedo adonde estaba el Poeta, entre el grupo, en camisa, con su cara buchona y los hombros para arriba.

—Yo creí que era distinto...— le dije.

—Ah.... —dijo él riéndose.— vos te lo imaginabas distinto, ¿ah....? Para que veás, pues, cómo son las cosas.

—Sí— dije yo: y repetí— ¡Sí!

Después me vine para adentro pensando.... “las sirenas que se hicieron focas”

Y así es el cuento

Varios años después, me dijo un amigo mío:

—Anoche estuve hablando de vos....

—Ah.— le dije.

Dice José Coronel Urtecho, que quiere conocerte— me dijo.

Yo me puse alegre y lo fui a ver. Estaba sentado en un butaco de mimbre en el corredor de su casa, con su saco de lino blanco guindado de una capoterita que habían hecho con los cuernos de un venado, pegados en el pilar del corredor.

Cuando le di la mano para saludarlo, me acordé de la fotografía de la revista “YA”....y era igualito.

FERNANDO SILVA

“Mont-Parnasse”
(frente al Charco).
30-Mayo-1975

José Coronel Urtecho

Alberto Cañas *

No faltará alguien que, con motivo de este jubileo, emprenda una análisis de la obra de José Coronel Urtecho.

Será estilístico, sociológico o estructural, que de todo se da.

Y en algún lugar del cielo habrá un angelillo endemoniado que se sentirá obligado a protestar.

Los entomólogos clasifican los insectos, pero asesinan a las mariposas. Los dos actos son simultáneos e inseparables.

Analizar la obra de José Coronel Urtecho será asesinar con armas de entomólogo la más reluciente mariposa con que contamos y hemos contado. Y así como a las mariposas hay que limitarse a contemplarlas, la obra de José Coronel Urtecho hay que limitarse a leerla. Bueno, también a contemplarla y —esto es muy importante— a conversarla.

Va desde aquel poema macksennetiano en que habló de su paisano inevitable, hasta la espléndida y absorta madurez del elogio más bello y profundo que un poeta de América le haya escrito a una mujer de América.

Va también desde Las Brisas hasta Solentiname; recorre el San Juan, el Río Frio y el Medio Queso, lo cual, siendo Geografía es también una especie de literatura.

Llegar a los 70 años y contar con el respeto de la juventud más satisfactoriamente irrespetuosa que se haya visto, es una hazaña por lo menos tan importante como la de habersele adelantado por lo menos en diez años (con la ayuda de Joaquín Pasos) a Eugene Ionesco. El teatro del absurdo lo inventó José Coronel Urtecho, y basta haber disfrutado un cuarto de hora de conversación con él, para saber que la Providencia lo había destinado a hacerlo. Nadie va a creer luego que la "Chinfonía Burguesa" se escribió alrededor de 1940. Y si las cosas no quedan en su lugar desde ahora, no faltará erudito que demuestre dentro de un tiempo que es posterior a Ionesco, así como se pone de moda inter-

mitentemente decir que las obras de Shakespeare no las escribió Shakespeare sino otro, que si no se llamaba Shakespeare, al menos era Shakespeare.

No es ocioso agregar aquí una paradoja: que siendo el suyo un espíritu inquieto y renovador, la prosa de José Coronel Urtecho es la más clásica —perfectamente clásica, ricamente clásica, modernamente clásica— que se escribe hoy en Centroamérica. Y no sólo hoy, porque hay relatos suyos, de plena juventud, que ya lo revelan.

Debe ser admirablemente regocijante eso de llegar a los setenta años y descubrir que las cosas que uno escribió entre los veinte y los treinta siguen vigentes y respondiendo a nuestro espíritu. Los trabajos de juventud de José Coronel Urtecho, los podría haber escrito anoche ese señor septuagenario que vive todavía con el espíritu indómito y malicioso de renovador que las presidió. De donde resulta que José Coronel Urtecho —y este será el mejor hallazgo que los eruditos del futuro podrán hacer y les recomiendo que lo hagan— si se parece a alguien como escritor y como poeta, es a sí mismo.

Hacemos bien los costarricenses uniéndonos al homenaje que sus compatriotas le han preparado. Como cruzó el San Juan, (bueno, lo cruza todos los días), en alguna forma nos pertenece. Y los que con mayor fruición debieran participar en la fiesta, son los jóvenes.

Franco Cerutti me ha pedido unas líneas sobre Coronel Urtecho. Ignoro si son éstas las que tenía en mente cuando me lo pidió. Pero eran las únicas que creo debí escribir. Son más que todo, y deliberadamente afectivas, y, por lo tanto, improvisadas. Y esto es así, porque provienen de un hombre que ama tanto la obra de José Coronel Urtecho, que no la logra definir, ni la quiere examinar, y no asume ante ella más papel que el de lector. Cosa que —tal vez por auto-justificación— se me ocurre que podría ser lo que el propio Coronel Urtecho deseara.

* Alberto Cañas - Director de Excelsior.

A José Coronel Urtecho desde un diciembre de Madrid

José García Nieto *

*José Coronel Urtecho,
desde que te conozco tengo
el Libro de nuestra América por una página abierto. —
A veces se cierra, y se queda siempre, fragante la señal
avisándome desde dentro.*

*Es una página escrita en verso,
ilustrada con flores de la selva,
con árboles inmensos
por entre los que tú transitas.*

*Llevas al cuello
un collar de hojas cuyo nombre no conozco, pero
sé que van campanilleando por donde tú pasas, diciendo:
"Amigo mío, amigos míos, esto es lo que conservo
de hablar todos los días con la naturaleza
y con los vivos y con los muertos,
y con los que van a venir, y con los que han vuelto.
Abridme paso hacia vuestra España, hacia el suelo
nuestro;
nuestro dos veces, por amado y por secreto.
Si un día me pierdo,
llamadme a voces por ahí, por aquí, o por la orilla
de algún sueño.
Ya sabéis cómo me llamo, cómo sueno
en el hueco
profundo de vuestra amistad:
José*

Coronel

Urtecho.

Diciembre 1974

* Dr. José García Nieto - Director de la Revista MUNDO HISPANICO de Madrid.

José Coronel Urtecho desde Angel Martínez

I-

Las Notas de Angel al Margen de los Libros de Coronel

Mimi de Mendoza *

* *La amistad poética es la más pura forma de amistad o de amor.*

No podría llevarse a cabo un Homenaje Nacional a José Coronel Urtecho sin la participación de Angel, sin la sombra de sus alas en vuelo, se siente el vuelo y no se ven las alas.

Existió entre ambos poetas una profunda amistad, una tremenda comunicación en poesía, que llegó por momentos a identificarlos plenamente, a formar uno.

Yo conocía a José Coronel a través del Padre Angel, a través de sus cartas y notas, he entrado de la mano del ángel —maravilloso lazarillo— en la selva intrincada que es la fuerza poética de Coronel, que traspasa océanos. Es un coloso de la poesía cuyas dimensiones humanas son comparables a los ríos y montañas de Nicaragua. El es el Río que se derrama sobre todos los poetas de Nicaragua, sicut acque effusus est, ejerciendo sin intención, un brillante magisterio poético.

Era necesario el abrigo de las alas para entender, un poco, la naturaleza de la poesía de José Coronel y para entenderla es necesario entender su fuerte personalidad. Su obra es de gran densidad de ideas, su expresión certera, robusta y su ímpetu lírico arrollador. Coronel no sólo forma parte de la historia poética, literaria, de Nicaragua, sino también él es parte de la Geografía, él es el río San Juan, los montes, los valles, la Azucena.. Su estatura intelectual cobra dimensiones de Momotombo.

Para poder hilvanar este artículo he tenido que basarme en ciertas notas al margen que el Padre

* Mimi Ruiz de Zuazu de Mendoza nació en Madrid, España, pero vive en Managua, Nicaragua. Obtuvo la licenciatura en Filosofía Románica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. Contrajo matrimonio con el Dr. Humberto Mendoza López, nicaragüense, y se trasladó a vivir a Nicaragua. En 1973, completó sus estudios para el doctorado en la misma universidad y, actualmente, se encuentra trabajando su tesis doctoral sobre Angel Martínez.

Angel pone en los libros de los poetas. Material tan valioso como escaso, pues no pude hallar unas notas, a modo de fichas, que Angel solía hacer de los autores tanto de aquende como de allende el mar y que según el Padre Emilio del Río, el mejor conocedor de toda la obra de Angel, existían en el archivo del Padre Angel, en su cuartito de la Residencia de los Padres Jesuitas de la U.C.A.

También han sido buenos focos en mi camino las cartas escritas por los dos poetas amigos; de Coronel a Angel hay varias que datan del año 1941; desafortunadamente de Angel a Coronel no he hallado muchas. Así es que en vez de un retrato, más o menos conseguido, de la personalidad poética de Coronel, resultarán unas instantáneas a modo de fogonazos o destellos.

Ahora vamos a dar algunas impresiones del Padre, en forma de notas al margen, de algunas de las obras de Coronel. Tengase, por tanto, en cuenta que se trata de anotaciones cortas en los márgenes de los libros y no de un estudio completo.

PO-LA D'ANANTA, KATANTA, PARANTA, DEDOJMIA T'ELZON. Y por muchas subidas y caídas vueltas y revueltas, dan con las casas (Homero). En este libro hay una dedicatoria de Coronel a Angel: "A mí queridísimo Pater Angel Martínez a quien todo lo mío pertenece... José Coronel. Las Brisas Junio 1970. Y sobre el lomo claro de sus márgenes escribe Angel sus notas: "Al fin lo tuve, lo tuvimos. El lo tuvo porque mucho lo esperaba desde que supe que había salido y ahora que lo tengo: "Como un amigo mí y suficiente". Y el lo tuvimos porque tantos años hemos estado esperándolo todos y al fin lo tenemos y como lo deséabamos: un buen libro, un libro excelente. Todo es muy bueno en él y todo está en su sitio, las dos cosas que se tienen que unir para que de un libro se pueda decir que es excelente. Demos gracias al que con mucho esfuerzo nos lo ha procurado materialmente así.

Aún con esa feria de colorines de feria que no deja de desagradarnos. Me gusta decirle a José mi impresión por su orden”.

“Mi impresión de que es excelente y por lo que he dicho que el libro es, no sólo un buen libro sino un libro excelente. Libro bien maduro, un gozo grande, como todo lo que se nos da así”. (Permitaseme hacer una aclaración sobre el sentido aquí de la palabra gozo. En papel suelto del Padre leemos que algunos poetas de Nicaragua le han indicado que sería de gran interés obtener los juicios que Angel tenía de los poetas en notas a modo de fichas. Dice el Padre: “Yo no sé de donde han sacado que yo tengo juicio... ni critico, ni sin criticar. Nunca ha escrito un juicio de lo que no se puede juzgar ni bien ni mal, como es la poesía. Lo que sí tengo son impresiones q’ he ido dejando al margen de libros o de cartas. Si estuvieran escritos en coplas su nombre sería el de gozos porque cada uno supone un gozo grande sobre la lectura”). Y continúa Angel: “También esto se lo digo para qué nuestro gozo —el de los dos— sea completo. Y para siempre —a joy ever—”.

“Libro maduro en el que sin ninguna fruta verde, ni seleque, entran, sí, como tenían que entrar, las sazanas. No como premonición sino como anuncio y como contraste —para el gusto, que es el buen regusto— de las completamente maduras (a propósito tan maduro y tan excelente como la Pequeña biografía de mi mí mujer es el poema —gran poemita— que le precede: Dos canciones de amor para el otoño”).

“Un libro que tiene muchas edades —y es para muchas edades— las que caben en una vida de veras bien aprovechada. Ya José creo que ha superado aquella parada e insistente preocupación por hacer algo —que no fuera un libro— pero que lo salvase. Ha hecho lo que ansiaba en lo que no quería: algo en que se ha salvado por la palabra. Y ese algo es un libro, este libro. Libro de muchas edades y en cada una de ellas un hombre bien hecho, como debe ser en el tiempo de esa edad. Como aparece en el libro en cada una, para darnos de lo de él, esa sensación agradable —suficiente— de madurez... La madurez única, la del que se salva en lo que se cumple. Todo lo que he dicho vale poco para dar la impresión que refleja lo que realmente Coronel por este libro, y este mismo libro es todavía poco, para ver lo que realmente es él. Nos fijamos en lo menos de él. No damos con ese poder de presencia traspasado a la palabra que da la medida de un poeta, y que es, según creo, su capacidad de soledad unida a su capacidad —su poder— de hacerla solidaridad”.

“Poder de unión en aislamiento, de modo que en el hombre que es puedan entrar todos los hombres y que ese hombre, que es su palabra, se nos pueda dar a todos en su silencio como en sus palabras. Que las palabras sean prolongación hasta nosotros de su silencio en luz comunicado. Siempre lo mismo: toda una vida que se da en esa forma de amor, llega al éxtasis y se acaba y se nos comunica en palabras. De

esto es de lo que hemos dicho poco en todo lo que hemos dicho de José Coronel Urtecho. Nada de esto llegaría a lo que él es ni a lo que sigue y seguirá diciéndonos de “la dicha dicha, lo dicho dicho”.

“El prólogo me parece sólo regular. Dice bien el conjunto de su ordenación, que es admirable y de lo que suponen todos los cambios en él como signo de la influencia de José en el desarrollo de la poesía nicaragüense en los últimos cuarenta años. No dice nada de la entraña esencial de esa misma poesía, como registró de una vida que ha hallado entrañablemente su expresión”.

Entre los sonetos llamados por Coronel de Uso doméstico, CREDO tiene para Angel un especial encanto. Es un soneto fechado en Limón, Costa Rica en 1950 y en él Coronel manifiesta su experiencia en el campo. Se trata de un logro perfecto de su etapa clásica, destacándose Coronel como uno de los grandes del soneto en Nicaragua. En una carta que Coronel escribe a Angel el 12 de Mayo de 1941 el poeta alude a este soneto, junto con otros dos: La Cazadora y Rústica Conjux y dice: “Ahora le envío, para corresponderle de algún modo, tres sonetos que he compuesto, como verá no hay en ellos poesía en el sentido que hoy le damos a esta palabra; son meros ejercicios de composición, en que he tratado, para ensayar la pluma, de expresar una idea banal dentro de lo convencional y para mí, difícil arquitectura del soneto”.

La contestación del poeta amigo es extraordinaria, dice Angel, siempre en sus notas al margen: “La perfección de CREDO es soberbia, una obra maestra que llena toda la página. Este se pone aquí como uno de los más bellos, más hondos y anchos, más altos y más perfectos sonetos que se han escrito, no sólo en castellano, sino en todas las lenguas en que se han escrito sonetos”.

En la página anterior a la portada del libro escribe Angel: “Se aplicaría a Coronel lo que en otra parte escribí de otro gran poeta de este siglo —Milosz— sobre el humor que le sale de su honda ternura. Su misma risa no es sino el efecto de una honda, entrañable profundidad humana. Pero con la diferencia de que en Coronel el humor nunca es seco —como lo es generalmente en Milosz— “en el que no hay un verso que no retuerza el corazón”. Y en lugar de hacer que salga de él —del humor— esa hondura humana de lo tierno, Coronel lo que hace es velar, como un poco ruborizado, con su alegre humor, la profunda ternura:

dame un beso en el beso del embeleso
para llevarlo impreso
en el profundo mundo de mi embeleso
llevame de la cintura a la llanura
de la ternura”.

“La mezcla agradabilísima de los dos —de la ternura y del humor, del sollozo que casi se oye callado en la sonrisa— sí es igual en ambos. Sólo que en Milosz se oye más el medio, sollozo de que él habla y que le

tiembla siempre en la voz, que no se acalla con la medio sonrisa que brilla en sus ojos. En Coronel es al revés. La medio sonrisa se hace sonrisa y aún risa abierta para que no se oiga el medio sollozo, sólo alguna vez es entero el sollozo (como las líneas escritas en una enfermedad y en otros muchos poemas y fragmentos de poemas que ya no podremos volver a leer). Y se le queda siempre, luego como para firmarla, esa misma hondura con el dedo en el labio inferior, en una gran seriedad que nada tiene de gesto de esfinge, pero sí mucho de pensador de Rodin”.

En la página 23 de este libro está el capítulo de los PARQUES y Coronel lo titula: “Obra Maestra. O. ¿Cuánto me ha costado hacer esto!” y Angel escribe: “Así es: Obra maestra. Como de un homo faber que era ya para siempre homo poeta. Y esta es una verdadera obra maestra que llena bien toda la página en que está, que es ésta.

TRADUCCIONES—Dice Angel: “Alguien me dije: ¿A qué poner en un libro suyo traducciones?. Y yo le dije: “Porque sin ellas él no sería completo. Le faltaría ese lado esencial a José Coronel de haber tenido a Nicaragua abierta a los mejores aires y a la mejor luz de la poesía del mundo”.

LA CHINFONIA BURGUESA—Es un poema bufo que Coronel escribió con Joaquín Pasos en 1931 y que unos años después convertirá en obra de teatro. Sátira social llena de originalidad y de lirismo. En este capítulo del libro, que lleva por título VARIAS, Angel hace un breve comentario sobre el binomio Pasos-Coronel: “Los uno aquí como los llevo unidos desde que empecé a verlos como poetas —a verlos bien— y a decir larguísimo lo que como poetas ellos me han ido diciendo”.

“Para mí, siempre en el sentido de su poesía, son como hermanos gemelos disímiles, disimilísimos, que no dejan de ser hermanos gemelos y nacidos los dos el uno del otro, y por ello, a la vez que muy parecido, lo más distinto que los dos pueden ser”.

FEBRERO EN LA AZUCENA.—La experiencia que Coronel tiene de la naturaleza, su identidad con ella que la lleva metida hasta los tuétanos, le lleva a escribir ese bellissimo poema FEBRERO EN LA AZUCENA. En el pequeño margen de la página correspondiente a este poema no podía fallar la huella de Angel: “Otro logro perfecto. Como nadie lo había hecho en Nicaragua, como nadie había dicho, ni dirá, cosa más claramente fecunda, profunda, del comenzar de la primavera en el Río. Ni más profunda ni más alta, con la sencillez de un piar de ese pajarillo que se llama “el Espíritu Santo” que da todo el misterio de la fecundidad en ese fin de verano en la Azucena, que es precisamente el comienzo de la primavera y anuncia la Semana Santa. Logro perfecto que se acerca al que la naturaleza —Dios en la Naturaleza— hace de este tiempo su poema”.

Leí el poema —prosema diría Guerra Trigueros— en clase. Leí lo anterior y di con ello mi parecer. Uno estuvo en desacuerdo, como dice que lo está con la

última poesía de Coronel. Lo cierto está —mirandome a mí mismo— que para ser justos es mal punto de vista el que lo miremos desde la nuestra —la de cada uno— la de él —el que no estaba de acuerdo— tiende a ver esencia de poesía a lo Mallarmé pasando por Carlos Martínez Rivas. Y así ésta es, desde ese punto de vista, dilución de poesía y poesía diluida, naranjada en vez de jugo de naranja. Yo que tanta poesía diluida he desperdigado, no dejaba de estar interiormente con ese juicio sobre la mayor parte de esa clase de poesía diluida”.

REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA DE NICARAGUA.—José Coronel, en cartas escritas al poeta sacerdote, se manifiesta indeciso, renuente, a escribir una Historia de Nicaragua, no confía en su capacidad como historiador, no confía en su memoria para llevar a cabo una empresa de esa índole. En noviembre de 1941 escribe: “Comenzaré por la Historia que usted me aconseja continuar. Permitame que le diga que en esto más que el poeta habla el jesuita, cuya poderosa voluntad admiro, pero no comparto. Este es un asunto muy complicado. Es claro que prácticamente hablando el camino es claro y con un poco de esfuerzo se vencerán las dificultades. Pero yo habré salvado mi voluntad y tal vez una cierta reputación y habré hecho cierto bien a los demás, pero no habré salvado mi alma, pues no la habré expresado ya de que tal como la he concebido mi historia, no es una historia de poeta, como usted dice, sino una historia de historiador. Usted me dice que no espere a ver mi obra toda para ponerme a escribirla. Yo no pretendo verla en mi mente como si ya estuviera escrita, lo que pretendo es que de algún modo sienta que vive en mí —como otras veces lo he sentido— con suficiente vida para inspirarme en realidad. Yo entiendo, o siento en mí, que con el arte no hay trampa posible, pues aunque haya trampa, esa trampa es ya arte. Se puede cazar un pájaro al vuelo y se puede cazar con artimaña, pero ha de haber pájaro. Y el pájaro ha de estar vivo en el cielo de mi alma y he de verlo pasar por él, aunque en la rapidez de su vuelo no lo vea con toda claridad y de algún modo he de sentir en mí el tamaño de mi salto como lo siente el gato, o de algún modo he de poner la trampa en donde baja el pájaro. Y esto es lo que no sucede ahora. Sólo veo sombras de altísimos pájaros en el suelo. Y no hay mano ni trampa para cazar sombras. Pero usted me da impulso, no desisto, no desistiré nunca, moriré sin desistir, tomando siempre en cuenta sus espirituales consejos que son para mí un tesoro pues expresan dulce y claramente lo que yo siento agria y confusamente”.

Y Coronel escribe sus grandes comentarios a la Historia de Nicaragua, lograda plenamente por lo que fue vivida plenamente y el poeta lodosano le escribe a Las Brisas: “Querido poeta, tan buen historiador como poeta. Pero de eso ni hablar ahora. Ni de lo mucho que me ha gustado verlo entrar a fondo en su verdadera historia ya desde las primeras líneas y reflejar

extraordinariamente bien lo que es Nicaragua y Centro América en su realidad continuada en sus historiadores; toda una guerra civil, aún más de ellos que de ella”.

En el Libro *Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua*. (De Gainza a Somoza) I.- Alrededor de la Independencia, Angel escribe en su difícil caligrafía de siempre lo siguiente: “Nada más empezar a leer, pero después de haberlo logrado y curioseado todo, la primera característica que nos salta inmediatamente que nos entramos en él: el sin preámbulos ni rodeos, al fondo de la cuestión, como se ve, como él lo ha visto, como nos lo hace ver de una sola mirada. Esto último de hacérselo ver es lo más difícil y revela siempre al escritor de raza —al nacido escritor—. El capítulo primero es magnífico en sí y magnífico como ejemplo de esa característica que digo. Aquí el fondo a que aludo es la historia escrita, las historias escritas sobre Nicaragua y Centro América y ellas en esa mirada no son sino continuación en palabras de la guerra, que es esa misma historia o sea la realidad total y escrita de lo que han sido los países de Centro América. Como empezó sigue en pleno dominio. Y dado como quien ha nacido con él, como sin esfuerzo, como quien lo ha conquistado a fuerza de tanta fuerza y hasta angustia de pensamiento de tanta reflexión sobre innumerables hechos y escritos sobre los hechos para que salgan naturales”.

Sigue Angel en otra hojita dentro del libro dando su opinión sobre esta original obra de Coronel y sobre la intensa capacidad de asimilación de este polifacético escritor, el mayor hombre de letras de Nicaragua, y así continúa: “Pasma la asimilación de tanto libro leído, como supone ese perfecto dominio de la materia histórica. José Coronel vive cada una de las épocas sobre que reflexiona. Y es necesario vivir mucho para mantenerse así en equilibrio. —Pasan páginas y páginas— siempre al fondo. Con la verdad, q’ no es ni la que los superficiales ven, ni la que se clava en unos datos más o menos auténticas —o autenticado por documentos oficiales— Los que tienen esa por toda verdad no llegan nunca al fondo. Son los hijos del Diablo, Padre de la mentira, que muchas veces la presenta con hechos o números o fechas robadas a la verdad. Y eso es lo que les hace más superficiales, y más hijos del diablo, q’ es, según Coronel, el ser más superficial que hay. Y su esencia es ser superficial, es decir mostrar en la verdad —transparencia— de una superficie clara la mentira tenebrosa del fondo. Aquí es el fondo el que sale a la superficie o al que nos asomamos por la superficie con clara hondura —entera verdad—.

Más adelante se manifiesta Angel, a través de sus entrañables gozos, de acuerdo con la intencionalidad histórica de Coronel y expresa su parecer sobre el epígrafe 5 **PERFIL DE UNA CULTURA** y nos dice: “Como siempre desde el fondo y transparentado en lo bien dicho. La misma tierra que era en ese fondo Nicaragua, una tierra bien cultivada que acababa de dar una cultura auténtica. Como para q’ salieran de

ella hombres como el que eso escribe, como Pablo Antonio que está hecho de lo más de esa tierra que puede ser un hombre que sabe darse como de la tierra que es él mismo. Rubén Darío, que no se explica sino hecho de todo eso que ahí se dice o de lo que yo, hace más de 30 años, vengo diciendo de su irreparable autenticidad de nacido nicaragüense”.

En las páginas 22-27 habla Coronel de Landivar y el Padre hace su jugoso comentario así: “De Landivar no hace más que resumir bien escogido, lo que han dicho todos, menos algún raro —sin haberlo leído—. Yo lo he dicho siempre que si hubiera sido tan gran poeta como dicen y no un buen asimilador de lectura no hubiera escrito la *Rusticatio Mexicana* sino: *Un día de campo en México*, en prosa o en verso, pero en la lengua que mamó. Quizás sería un poco exagerado, pero no mucho, decir que la mitad de lo que dice ya lo habían dicho los poetas latinos aunque para otra cosa, Lucrecio, Virgilio, Horacio, Ovidio...”

En la página 24 dice Coronel, refiriéndose a los escritores centroamericanos de la época que todos ellos escribían siempre pensando en España: “el barroco español se exacerbaba, como quien dice, cuando se trasplantaba a tierras vírgenes, especialmente a climas tropicales y florecía de una manera lujuriente. La poesía guatemalteca del siglo XVII es casi toda gongorina. Probablemente Góngora nunca tuvo en España tanto seguidor como en las Indias. Es que antes del modernismo la imitación del español peninsular era, con raras excepciones, la forma de expresión de los poetas y literatos hispanoamericanos”. En el lomillo del margen correspondiente a esta página Angel escribe: “Quizás es también eso (escribían pensando en España) una de las razones por qué mi poesía es tan nicaragüense como dicen: porque aún la que se refiere a España no la he escrito nunca pensando en lo que han de decir de ella en España. Pensando en España he escrito mi poesía más nicaragüense”.

En el prólogo de *NICARAGUA CANTA EN MI* el poeta jesuita expresa la misma idea diciendo que tal vez la razón de que José Coronel y otros vean su poesía como muy nicaragüense —Ernesto Cardenal llegará a decir que la más nicaragüense que se ha escrito— sea debido a su nacer y renacer al mismo tiempo a Nicaragua y a su poesía, a la vez a una poesía nueva y a la tierra que se le daba. Al dar él esa poesía y darse en ella no lo hacía pensando en España, es decir pensando que ahí había de leerse. “Mi poesía es de renacido nicaragüense, poesía renacida para que fuese tan nicaragüense como esos, que saben lo que dicen, han dicho que lo es”.

REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA DE NICARAGUA. LA GUERRA CIVIL DE 1824.

Se trata del segundo libro sobre la historia de Nicaragua. Coronel solía confesar al poeta amigo que él no tenía mucha confianza en su memoria y esto le restaba fuerzas en el empeño de hacer historia. Y en

este libro Angel le habla a Coronel sobre su memoria y dice: "Ejemplo de síntesis ancha. Se presenta siempre, no como historiador sino, como lector de historia. Aquí hay que advertir que José Coronel es un lector como no habrá habido muchos. El se queja de que no tiene memoria y yo lo contradiría diciendo que tiene el mejor, sino el más lúcido, modo de memoria: la memoria por asimilación. No es la memoria de la letra, es la del espíritu de la letra, la del sentido, con todo lo que ha habido de transformación en todo el ser de lo que se ha recibido. Dar digerido y asimilado lo que se recibió no es falta de memoria, sino tener otra clase de memoria, que no es la que superficialmente se entiende por tal. No es la memoria de algunos de los centros cerebrales. Es la memoria de la vida en todo el ser".

"Claro que un lector de historia con tal memoria no puede menos de saber más historia, por más que no se acuerde de muchas fechas, que los que no se equivocarían en una sola fecha. El resultado de esa buena memoria de José Coronel Urtecho es el que su libro sea lo que él pretende que ha de ser: no una historia, sino una sobre historia de Nicaragua. A eso van sus reflexiones y sus reflexiones sobre las reflexiones".

Sobre el otro libro REFLEXIONES II. B., que es un apéndice al tomo II, también Angel hace un corto comentario al margen: "El tercer tomo de las REFLEXIONES es el II. B. Avanza retrocediendo. Desde más atrás nos hace ver lo que es y ha de ser más adelante. Es un modo de que la historia sea como él la ve. Historia como diálogo. Sólo así la Nicaragua del pasado puede vivir hablándole a la del presente, para que la del presente le hable a la que ha de venir".

"La historia como diálogo. Este hombre, para quien el diálogo es necesidad de su ser, vive casi en un absoluto aislamiento de todo diálogo que no sea con su mujer, con la obra de Dios o con Dios mismo. Pero esto es tan natural q' el diálogo que no puede vivir le sale en todo lo que escribe y que no puede concebir una

historia sino como la historia es: Historia como Diálogo, como lo fue con Herodoto, Tácito.. Coronel fuera de la conversación se siente aislado y por eso desde su soledad en aislamiento hace de lo que escribe una conversación".

En una carta de Angel, sin tiempo, le habla a Coronel de la semblanza que este hizo sobre Salomón de la Selva y que el Padre Angel leyó en la Nueva Antología de E. Gutiérrez: "Poeta querido, le felicito cordial y efusivamente por su semblanza de nuestro Salomón. No se si se han hecho muchas semblanzas de él, pero sí sé que ésta es la mejor. Ud. dice en muy buena prosa lo que yo intenté decir en prosa primero y en malos versos después: Que Salomón de la Selva es una persona en una vida inventada por esa persona y que responde al nombre que él mismo se creó y lo llenó: "Príncipe de la Selva, León sabio con balido de cordero".

Angel Martínez tiene una poesía titulada SALOMON DE LA SELVA que empieza diciendo: Un nombre a la medida de su nombre. En ella está expresado admirablemente todo lo que en su carta anterior dice a Coronel sobre este tema.

Angel dijo en una oportunidad que José Coronel Urtecho ha sido mucho más que don Quijote, pues siendo loco, como lo ha sido siempre, ha tenido el heroísmo de sobrevivir a su divina locura.

El profundo misterio sobre la Trinidad es la constante en la poética de Angel, es un tema presente en el decurso de su existencia. Trinidad, Trilogía, Triángulo. Tal vez la forma triangular de esta tierra tuvo que ver con el inmenso amor que Angel, renacido nicaragüense, sintió por ella, que lo aprisionó entre sus vértices.

Otra gran poeta jesuita, Teilhard de Chardin dijo: "El amor personifica diferenciando y diferencia uniendo". El amor que Angel Martínez Baigorri sintió por José Coronel Urtecho es una estela que palpita a todo lo largo y a todo lo ancho de su amistad poética.

II. La Correspondencia de los Poetas

Emilio del Río

Para estudiar un período importante de la literatura nicaragüense esta correspondencia tiene importancia capital. El bloque mayor de cartas, casi todas de Coronel, pertenece a los años 1941-1943; otro bloque bien diferente, como un atardecer, doloroso y esplendente, es de los años 1967-1971, es decir, del final ya de la vida de Angel. Entre las dos partes tenemos una imagen viva de la correspondencia de almas que se estableció allí, doble ribera del lago Cocibolca, y siguió, como hoguera viva bajo la ceniza de las distancias, durante toda la vida. Es una amistad, una profunda amistad; es también un encendido mutuo de dos llamas, de dos palabras admirables, con sus crisis humanas, con sus planes y sus vuelos, con su nacimiento permanente a siempre nuevos horizontes interiores y exteriores.

Podríamos ordenar estas notas como agrupación de detalles en torno a los temas básicos, estableciendo las coordenadas temáticas, los reflejos de las influencias mutuas, los niveles de expresión de vida humana y espiritual. Preferimos, en cambio, seguir paralela la corriente de este río viviente. ¿No es una cronología de vida? ¿Por qué vamos a alterar el curso del río, para dibujar nosotros las sinuosidades de sus curvas? Es mejor espectáculo abandonarse al agua, con los ojos abiertos, abiertos eso sí a lo esencial de este maravilloso intercambio existencial, que se despliega a lo largo de setenta densas páginas. (1)

... I EN LA LUZ DE MEDIODÍA (1941-1943; y 1950?)

....1. Una amistad en cartas y poemas

Dice el P. Angel, en una especie de pórtico a las cartas, que José Coronel Urtecho se ha de contar entre los grandes escritores de cartas y que siempre es una delicia recibir las suyas; más aún, piensa, como dice de sí mismo en otras cartas que Coronel no hará ya sino escribir cartas, en todo lo sustancial de lo que haga; porque según confesión del mismo Coronel, una obra de arte es lo que Chaplin decía: una carta de amor, a alguien. En ellas ve Angel a Coronel hecho todo síntesis de la paradoja de su verdad, a la vez materia vibrante y alma plenamente serena —de tando darse—. Copia luego, como final del potico, la 1ra. carta de Coronel, escrita hacia los ocho años, llena de gracia y de candor: “Querido hermano/primer carta que te escribo. /te acuerdas aquella ves/que tu nobia me dijo que/resistara y yo no quería/tu hermano José Coronel”.

José Coronel, en su primera carta al P. Angel, 3 de marzo del 41 da como una cuenta de conciencia literaria y humana. Coronel, vagando río arriba y río abajo —ese río que va a llamar a Angel para su mejor

libro humano y divino Río hasta el fin. Hubiera querido desahogar su corazón en una larga carta, dando salida a la vez a la cabeza y al corazón, empezando por comentarle la resonancia de sus lecturas: Shelley, Walt Withman, el viejo Longfello, los poetas del Cancionero de Baena, la pasión por los trágicos griegos, sus propios proyectos, la poesía de Angel y la suya, en fin “todo lo que ahora ocupa mi mente”.

Le agradece dos cosas: lo primero que Angel —en carta que no tenemos ya— le llamara su amigo: Coronel espera poder corresponder a esa amistad con toda la sinceridad de que es capaz. Necesita “comprensión, bondad y desinterés respecto de su persona”, interés, por él, por su modo de ser, por sus cosas y cariño, “puro y simple cariño humano, como el que se tiene a los niños cuando simpatizan”. La Caridad de Cristo, que siempre ha esperado de Angel, y esa amistad humana, le dan a Coronel “una sensación real y sensible de felicidad”.

En segundo lugar le agradece el envío de una poesía de Angel, incluida mucho más tarde en la edición de Nicaragua canta en mí: el poema “Oh segador”. Coronel es un notabilísimo crítico literario —crítico en el sentido griego, no en el usual— conoce a fondo, discierne a fondo, la obra de arte, el poema. Lo primero que advierte es el carácter de resumen que tiene toda auténtica poesía: todos los otros poemas de un buen poeta se hallan en cada poema. Ya anda Angel ordenando sus poemas para el libro, y Coronel le dice que reserve este poema para el final; en la edición de 1968 estará, de hecho, casi al final. Con sinceridad de amigo fiel, Coronel le advierte que no es esta su mejor poesía, “aunque es muy bella, muy diáfana, de un alto lirismo y muy vivida y, por lo mismo, muy sentida”. La razón que da Coronel de su reserva es una profunda razón artística: el poema es un poema para el autor, ya que todo el poema está lleno de alusiones a cosas que no están en el poema mismo, sino en la vida del autor. Ha leído otras poesías de Angel en las que toda la belleza está en el poema mismo, y esas cree que son las mejoras. Es toda una poética distinta; antimodernista, expresamente; también los chinos pensaban que la alusión es la figura poética más apreciada, como los modernistas lo practicaron. O quizá es que Coronel no conce la siega —del trigo— y por eso el poema le resulta más alusivo, —incompleto—. Hecha esta advertencia, Coronel confirma su opinión primera: su poesía es bellísima y me gusta mucho”, como una cosa “de verdad”. De nuevo una fulgurante revelación de la naturaleza del arte, de su calidad insustituible: “La verdad es que ninguna poesía, cuando es poesía, es mejor que otra.

Si acaso lo es, es por otras razones". Esta poesía en concreto, le parece tan buena porque "tiene mucha luz, mucho sol, mucha levedad... y da la sensación de un éxtasis meridiano".

Un elemento faltaba, que fue esencial para los modernistas franceses —tras el cual, añadamos, se ha ignorado mucho del arte de Rubén Darío—: la música. Coronel hace esta radiografía del elemento musical en la poesía de Angel. "Y que bien suena! con una música propia de usted, que no es sonora, sino música callada, íntima, pero muy sensible, hasta llegar a veces a permitirse verdaderas armonías imitativas (de las aceptables, pues la mayor parte son insoportables) de contenido espiritual y sonido real": "Con su temblor de granos qué bien suenan!" "Es perfecto el sonido de espiga cuando se agita y sus granos chocan entre sí".

...2. Lo experimental, festivo de Coronel y lo clásico y místico de Angel.

Unos días después el 12, le escribe de nuevo. Ahora le cita a Li-tai-po, cuando le hablaba a Tu-Fu de la enfermedad de la poesía q' ahora Coronel encuentra "contagiosa". Coronel está haciendo ahora unos "ejercicios de composición", en reacción contra los excesos de la poesía moderna —la poesía "abusiva" de q' hablaba ya Juan de Mena—. Coronel está haciendo ya lo q' ahora llamriamos arte experimental. Hace una poesía que la pueda entender su familia, hasta los gemelos —los dos niños que ha llevado al Colegio del P. Angel—. "Busco la mayor sencillez, simplicidad y claridad que me sea posible" —antes le decían que no se podían entender sus versos—. De nuevo es una estética en evolución: dejar atrás la fácil erudición, de los que leemos revistas, y volver a la experiencia. Hace, pues, el poema, que envía a Angel con otros dos, el titulado "Rustica Conjux" y lo lee a sus hijos; uno de los "chabalos" comenta entusiasmado: "Qué bonito, papá! Y esto, vos lo hiciste? Sos poeta vos, papá?".

Espera poder enviarle más tarde algo más elevado, poesía verdadera, en vez de estos "ejercicios". Pero Coronel presiente que el concepto de poesía verdadera, es más amplio, más flexible: "aunque tal vez, la verdad cotidiana expresada simple y llanamente, sea también poesía".

Doce días más tarde, el 24, al responder a una carta en que Angel le habla de que quizá a Coronel le parezcan locuras algunas formas suyas de ver las cosas, Coronel responde que esas formas le son más familiares que las formas de pensar y sentir de "losotros" —debería existir esa palabra, añade, como nosotros, vosotros—; Angel usará el término alguna vez. Con la misma agilidad Coronel atrapa una expresión popular: se retrasó la carta, porque no pudieron salir al puerto el miércoles, "día de vapor, como aquí dicen tan bonitamente, como si dijeran día de aire, día de nube".

Precisamente le interesa que el escrito de Angel sea así, porque así es de él; así descubre Coronel la

hondura o altura radical de este Angel-sacerdote, una dimensión que Coronel está en condiciones de comprender: "Yo estimo muchísimo en su carta la huella del poeta y del amigo que va quedando impresa en cada línea, pero hay otra huella que me llama mucho la atención no porque sea más cara que las otras, sino tal vez porque me es nueva y es la huella del sacerdote, del hombre de Iglesia, nutrido de Evangelio y de Santos Padres. Usted sabe mi pasión por la poesía litúrgica, por el Evangelio y por los Santos Padres". Aunque no ha podido leer a estos en extensión, las citas q' haya siempre le causan una impresión profunda. Añade comentando citas que le hace el P. Angel: "Cómo aprecio el tranquillitas ordinis con su versión justísima y su idea de que la paz es la seguridad en el orden! Y el exit qui seminae seminare semen suum qué divino! Si también se ve el sembrador volviéndose de una lado a otro y aventando la semilla...!"

Es la impresión que recogerán cuantos traten a fondo al P. Angel: la unidad radical en que él es a la vez "poeta y amigo y sacerdote", inseparablemente.

De nuevo Coronel comenta un poema que Angel le acaba de enviar, el poema al pie del Crucifijo. Entrando a fondo en las raíces de la poesía de Angel, Coronel la encuentra en la tradición española clásica y mística. Coronel sabe bien lo que dice, porque conoce de veras esa tradición, ese siglo de oro que aquí llama "nuestro"; la poesía de Angel, en efecto, es "reflexiva", sentenciosa, cargada de pensamiento y de sentimiento filosófico", como lo está la de Jorge Manrique, fray Luis, Lope, Calderón, etc. Y a la vez va mezclada con "un destello místico que es diferente" y que sólo rara vez va junto con lo anterior. Sobre todo en el final del poema, donde ese aliento místico "aparece casi puro", al hablar del beso de Dios que se imprime en la frente de su alma —en la parte pensante de su alma— para acabar con los versos: "Y me cura su verdad / de la mentira exterior / y la interior vanidad"; donde Coronel ve anidadas la musa reflexiva filosófica y "la musa mística angélica (sanjuandelacruzense) que está en la médula del poema". Se trata, en realidad, de un poema anterior, escrito en España y que Angel gustaba de decir, cuando le pedían que recitara versos, porque tiene un poder grande de impacto espiritual: lo incluyó con otros poemas de España en el segundo cuadernillo de versos, hecho en ofset en la UCA, en los años sesenta y tantos —sin fecha como siempre— lleva en portada un hermoso grabado moderno Goeritz, su amigo artista de México. El título del poema es "Me espera en la soledad".

Una confesión de Coronel al final de la carta: cuando en el Colegio le dijeron que Angel era poeta, algo en él se sublevó, pensando que, a pesar de Hopkins, era casi imposible un jesuita poeta. Y así, la amistad con Angel fue anterior al conocimiento de su poesía. Hasta que un día leyendo un poema de Angel encontró: "suena en mi corazón de hombre un sonido seco y bronco". (Angel había escrito, al final de su año de Ordenación, en Bélgica en 1934, el terrible poema

“Hoy tengo el alma dura” en el fondo mismo de la resistencia de toda su luz, aquella luz en que escribió el libro inédito “Sacerdotes”)

... 3. El espléndido análisis de un poema del río

A fines de agosto, 1941, escribe dos cartas Coronel a Angel, el 27 y el 30. No traen novedades especiales. En la primera le habla de “El Refugio” que se ha construido, “para escapar del bullicio de mis cinco hijos”, y le envía saludos para “nuestros queridos poetas. Los recuerdo mucho. Espero mucho de ellos”, —los aún alumnos de Angel, Martínez Rivas y Ernesto Cardenal, sobre todo. En la segunda, le envía “los sonetos elegíacos por la muerte de una paloma patacona”, que le parecen pequeños trabajos, a espaldas de la inspiración, pero que han gustado a sus hijos, con lo que se siente ya bien pagado. Es un género de poesía festiva, que encuentra sus antecedentes en Quevedo. Envía lo suyo a Angel en busca de ese intercambio crítico que no puede encontrar donde está. “Para escribir sigo mi juicio, pero para juzgar lo mió prefiero el juicio de mis amigos competentes”. Le da cuenta también de sus proyectos de novelas y noveletas, como le gusta llamarlas. Pero solo en general le habla de ello. Y del proyecto de preparar una antología de la poesía norteamericana. Le envía también un poema nuevo “To a Waterfowl” (A un ave acuática). Y se siente trabajando y feliz: “El deseo de trabajar me ha vuelto con mis libros... Ahora, pues, leo y escribo a mi gusto y paso el día muy feliz, gracias a Dios”.

La carta del 26 de octubre, es especialmente interesante porque comenta a fondo el poema sobre “El baño”, que le han enviado Angel. La carta empieza con esa gracia con que José Coronel sabe jugar con el lenguaje, como los niños con el agua: “Comienzo suplicándole q’ me dispense el escribirle en este papel y en lápiz, porque en este papel sólo en lápiz puede escribirse”. Coronel escribía sus cartas con una letra impecable, en pequeñas hojas dobladas; en el archivo de Angel queda todavía una así; las demás están copiadas por Angel a máquina. (1). Pasa enseguida a comentar el poema que han leído en familia y les ha impresionado mucho: prueba de que la impresión está “maravillosamente transmitida”. “Todos convenimos en que el alba en el río estaba admirablemente descrita.”

Este primer aspecto de la poesía de Angel, el impresionismo descriptivo como nos gusta llamarlo, conlleva otros niveles que Coronel precisa sabiamente: “Examinándolo después, he visto que vale mucho más que una buena descripción; deja una idea clarísima y una impresión profunda y hondamente poética del amanecer en el agua, y lo que es más aún, tan ricamente sugestiva que parece después de leída que fuera muy objetiva... La cosa es que todo pasa dentro del sujeto que se baña, con una unidad tan profunda que refleja dentro de sí todo lo externo. Este es a mi ver el ideal de toda poesía subjetiva”. Se trata, añade Coronel, de un “admirable poemita, que tiene todo lo que uno puede pedirle a una pequeña obra maestra, sentimiento íntimo profundo, gran sentimiento de la

naturaleza, elevación filosófica y poética, es decir, magia verbal e imaginativa (que es lo que hoy se exige más en poesía) —todo eso envuelto en una forma diáfana, en un acierto de claridad (virtud poética tan olvidada hoy día) que la hace accesible a todo el mundo, como debía ser la poesía para parecerse más a la gracia de Dios”. Es admirable cómo José Coronel elabora constantemente su estética, siempre en disponibilidad nueva, siempre hacia la sencillez— que Croce llamaría “auroral”.

No entra en detalles, pero confienza no haber leído nada de Angel (“ni para el caso de los modernos en muchos días”) que le haya gustado tanto. Añade un paréntesis que Angel va a obedecer: le sugiere como título natural del poema “Me he bañado en el río”, título con que queda de hecho en Nicaragua canta en mí —al final de “Campos tuyos”— y en las Poesías Completas donde va en el apartado “Adivinaba el río”, previo, efectivamente, a la explosión unitaria de Río hasta el fin, de dos años más tarde. Coronel lo ha presentado ya: ese poema, y otros llegados del Colegio Centro América, le hacen sentir “una primavera lírica suya a este lado del mar”, que espera será mejor que la del otro lado, la de España, extensa en efecto ya, en 1936. Y Angel le debe a Coronel, con esta premonición, un consejo certero —siguiéndole se abrió a todo el pequeño país— “Creo que usted necesita salir, airearse, olvidar, de vez en cuando las monótonas —aunque santas— labores del colegio”.

Más tarde, cuando llegara la hora del gran poema del río, será el mismo Coronel quien invite a Angel a pasar un mes por el Río San Juan: y será Coronel quien le de la idea y el título mismo del gran poema: “Río hasta el fin”.

... 4. Angustia: Dante y Virgilio pasan por el infierno

Desde ahora Coronel fecha las cartas en San Francisco del Río, (Chontales) donde también había escrito las anteriores. La carta del 30 de noviembre de ese mismo año 41, responde a una carta de Angel, que le ha impresionado mucho a Coronel, por la tristeza enorme que encuentra en ella: tristeza maravillosamente iluminada en su último fondo negro. “Toda la espontaneidad que hay en su carta, dice Coronel, la tristeza de su fondo y la poesía tan tierna que sin embargo dimana de ella, como una irradiación de esperanza, me hace sentir que es mi misma carta y mi misma lucha a través de otros temperamento y de otras circunstancias muy diferentes, y en realidad, muy superiores a mi temperamento y a mis circunstancias”. Se acerca al texto citando este “penetrantísimo verso” que puede servir de estrella polar en esta “noche oscura literaria del alma”: “Hoy no te mires demasiado adentro”.

Coronel advierte que en muchos pasajes de la carta de Angel lo que deja esa honda tristeza es consuelo, algo que se siente más que se piensa, algo que se percibe como ejemplo, más que se oye como consejo: “Como en los grandes momentos de terror nos calma la calma de un amigo que nos acompaña en la tormenta con una sonrisa de belleza, es decir q’ aunque sea triste, está llena de belleza, es decir de esperanza

(pues los artistas sentimos la esperanza en la belleza, así en el mundo como en el alma)".

Es admirable la modestia de estos dos corresponsales; los dos escriben "con desdén de su obra", como dice de Angel Coronel. Los dos, sin embargo, descubren al amigo valores y horizontes cada vez más originales, cada vez más valiosos. A Coronel le conmueve que Angel le diga que algo vale en él. Un círculo vicioso que no puede explicar: a ratos no soy poeta para mí, lo soy para Ud.; "y aunque Ud a ratos sea sólo poeta pasivo para usted para mí es sin duda el más activo y real que conozco". Pero el círculo está iluminado: por las bendiciones de la amistad. Con penetración siempre renovada, Coronel explica por qué un poeta no puede ser nunca juez de su propia obra: "nunca podemos verla como cosa objetiva y acabada, sino que siempre la juzgamos subjetivamente y en proceso, comparándola con nuestra intención anterior y nuestro ideal futuro". Hay en el fondo algo trágico, porque de esa intimidad participan también los amigos —que mejor pueden comprendernos—; sólo la posteridad lo hará imparcialmente; aunque tampoco, ya que lo hará con criterios diferentes de los que ha tenido el autor.

Está trabajando en la historia de Nicaragua. Pero no avanza; querría saber bien lo que tiene que hacer en ella: si escribe como historiador habrá "salvado su voluntad" (de hacer eso), pero no habrá salvado su alma (su alma de poeta no se habrá expresado como debe hacerlo). Estas expresiones de Coronel —"no habré salvado mi alma, pues no le habré expresado"— pueden estar en la base de la inspiración que le llevaría, año más tarde, a Angel a escribir su espléndido ensayo, dedicado a Coronel, "Secreto de Salvación". Angel lo incluirá en su "Autopsia", donde dirá en un paso amargo de su vida: "No me he salvado" (en la palabra, en los poemas). El problema de Coronel es paralelo: tiene datos de erudicción para la obra —aunque, añada, incompletos—; pero el problema está en que no ve bien la obra, la imagen, la figura de la obra, que debe hacer. "Yo entiendo o siento en mí, explica honestamente, que con el arte no hay trampa posible, pues aunque haya trampa, esa trampa es ya el arte. Se puede cazar un pájaro al vuelo y se puede cazarlo con artimaña, pero ha de haber pájaro. De nada me sirve la trampa si no hay pájaro. Y el pájaro ha de estar vivo en el cielo de mi alma, y he de verlo pasar por él, aunque en la rapidez de su vuelo no lo vea con toda claridad; y de algún modo he de sentir en mí el tamaño de mi salto como lo siente el gato, o de algún modo he de poner la trampa en donde baja el pájaro. Y esto es lo que no sucede ahora. Sólo veo sombras, de altísimos pájaros, en el suelo. Y no hay modo ni trampa para cazar sombras".

Dos cosas más, bien importantes, en esta larga, preciosa carta de José Coronel Urtecho. La primera se refiere a la humildad. En su carta copia ahora Coronel una frase de la carta de Angel que le ha herido: "No mire a lo que hará: mire a lo que hoy la belleza —Dios— le dicta y cópielo". Lo difícil, responde Coronel, es separar la belleza del intento agitado de conseguirla, de copiarla. "Sólo que intentara como

tantos modernos sacar alguna belleza u obra de la confusión misma". Cosa que Coronel no querrá nunca; en el punto mismo de partida habrá una confesión de fracaso esencial. Está leyendo, añade, las cosas bellísimas que dice sobre la humildad el Padre Rodríguez; inspirado en ellas y en un pasaje de Hello querría escribir una noveleta; pero no llega a hacerlo y lo siente: "Nada me alivia mejor de un mal que hacerlo obra de arte", exclama en la línea griega de la catarsis, de esa purificación que trae consigo el auténtico arte. Lo que no hará nunca es desistir: "No desisto, no desistiré nunca, moriré sin desistir, tomando siempre en cuenta sus espirituales consejos que son para mí un tesoro, pues expresan dulce y claramente lo que yo siento agria y confusamente".

La segunda cosa que tiene interés especial en decirle al P. Angel, y que por eso mismo ha dejado para el final, "lo que más me interesa", es hablarle de las poesías q' Angel le envió ahora; le han gustado muchísimo las tres. "Qué profundas, qué íntimas son! Cuánto dicen de su alma y del alma —pues las almas se tocan en el fondo común de las almas, como las olas en el fondo del mar!" Copia entonces estos versos de Angel: "Está mi alma triste en un desierto/ de si mismo desierto, en un vacío/ vacío.../ No halla dónde derramarse/ su plenitud de día y huerto lleno". Comenta Coronel: "Qué bello es todo esto! Pocas cosas conozco tan modernas como estas poesías de sus últimos tiempos y sin embargo hay algo en ellas que no se encuentra sino muy rara vez en la poesía moderna: este iluminar con una diáfana claridad de conciencia el más oscuro fondo de la subconsciencia. En la poesía surrealista lo subconsciente se presenta en bruto, como una negra corriente; en Ud. el fondo del mar se ilumina". Cita un verso más, que pertenece al grupo de poemas de la Ceiba: "Qué hermoso ese árbol que hacia abajo crece!", prometiéndose a sí mismo ocuparse más tarde de las poesías de Angel más despacio: una selección que haría, un comentario quizá.

5. Un Hombre de Fe Consuela a un Angel.

En 1942 Coronel escribe sólo dos cartas al P. Angel, una en enero, y otra en diciembre. Son dos cartas preciosas, por diverso concepto. La primera es una carta de problemas espirituales —de amigo a amigo, de Coronel a Angel—. La segunda es una maravillosa profesión de amistad.

La carta de enero, después de una disculpa por tardar en escribir, contiene una oración humilde, conmovedora, de Coronel Urtecho. Se siente, con sus casi "treintiséis" años, con las manos vacías: "Y todos los días le digo a Dios: Señor, qué horror un día volver a Ti con las manos vacías! No sé siquiera mis propias cuentas, pues no sé cuántos talentos me diste, ni siquiera si me diste algún talento: lo único que sé es que cuando vengas no tendré ni una dracma. Peor estaré que el siervo malo y perezoso que enterró su talento, pues he olvidado hasta el lugar en que lo enterré, y no sólo el lugar en que lo enterré, sino si lo enterré, y no sólo si lo enterré, sino si me lo diste. Pero debes habérmelo dado, pues ándolo buscando y siento que te lo debo, y debo haberlo perdido pues no lo

encuentro y enterrado no está porque ya he removido con las manos toda la tierra por donde he andado. Seguramente lo he disipado en vanidades y francachelas. Aún es tiempo, Señor, dame una dracma para trabajar y recuperar lo que me diste”.

Con su habitual buen humor, Coronel se excusa de esta expansión; se ve en peligro de entregarse a una de esas filípicas contra sí mismo, que le parecen propias de los holgazanes. Pasa enseguida a hablar de lo que está haciendo: “estudio bastante, y traduzco algo y hago planes y planes y planes”. Jugando con la palabra, una de sus formas habituales de disfrazar el conocimiento, indica que en poesía tendría que haber además de astros planetas, no planetas que rueden en torno a otros, sino poetas que anden siempre planeando —haciendo planes—: “Creadores de poesía y planeadores de poesía”.

De los planes que tiene entre manos espera hablarle cuando vaya al Colegio, donde le han invitado a leer un discurso. Pero lo importante ahora es esa crisis que está pasando. “No sé (en esta crisis que estoy pasando) qué es lo que creo ni qué es lo que no creo. Lo único que creo es en Cristo —pues a medida que creo menos en mí mismo y en los demás, más creo en Cristo. A este me agarro como a un leño en el mar, con la diferencia que ese leño es el leño de Dios, la Cruz de Cristo. Qué haríamos sin la Cruz de Cristo? Porque yo no amo al leño por sí mismo, y si ese leño no fuera la Cruz de Cristo, en quien creo y a quien tengo por único Dios, no me asiría de él, sino que me dejaría hundir en el abismo del mar, me ahogaría en mí mismo, en la nada, en el todo, pues todo es lo mismo. Créame que en esto soy absolutamente sincero”.

Después de esta profesión de fe, Coronel pasa a hacer la confesión de sus actividades poéticas, o mejor de sus deseos de creación. Sólo encuentra sus sueños, sus pensamientos, “tan terriblemente fugaces, tan refractarios al papel, tan enemigos de dejarse aprisionar en un asunto, en una composición”. Vuelve la imagen de la carta anterior: “Los veo pasar lo más alto de mi mente como nubes, saltar como rayos, desvanecerse, y así me siento bien”. (La imagen volvió en el elemento del paso —antes sombras, ahora nubes—; pero se ha difractado dialécticamente en ese estallar del rayo, en ese desvanecimiento con que lo siente todo huir).

Pasa en fin a hablar, como otras veces, de las poesías de Angel que ha recibido. Y aquí sí que Coronel es un amigo sincero; no teme llegar hasta la zona viva y decir al amigo lo que cree debe decirle ahora. “Su poesía, como todas las de sus últimos tiempos, me ha impresionado vivamente. No sólo creo que la hizo luz, sino tiniebla luminosa, sangre. Es terrible su elegía, con su aire leve, ligero y aéreo que tiene. Siendo tan suya en la forma, tiene un eco profundo de Hopkins que me amedrenta. Desde hace tiempo Hopkins me aterroriza. Por eso me amedrenta encontrar en Ud. ese sentimiento hopkiano de la vida”. Cita más abajo unos versos del poema de Angel, —no incluido luego en Nicaragua canta en mí—: “Corazón mío, /vives o mueres?.../ Qué terrible este vivir/ suyo, si muerto

estoy yo!.../ Y por lo que aún vivo está/ en mí, muerto para siempre”.

“Todo esto, comenta Coronel, es terriblemente suyo de Ud., dentro de su propio estilo, sin nada de Hopkins, pero aquí en toda esta elegía su luz, que siempre ha sido una característica de su poesía, su luz que se abre y aclara y llena de esperanza, su tristeza que ha sido una tristeza que alegra o que consuela aparece ahora (aquí) y en algunas otras poesías suyas como una luz iluminando un nudo negro, un objeto oscuro que más negro se ve cuanto más se ilumina. Eso constato. La elegía es muy bella, muy impresionante, trágica sin énfasis, sin declamación, sin sentimentalismo. Pero ese sentimiento es cruel. Yo deseo que sea un estado de ánimo muy pasajero, porque si eso dura, mata. Suene sus campanillitas de oro. Báñese de nuevo en el río y en la aurora. Recuerde que Ud. es Angel de Anunciación, no Angel de Muerte y Exterminio. Hay en todo Ud. una dulzura que es el principal de sus encantos. Esa dulzura ha superado siempre en su poesía la de la amarga levadura de que casi toda poesía profunda es amasada... (Bitter would have me taste). Yo le pido a Dios dulzura y alegría para Ud. Piense en que tiene amigos que le queremos de verdad y pruebe así su fe en la amistad. Por un amigo que muere (feliz pues vuelve a Dios) nacen nuevos amigos. Qué diera yo, créame Ud. por poder consolar un poco su corazón que sufre, pues en su dolor veo una profundidad que yo nunca he conocido. Tal vez por eso no llego ni llegaré jamás a ser poeta... Prefiero no sufrir a ser poeta. (Ya ve hasta dónde soy cobarde).”

Bellísimo texto, humano y cristiano, que no es posible comentar, sino leer, leer una y otra vez, aprendiendo lo que es amar de veras a alguien que sufre, consolar, confortar, iluminar incluso al Angel que pasa por las tinieblas. No hay más poemas así en Nicaragua canta en mí —que recoge los poemas de esos años—, sino es “Un día”, y sobre todo “Lago de noche” que comienza: “Y me quedé sin alma, /como si el alma se me hubiera muerto”. Pero hay todo un libro, inédito, con todo ese drama, de luz bajada hasta las entrañas de la muerte: Clara y fiel luz, Salmos de muerte y resurrección. Habrá que esperar, hasta que Dios quiera, a que se publiquen las “Poesías Completas”, para que el lector pueda bajar con Angel a esa profundidad existencial, a esa hondura bíblica, donde nace la Luz.

La carta de Coronel se aligera, una vez dado al amigo el consuelo y el consejo. Le comenta otra poesía más ligera, más alegre. Y piensa que los poemas deberían ir en menús combinados, como ciertos platos van con ciertos vinos. Se le ocurre también que se debería disponer las poesías por tiempos, para leer según las estaciones o los meses. “No es la poesía el alimento del alma? No van los alimentos siguiendo el curso de las estaciones?” Le recuerda la descripción que hace de ellos el Arcipreste y le copia la primera estrofa dedicada a enero: “A dos partes otea aqueste cabecudo”... “Algún día haremos una Antología del Tiempo” (Hay varias ya; quizá la última la que ANBC incluyó en su página de poesía a comienzo de los años

70, dedicando un largo margen a cada mes, y a cada estación del año).

Le habla también del excelente "Medallón de Angel" que ha escrito Pablo Antonio Cuadra, donde Angel aparece como "Angel de luz, de claridades, de plumas voladas, (como nevada de besos)". Se consuela con la alegría de ver que los otros escriben cosas tan buenas. Y se alegra ya por lo que está escribiendo en Granada ese poeta-colegial, de la mano de Angel: "Y veo también con gran placer que el querido poeta Cardenal comienza ya a soltar sus alas y hacer sus vuelos graciosos y poéticos. Me ha gustado mucho su Granada Marinera, porque tiene soltura y música popular y les habla a los sentidos... tiene una luz sorollesca, tiene su sol y tiene su oleaje".

Y excusándose de su larga carta, termina pidiendo al Padre que le escriba "más extensamente".

6. Poesía Esencia lírica de la Amistad"

La carta del 10 de diciembre de 1942 comienza con esta fórmula de amistad: "Querido poeta mío". Coronel lo explica con esta otra fórmula: "El poeta que yo tengo y que en ese sentido soy yo". Angel le da los poemas como si fueran suyos; y Coronel los recibe de forma que, según escribe, "comulgamos en su /poesía/ mía". No se puede expresar mejor que como lo hace Coronel la naturaleza de esa amistad, que viven Angel y él: poesía y amistad completándose admirablemente: "más que mi amigo o quizá mi amigo por excelencia, como si la poesía fuera la esencia lírica de la amistad, más aún, la pura esencia del amor". Es ahora cuando Coronel cita la expresión de Chaplin, para quien toda obra de arte es una carta de amor. "Pero una carta de amor, añade Coronel, escrita y contestada en ella misma; pues no puede dejar de producir su amor en el que la recibe".

Un poeta amigo, como lo es Angel para Coronel, es también su creador, en el sentido de que "todo poema que realmente vivo, me hace un poco a su imagen y semejanza. No hay duda, añade, de que hay algo divino en la poesía (el famoso *quid divinum*) que al hacernos a su imagen y semejanza, nos hace más a imagen y semejanza de Dios. Tal vez, pues, Dios hizo a los poetas como colaboradores suyos, no sólo en hacer obras bellas, sino en hacer a los hombres a imagen y semejanza de El". Si esto es exacto o no para la razón, poco importa, pues "yo lo vivo con Ud." "Para mí así es, sea o no sea para la razón".

A Coronel no le gusta que los libros de poesía lleven, a veces, retrato del autor; porque a veces no le gustan y le separan de la poesía. Otras veces le llegan solos los versos y no conoce al hombre; la comunicación se queda un poco en el aire. Con el P. Angel la cosa es diferente: "una vez amigo, se me revelo poeta". Como quien ha llegado a una plena amistad escribe: "He establecido la relación completa de amistad poética... la forma más pura de amistad o de amor". Y en esa amistad percibe como propia la poesía de Angel: le hace poeta el leerlo, siente así "su poeta mío en Ud." ¿Juzgar la poesía? "La verdadera poesía termina donde empieza el juicio, acaba con el juicio". Le indigna pensar en esos juicios que a veces hacen los

alumnos en las clases de retórica, condenando a un inocente poema "a la inmortalidad preceptiva o a la muerte retórica, por razones que nada tienen que ver con la poesía".

Es desde esa profunda amistad, no desde ninguna retórica, donde Coronel reafirma su experiencia poética de Angel: "Ud. está alcanzando una altura poética que si sigue escalando se va a perder de vista. Está Ud. maduro de poesía". No lo sabe Coronel, lo adivina con certera previsión; es el final de 1942: en 1943 será la explosión de Río hasta el fin, y en 1944 Cumbre de la Memoria, dos libros cimeros, en la obra de Angel y en cierto sentido en la poesía actual

7. Arte y Profundidad: Espacio y Tiempo

En la carta que hemos recorrido, al acabar, hablaba Coronel de cómo Angel en su poesía, cada vez más elevada, trata de resolver los angustiosos problemas del alma joven de América Latina, los que se están planteando en forma no cristiana algunos grandes poetas americanos. Algún otro amigo le respondió que esos poetas eran sobre todo obscenos. Coronel insiste: Angel está dando el sentido cristiano de las mismas ansias y angustias que sentimos en la literatura hispanoamericana moderna. Coronel no acepta confundir las intenciones superficiales con las profundas: es a éstas a las que se refirió al hablar de la afinidad de los problemas de Angel con los otros.

Por su parte, la comunión de sentimientos con Angel es cada vez mayor; cada vez se expresan a mayor profundidad y expresándose se completan. "Los pensamientos que Ud. me expresa cada vez los hallo más profundos, es decir, más hondo en mí mismo". "Cada vez me siento más identificado con Ud. pues al profundizar más y más en Ud., —o dejarme llevar por Ud. a lo más hondo de Ud. mismo (que a veces me asusta lo hondo que es, pareciendo tan frágil y cristalino) lo encuentro más profundamente en mí mismo, como si fuéramos el mismo hombre en dos personas. (Y vuelve el misterio de la Trinidad a asomar su divina profundidad analógica)".

En cambio, cuando los hombres no profundizan, cuando son superficiales, se dividen. Lo malo es escoger lo superficial como si fuera lo fundamental. Es una obstinación mala. "Porque la verdadera profundidad, la última profundidad, es la fuente misma de la vida eterna; de donde se ve claro que el mal no puede ser sino una soberbia de lo superficial y el demonio el Ser más superficial de todos por su misma soberbia en confundir la soberbia con la profundidad".

Es en esa profundidad donde Coronel trabaja por encontrar a los otros. Con toda claridad: "lo que busco es una profunda unión entre todos y de todos con Cristo en Dios. Y con quien más obtengo hoy día esto, de quien más recibo, es de Ud., no sólo por su pensamiento que le nace de las entrañas, sino sobre todo por su poesía que le nace y me nace (como verbo activo) porque me hace renacer en su vida de Ud., hecha poesía nuestra".

De nuevo vuelve Coronel a comentar poemas que le ha enviado el Padre; ahora unos sonetos que al amigo le parecen "inefables". Los llama inefables, porque no

puede explicarse ante ellos: “Es cuestión de exclamaciones, de gestos, de decir: Qué sonetazos! Qué sonetazos, Padre! Favor de repetírmelos. Ese verso; ese verso; ese otro, éste: ‘Y mi ternura que fecunda el mundo!’ Claro que le fecunda al mundo —no faltaba más! cómo no lo va a fecundar, si para eso es poesía? ‘Y despertar de nubes y navíos —de ojos, mar y cielo el triple azul profundo’. ‘Y en la raíz de lo meditabundo...’ Qué maravilla, la raíz de lo meditabundo! y haga sonar ese verso, oiga qué sonido tan profundo el que tiene! No, no puedo seguir. Es mejor callar, oír, mientras me los lee Ud. con mi propia voz o se los leo yo con su voz de Ud. Seriamente: qué divinos sonetos! Especialmente: ‘Y mi ternura’ y En la profundidad de la mirada!, pero sin olvidar el otro que dice: ‘Brisa de luz sobre la noche y ciego”.

El lector sabrá sin duda que Angel escribió muchísimos sonetos a lo largo de toda su vida. Luego, en los años de México, reunió una selección, de casi un centenar, y los editó bellamente Finisterre con el título: *Sonetos irreparables*. Entre ellos está, sin título ninguno, el primero citado en esta carta —la carta cita cuatro versos seguidos, que forman la primera estrofa—. Es una especie de embriaguez lírica la que en los sonetos de Angel estalla como volcán, con fórmulas densas, tensas, vibrantes; y todo se estremece de peso y de ternura. Pero está todo tan lleno —tiene un soneto que se titula “Lleno” y que comienza: “No me interesan nada los vacíos”—, que con razón escribe ahora Coronel: “Vea, Pater, podría escribirle 20 páginas de comentarios. Pero mejor es no decir nada. Todas sus últimas poesías son inefables”.

Termina con un saludo para los gemelos, sus hijos en el Colegio; y añade paternalmente: “Vea que nada les haga falta, como buen recomendado”.

La carta del 16 de febrero, del mismo año 1943, comienza de nuevo refiriéndose a una de Angel que no tenemos: quiere darle las gracias por ella, y guardarla con más razón que las otras (luego las guardaba Coronel y quizá un día aparezcan): “proque está llena de cosas memorables sobre las que hablaremos pronto”. Luego le habla de sus intentos de presentar a los poetas yankis; pero lo que pretendía ser una conferencia viva, le sale según él un tratado muerto (sobre Longfellow). Siente la inclinación de romperlo y “escribirle cartas a Ud., a otros, de amor”; obras de arte. Con esa sensación de perfección incumplida, propia suya, siente que no conquistará, por ahora, la “escurridiza libertad creadora”. Con una fórmula que Angel citará algunas veces, Coronel exclama: “Adelante, pues, con la cruz a cuestas. (Toma tu cruz y sígueme. —Qué terrible es a veces ser cristiano!) “Y volviendo de nuevo los ojos al amigo: “Dichoso Ud. que hace sonetos inefables casi todos los días.

No deja de advertir dos cosas más: de nuevo le ha desconsolado el tono de un poema, aunque añade: “Pero yo sé que de esos estados en Ud. nacen después prodigios”. En segundo lugar: “Deje de andar diciendo que Ud. no es poeta moderno. Ud. seguirá siendo moderno cuando la mayor parte de los modernos sean arcaicos”. Y una tercera cosa, una invitación, una

llamada cariñosa: “Esto es importante: deseo que tan luego termine el curso se venga Ud. a descansar porque lo necesita”.

No se iría a descansar más que en parte. Iría de un lado a otro, predicando, casando, bautizando. Y allí le encontraría la hora —en las horas de descanso, sobre la barca del río— de escribir el poema soberano Río hasta el fin.

8. Prólogo al río: Primera carta, en archivo, del P. Angel a Coronel

Esta carta no es anterior al Río, sino muy posterior al gran poema del Río San Juan. En ella le pide a Coronel un prólogo para Río hasta el fin, aunque la carta misma termina girando noventa grados: Angel termina pensando que el poema entero es un prólogo al río vivo (la vida concebida como un río que sube); y en cuanto a Coronel, mejor que un prólogo al libro de Angel, será que escriba, como sólo el puede hacerlo, su propio prólogo al río, su propio libro y visión y sentimiento del río.

La fecha de la carta es un problema, puesto que Angel no fecha nunca sus cartas desde 1942: él ha pasado ya a ser un “Angel sin tiempo”; sobre todo luego cuando en los años 44-46, después de una operación en Nueva Orleans, queda por dos años recobrándose para la vida en Isleta College. La carta es posterior a esa fecha todavía, pues está escrita en El Salvador, donde Angel dirige casi, en la práctica, la revista ECA, a la vez que da clases. Es en esa revista de Estudios Centroamericanos donde Angel publica Río hasta el fin (todavía inédito en libro!), en varios números de la revista del año 1951. Posterior a 1946, la carta debe ser anterior al año en que publica de hecho en la revista el libro. Por otra razón llegamos a la misma conclusión: al final de la carta le dice a Coronel que le está copiando su “a modo de Sinfonía Semisecular”, es decir, el intenso y extenso poema, que luego va a llamar Carmen Semisaeulare; lo llamó también Último Canto, porque como le dice a Coronel, “creí q’ iba a enlazar con el Cantar Nuevo, q’ será el último canto, es decir, el primero” (el de la eternidad). Más tarde, cuando se cumplan 50 años de su entrada en la Compañía, copiará el poema y lo hará llegar a los amigos; pero el poema se refiere a las primeras bodas de oro: “Las Bodas de Oro del alma con el cuerpo”; cuando, al cumplir los 50 años de edad, exclama: “Daré gracias a Dios de haber nacido”, etc. Y habiendo nacido el 2 de octubre de 1899, esas bodas se cumplían el 2 de octubre de 1949. Si al escribir la carta está copiando el segundo tiempo del poema, la carta debe ser quizá posterior, en poco, a esa fecha.

Por alguna razón que desconozco la carta está incompleta; creo que voluntariamente incompleta, pues la primera página conservada lleva arriba a la derecha, como título de pertenencia esto: —Ojalá ...—2. Anotación que no se repite en las páginas siguientes. En la primera página ha debido hacer una explicación de lo que quería decir en su Río, porque de ello habla la primera frase truncada: de la conservación por el Poder de Dios “pasando —como

puede— a la Palabra”. Y debe ser quizá por un sentimiento de fracaso en ese querer explicar el poema lo que le ha hecho retirar la página primera, pues enseguida se resume y se condena: “Otra vez perdone. No acaba de nacer en mí el Río. No acabo de nacer en Dios, yo Río”.

El director de la revista, le preguntó quién podría hacer el prólogo al Río. La idea de que fuera Coronel es de Angel: “le dije que sólo Coronel o nadie”. La razón que da es que sólo Coronel “conoce bien, de cara y casi podríamos decir en persona al Río (sin olvidar que el río soy yo, aunque gracias a Dios me haya hundido en el río hasta ser tú y de la inserción del yo —tú haya salido el nosotros —lejos del losotros— q' somos yo y tú con el río:... Donde uno somos y corremos río” (frase de Coronel)... “Dios trino y uno en todo”.

El prólogo que Angel quería no es un prólogo a su libro, sino un prólogo al río: “Sólo sobre ese río —su río, mi río—, no sobre Río hasta el fin, sino en cuanto éste es nuestro río. Y nada de ese hombre, nada del Angel, sino del puro reflejo que haya podido quedar del ángel hundido y arrastrado por el agua en el río. Sólo de ese hombre apretado entre un ángel y un río que lo mismo puede llamarse Angel Martínez que José Coronel que Carlos Calvo... Qué cercanos nos sentimos a estas sombras tan familiares al río, todos iguales, tan distintos, y todos el río que se hace de todos, como todos se hacen al río! Y si alguna vez el río quiere ser mujer que se llame Doña Entima y si quiere ser una perra loca, que Juan Lobo la llame chinopia, como la familia que me saludaba... El río sacó fuera el pecho... Saque V. fuera el pecho y el río se hará de todos esos nombres que lo introducen en la verdadera agua que lo hace río. Y así saldrá V. entero con él —y sin nombrarse— en un prólogo sobre el río, que no puede ser sino el río mismo”.

De nuevo una carta nos informa de otra carta perdida: aquí es Angel quien comenta un texto de Coronel: “De lo que me dice que piensa: “Retrato del Pater con un Río al fondo” y hablar del Río (“Retrato del Río con el Pater en primer plano”) y hablar del poema como río del Pater y del Río (“Retrato del poema con el Pater en primer plano y el Río al fondo”) y hablar también del poema como poema... esto me gusta más: Retrato del Río. Es verdad que con el Pater, pero no en primer plano: el río tiene planas, no planos, si no es cuando se divide en lo que llamamos tablazos. El río no tiene sino un sólo plano y así el primero es el último. El Pater va en una plana y está al fondo del río, es decir en el fondo, de modo que no se vea que allí hay ningún páter, sino un hijo del río que, al hundirse en él, lo ha creado, como si fuese un dios, pero sólo porque el río lo ha creado a él primero con ese poder de crearlo de nuevo, hasta tal punto que para darlos a los dos, sólo hay que hacer mención de un sólo río”.

Angel había ido escribiendo unas notas sobre el río, siguiendo la lectura del poema, notas que se han perdido. Quizá son ellas las que están en el fondo de cuanto acaba de decir: pero piensa que las notas ya desayudarían a Coronel a hacer su prólogo al río; e

incluso el poema mismo le va a desayudar. Porque el poema no es sino un prólogo al río. “Por eso lo mejor que V. puede y debe hacer es darnos su río... Y si ve que ni para eso lo ha de necesitar, ni siquiera para ponerse en ambiente, coja Río hasta el fin y mándelo por uno de esos ríos pequeños, tan relacionados con la montaña, hasta el río grande, que tiene sus relaciones con el mar —el fin?— y el cielo —el principio?—. Que se hunda en el Río el poema del río y quede el río preñado del poema, pero que sea sólo el río el que dé a luz a sí mismo en su prólogo al río”.

Así de denso en sus cartas el P. Angel. Así de sorprendente, de descubridor. Con fórmula que encantaría a Coronel prosigue:

“No sé qué más del río”.

Pasa a hablarle del poema nuevo de sus 50 años. Vuelve sobre algo que le ha dicho antes largo: la molestia de tener que escribir cosas que le exigen para la revista, él que tiene por lema con Horacio el “nunquam iussa canas”, no cantar nunca lo que le manden. Termina telegráficamente la carta: “Los libros. Carta a Ernesto Cardenal y del mismo. El tormento nuevamente de tener que escribir cosas obligadas. Entre tanto abrazos, oraciones. María... Todos”.

II. LAS CARTAS DEL ATARDECER (1965-1970)

9. “Mientras el Hoy se nombra”

Angel responde a una de Coronel que le ha interrumpido la lectura de su propio “Requiem por una ceiba”. La carta no lleva tampoco fecha, pero puede situarse bastante exactamente en 1965; no ya porque hable de la ceiba cortada, “tirada”, ni porque se refiera al número homenaje a Leopoldo Panero, —muerto en 1962—, sino por el dato que Angel da al final del texto: está escribiendo “algo de lo que hacía y no pensaba” en el otoño de 1899, su primer otoño de niño recién nacido, “cuando era un niño de días y no de los 23.900 y tantos días con que ahora cuento”. La cifra que él da, dividida por 365, nos da 65 años y medio aproximadamente. Estamos, pues, al comienzo de 1965. El dato nos fecha a la vez el tiempo en que redactaba esas páginas de su Memoria de Ayer, de Hoy y de Mañana, en cuanto a las páginas del comienzo mismo de su vida. (No es un diario, sino una visión de la realidad concretísima, pasada y presente: una especie de Proust, pero distinto. Que espera también en la archivadora la hora de su nacimiento).

Escribe a Coronel con el placer de una reconciliación que le dobla el gozo; ha sentido que no le hubiera dicho nada de la ceiba suya, hasta que él mismo ha ido a Granada y allí todos le han repetido la noticia que le ha hecho sufrir horrores. Todo es relativo en esta vida: para Angel la ceiba que él cantó, como nadie había cantado a una ceiba, era una especie de símbolo vivo que iba incluso a amparar su memoria en la verde fronda centenaria. Amó una ceiba, y la cantó admirablemente. Por eso, que la hayan cortado, por unos metros de algodón, no le cabe en el alma. Y escribe un poema que no tiene nada que envidiar a la

elegía de Hopkins, cuando le cortan los álamos, sus "Binsey Poplars", en 1878. Con razón, aludiendo a él, añade Angel: "(Conste q' mi R.I.P. por la Ceiba es mucho más requiem, aunque no sea tan rápida poesía)".

Este dolor realísimo para él no tiene nada que ver con un "sentimiento lírico", fácil. En ese dolor ha sentido todo su abandono, toda su soledad de hombre sin ecos; "o en plata, que las características de la vejez —algunas de las que trae Horacio— son la mayor realidad en mí".

Los detalles le hacen ver que se encuentra solo. Y con gravedad de voz confiesa su tormento: "Se ve que ya no soporto la soledad". El, cuyo retrato había hecho Pablo Antonio, poniendo al frente esta cita de Luis Rosales: "Soledad de varón henchida y plena".

Recordemos brevemente: Angel está en Granada, Nicaragua, los años 1936-1944, los años que florecen en libros y alumnos extraordinarios. Dos años, luego, enfermo en Nueva Orleans y en Isleta College. En San Salvador, profesor del Seminario y del Externado, los años 1946-1954. Pasa a México, para la revista "Latinoamérica", revista que no encuentra porvenir; y luego para la Facultad de Letras de la Ibero: 1954-1961. Completamente enfermo —ha pasado ya por muchas operaciones— va a un Sanatorio de Costa Rica en 1962. Y así, sin lograr reponerse del todo ha vuelto a Nicaragua ese año, a Managua ahora, donde quedará hasta el fin de su vida, 6 de agosto de 1971.

Estos años de la UCA son para él una purificación, sobre todo por el sentimiento enorme de soledad a pesar de que encuentra en los padres excelentes amigos y un ambiente acogedor. Lo que no logra él tiempo —donde se mueve sin embargo libre el Angel— es que se sienta "laudator temporis acti", panegirista de: "aquellos eran tiempos".

El está viejo, pero su espíritu se siente nuevo: "Cada día nuevo me parece una maravilla mayor que la maravilla que ya fue el día anterior. Como paso que es cada día para el Hoy que siempre ha de ser Hoy: Ajri to Semeron kaleitai: mientras el HOY se nombra".

Pero esto no le quita el sufrimiento realísimo de hacerse viejo y sentirse solo. De esto sí se siente muy malo. "Es como con las enfermedades: la peor que he tenido hasta ahora es la que a veces me viene de que se me hagan ya insoportables las enfermedades". Y en esa situación, cada detalle le hace sufrir, por lo que ese detalle significa para él. Fantasía, no: "Cosas que me tienen tan dolorido que en lugar de hacer de tripas corazón, hago de corazón tripas. (Por lo que me duelen)".

Pero ahí va su "Requiem por la ceiba", para que el amigo le ponga —como en los exámenes de los norteamericanos— la F de falso o la T de verdadero. Le habla también de enviarle el libro que prepara y que titula ahora Angel / En la Sonrisa del ángulo. Cuando lo edite, en 1968, el subtítulo se ganará la portada: Nicaragua canta en mí. También de los poemas ahí reunidos querría la F en los "delendos" —la T saldría por sí sola de lo restante—. Una triple pregunta quiere hacerle: Se le ha hecho ya a Ernesto Cardenal: "lo leyó en México y respondió: Tribus

questionibus affirmative". Las preguntas eran: "Si es o no es libro, si es o no es libro de poesía, y si es o no es libro de poesía nicaragüense".

Le envía también un poema: un extraño poema: "Cumpleaños" —q' incorpora luego a su "Carmen Semisaeculare". Y finalmente acaba pidiendo q' le diga su parecer sobre el "Requiem por una ceiba". "Claro que tengo un deseo vehemente que me ponga la T o la F de este Requiem por mi lloradísima —irreparable— Ceiba —insustituible".

La carta acaba con expresión personal como siempre, enviando felicidades y un abrazo "Como lo tengo en el alma" (cita suya); un ancho abrazo "en que entren María y Luis (Carlos?), los que ahí estén en las Brisas que desde aquí aspiro".

10. "Desde el tiempo del hombre" y "Secreto de Salvación". Muerte de León Felipe.

Coronel le escribe el 25 de septiembre de 1967 con ocasión de celebrar el P. Angel sus Bodas de Oro en la Compañía —se enteró de esto hablando con Silva y Favilli que fueron a verle, y con ellos le envió ya un telegrama que llegó a tiempo. Confiesa que entre ellos dos "se andan metiendo pequeños enredijos... que nunca logran enturbiar —es claro!— nuestro mutuo cariño".

Cardenal le ha hablado de una conferencia magnífica de Angel sobre los hippies; ha leído también la página literaria de homenaje a Angel publicada en esas fechas por La Prensa Literaria alegrándose muchísimo de figurar en ella ("aunque fuera con algo de hace 25 años?"). Pero, sobre todo, lo que Coronel quiere es acusar recibo de ese tremendo poema "Desde el tiempo del hombre", un enorme libro que quedó sin terminar, y cuya primera parte es el poema anteriormente escrito, en sus bodas de oro del alma con el cuerpo, el "Carmen Semisaeculare".

"Pero la maravilla y el prodigio, escribe Coronel, y mi alegría máxima, ha sido, desde luego (y ya para siempre) el haber recibido y leído y poder volver a leer "Desde el tiempo del hombre". Ese poema escrito desde más acá de la vida y la muerte, es decir, ese poema escrito desde la inmortalidad. No sabe cómo se lo agradezco; y no sólo, claro, el habérmelo mandado, sino el haberlo escrito, el haberlo hecho, el haberlo vivido (también para mí)".

"Un tremendo poema, prosigue, (poema de poemas, un poema de todos sus poemas) de pura luz, de fuego vivo; tremendo como un ángel. Es decir, querido Pater, tremendo como usted. —Para qué le voy a decir q' desde los Cuatro Cuartetos de Elliot no recordaba nada parecido en esa línea de poesía, aunque con todas las tremendas diferencias de lo suyo de usted, que sólo puede ser de usted como usted. Ya ni sé lo q' digo. Creo que sólo Heidegger podría explicarnos lo que usted dice del tiempo —y cuánto bien le haría a Heidegger la lectura de su poema! Lo mejor es, pues, que no le diga más, sino que vuelva a leerlo, en silencio, para arder como usted. Ya me lo leerá usted, cuando llegue por allá, ahora en Octubre, si Dios

quiere. Sobre todo lo autobiográfico y las gracias a Dios. —Gracias a Dios y a usted por ese poema”.

Imposible añadir nada que no empañe la tersura de Coronel, que vale por muchas críticas que Angel ni recibió, ni necesitaba (no las necesitaba para ser Angel; como hombre si sabe quejarse a veces).

Un año después, el 2 de octubre —día de los Angeles, fiesta de nacimiento de Angel—, Coronel le escribe de nuevo, comenzando esta carta, como la anterior con un “Queridísimo Pater”. Se refiere a “Desde el tiempo del hombre”, que sigue leyendo poema a poema, y a dos cosas nuevas de Angel, la primera, el libro Nicaragua canta en mí (publicado ese año con ayuda de INDESA y con portada de Pablo Antonio Cuadra). No ha terminado la lectura y espera escribir más tarde sobre ese libro que es, dice “mi Nicaragua canta en tí o nuestra Nicaragua canta en usted y por eso en nosotros”: o también: “Angel canta en mí”. Y en prueba de esta presencia de Angel en los poetas Coronel añade: “Los poetas Silva y Favilli, con los que hablaba aquí de usted todos los días, a cada rato, con gran alegría, ya le habrán visto a su regreso de usted y de ellos a Managua. Lo mismo que el poeta Rocha, con quien también le envié una razón”.

Por lo que dice Coronel al final de su carta, el texto en prosa, el admirable ensayo “Secreto de Salvación” formaba parte entonces del libro proyectado “Desde el tiempo del hombre” (o así lo entiende Coronel: “La lectura de “Desde el tiempo del hombre” y todo lo que contiene, especialmente “Secreto de Salvación”, me ha impresionado profundamente y en cierto modo puedo decir que me ha ayudado a salvarme o en cierto modo me ha salvado. Por ahí apunté que “ha sido para mí no sólo fascinante, sino obsesionante, obsesivo”. Desconcertante, al parecer, y sin embargo, nada más concertante, más capaz de ponernos de acuerdo o de ponernos más de acuerdo”. En una tarjeta escribi: “Esos paralelismos, esas simetrías, esas especies de metáforas y rimas intelectuales”. “Nos hace un bien enorme todo esto, esta lectura”. En la misma tarjeta: “He pensado en fray Luis de León, he pensado en Péguy, he pensado en Gertrudis Stein. —Y sobre todo he pensado en San Pablo”. Todo eso y otras cosas espero explicarle en mi carta. Lo que no puede ser es que por lo menos “Secreto de Salvación” no se publique pronto en libro”.

Sin publicarse sigue, uno de los ensayos más maravillosos sobre el poder salvador de la palabra.

A esta carta de Coronel responde la carta, infechada, de Angel que comienza “Nunca escribimos la carta que más queremos escribir pero tenemos que contentarnos con escribir las que podemos”. La de Coronel, dice con gozo, le ha contentado “por todas las que nunca recibo”. Coronel enviaba copia de la carta y del poema de Angel a Silva y a Favilli “para que gocen también ellos y “nuestro gozo sea completo”. Angel lo recoge con gusto y desarrolla el texto de San Juan, al que cita, como otras veces, en griego: “Hace el efecto de estar gozando al escribir gozar con gozo (jara jairei) etc. Y realmente es una palabra que da gozo escribirla, sobre todo cuando entre dos, tres, cinco, el gozo es

completo. Y así el de los poetas... a quienes aún no he visto estuve fuera unos días —en el mar: (Solos los dos —yo y el mar—). (Pero el cielo nos miraba)”. Es sin duda, la casa del mar, que Emilia Navarro construyera, para descanso del Angel, en la playa de Corinto; frente al peñón e isla de Cardón, donde Rubén escribió su poema a Margarita).

Angel acusa mucho el gozo de encontrar en Coronel, también ahora, una comprensión de valor y de amistad incomparable para él. Gran gozo, dice él, porque su mayor gozo es darlo: saber que se lo ha dado. Y un gran descanso lo que le dice de todo, sobre todo de “Secreto de Salvación”. Angel va a dar ahora su propia versión, su propia interpretación de ese denso y extenso texto: “Me preocupó no saber qué le había parecido, porque yo lo tenía y lo tengo por lo mejor no que he hecho, sino que me han dado casi hecho y yo lo he estropeado un poco. Y lo mejor que me dice usted es que todo él es una sola palabra. Si es así es realmente una palabra de salvación y la mejor Teología de la Palabra que yo puedo dar. Aspiración a esa Teología viene a mí desde mi “raíz teológica de toda Estética”, que lleva ya un cuarto de siglo de elaboración interna y muchos días y muchos kilómetros de exposición en lengua viva que jamás acaba de pasar al escrito. (Ahora, de noviembre a mayo, voy a dar un curso sobre eso mismo en Puebla de los Angeles —donde según me dijeron, se apareció un ángel más —sin alas, patudo— y me aprovecharé para ordenar las notas). Al darlo en ese S. de S., me pareció que eso era suplir con lo que pude lo que creo no he de poder hacer”. Efectivamente, Angel nunca acabó de escribir lo intentaba hacer en “Raíz teológica de toda estética”: quedaron sólo unas páginas, aún marcadas por el modo de exposición de clase, muy incompletas. Pero todo aquel esfuerzo bien valió la pena si llegó a escribir lo esencial en ese notable ensayo teológico-poético que es S. de S.

Le habla también de un proyecto en el que le ha interesado Pablo Antonio, en su Club de Lectores, donde deberían informar seriamente sobre los libros de valor. A Angel le gusta todo el proyecto, “menos el nombre de Club”. Y ofrece su colaboración —quedarían sus notas de lector, hechas quizá con este propósito—. “Empezaré, le dice a Coronel, con Reflexiones sobre la historia de Nicaragua” (De Coronel). En el ejemplar de Angel, quedarían a mano, en las primeras hojas del libro, sus impresiones de lector —que ha ordenado Mimi de Mendoza. Aquí, en la carta, se limita a decir que intentará reflexionar sobre esas reflexiones —ellas son ya una novedad: historia que se piensa a sí misma. Después querría ocuparse de estos: Pablo A., Joaquín (Pasos), Carlos (Martínez Rivas.), Ernesto (Cardenal), Fernando (Silva), Luis (Rocha),... etc. etc. los que conozco”.

A propósito de historia Angel piensa en un historiador jesuita a quien ha tratado mucho en México y que acaba de morir, el P. Bravo Ugarte. Y recuerda que con él le unía una afición especial: la Fiesta Brava, los toros. Y es ahora, así, ocasionalmente, cuando Angel indica a Coronel (algo que ya sabíamos) sobre la muerte de León Felipe en México. Con él le

unió una gran amistad; y la versión que él da en esta carta, tan sobria, tan prudentemente, coincide con lo que el arquitecto Robina me dijo haberle oído al Padre en su propia casa —que era para el Padre un verdadero hogar—:

“También sabrá V., dice Angel, que murió nuestro gran León Felipe. Aquí.... mi dolor sólo tiene por expresión el silencio. El silencio en que él entró para ganar definitivamente la Luz. Lo ví poco antes de morir. Pero ya muy mal. Dejó inédito, ya en la imprenta donde lo pude leer— un buen libro Rocinante. En ese libro hay una “(falta el sustantivo)” que puede ser alusión consciente o inconsciente a un hecho que quedó entre Dios, León Felipe y Angel. Habla poco más o menos, de cuando un ángel le llevó a la Luz por la puerta trasera. Dije misa de León Felipe Presente. (Nada de Cuerpo ni de Alma presente. Misa con él, no por él, con todo él presente)”.

11). Del consuelo desgarrado al vuelo final

La carta siguiente la escribe Angel antes de ir a México para el curso en “Puebla de mis Angeles”, —en el Instituto de Humanidades fundado para Angel por su discípula predilecta de México, Emma Rizo—. Lleva allí el borrador, pero debe copiarlo mucho más tarde, cuando vuelve a Managua, pues dice: “Allí se me acumularon...” ¿Volvió en marzo, del 1969, como tiene intención de hacerlo antes de ir? Se alargaría su estancia en Puebla, ya que en la carta dice que la víspera les han proyectado la película del Apolo XI, —éste hizo su famoso viaje el 16 de julio, de ese año, 1969—.

Por otra razón la carta parece ser de esas fechas: en ella se citan dos versos de Angel, de “hace algo más de cuarenta años”: “Y aún dura aquel infierno / de esta unión de dos almas desgarradas”. Versos que Angel escribió estando aún en “magisterio”, es decir, entre la Filosofía y la Teología, el año de Canarias, cuando vivía intensamente la agonía de las islas cerradas, con la única salida —la de las estrellas—; o bien ese futuro que entonces llegó a adivinar: “Por el mar se va al río” (título de la selección de los poemas que tiene entonces).

Cuando escribe esta carta se encuentra en plena desolación, en purgatorio de soledad amarga. Que es, para él, una forma de no— inspiración. Ya cuando el Requiem por la ceiba le había escrito a Coronel que este sentirse tan solo le hace sentirse menos Poeta, “pues para mí una de las medidas de su estatura —y sobre todo de su profundidad— es su resistencia a la soledad” —para comunicarse con todos en otro grado de amor—.

Lo que le copia ahora Angel, del borrador antiguo, es triste: Se siente como Cervantes “puesto ya un pie en el estribo”, aunque aún no con las ansias de la muerte, “pero sí a ratos deseándola, deseando una muerte que me dé vida y no ésta vida muerta que sólo me mata”. Está tan solo, añade, que ha perdido la costumbre de recibir cartas y la fuerza de escribirlas. Le ha llegado la de Coronel en una “buena-mala hora”. Mala porque Angel tiene que ir a clase, ahora con un asco terrible. “Piense, añade excusándose, que me están pesando

sobre ese asco treintisiete años de enseñanza”. Hay también otra razón: el mismo Coronel ha dado clases allí y no han encontrado el ambiente que ellos, poetas y creadores, habían pretendido. Como dice Angel, soñaban con hacer hombres, gente, no títulos. “O sí títulos, pero de gente. De cristianos, en el sentido más hondo de personas, o personas con su nombre”. Y ha llegado en una buena hora, porque la carta misma le sirvió para la clase, y así en vez de repetir “profesoral y estúpidamente”, “hasta la mayor parte (de los alumnos) vibraron en poesía de luna”.

Enseguida vuelve a su problema, a su hondo sentimiento de soledad; acentuado por algunos textos que envía a LA PRENSA y que no salen —“El Angel astronauta” y “Perdido en la Luna”—. Lo siente hondamente: “porque es el único medio de comunicación y mi poesía se va haciendo de una incomunicación espantosa. Realmente causa espanto el que lo que uno da como vida —su vida y lo mejor de su vida— caiga en esa muerte que es la incomunicación. Sólo vivimos y sólo nos salvamos plenamente en la palabra, pero en la palabra correspondida” (sin saberlo ha citado así una frase de Coronel, años atrás). “Menos mal, —y esto hace que perseveremos— añade, que en ese mismo darse —dar la vida— cuando se es fiel a lo que se da y nos es fiel la palabra en que nos damos, ya en el mismo darse uno lo siente recibirse y de ahí el adivinar que de veras se recibe en alguien que lo ha de recibir”.

Esta consolación que él mismo se hace, a Angel le consuela de veras, aun dentro del sentimiento espantoso de incomunicación. Porque percibe “ese otro gozo que con nada se puede comparar de sentirse vivir de nuevo en quien está viviendo lo que yo había vivido”. Es como un renacer de nuevo, en el amor y en el don de la palabra. “Este es un gran consuelo de ese otro gran desconsuelo de la espantosa incomunicación”. Cosa que no deja de sentir cada día; como una costumbre ya, pero que cada día le pesa más. ¿Las causas? “Tal vez dependa de mí. Tal vez del aire que respiramos todos. Es verdad que yo no salgo nada...por dificultades de transporte o por lo que sea. Porque ha llegado ya el tiempo de admirar la piedra”, dice citando a Joaquín Pasos: “Cuando lleguéis a viejos, respetaréis la piedra”. Su cuarto, no es de difícil acceso, como dice Cardenal; está abierto como el que vive en él, a todos los vientos. “Pero de hecho resulta que vivo en ese cuarto como in an opendoor without exit. Paradojas y contradicciones con todo el peso de ser realidad a un tiempo sus extremos opuestos: ansias ya de un retiro completo —algo así como el que a V, le hace feliz— y sentimiento que desgarras, de ese estar desgarrado de aquellos con quienes nos sabemos unidos”.

A estas expansiones le ha llevado saber que Coronel tuvo gozo por la seca felicitación en que Angel le decía el “gusto de haber leído lo mejor que se ha dicho de nuestro Salomón” (de la Selva); lo que sobre él había escrito Coronel.

Termina con un paréntesis sobre cosas que ya no vienen a cuento: que al ir a México esperaba corregir las pruebas de Río hasta el fin —libro ya galardonado,

según carta anterior de Coronel—; “No hay lugar, añade Angel. Ha habido muchos enredos y el resultado es que no se publica”.

Una vez más encuentra el consuelo del amigo, del fiel amigo Coronel, de los otros fieles amigos suyos, que pueden comprender mejor estos problemas de su poesía in-comunicada. Coronel le escribe, respondiendo a la suya, el 22 de septiembre de 1969. La frase del P. Angel sobre su semblanza de Salomón, le basta : “Ya con que le haya gustado a usted me doy por bien pagado de haber escrito”. Alude también a los meses que “cometí el error de perder en esa llamada Universidad” (la expresión está ya en la carta de Angel). Le cuenta que han estado allí —en Las Brisas— Silva y Pablo Antonio: “(no sabe cómo lo recordamos y con cuánto cariño hablamos de usted, una y otra vez, y echándolo de menos)”. Y le comunica una resolución que ha tomado, animado por los otros dos, de escribir un libro sobre “La Gran Poesía de un País Pequeño”, no de crítica, sino un libro de amor, y en el que “uno de los capítulos será, desde luego, sobre usted”.

Cinco días después, el 27, vuelve a escribirle. Le ha llegado la carta de Angel, la que le envió al volver de México. De nuevo la penetrante mirada de Coronel comprende: “He pensado que usted escribe como respira. Aun cuando escriba con angustia y dificultad es como si respirara con angustia y dificultad. Además, en usted, escribir es muchas veces una forma de resolver su angustia, o mejor dicho, es escribiendo q’ la resuelve cuando la siente. Por supuesto también a Coronel le parece que Angel tiene razón para sentir lo que siente, porque ve también “el escándalo que significa que lo de usted quede en gran parte sin publicarse”.

Pero poco importa eso de fuera, si Angel sigue siendo Angel. Poco importa, si es tan dichoso que puede escribir cosas como ese poema, que le envió en vez pasada: “Con lo que me das”, esa maravilla!”. “Es un poema, glosa Coronel, que sirve para todos los que se aman y que naturalmente no pueden decirselo —y no deben decirselo— sino precisamente por medio de ese poema. Sirve para escribimos y contestarnos todas las cartas que nos escribimos y sobre todo las cartas que no nos escribimos. Me gustaría que me explicara alguna vez ese misterio de que la poesía es silencio —que la poesía de lo que se dice es el silencio de lo que no puede ni debe decirse. Pero diciéndose. Especialmente y casi solamente (en cierto modo) la poesía de usted, o por lo menos buena parte de la poesía de usted”.

Hay luego una “Nota: (Entre líneas, a lápiz, contestó a lo del silencio). Es, una nota no de Coronel, sino de Angel; después de copiar la carta de Coronel, copia sus líneas a lápiz sobre la carta de aquél. Responde que ese “misterio del silencio” está en sus poemas: silencio en que gozamos plenamente de la poesía, del amor que es siempre la poesía y que no es otro que el que lleva ese poema “Vuelo quieto”. El vuelo quieto y callado a que la poesía, expresada o no, nos lleva y que en el silencio se nos hace siempre la mejor poesía”. “El misterio de que la poesía es silencio no es otro que

el de que la poesía es amor que, por eso, acaba siempre con los labios pegados”.

Pero aquí estamos ya en el “vuelo quieto” —no del avión, sino el del alma—. Estamos ya fuera de la desolación: más arriba, siempre la única salida, por las estrellas. Pero, en el momento duro, ha sido una vez más el amigo, los amigos, quienes han sostenido al Angel, el vuelo quieto del Angel, que los hace subir a ellos.

12. El esplendor final: “Nada de lo vivido se pierde”

El 19 de junio de 1970 escribe Coronel al P. Angel, sin saber del viaje que éste hace a España. Le escribe para agradecerle la carta que Angel le ha escrito, “su bellísima carta, inmensamente consoladora —no sólo de la muerte de mi madre, sino de toda muerte visible y engañosa en que nosotros, claro, no podemos creer”. Carta, que, una vez más, no queda en el archivo de Angel.

Lo que dicen las entrevistas en ese tiempo sobre la llamada Teología de la Esperanza, y que le ha interesado mucho, “se quedan dice Coronel, muy atrás de las que usted apenas me sugiere en lo que me dice de su Estética de la Esperanza y de lo que usted dijo en la “misa de alma presente” (Cómo he gozado desde aquí!) que concelebró con la suegra de nuestro querido poeta Silva. Cómo quisiera leer más cosas tuyas —versos y prosas tuyas de su Estética de la Esperanza y sobre la vida verdadera! Esas cosas me llegan a mí, como si las hubiera sabido sin saberlas” —desde toda la vida—. No quiere insistir, porque piensan lo mismo: “Lo que usted piensa y dice por mí y para mí. Porque al fin es mi pater —y no sólo Silva es su Godson” (ahijado) “sino que yo también. A saber cuántos somos su God-children. Cómo me gustaría pensar que yo soy su primogénito en Dios. O tal vez su cumiche, por ser el más pequeño, el último de ellos”.

Vuelve al recuerdo de su madre, para decirle que nunca la ha sentido tan cerca; antes ella vivía en Managua y él lejos; “hoy, en cambio, siento cada día más que ella vive en mí, vive en mi vida, convive conmigo y por lo mismo, como usted dice, concelebra conmigo (en su misma muerte). (Concelebra en su muerte la muerte de Cristo con el que ella está sepultada en Dios. Maravilloso San Pablo que siempre se nos adelanta a decirnos lo más alto y lo más hondo que podemos pensar y sentir de la vida y del amor!). Crea que entiendo bien y pienso mucho por mi cuenta de lo que usted me dice”.

Antes de terminar le dice cómo sintió a Angel en el entierro de su madre: “Así también usted anda siempre conmigo y está siempre en mí”. Con el agradecimiento de María, su mujer, y anunciándole el envío del libro que acaba de publicar, el libro de poema Pol-la, etc. se despide por esta vez, pidiéndole, una vez más, poemas.

Angel le escribe, sin duda respondiendo a esta carta, pues habla de cómo al último poema siempre le tenemos un cariño especial “de cumiche” —terminó usado por Coronel en la suya—. Pero le escribe bajo

otra presión, bajo un impulso fuerte extraordinario, de enviarle lo último que ha hecho, “Tierra de mar en cielo” y “En una sola llama”. Sólo dos poemas, pero de lo mejor que ha escrito en un viaje feliz, a España, que acaba de hacer en barco. Hay que ver toda la serie de poemas, con los poemas que poco antes venía escribiendo: —“Vuelo quieto”, “Con lo que me dás”, “Más allá de la imagen y el sonido”—, para darse cuenta de que nunca Angel subió poéticamente más alto que en estos últimos poemas, en este resplandor de crepúsculo encendido, o mejor, ascendido. El último poema escrito en el barco, la última noche del viaje— le parece el mejor suyo; por el tema y por ser el último: “En una sola llama” (una verdadera joya, que resume bien su vida; el título, sin embargo, le fue sugerido por alguien de México).

Esos poemas y otros que ha enviado por ahí, son algo que fue saliendo “en el lento y rapidísimo viaje a España que acabo de hacer. Lento porque fui de grumete-capellán- en barco. El mayor tiempo que he estado nunca en el mar sin tocar tierra: 15 días, de Nueva Orleans a Barcelona. Todo bellissimo, pero no tengo tiempo ahora para decirle todo lo bellissimo que era” —la hermosura de la salida del Mississippi, visto por él tan distinto, pero de hermosura igual a como lo vio Mark Twain; y más aún, “el doble gozo de vivir la soledad maravillosa de la compañía del mar, con hondura y penetración que nos hace olvidar todo lo que de él se ha dicho”, a la vez que se vive con la hondura y exaltación de los personajes de Melville, en su Moby-Dick.

Maravilloso Angel con sus invisibles alas abiertas: “Todo está en que la vida, con lo más bello que tiene la vida, se nos funda y sea luz en la que nosotros somos. No hay modo de que de algún modo no se dé a luz. Nada de lo vivido se pierde”.

Pasando el papel, pasa de tema, para decirle que también a Silva y a Rocha les ha enviado otros poemas. Se interrumpe a sí mismo, como otras veces en otro tipo de cartas: “(Coincidencia telepática. En este momento entra Fernando (Silva) en mi cuarto. Señal de lo juntos que estamos siempre..... por los enlaces misteriosos, de todo nuestro ser. Esas uniones cordiales son algo más que mentales y hacen el universo tan pequeño, que la distancia es sólo cosa de la imaginación”. “El poema a Rocha no le llegó. El de Silva me dicen que lo leyeron Uds. en Solentiname”. (la isla donde vive Ernesto Cardenal). “Qué dicha, exclama Angel. Tenía unos deseos no locos, sino cuerdisimos de que vieran esas cosas extrañas que ahora me van viniendo. Y me dan un gran gozo lo hondamente que las entienden. Todos estos poemas son de la segunda parte de un libro —el último— que ya está hecho y no se acaba de hacer: Con el Hijo del Hombre. La primera parte es lo que ya conoce y comentó para mí sabrosísimamente: “Desde el tiempo del hombre”.

Copia luego el comentario de Luis Rocha que publicó en LA PRENSA, cuando Pablo Antonio andaba por Venezuela: “Angel que más que en tí, en El, estás en

mí: Su poema muy bueno. Todo un círculo de Luz de Fuego purificador. Ciertamente extraño, como usted dice pero bueno....Luz toda amor, amor que es todo luz en nuestra carne./ Angustia del deseo. /Pero/ángel. /No te pongas tan serio / cuando lo extraño se vuelve luz / que siempre ha estado con nosotros / este poema como ese mar / en círculo completo / lleno de mar / y cumpliéndose en ti su Palabra / para nosotros / como un sol / Hijo del Hombre / todo amor: / 28: / Este es el día”.

Termina Angel con fórmula nueva de amor, como siempre, quizá más vibrante y luminosa que otras veces: “Sigue nuestra unión no de alma sola, de todo el ser. Hágaselo saber a la María y compañía, en el abrazo en que todos caben —Angel”.

Final: “Ninguna poesía con tanta eternidad”

El 28 de octubre escribe Coronel una breve carta, que Angel conservaría aún en manuscrito, sin copiarla a máquina. Es breve; anuncia al “queridísimo Pater” el gozo que tuvo al saber que andaba por España, pues estos viajes le enriquecen a él, y por lo tanto a ellos. La carta es como una piedra preciosa que condensara toda la luz que Coronel ha sabido ver en Angel. Es preciso dejarle entera la palabra: “Su poesía, entre otras cosas, es también una especie de itinerario. La verdad es que todo lo suyo, todo usted (usted todo) está en su / poesía. Uno siente que su poesía es ya usted mismo —en su inmortalidad misma. Por eso recibir un poema o poemas suyos, es recibirlo a usted en su totalidad. Porque también (para mí, por lo menos, y creo /que para cualquiera) un poema suyo es todos sus poemas. /No le voy a decir todo lo que se me ocurre pensando en sus poemas. Sólo una cosa le voy a decir de los últimos poemas que me ha enviado —y no sólo de ellos, sino que leyéndolos lo pensé: Nunca he leído ninguna poesía con tanta eternidad como la suya. De esto escribiré, creo que pronto. Enviéme lo demás que escribió en su viaje. Abrazos de todos aquí —José Coronel Urtecho”.

Angel escribe unas líneas a lápiz, entre las líneas de Coronel, sin duda preparando una contestación futura. Son reflexiones sobre el carácter cristiano de su “sin tiempo”. Le da mucho gozo que Coronel haya sabido entenderlo “tan certeramente”. Y así se queda, abierto y estrechado en amor, el/diálogo de estos dos espíritus, hecho en el tiempo, hecho de eternidad —esencia misma en la hondura del tiempo que otros sobrenadan ignorando—

Así, volviendo atrás la mirada, causa como un cierto estupor, a la vez que una alegría serena, contemplar la presencia luminosa, en sus cartas, de esta amistad tan humanísima, tan angélica —a la vez sólida y vibrante—. La palabra humana se cumple aquí en un menester de amor, —como siempre que se ha cumplido—. Se cumple en la presencia viva de la

Palabra, que ilumina a las dos, que anuda, más allá de su tiempo, a las dos palabras humanas, creadoras.

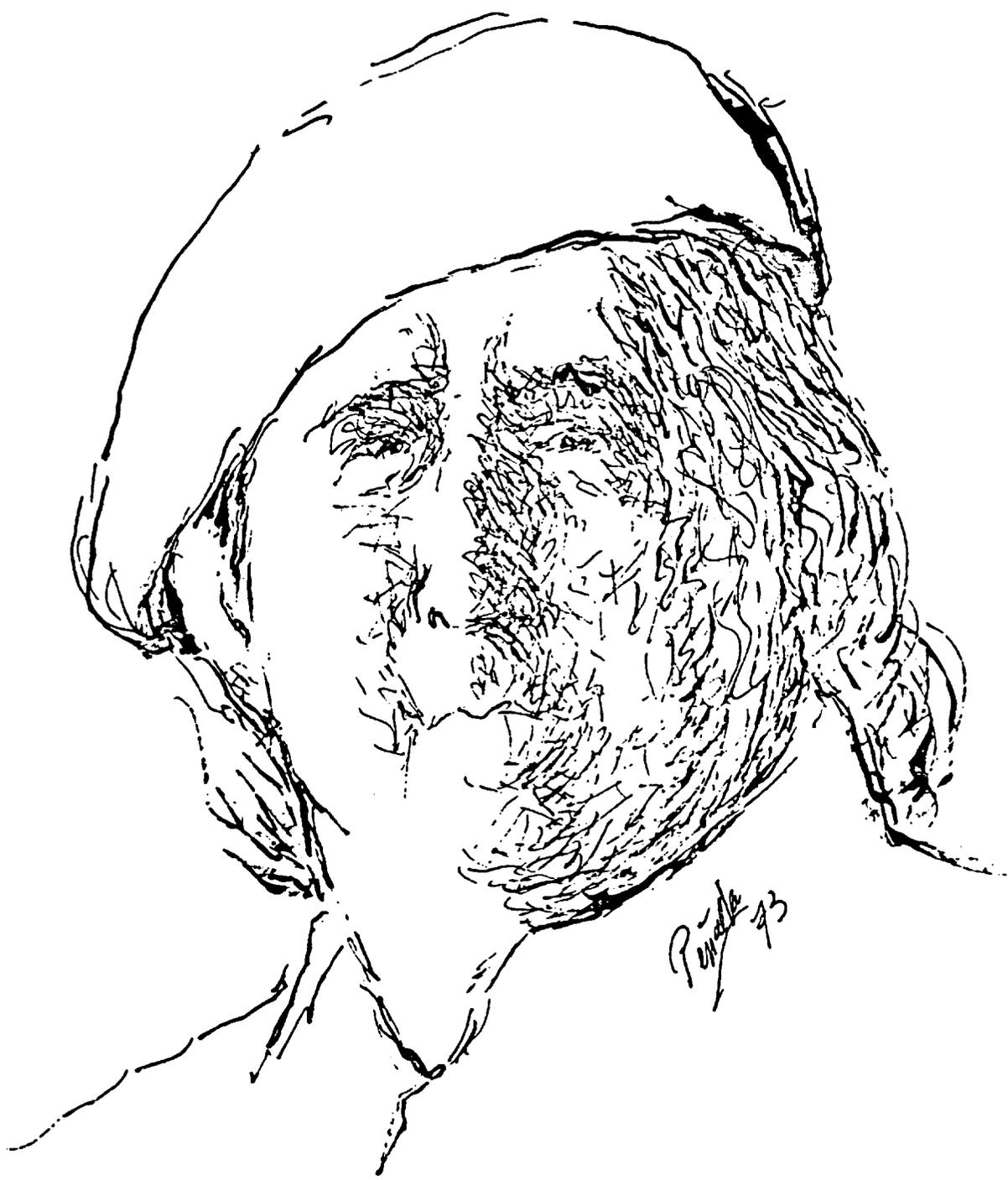
Las cartas quedan ahí, como canteras de luz inacabable, reservas de una energía, que no acabará con los siglos —como lo están los poemas, llenos de eternidad—. Nosotros no hemos hecho sino correr el telón y dejarlas hablar. ¡Qué transparente luz, /qué

alimento robusto!

Sólo apresar el rayo, y dejarlo aquí para el lector, entero y vivo.

EMILIO DEL RIO M.
Colegio San José

Valladolid (España).



Retrato del poeta, por Rodrigo Peñalba -

Ribazos y hondonadas

José Coronel: Apuntes para un Retrato

Franco Cerutti

En el mes de agosto del año de 1960, según lo expliqué en otra oportunidad, (1) llegué por primera vez a las playas de Nicaragua —por más señas a las de Corinto— sin que me animaran propósitos muy claros ni determinación hondamente motivada me guiase. De hecho, apenas mis conocimientos acerca del país alcanzaban las modestas informaciones, preferentemente turísticas, que una empleada de tercer rango me había proporcionado en la Embajada nicaragüense en Roma: al entonces señor Embajador, a las Agregadas Culturales —dos hermosas señoritas de abolengo oficial— y a los demás funcionarios, pese a mis repetidas tentativas, nunca había podido verlos, por lo ocupados supongo, que sus respectivos cargos los mantenían, aunque curiosamente, *extra moenia*, es decir, fuera de la Embajada. Mi interés se había despertado a raíz de los pintorescos relatos de un joven aprendiz poeta pinolero, becado a la sazón en Roma para estudiar canto en la Academia de Santa Cecilia, con el cual había establecido amistosa vinculación. Intrigábame lo que el joven contaba acerca de la para mi desconocida comarca, renovando en mi mente los borrosos recuerdos de un viaje a Sur América llevado a cabo varios años antes, y que me había impresionado por las muchas cosas vistas y, hasta entonces, ni siquiera lejanamente sospechadas. Pocos meses antes de decidirme, había empezado a cartearme con el Dr. Salerni, un eminente ostétrico italiano, quien presidía en Managua la Dante Alighieri y, por sugerencia suya, con Rodrigo Peñalba, al que me pintaban como profundo conocedor de Italia, casado, por más señas, con una compatriota mía. Pero he de decir que aquellos intercambios epistolares, como la mayor parte de los que se establecen con los centroamericanos, no pasaron de sus honrosos comienzos. Terco, como siempre lo he sido al proponerme realizar algo, sin dar más vueltas al asunto, me metí en un barco de la Italian Line y desembarqué, pocas semanas después, en Corinto. Aún recuerdo, y con agrado, que el primer nicaragüense de quien recibí amistosos consejos e indicaciones, fue don Alfredo Palazzo: recordé entonces, no sin extrañeza, que muchos años antes, cuando, niño aún, veraneaba en Santa Margarita de Liguria, me había llamado la atención una señorial construcción —vagamente Coppédé— en ladrillos y piedras grises, asomada a lo azul del golfo y que mi madre pregonaba pertenecer a unos señores Palazzo,— desde muchos años trasplantados en alguna parte de América, donde, según aseguraba, y por lo visto no sin razón, se habían vuelto asaz influyentes y acaudalados. Quién hubiera dicho al niño de entonces que había más tarde de intimar con algunos miembros de aquella misma familia...

Pero no es mi infancia ni de mis múltiples vagancias intercontinentales que he de hablar ahora: si he tomado

la pluma y voy recorriendo la autopista del recuerdo —una autopista que acaba a veces en la estrechez del sendero y la vereda— es para alumbrar las etapas del camino que me llevó, poco a poco, a la intimidad de Coronel Urtecho, acontecimiento éste que no dejó ni deja de ser determinante en el afianzamiento de lo que otro excelente amigo, Pablo Antonio Cuadra, tuvo a bien definir mi vocación nicaragüense. Y sobre todo, para hablar de la figura de don José, de su obra, de la influencia que ejerció y sigue ejerciendo en cuantos con él tengan trato y amistad.

No fue Coronel Urtecho de los primeros intelectuales nicaragüenses con quienes intimara: más bien diría que, cronológicamente hablando, fue de los últimos; lo cual si por un lado me duele pensando en las horas regocijadas que irrevocablemente me perdí, no me parece por el otro dejar saldo negativo en lo que concierne a nuestras relaciones, pues cuando me acerqué a él y lo traté personalmente, ya había madurado, además del conocimiento directo de su obra, un juicio más o menos satisfactorio de su personalidad. En realidad, ya sea porque el Maestro viviera la mayor parte de su tiempo en lacustre y fluvial lejanía; ya sea porque no me atreviera yo a buscarlo en aquel éremita; ya sea porque sus poco frecuentes viajes a la capital casi nunca coincidiesen con mi presencia en ella (encantábame, en aquella época, meterme en las tupidas selvas del Cosigüina, trepar por las áridas vertientes del Momotombo y vagar por las aldeas segovianas), antes que a Coronel conocí y traté de cerca a Pablo Antonio, Ernesto Cardenal, Rodrigo Peñalba, Quico Fernández, Omar de León, Mariano Fiallos, al Dr. Cuadra Pasos, Guillermo Rothschuh, María Teresa Sánchez, Nicolás Buitrago, José Jirón, Modesto Armijo, Luciano Cuadra, Gabry Rivas, Alfonso Cortés, Hernán Robleto, Octavio Rivas Ortiz, amén de muchos jóvenes que hoy ya no lo son tanto.

Me parece que fue en enero de 1965 cuando, por primera vez, tuve el placer de conversar algo detenidamente con José Coronel. En el Gran Hotel de Managua, —recuerdo ahora amargo de placenteras estancias— nos habíamos reunido Coronel, Pablo Antonio, Ernesto Cardenal, Alfredo Barrera y yo para enfocar concretamente el plan de una revista de literatura nicaragüense en la que desde hacía tiempo andaba pensando y quería publicar en Mallorca, donde entonces residía. El proyecto, como muchos de los que hacen en Nicaragua, nunca dejó de ser tal por falta de la necesaria coordinación, pero evidenció, desde entonces, la necesidad de un instrumento especializado para llevar a cabo serias investigaciones de historia literaria

nacional, ahondando sistemáticamente en esta clase de estudios. Años más tarde, habiéndome vuelto colaborador habitual de la antigua REVISTA CONSERVADORA, rebautizada mientras tanto REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO, fue por la mediación de su director, Joaquín Zavala, primo hermano de Coronel, que volví a acercarme a él. Cabe decir, de paso, que de don Joaquín conservo nostálgico e imborrable recuerdo también matizado de añoranza e inconformidad por haberme tardíamente acercado a él disfrutando tan sólo breve, aunque intensamente, de su estimulante, señorial e hidalga amistad.

Siempre más en aquel período —hablo de los años entre 1965 y 1972— mi vocación nicaragüense venía afianzándose, en lo cual no poco influía el caudal de conocimientos con los que, a diario, me enriquecían la lectura y meditación de los autores nacionales, entre los cuales apenas es necesario decir que ocupaba Coronel lugar destacado y preferente. Leídas ya, y releídas varias veces sus Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua las que me aclararon incertidumbres, disiparon dudas e hicieron comprender lo medular de aquel proceso espiritual más de cuanto lo hubiesen logrado anteriormente las clásicas obras de Gámez, Ayón, Pérez, Ortega y Arancibia, etc., buscaba yo en cada uno de los trabajos que Coronel iba publicando, la clave para penetrar en el sentido profundo de lo acontecido a lo largo de la Colonia y la Independencia hasta reconocer en la a veces imcomprensible fenomenología del presente el límpido y lineal desarrollo de la multiseccular aventura existencial de Nicaragua, cuando no de Centroamérica.

Aunque todos esos trabajos de Coronel sean dignos de ser mencionados con vista al mencionado proceso de aclaración, uno de los más sugerentes y estimulantes me pareció, desde su aparecer, el ensayo dedicado a La política del comercio en Centroamérica y la familia Zavala, ensayo que tan lúcidas conclusiones habrá luego de alcanzar en el humanismo perfil dedicado a Joaquín Zavala publicado como epílogo a las Tres Conferencias a la Iniciativa Privada. Si lo que distingue al auténtico historiador del simple investigador, del erudito que únicamente maneja fichas y referencias archivísticas, menudencias biográficas e inacabables secuencias episódicas, estriba en la capacidad profunda de aquel de interpretar los hechos, remontando de lo particular a lo universal; de captar más allá de lo fragmentario, dudoso, conjeturable, la significación profunda de lo que acontece a lo largo de siglos; de explicar el pasado con el presente y el presente con el pasado —hebras distintas de un sólo homogéneo tejido racional— no cabe la menor duda de que convenga a Coronel la calificación de historiador. De los más avisados, añadiré, sensibles y estimulantes entre cuantos han venido analizando el desenlace de nuestra civilización y sociedad. La sensibilidad e inquietud de las que siempre ha dado muestra, hacen que su visión historiográfica, lejos de estancarse en este o aquel enfoque parcial de acontecimientos meramente políticos, o económicos, o

sociológicos, abarque siempre, y con hondura, la realidad ecuménica de los hechos y los períodos históricos, enfocados cada vez a través del análisis orgánico y unitario de cuantos elementos aparentemente autónomos y desligados (más íntima y estrechamente vinculados en lo esencial) constituyen a la postre, la auténtica realidad histórica del país o de la hazaña estudiada.

Así se explica que haya sido Coronel al mismo tiempo historiador de las más deslumbrantes vicisitudes políticas y de las motivaciones socio-económicas de aquellas; de los movimientos culturales, las tónicas religiosas, los esfuerzos sindicales, los enfrentamientos ideológicos, en suma de los múltiples factores que, estudiados separadamente, apenas pueden sugerir explicaciones parciales, pero que, entrelazados en una visión de conjunto, permiten penetrar en la auténtica fisionomía de una época. En este sentido, creo yo, son también de mirarse los ensayos coroneleanos de historia literaria, sus aportaciones, ya sean de crítico como de creador, a la literatura más específicamente entendida: no como divagación erudita o malabarismos, sino como investigación profundizada —viene a la pluma el francés acharnée— de la realidad del ser.

Que José Coronel sea figura cimera en el universo cultural nicaragüense —y centroamericano— de este siglo, me parece tan evidente que cualquier argumentación motivada por el afán de demostrarlo, pecaría, creo yo, por simplista y obsoleta: ahí está su obra para demostrar, con creces, lo que afirmo, aunque una parte más que revelante de esta —su prodigiosa enseñanza hablada— tan sólo sea comprobable a través de los recuerdos personales de quienes beneficiaron de ella y, en un plan crítico, a través del detenido análisis de las influencias que ejerció en la formación espiritual de varias generaciones. Lo que si me parecería incompleto, sería aludir a Coronel preferentemente como al poeta lo cual se hizo y sigue haciéndose a menudo, con evidente menoscabo de una más completa evaluación de su figura. Aunque el afirmarlo conlleve el riesgo de ser mal entendido y peor juzgado en un país que sobre todo se ufana de sus valores poéticos y ha elaborado un escalafón espiritual en cuya cúspide hallamos generalmente al poeta, he de decir que, en mi concepto, José Coronel es mucho más que un poeta, como a menudo suelen serlo cuantos alcanzan el estadio más alto de su propia madurez espiritual. En realidad, de examinar atenta y desapasionadamente el cuadro de la cultura nicaragüense contemporánea, no cuesta demasiado trabajo el llegar a la conclusión de que también participan en esta lograda condición los demás intelectuales de gran figuración. Pablo Antonio Cuadra y Ernesto Cardenal por ejemplo, son cada uno a su manera, algo más que simples poetas. Sembradores de inquietudes, trabajadores de la cultura, maestros en el sentido más alto de la palabra, protagonistas de la vida nicaragüense en sus múltiples y diferentes aspectos, son ellos, antes que otra cosa, hombres de pensamiento y de

acción, identificados con el vital proceso de desarrollo de toda una cultura; ejes dinámicos y preponderantes alrededor de los cuales ella se manifiesta y recrea a diario en múltiples direcciones. Si hemos de llamarlos poetas, indudablemente será —además que para evidenciar didácticamente una faceta específica de sus actividades por mantener a la palabra poeta en sentido profundo que emana de su étimo griego del que, afortunadamente, hallamos en castellano un feliz equivalente en el término *hacedor* tan cercano al original *poietés*, derivado a su vez de *poiein*, hacer.

A esta familia de *hacedores*, de motores del proceso espiritual, de creadores en el sentido más amplio, pertenece José Coronel, siendo posiblemente en él donde más y mejor se ponen de manifiesto —por las características mismas de su prolongada milicia en lo cultural— los rasgos esenciales que definen aquel selecto y reducido grupo. Es obvio manifestar que, en una visión ecuménica de la cultura, no es única ni preferentemente al poeta (en el sentido que usualmente se le da a la palabra) a quien debemos conceptuar como el exponente más genuino o representativo de la espiritualidad de un país o de una determinada época, postura ésta de la cual tan sólo se desprenderían un empobrecimiento del juicio histórico y una menguada capacidad de apreciar unitariamente una cultura. Los grandes filósofos, científicos, inventores, los políticos que interpretan las aspiraciones de una época y moldean los caracteres de ellas; los forjadores, intérpretes y reformadores de la ética social e individual —*hacedores* todos ellos en el sentido que hemos aclarado, y poetas, pues, según el íntimo significado de esta palabra,— constituyen el andamiaje profundo de las realidades nacionales y se codean con los cultores de las letras y las artes, hermanándose con ellos. De esta familia, según tengo entendido, Coronel es miembro de derecho más aún que por ser poeta, por su condición de *poietés*, en suma hombre de pensamiento y realizaciones intelectuales. Por eso mismo más que como poeta que se entrega frecuentemente a reflexiones históricas, como a alguien plugo juzgarlo, me inclinaria a ver en él a un pensador que penetra en los abismos del pasado alumbrándolos con los súbitos destellos de su sensibilidad poética. Proceso a veces similar al que caracteriza la visión de otro artista de indudable temple, deudo del propio Coronel, Ernesto Cardenal, quien sin embargo, enturbia a menudo el manantial de su inspiración, y sobre todo los frutos de ella, en aras de una cosmovisión que no por ser generosa y hablar muy alto de la profunda humanidad del autor, deja de volcarse, ostensiblemente a veces, en los terrenos baldíos de un preconcebido esquematismo que peca por simple y por abstracto. No me parece casual que, consecuente con la *Weltanschung* que sustenta, Ernesto Cardenal defina a Coronel “huésped en su propia casa”, tomando posiblemente al pie de la letra una de las frecuentes y paradójicas *boutades* del Maestro. De hecho, la “casa” de Coronel no es sino ese armonioso conjunto de sueños y realidad, de lírica intuición del misterio y obstinada persecución de lo racional, de su constante y consciente identificación con la realidad, en cuya dimensión plural

y al mismo tiempo unitaria se ubica, ejemplo admirable de equilibrada lejanía de todo exceso. De ese sufrido iter espiritual dan testimonio irrecusable la evolución de su poética desde la iconoclasta agresividad de la época vanguardista —sin embargo tan fecunda y providencial— al más depurado clasicismo de periodos posteriores y, en sentido opuesto, el abandono de posturas ideológicas que, no por renegar de ciertos motivos inspiradores de antaño, se alejan de una equilibrada evaluación de la realidad y por ende de lo posible. Huelga manifestar que en esta su casa, José Coronel no es huésped de paso sino amo y señor, hidalgo de cuatro costados, bien firme en su propio solar.

Años ha, según me han referido sujetos que conocen en sus menores detalles la realidad nicaragüense de tejas para abajo, la Universidad Nacional Autónoma, honrándose a sí misma con tan oportuna decisión, ofreció a José Coronel un doctorado *honoris causa*. Por lo que atañe a la Academia de la Lengua, que también quiso nombrarlo entre sus sabios representantes, jamás pudieron los colegiados darse el gusto de escuchar de los labios del poeta el discurso de ingreso en aquella Corporación, formalidad, por lo visto, indispensable para sentarse, con todas las de ley, entre los inmortales nicaragüenses. Lejos de motivar altaneramente su negativa con los conceptos que, más o menos en la misma época, un eminente filósofo italiano expresaba al manifestar su repudio hacia las lisonjas de un gobierno que lo quería en su academia, (“... me veo finalmente en el caso de rehusar el nombramiento de que tratase, por ser mi fama anterior, y con mucho, a la fundación misma de la Academia en cuestión...”). Coronel, *academicus nullius academiae* como de sí mismo decía Giordano Bruno, propuso que a trueque de aquella distinción se le otorgara el título de “estudiante *honoris causa*”. No sé hasta qué punto los cautelosos *apoches* del mundo académico, tan sutil como irónicamente frustrados por el poeta, hayan sido la causa de un impalpable progresivo divorcio entre la llamada cultura oficial— que ni es oficial ni es, a menudo, cultura— y la realidad viva de la enseñanza coroneleana. Lo que si me parece indiscutible, es que siempre más esta influencia del Maestro en la cultura nicaragüense se afianzará a través de otros conductos, no por menos “estructurados”, menos determinantes y beneficiosos: de hecho Las Brisas se convirtió, paulatinamente, en centro de irradiación en el cual se han venido planteando, estudiando y prácticamente realizando, por lo menos en sus líneas generales, todas las iniciativas que han afectado, en esos últimos treinta años, la vida cultural del país. La “historia como coloquio” —una fórmula a la que Coronel se mantuvo fiel a lo largo de toda su existencia— se transformó de tal manera en la “realidad como coloquio”, lo cual de mirarlo bien, tan solo constituye una distinta manera de aseverar lo mismo, por la obvia identificación que es dable postular entre los conceptos de historia y de realidad.

Cabe aludir en relación con lo que se apunta en estas

líneas al role que nunca podrá ponderarse en demasía, al role de Coronel en esto que hemos dado en llamar el proceso de la enseñanza hablada. Ya en el lejano 1949, Ernesto Cardenal señalaba en sus estudios críticos sobre la nueva poesía nicaragüense, que "lo más importante suyo ha quedado hoy en sus conversaciones, dignas de un nuevo Eckermann. Pero aunque no tiene aún un sólo libro publicado, él está presente en los demás; su obra es toda una generación y quién sabe hasta dentro de cuántos años las nuevas obras literarias serán debidas a su influencia todavía. Difícil sería decir cuánta cultura se ha recibido en Nicaragua en esas pláticas en torno de José Coronel. El ha sido la verdadera biblioteca nacional y el maestro de todos, hombre de muchas piezas, como decía Unamuno, inquietísimo y distinto cada día. No sabemos a qué se deba la aparición de Darío en Nicaragua, pero sí podemos decir que si Nicaragua vuelve a dar otro nombre a la literatura mundial, en caso de no ser Coronel Urtecho, se deberá, al menos en mucha parte, a él" (2). Han pasado desde entonces casi treinta años y en este periodo Coronel ha publicado varios libros ensanchando más aún el ámbito de sus múltiples y reconocidas influencias. Huelga manifestar que esta nueva situación de hecho confirma y fortalece el lúcido diagnóstico con que Cardenal se anticipó en seis lustros a las conclusiones de la más objetiva y documentada crítica contemporánea.

Tan sólo seáme permitido evidenciar, a título personal, la enorme deuda de gratitud que tengo con José Coronel en lo que concierne la modesta capacidad que he alcanzado en esto de algo conocer y entender de la realidad nicaragüense, lo cual en múltiples oportunidades ha acontecido por merecimiento y en consecuencia de los diálogos sostenidos con él —sería más justo hablar de la respetuosa atención prestada a su limpia y señorial enseñanza— en aquel tan a menudo añorado santuario de la inteligencia que es —sumida en el encanto de su naturaleza bucólica y tropical —la hacienda Las Brisas.

La armónica fusión, en la personalidad de José Coronel, de reactivos distintos y a veces inicialmente heterogéneos, al mezclarse en un crisol profundo solicitaciones ancestrales, sobrevivencia de hidalgas tradiciones hispanas, decantaciones prolongadas de linfas culturales filtradas a través de humus culturales latinos y anglosajones, ha venido dando a su semblante —como fuera ya el caso de Darío— fisonomía universal. Quizá la búsqueda, en más de una oportunidad emprendida por el mismo Coronel, de "lo universal nicaragüense" se justifique más de aplicarse al autor de *Rápido Tránsito* que a sus compatriotas en general, con la parcial salvedad, desde luego, de Darío. Y digo con la parcial salvedad de Darío, porque con todo su universalismo, y pese a su indiscutible carácter de renovador de los hispánico, la formación espiritual e incluso simplemente cultural de Rubén, no abarca horizontes tan amplios y no se caracteriza por una riqueza de motivos tan fecunda y evidente, como la que

hallamos en la base misma de la personalidad de Coronel. Darío, artifice inigualable de la palabra, innovador de formas y metros, pararrayo celeste y torre de Dios como el mismo dijo, sucumbió en más de una oportunidad ante la asechanza —tan pujante siempre— de lo fácil, superficial y rutilante, debilitando parte de su obra, rebajándola al extremo de que gran parte de ella la tenemos hoy por escoria de un genio no siempre felizmente logrado. Es posible que las manos de Coronel no tengan la diáfana y elegante finura de las "manos de marqués" de Darío, pero si tienen los rasgos peculiares de las del hacedor del que venía hablando anteriormente. A no ser el gusto exquisito de la conversación —de todos modos socrática— o la elegancia de iluminísticas disquisiciones, nada hay en Coronel "muy siglo XVIII": algo si acaso hay en él muy siglo XXI y —lo que más vale— algo muy acrónico, muy intemporal por eterno. Es la vivencia de una sabiduría ahondando sus raíces más que en los mitos, casi siempre falaces, en la solidez de lo real, en la tradición histórica más que en la nebulosidad de lo primigenio. Lo cual, claro están, no excluye ni deliberadamente hace caso omiso de estos elementos, más los resuelve en una síntesis unitaria, como reúne y mezcla el mar, las aguas confluyente en él de opuestas cordilleras.

Del hombre nada he de decir pues quienes los conocemos sabemos cuán difícil faena sería ésta de querer aprisionar en pocos renglones —evidenciándolos, pero también esforzándolos— los múltiples elementos que forman, a la postre, el hombre Coronel. Y los que, en hora mala para ellos, no han tenido trato y familiaridad con don José, no podrían formarse una idea siquiera medianamente satisfactoria del Maestro, por unas cuantas acotaciones que se pudieran añadir. Me conformaré con decir, porque de esto al menos quede constancia, que las prendas del corazón de ninguna manera resultan inferiores a las dotes espirituales. La sencillez de este hidalgo que vive en comunicación con la naturaleza, absorto en sus profundos quehaceres intelectuales y al mismo tiempo pendiente de la más leve alteración de la realidad cotidiana de su país y del mundo; su capacidad de ensimismarse con las situaciones ajenas; su juvenil vitalidad, la cortesía de su trato, la amplitud de sus horizontes, la tolerancia y respeto de cuanto idea no comulgue con las suyas, la capacidad de captar, más allá de engañosas apariencias, lo que merece evidenciarse en un ser humano o en una situación contingente, asombran. Detenerse en ese terreno y entonar en alabanza de sus múltiples virtudes, sería alargarse en repetir lo sabido con el único resultado de ofender la profunda humildad de Coronel y provocar el temible relampagueo de su mirada irónica.

Consintió mi numen que en Centroamérica, y sobre todo en Nicaragua, encontrase yo amigos sinceros que por el cariño que me han brindado y lo mucho con que me han enriquecido espiritualmente, han representado y siguen representando lo más valioso y dulce en que el

agradecido recuerdo se complace. Me honro al encabezar la lista de estos amigos con el nombre de José Coronel, nombre que bajo ningún concepto podría separar del de la rubia leona, María Kautz de Coronel. Rindo gustoso pleitesía a la pareja más extraordinaria que he conocido hasta la fecha.

NOTAS

- (1) - Véase: LA PRENSA, Managua
- (2) - En: NUEVA POESIA NICARAGUENSE, Madrid 1949, págs. 66-67.

El humanismo de José Coronel Urtecho

Carlos Chamorro Coronel

“**ETHOS anthropo dáimon**” Heráclito (Fragm. 119)
Traduce Heidegger: “*Der Mensch wohnt, insofern er Mensch ist, in der Nahe des Gottes*”, i.e. el hombre habita, en cuanto hombre, en la cercanía de Dios.

Esta creo yo sería la mejor definición del humanismo de José Coronel Urtecho. Pero *sui generis*: un humanismo, como dice Heidegger en su famosa carta a Jean Beaufret (“*Ueber den Humanismus*”), q’ de paso, usaremos constantemente como punto de referencia en este ensayo, porque nos parece lo más apropiado: “*Wir denken so einen “Humanismus” seltsamer Art.*” Es decir, “*die humanistas des homo humanus denken*” o la humanidad que piensa del hombre humano. Porque lo que cuenta es la “*humanitas al servicio de la verdad del Ser (“der Wahrheit des Seins”)*”, pero sin el humanismo en sentido metafísico. (*im metaphysischen Sinne*). No porque José Coronel ni —*et pour cause!*— Heidegger, aunque lo niegue, repudie el sentido metafísico u ontológico, sino porque es en este momento, irrelevante. Lo que nos importa es ahora el hombre como tal en sus circunstancias determinadas en el sentido Orteguiano. Por eso expresamente es que hacemos referencia al texto de Heidegger. Porque “*el hombre es, y es hombre (Der Mensch ist und ist Mensch) en la medida que es existente (insofern er der Ek-sistierende ist)*”. Porque “*en su esencia histórico-ontológica (in seinem seinsgeschichtlichen Wesen), el hombre es el ente (Der Mensch ist... das Seiende), cuyo ser como ek-sistente consiste en que habita en la proximidad del Ser (in der Nahe des Seins)*” Esta proximidad del hombre con el Ser de Heidegger, o con el Dios de Heráclito es lo que esencialmente caracteriza el humanismo de José Coronel. Sigue diciendo Heidegger, “*acercándonos a esa dimensión de la verdad del Ser, nos veremos obligados primero a mostrar claramente cómo el Ser aborda al hombre y cómo lo reivindica. Una tal experiencia se nos da, cuando comenzamos a comprender que el hombre es (der Mensch ist), en tanto que existe (indem er existiert). Que es lo que decimos en la lengua ordinaria la ex-istencia del hombre es su sustancia. (Die Ek- sistenz des Menschens ist seine Substanz)*”.

Este *ethos* secreto es el que buscamos. Pero volvamos obligadamente de nuevo a Heidegger. El traduce primero en esta forma: “*El carácter propio de un hombre es su genio*”. Pero añade a renglón seguido. “*Esta traducción revela una manera moderna de pensar, de ninguna manera griega. Ethos significa lugar de habitación. Esta palabra señala la región abierta (offenen) donde habita el hombre. La apertura de su habitat hace aparecer lo que se acerca a la*

esencia del hombre y en ese acercamiento habita en su proximidad. El habitat del hombre contine y guarda la venida de aquello a lo que el hombre pertenece en su esencia”.

Ethos, pues, es el habitat del hombre. Por lo tanto su esencia será determinada, o su conducta, por el habitat, como cuando Xto definió a Juan el Bautista al preguntar si habitaba en palacios.

Para corroborar esta idea Heidegger trae la cita sobre Heráclito de Aristóteles (De part. anim. A 5, 645 a 17) “*Se cuenta de Heráclito algo que dijera a unos visitantes que llegaron a verlo. Al acercarse, lo vieron que se calentaba al fuego. Deteniéndose indecisos, Heráclito se dirigió a ellos animándolos con estas palabras: “einai gar kai entauza Zeoi” (Aquí están también los Dioses)*” En alemán traduce Heidegger: “*Auch hier mamlich wesen Gotter an*”. La anécdota aunque trivial es sumamente aleccionadora. Sta. Teresa solía decir que entre los pucheros anda Dios. Es la misma idea. Pero sigamos la interpretación de Heidegger aunque nos resulte fastidiosa, pero no por otra razón es que está el humanismo en crisis.

Sigue diciendo Heidegger no sin cierta ironía: “*Los visitantes que quieren visitar a un pensador (Denker) esperan encontrar tal vez a este sumido en honda meditación*” (*in den Tiefsinn versunken*). No porque les interese mucho sino para contar que han visto y oído a un pensador.

Pero lo encuentran alrededor del fuego. Lugar bien ordinario y sin apariencia. Pero Heráclito no está ahí para cocer el pan. (*Das Brot gebacken*). Está ahí para calentarse. (*um sich zu warmen*) Así enseña todo la indigencia de su vida. Pero el espectáculo de un pensador que tiene frío ofrece muy poco interés a los curiosos. (*Der Anblick eines frierenden Denkers bietet wening Interessanten.*) Este hecho banal y sin relieve de un hombre con frío tratando de calentarse, todo el mundo lo conoce. Pero Heráclito los invita a pasar con sus palabras: “*einai gar kai entauza Zeoi*”.

Esa palabra (*Wort*) sitúa el habitat y su acción (*Tun*) bajo otra luz (*in ein anderes Licht*). El que esta historia (*Geschite*) nos sea recordada y transmitida a los hombres de hoy, se basa en que lo que se cuenta resulta del ambiente del pensador y lo caracteriza.

Termina Heidegger el párrafo con estas palabras de suma importancia para el propósito que buscamos: “*kai entauza*” (*auch hier*) aquí también, cerca del fuego, en este lugar habitual, donde cada cosa y cada situación, cada acción y cada pensamiento son familiares y corrientes, es decir usuales, en este mismo lugar (*auch da namlich*), en este mundo de lo habitual “*einai Zeous*”, aquí mismo es que los dioses son presentes (*dass Gotter anwessen*).

Es decir, para Heidegger, en lo habitual reside lo maravilloso del hombre; allí hay que buscar la verdadera dimensión humana. Luego traduce en forma más solemne y alta este mismo “*ethos anthropo daimon*”: “El lugar (habitual) del hombre es la apertura a la presencia del Dios (lo insólito)”.

Aquí es precisamente donde queríamos llegar para entender el humanismo de José Coronel. Porque nuestro habitat es nuestro hábito. Somos donde residimos. Nuestra manera de ser es condicionada, circunstanciada por nuestro contorno en el espacio y el tiempo.

Si alguien ha estado abierto a lo insólito, a lo inusitado, a lo inesperado, a lo inusual, a lo inacostumbrado, a lo extra-ordinario; pero al mismo tiempo como hábito, costumbre, ordinario, común, usual, ese es José Coronel. Su vida misma, su que-hacer vital ha sido la paradoja de la que habla Heidegger. Por eso mismo es tan difícil definir, determinar, delimitar su personalidad, proteica, como han dicho muy bien.

Pero definamos primero lo proteico, si es posible, para lo cual que mejor que el pasaje de Virgilio en la *Geórgica IV*, casi al final.

...“est in Carpathio Neptuni gurgite vates
...caeruleus Proteus, magnum qui piscibus aequor
...et iuncto bipedum curru metitur equorum”.

Hay un vate, en la hondonada de los Cárpatos de Neptuno, que recorre el magno oceano en su carro de peces y yuga de caballos, el ceruleo Proteo. Vate, por excelencia, nauta, recorredor de las aguas, y por lo tanto, fluvial, lacustre, oceánico. José Coronel vive y habita, ha vivido siempre en las márgenes de los rios, como lo dice una y otra vez en sus obras, y sobre todo en la *Carta a Luis Rosales*.

....“Hunc et Nymphase veneramur et ipse
....grandaevus Nereus....”

Al que veneramos las Ninfas y hasta el mismo abuelo Nereo. Y da luego la razón

....“novit omnia vates
....quae sint, quae fuerint, quae mox ventura
trahantur

Porque este vate todo lo sabe, lo que es, lo que fue, lo que por ventura será:

..“quippe ita Neptuno visum est, inmania cuius
..armenta et turpes pascit sub gurgite phocas”

Y así le parece al mismo Neptuno, cuyos inmensos ganados pastorea en la hondonada de torpes focas. Es curioso, de paso, que el mismo José Coronel al hablar de la situación de los intelectuales en los USA mencionara en su tercera y última conferencia a la empresa privada aquel dicho de Faulkner describiendo al intelectual como la de “entre un predicador y una foca amaestrada” (a preacher and a tamed seal).

Pero Proteo no es nada fácil de atrapar, como le amonesta (a Orfeo que busca desesperado a Euridice) la Ninfa.

“verum ubi correptum manibus vinclisque tenebis
tum variae eludent species atque ora ferarum.
fiet enim subito sus horridus atraque tigris
squeamosus draco et fulva cervice laena,
aut acrem flammae sonitum dabit atque ita vinclis

excidet, aut in aquas tenues dilapsus abibit”.

Pero cuando lo tengas amarrado y encadenado de las manos tomará diversas formas de fieras. Se convertirá de pronto en horrible javalí o negro tigre, dragón con escamas o león de rubia melena, o se soltará crujiendo como la llama, o se desvanecerá de las manos como el agua. Y añade: mientras en más cosas se te convierta, más fuerte tenlo hasta que puedas verlo como es bajo la luz. Y efectivamente así fue, aunque Proteo intentara con todas sus artimañas escaparse.

“Ille suae contra non inmemor artis
omnia transformat sese in miracula rerum,
ignemque horribilemque feram fluviumque liquentem”

No olvidando sus artimañas, se convierte miraculosamente en toda forma, fuego, horrible fiera, y fluido rió. Hasta que vencido, sin hallar salida con sus engaños, vuelve a ser el hombre que es y habla.

..“verum ubi nulla fugam reperit fallacia, victus
..in sese redit atque hominus tandem ore locutus”.

..Nam quis te, iuvenum confidentissime, nostras
..iussit adire domos?”

Y a tí, joven confianzudo, quien te ha mandado venir a nuestra casa? A lo que pudiera bien responder como el mismo Orfeo:

..“scis, Proteus, scis ipse; neque est te fallere
quicquam” Lo sabes Proteo, lo sabes; nadie te engaña.

Para comprender, pues, el humanismo de José Coronel, necesitamos estudiar ese *Ethos* o *Habitat* que él mismo se ha hecho en su vida.

Extraño *Ethos*, pero familiar, al fin. Esa inclinación hacia lo insólito (des *Ungeheuren*), o más bien, lo inesperado, como diría tal vez él mismo, que es lo habitual en él (*Der Geheure*), y por lo tanto, su *Habitat* en cuyo contorno mora, podría venirle de sus antepasadas Cavistanas, como se les llamaba en Granada, personajes realmente de leyenda. Oriundas de Diromo, aunque de origen español, posiblemente catalán—conozco un pueblo en la frontera francoespañola con el nombre de Cavistagny—eran mujeres de singular belleza y atractivo. Probablemente cómicas, como se decía, pertenecieron a algún circo que terminó; como tantas otras cosas, en Masaya. En esto repito nada más una tradición familiar. El dato es importante porque el mismo José Coronel más de alguna vez se ha referido a ellas en este sentido. Por su madre es Urtecho, familia también de gran sensibilidad, pero más ponderada y equilibrada. Su abuelo, Juan Ignacio Urtecho, o Papa Doctor, fue un verdadero Patriarca de su numerosa familia, y era ampliamente conocido por su gran generosidad de espíritu. Su abuela Magdalena Avilés, una gran dama al estilo antiguo en nuestro provinciano ambiente, encarnaba en su recia a la vez que afable personalidad todas esas antiguas virtudes castellanas. De su padre, Manuel Coronel Matus, hereda el vigor y honradez intelectual cefardita que probablemente le viene de los Traductores de Toledo.

De paso es interesante notar que he encontrado por lo menos dos intelectuales, lo suficientemente importantes para ser consignados en la historia, con ese apellido. Uno en Toledo y otro en París más tarde a finales de la Edad Media y principios del Renacimiento respectivamente. Pero es de su madre, Blanca, —una

mujer realmente extraordinaria de carácter, inteligencia, personalidad, buen gusto y exquisita educación francesa en París— Todavía recuerdo sus brillantes ojos azules— de quien recibe mayor influjo. Pero estos datos es para tratar de situarnos en ese Habitat que lo conformó desde un principio. De una ciudad ya en decadencia política y económica, y de una sociedad semi-burguesa, porque lo provinciano no llega propiamente a burgués, José Coronel desde el principio intenta romper ataduras y lanzarse, aun entre lo cotidiano, a la aventura de lo insólito. Esto no se puede explicar si no es por una especial influencia familiar.

Pero démosle la palabra al mismo José Coronel quien en su Epílogo a las Memorias de Joaquín Zavala U. escribe: “En general, la vida nicaragüense, aun en los años más soñolientos de la colonia, había sido no sólo vivida, sino también considerada como una aventura. El hecho mismo de habitar en Nicaragua nunca había perdido del todo su original carácter aventurero. Pero la intervención americana, ya aceptada por ambos partidos históricos, y la creciente influencia del American Way of Life en la vida nicaragüense, lo que significaban era la búsqueda de una ilusoria seguridad burguesa, como lo opuesto precisamente al espíritu de aventura”. De ahí para José Coronel, como añade a renglón seguido: “La inclinación a “correr fortuna” o el gusto por la aventura, aún se manifiesta de muchas maneras en el pueblo nicaragüense, especialmente en forma de inquietud migratoria.....”, cosa que él mismo hará temprano en su vida con su madre viuda y su hermana Lola hacia los USA, lo cual tendrá enorme influjo en la formación de ese Ethos del que hablamos. Pero precisemos a qué clase de aventura se refiere José Coronel. “En Nicaragua, por lo demás, en la década de los 30 y en realidad desde antes, la poesía y las artes ya eran quizá las únicas aventuras posibles”. Aunque sin negar necesariamente las otras. “Desde la independencia, en todo caso, el espíritu de aventura de los jóvenes nicaragüenses, en buena parte despertado por la misma independencia, no parecía tener más salidas que las llamadas revoluciones o la emigración”. En realidad el panorama no era demasiado halagüeño, porque él mismo añade: “Pero, como ya dije, todas las artes, la pintura, o la escultura lo mismo que la música o la literatura —con la excepción reciente de la arquitectura, porque ya estaba a punto de ser promovida a la categoría de negocio —se hallaban de antemano condenadas al desprestigio social y el desastre económico”. Aunque esto, apunta certeramente “a la vez acrecentaba el valor de la ventura y disminuía la demanda”. “De todos modos, para los jóvenes nicaragüenses (incluido él mismo) que proyectaban su porvenir en 1930 o en 1925 —por referirme sólo a mi propio tiempo—todas o casi todas las otras actividades existentes entonces eran ya rutinarias o insoportablemente burocráticas”. Y no sólo en el terreno de las artes, sino en todo el ámbito de la vida nacional, incluyendo los negocios. “Casi sin excepción, para cualquier familia nicaragüense de las llamadas principales, toda aventura, y sobre todo la que significaba riesgo económico, era anatema. No

solamente se olvidaba que Nicaragua y lo nicaragüense, y desde luego, el nicaragüense —aunque para sí mismo fuera quizá anatema —era todo producto del espíritu de aventura....”

Hay otro elemento en la formación humana, más que humanística, de José Coronel, que, aunque episódica, hay que tener muy en cuenta. Digo episódica, porque eso es. Me refiero a sus días en el Colegio de los Jesuitas en Granada, su ciudad natal. La educación formal es indudablemente importante, pero no por eso deja de ser episódica. Nuestra mejor, no sólo, única, verdadera maestra es y será siempre la vida misma; porque nunca dejamos de aprender hasta la última suprema lección de humanismo, que es la muerte. Qué influencia tuvieron los jesuitas en José Coronel? El mismo nos lo dice; lacónica y nostálgicamente en su tercera Conferencia a la Empresa Privada: “En nuestro siglo, los Jesuitas, en el colegio que tuvieron en un tiempo en Granada, establecieron como base del plan de estudios de primaria y secundaria, que ellos llamaban semiclásico, la enseñanza casi intensiva del latín —aunque la mayoría, sin embargo, no la aprendimos— y hasta un año de griego, para nutrirnos de la médula de la cultura occidental, pero después, ya en los primeros años de la tercera década vino el programa oficial obligatorio impuesto por el gobierno del General Moncada y los Jesuitas abandonaron toda tendencia clásica y suprimieron el latín y la clase de griego, para instalarse comodamente en el supuestamente práctico nivel comercialista de la cultura nicaragüense actual”. Esta misma idea la corrobora luego en el Epílogo a la memoria de Joaquín Zavala Urtecho “Ya desde entonces, sin embargo, la casi totalidad de los alumnos de los Jesuitas, o para el caso de las otras órdenes religiosas, puede decirse que se adaptaban al ambiente, si es que acaso en algún momento se habían sentido en conflicto con él. Un ligero recuento es suficiente para constatar que los exalumnos de los Jesuitas en Nicaragua, en general han sido gente de lo más convencional. Y más adelante añade, a manera de colofón recriminatorio contra este “ambiente tan convencional: “en realidad el colegio de los Jesuitas ya parecía enteramente dedicado a la producción de burgueses o señoritos burgueses o como lo dirían luego los reaccionarios (refiriéndose a él mismo) de burguesatos. Hasta la misma Compañía de Jesús iba tomando cada vez más por lo menos entre nosotros, la actitud y el estilo de una orden burguesa”. Pero, como él mismo anota, refiriéndose al influjo excepcional del Padre Castiello, mexicano, Joaquín, dice José Coronel: “Probablemente ni en lo uno, ni en lo otro, tuvo que ver mucho el colegio de los Jesuitas. La más profunda influencia personal que él recibió en el Centroamericano fue la de su maestro, el gran jesuita mexicano, Jaime Castillo”. Lo mismo se pudiera decir de José Coronel. Qué influencia tuvo este Jesuita en José Coronel así como en todos sus compañeros de generación, la resume él mismo en este párrafo: “Todos los que tratamos a fondo con él, estábamos ansiosos de provocar en nuestro país un verdadero resurgimiento, o mejor dicho, una revolución

intelectual y cultural en que esperábamos participar. El impulso inicial, por lo menos, se le debía a él, como también la primacía que le dieron después sus discípulos predilectos a las actividades intelectuales o a la creación artística, “añadiendo a continuación una frase no muy halagadora, por cierto, para los Jesuitas, en general: “que ya no era lo que se inculcaba, como pudiera creerse, en el Colegio Centroamérica”.

Pero, en qué consistiera esa influencia de este gran jesuita mexicano lo declara esclarecedoramente con estas palabras: “El pensamiento, la poesía, el arte, la ciencia, la cultura, la educación, todas las cosas de esta índole, eran al lado de él experiencias auténticas, pero sólo valían para él en la medida de su autenticidad y su exigencia. No sólo estaba inmunizado, sino que inmunizaba por igual contra la chapusería y el esnobismo. Su sólo trato era lo mismo una inmunización contra la incultura o la hostilidad a la cultura que contra la simulación de la cultura. Es natural que haya dejado su marca impresa en los que lo trataron más íntimamente...” Y añade luego una frase en la que se puede resumir todo lo que hasta aquí hemos dicho: “Fuera de lo que en este era tendencia hereditaria y aun en cierta medida tradición familiar, lo que era en él orientación consciente al salir del colegio, como también gran parte de lo que no era todavía consciente, no cabe duda que lo debía al trato con Castiello. Pienso principalmente en su sentido de orientación hacia las cosas que sobre todo importan, el— que a pesar de las vicisitudes y cambios de vida y de las inevitables concesiones que tuvo que hacer... nunca dejó de señalar el verdadero rumbo de su vida” Pero ese pertenece a su ulterior comportamiento en su azarosa vida. Antes de dar por terminado este episodio, que indudablemente lo dejó marcado, como él mismo señaló, de por vida, será bueno anotar una característica particular de esa influencia. “Aunque profundamente latinoamericano (el Padre Castiello), ya no se diga mexicano y hasta nicaragüense, era igualmente un hombre de cultura inglesa, adquirida desde muy joven en el Colegio de Stoyhurst”. Menciono este dato porque es muy importante para entender la formación humanística de José Coronel en el ambiente que luego le tocó vivir. Me refiero a su estadía en los EE.UU. de América.

Antes de seguir adelante, quisiera también mencionar más brevemente aún un pequeño incidente, porque no llega siquiera a episodio, realmente efímero, en el sentido literal griego epi-emeros, pero que es por ello mismo muy significativo. Me refiero a su entrada a la Universidad que duró exactamente eso, un día. José Coronel se matriculó en la Facultad de Derecho, imaginándose —supongo— que allí iba a encontrar tal vez el ambiente más propicio dentro de las circunstancias para de alguna manera desarrollar lo que se proponía realizar en su vida. Pero, como él mismo lo cuenta, no soportó ni la primera clase. Por eso lo he llamado efímero. Esto nos demuestra mejor que nada esa su misma actitud irreconciliable con el ambiente “intelectual” que entonces predominaba en el país. Aunque pudiéramos elaborar un poco o bastante más sobre este incidente prefiero dejarlo, limitándome

a observar que esa actitud suya tan “anti-escolar” no tardaría en ser compartida, mejor dicho era ya compartida en el mundo entero por otros “rebeldes” a la degeneración de la educación, tendencia que culminaría modernamente en lo que suelen llamar el “De-schooling”, cuyos abanderados en la actualidad serían entre otros el norteamericano Goodman y el europeo Ivan Illich. En arquitectura tenemos el caso de Frank L. Wright, que también abandonó disgustado la Universidad en que estudiaba. En este sentido no está de más recordar el caso de Albert Einstein, en cuyas Memorias —si mal no recuerdo— menciona él enfáticamente que debido a la presión escolar: composiciones, exámenes, etc. no le quedaba tiempo —paradójicamente— para pensar. Es decir, todo lo contrario de lo que el Studium en latín o la Sjola en griego significaban. En otras palabras la holgura física y sobre todo mental necesaria para dedicarse en cuerpo y alma a la actividad propiamente creativa del hombre.

Ese lugar o habitat donde el hombre pudiera, como dice Cicerón en su “DE ORATORE” (Lib. I, 1): “animun ad utriusque nostrum praeclara studia referendi”. Pero no es mi intención profundizar más en esto, porque nos llevaría demasiado lejos, además de desviarnos de nuestro principal propósito. Si lo he mencionado así de carrera y de pasada es para no perder de vista lo que buscamos, que es la actitud o ese Ethos del que hemos venido hablando que ha conformado la índole o el genio humano de José Coronel, en otras palabras su humanismo. Una experiencia decisiva en su vida lo esperaba a la vuelta de la esquina al partir poco tiempo después con su madre y su hermana hacia los EE.UU. para comenzar en su itinerante periplo viajero lo que él luego llamaría en su libro “Rápido Tránsito”.

“Un poco a fines de los alegres veinte —the gay twenties—, cuando yo mismo andaba en los veinte años, viví algo más de dos años con mi madre y mi hermana en San Francisco de California, en un modesto apartamento de la Avenida de Van Ness, cerca del punto donde se cruza con la calle Vallejo”. José Coronel vivirá allí, en ese “modesto” apartamento (umgeheuren) algo más de 2 años, que en su intensidad corresponderían tal vez a más de veinte. “Viniendo de una pequeña ciudad de Nicaragua, dormida en sus tradiciones, yo me encontraba deslumbrado, envuelto en el mareante movimiento de una ciudad para mí inmensa, populosa, ferviente, que respiraba entonces una alegría de perpetua fiesta y llena, sobre todo, de misteriosas posibilidades y de extrañas promesas”. (Umgeheuren).

Siempre el mismo contraste en él: viniendo de una pequeña ciudad, viviendo en un modesto apartamento, pero rodeado de “misteriosas posibilidades y extrañas promesas”. A la verdad que todavía no he podido salir de mi asombro, al releer, después de mucho tiempo, “Rápido Tránsito”, ante el hecho, inexplicable, que un libro como éste no haya tenido mayor resonancia no sólo en Latinoamérica sino sobre todo, en los Estados Unidos. Estoy seguro que algún día tendrá un adecuado traductor que le hará honor al libro, y

entonces podría hasta profetizar que su impacto será enorme. Yo no conozco un libro que trata más a fondo, pero al mismo tiempo en forma vívida, "al ritmo de Norteamérica", el panorama completo de los Estados Unidos. No es un estudio sociológico exhaustivo ni mucho menos, en ningún sentido; pero la imagen que surge de ese gran país en forma a veces sincopada, como el capítulo dedicado a Gotham, o nostálgica, San Francisco; lenta como remanso alargado de río, Nueva Orleans o profunda como los capítulos dedicados a la poesía, es una pintura magnífica, digna de mucha mejor suerte. En ese sentido es comparable—y superior— a la pintura "para la posteridad", en frase de Tucídides, que hiciera Squier sobre Nicaragua el siglo pasado. Cuatro ciudades como cuatro puntos cardinales, porque son claves, para comprender a las demás: San Francisco en el Oeste, el "Golden Gate" abierto al misterioso Oriente, la última frontera de los Estados Unidos, la del "gold Rush", pero también de las viejas "Missions" y tradición española; Nueva Orleans en el "Deep South", que alberga en la desembocadura del Padre de los Ríos "Missisipi", la fuerte tradición francesa y latina, agraria y feudal; Boston de la Nueva Inglaterra, en el Este junto con Nueva York. Todo lo demás es extensión o corolario de estas cuatro ciudades, no porque lo diga José Coronel, sino porque así lo encuentra, y así es. Chicago y Texas más bien pertenecerían al folklore de los gansters y vaqueros respectivamente. Los Angeles es una ciudad Made in Hollywood", Miami para los turistas; Detroit; una fábrica de automóviles y Pittsburgh de acero. Sólo Filadelfia quedaría fuera, pero para eso basta Boston.

Pero lo más admirable del libro, y por el que será luego consultado, comentado, citado es por la visión poética de ese país desde el autor a través de los poetas del mismo país. Eso es lo extraordinario y singularísimo del libro. Es como si viéramos y contempláramos a España desde sus poetas, o Alemania o Inglaterra o Francia o Rusia o China.

Esa primera vivencia norteamericana de Coronel en Estados Unidos fue decisiva en la formación de su Ethos, completada más tarde en Nueva York cuando vivió ya casado durante algún tiempo. Pero esto no es una biografía, sino que intenta ser una explicación de esa actitud o Ethos en que se ha mantenido José Coronel, para lo cual bastará 2 citas rápidas: una del capítulo 3º "Nueva Poesía Americana" y otra, un poco más larga del 6º: "Un poeta de nuestro tiempo" En aquel dice Coronel: "Casi puedo decir que aprendí a leer inglés leyendo a Poe y Whitman..... Lleno de una insaciable curiosidad por la vida norteamericana, lo que buscaba era su reflejo en la poesía; y Walt Whitman afirmaba la vida, la juventud, un mundo nuevo". En el 6º; hablando de Ezra Pound, que tanto influyó en él, y en más de un sentido se parece a él: "Ezra Pound ha sido el mayor poeta norteamericano en lo que va de nuestro siglo, y aun los que niegan esto no negarán la extensión de su influencia. Ha sido, en realidad, el poeta de los poetas enteramente consagrado a la poesía y su resurgimiento, sólo

ocupado de otros asuntos en cuanto afectan al florecimiento de las artes o contribuyen a la formación de una sociedad en que los poetas y los artistas puedan vivir y producir decentemente, cumpliendo así una función civilizadora, influyendo con obras bellas en la vida de otros, afinándoles las percepciones de los sentidos, las reacciones de su sensibilidad haciéndolos con eso capaces de placeres superiores más refinados y por lo mismo, de una vida más alta y más profunda. Su aparición fue necesaria en un momento en que la poesía norteamericana hubiera posiblemente desaparecido o derivado hacia formas primitivas groseras, pero su saludable influencia no se ha limitado a los mejores poetas de su generación o indirectamente por medio de otros al mundo entero y hoy puede señalarse en tierras tan lejanas y diferentes como Grecia, El Japón o Nicaragua".

Luego añade un párrafo en el que se refiere a él mismo, porque en realidad, la comparación es no sólo evidente sino inevitable "Si alguna parte tuve yo mismo en orientar en un nuevo sentido a ciertos poetas jóvenes de nuestro país, fue solamente darles a conocer hace veinte años, la poesía norteamericana propiamente moderna que iniciara Ezra Pound y que tenía nombres tan raros, nuevos y poco familiares, como T.S. Eliot, Marianne Moore, E.E. Cummings o William Carlos Williams. Yo había descubierto en California —con la ayuda del Dial y los otros pequeños magazines de entonces— a esos ratos modernos cuando yo mismo me creía moderno y raro. Desde Rubén Darío los jóvenes hispanoamericanos andábamos a caza de los raros descubridores, exploradores, aventureros y colonizadores en nuevo continentes de poesía, y eso significaba los grandes raros para los pequeños. Fue entonces que en Ezra Pound —ah! eh! the strange rare name— descubrí mi primer raro norteamericano moderno, y por su medio, sus propios raros, que resultaban más modernos, cuando lo eran porque él los descubría de todos los tiempos y lugares, y bastante más raros q' los del propio Rubén Darío". "La cita ha sido larga, y debiera serlo más, no menos, para ser justos, pero basta para indicar lo que vamos señalando. José Coronel, desde su modesta posición abierta siempre a lo insólito. Esa fue, en pocas palabras, resumida, la experiencia que adquirió y trajo de los Estados Unidos. En realidad, experiencia fundamental, como he dicho, y decisiva para toda su vida; porque si alguna influencia, creo yo ha tenido José Coronel ha sido, más que ningún otro, la del norteamericano Pound. Tal vez sería más exacto decir que a través de él veía todo lo demás: Europa, Asia, América. No porque no lo viese con sus propios ojos, sino que adaptó sus ojos a la visión universal, cosmopolita, moderna y antigua a la vez, cósmica, planetaria, sin dejar de ser profundamente americana, de toda América —aunque Pound, que yo sepa, desconocía o ignoraba lo nuestro, de ese viejo profeta visionario. Es como si Pound le hubiese dado la clave —poética— para entender el mundo. Una vez aprendida, todo lo demás era fácil. Era cuestión de ponerse a trabajar. Así armado y preparado José

Coronel vuelve a Nicaragua a hacer tres cosas: fundar el movimiento de Vanguardia, meterse en política y casarse. De lo primero, no hablaremos, porque pertenecería a otro estudio, aunque hay algunos aspectos que nos ayudarían indudablemente; de lo segundo lo tocaré muy rápidamente y lo tercero y más importante lo dejaré para más tarde.

Aunque, como he dicho, no hablaré sobre el movimiento de Vanguardia —tan importante en el desenvolvimiento de la poesía nicaragüense— sólo mencionaré un dato que me parece pertinente, y es que José Coronel funda el movimiento junto con Luis Alberto Cabrales que vuelve a su vez de Francia y Europa. Aquí tenemos las dos vertientes: la europea y americana, que él trae de los Estados Unidos. Lo viejo y lo nuevo contribuirán a formar la nueva corriente de poesía y pensamiento nicaragüense. Menciono esto, porque lo considero de gran importancia para entender la actitud mental de José Coronel con respecto a la universalidad de su pensamiento siempre abierto a lo humano. En su 3o. Conferencia (pág. 117) dice él hablando de Salomón de la Selva: “Salomón, por ejemplo, o mejor dicho su posición o actitud cultural, puede servirnos también de modelo,” en el sentido que ya dije, para ilustrar, aunque no sea más que ligeramente, dos importantes puntos relativos a la actual universalidad de la cultura nicaragüense... En realidad esos dos puntos son actualmente más que relativos. En cierto modo son constitutivos de lo que suele entenderse hoy por universalidad en relación con la cultura que llamamos nicaragüenses.... Estos dos puntos son... la relación o las relaciones de la cultura nuestra, individual o colectiva, personal o nacional, por una parte con la europea, que llamamos occidental, y por otra con la vida norteamericana o lo que algunos llaman todavía el *American Way of life*”.

Cómo resolver ese doble enigma, lo declara José Coronel en dos textos diferentes. En *Rápido Tránsito* (pág. 158) hablando precisamente de Pound dice: “En el fondo, todo americano —como ya estaban los conquistadores, colonizadores y peregrinos— está en una actitud ambivalente frente a Europa; por un lado huye de ella, quiere librarse de sus ataduras, y por otro la añora, la desea, quisiera hacerla suya, reproducirla, superarla. Si se deja llevar por lo primero, lo amenaza un extremo peligroso: la barbarie; si por otro, un extremo no menos peligroso y más corriente: la imitación servil, el europeísmo hechizo, una cultura de segunda mano”. Y en cuanto a Norteamérica dice en su 3a. Conferencia (pág. 127) “Quizá el mejor antídoto para esa especie de mortal intoxicación anticultural, es la cultura literaria norteamericana, que sin excepción o si se quiere casi sin excepción, está y ha estado siempre en conflicto y oposición con la mentalidad comercialista de la propia Norteamérica”.

En cuanto a su participación en la política, más importante y menos decisiva de lo que ordinariamente, por desgracia, se cree, me limitaré a repetir lo que dice en el Epílogo en Memoria de Joaquín Zavala Urtecho, “puesto que la política lo absorbe todo, lo contamina todo “hablando de la influencia que el Padre Castiello tuvo en ellos (p. 25): “Pero lo

propriadamente distintivo de la influencia de Castiello sobre Joaquín Zavala Urtecho, puede considerarse como una proyección humanista que en cierto modo lo puso en la línea de su famoso antecedente don Juan José Zavala. No era influencia política sin embargo, sino, como ya dije, intelectual y cultural y aun si se quiere en último término espiritual y religiosa. Esto quiere decir que era más bien de un orden anterior y posterior a la política como tal, aunque no fuera enteramente ajeno a ella, puesto que en modo alguno significaba desentenderse de sus fundamentos y muchos menos de sus objetivos y finalidades. Dentro del clima creado por lo que llamo la influencia de Castiello, las realidades que importaban sobre todas las otras o por las cuales importaban las otras, no eran políticas. Pero la aspiración a tales cosas o su conocimiento, suponía un criterio para juzgar los resultados de la política. No fue sino más tarde o demasiado tarde que muchos de nosotros nos dimos cuenta de eso. El criterio político debe servir para el futuro, pues de otro modo sólo es útil para escribir historia, no para hacer política. De lo que venía haciéndose en Nicaragua, desde la Independencia casi nada sabíamos entonces. Cuando tratábamos con Castiello, ninguno de nosotros estaba aún interesado en problemas políticos, como tampoco él mismo, que yo sepa, dio señales de estarlo. Por lo que sé de su pensamiento, y sobre todo su actitud, me imagino que en Norte América habría pasado por liberal y que hoy día probablemente pasaría por radical o quizá lo sería. Aunque no quiero exagerar su influencia sobre nosotros, me parece probable que si él hubiera estado en Nicaragua cuando empezamos a interesarnos en la política y a meternos en ella, no habríamos caído en los errores en que caímos por falta de madurez”. En cuanto a los resultados de su intervención en la política, que quizá algunos calificarían de funestos —no seré yo precisamente quien lo juzgue— por cierta tendencia muy en boga en su tiempo, habrá entonces que atenerse a lo que él mismo dice de Ezra Pound en el que considero el mejor juicio sobre el destino de este gran poeta, proscrito en su país por sus ideas políticas. Sin embargo, no creo yo que sea el momento oportuno para hacerlo.

Por último, José Coronel, *the last but not the least*, volvió a Nicaragua a casarse. Qué significó el matrimonio para José Coronel? Bien pudiéramos hacer todo un tratado al respecto. Si para Jean Guittou en *L'Amour humain*, “*Mariage et amour ont un rapport étroit*”, y para Victor Hugo: “*En amour, vieillir c'est s'identifier*” para José Coronel hay algo más todavía. Más bien habría que decir con Tom Barangwen de la novela *Rainbow* de D. H. Lawrence: “*Marriage is what we're made for*”, porque “*for a man to be a man, it takes a woman*”, e inversamente “*for a woman to be a woman, it takes a man*... Therefore we have marriage... There's no marriage in heaven, but on earth there is marriage... If we've got to be Angels... then it seems to me as a married couple makes one Angel”. Esta sería la mejor definición del matrimonio de José Coronel y la María Kautz. Como León Bloy José Coronel, mediterráneo hasta la médula, aunque

sin el apasionamiento de aquel, rinde totalmente su corazón ante una mujer nórdica, en este caso, por lo menos, en su origen. No es hora, sin embargo, de deternos más en esto por muchas razones. Después de una larga estadía en Nicaragua José Coronel parte por primera vez hacia Europa, pero parte solo. Vuelve más tarde otra vez a Europa, para por último, después, de “muchas vueltas y revueltas, idas y venidas...”, “volver definitivamente al río. Es allí donde queremos ubicarlo porque sólo desde allí será comprensible José Coronel como él mismo lo dice en *Invitación a Luis Rosales*: “todos los poetas que hemos hecho o haremos el viaje del río hasta el fin o por lo menos hemos estado una vez en el río con lo que para siempre ya el río está en nosotros como nosotros para siempre estamos ya en el río todos nosotros somos ya para siempre el río muertos y vivos todos vivimos en el río...”

Como el río de Heráclito, el río de Coronel está siempre en movimiento siempre fluyendo hacia la mar río hasta el fin. Supongo que, aunque para Thoreau eran dos: Concord y Merrimack. Como el Mincio de Virgilio, en Mantua, que él describe con verdadera ternura en la *Georgica*.

III: “*tardis ingens ubi flexibus errat
Mincius et tenera praetexit harundine ripas*”.

(Donde el inmenso Mincio fluye errante con sus lentas olas y tejiera las riveras con tierno camalotes).

En realidad José Coronel no ha abandonado ni abandonó nunca el río desde que por primera vez lo conoció al casarse con la María. Más aún, son la misma cosa. La María, José y el Río. Su amor es el río, o el río su amor donde se juntan, confluyen y se hacen uno en el río y por el río.

Esta idea la expresa él mejor que nada en aquel poema dedicado precisamente a Angel, ese mismo angel tal vez del matrimonio de que habla Tom Bragwen: **TE HE SALUDADO AL RÍO.**

Te he saludado al tuyo como mío
donde uno somos y corremos río
Le abrí en dos labios hondos con tu quilla
mis aguas tuyas a tu maravilla
que un solo tres los dos en cada orilla
soy tanto cuanto cuanto tanto canto
Soy suyo y tuyo y mío río trío
sí en trinos trino adiós como divino
Adiós, adiós, ayer que el mar me espera
lo mismo que nos viva o que nos muera
ayer, hoy y mañana, y tuyo y mío
porque uno somos y corremos río. Porque José Coronel, como decíamos al principio siempre ha vivido junto al agua, *propter aquam*, como dice Virgilio en la *Georgica* IIIo. y allí puso en el campo verde su templo de marmol, “*et veridi in campo templum de marmore ponam*”, aunque su templo o su *habitat* no era de marmol sino “una pequeña casa de madera pintada de amarillo y verde, rodeada de un corredor con su baranda” primero en San Francisco del Río, y luego, “en las Brisas donde ahora vivimos”. En la “cabaña de madera” o se abarca toda la vastedad del lago...”, y no sólo del lago sino del mar y el mundo entero.

Porque aquí “*kai entauza Theoi*” Porque esta palabra, como dice Heidegger (*dieses Wort*) situa el *habitat* (*Ethos*) del pensador y su *que-hacer* bajo otra luz (*Licht*). En este lugar tan ordinario y sin apariencia (*ein recht alltäglich und unscheinbarer Ort*) cerca del fuego (*am Backofen*) transcurre la vida del poeta abierta a lo insólito, a la presencia de Dios. En una región, “por cierto abandonada, una región desconocida, tierra incógnita. Donde se vive en forma casi primitiva”, pero donde su amigo Douglas, estudiante de Harvard se sorprende encontrar “el retrato de Whitman sobre el pequeño estante de libros norteamericanos”, como cuenta en *Rápido Tránsito*, “Nunca pensé —decía, como hablando consigo mismo— encontrar aquí, en la orilla de la jungla— the jungle era su palabra—, un libro de Eliot o de ningún escritor americano. Veo que tiene los principales escritores actuales. Le interesa la literatura americana”.

“Es aquí donde tiene su casa”, el poeta, “hecha por ella” —sólo aquí tiene casa— y las raíces de su existencia. Aquí a la orilla de la selva virgen y en las vegas del río”, en la frontera...” Frontera, por otro lado que no tiene límites. Y aunque a su pesar vivió en la ciudad, porque “no es que no haya tratado de vivir en Managua”, “en ese tiempo de engaño y violencia en que permanecemos en la capital yo y mi mujer y nuestros niños casi puede decirse que en el extremo opuesto del río San Juan” “es que sencillamente no le gustaba”.

Porque desde el río, y sólo desde el río es que ~~Wen~~ Europa se siente como en su casa. Sobre todo en España, donde... tiene sus mejores amigos. Es en España, por supuesto, donde más ha vivido”.

Porque para José Coronel, como “para Rubén y Salomón (lo español) y por lo mismo para cualquiera de nosotros, es por así decirlo, un punto de partida”. Como todo lo europeo y la misma Europa, como lo declaraba en su 3o. Conferencia: “Me atrevo a asegurar que la cultura nicaragüense sólo en Europa o por lo menos en contacto con lo europeo, puede alcanzar, si acaso, su plena madurez”. Pero esa apertura, como digo, sólo la podemos comprender desde su propio *habitat* o *Ethos*, como lo dice en su Carta a José Rumeu de Armas, que sirvió de prólogo al *Estrecho Dudoso* de Ernesto Cardenal: “Celebro que el poema de Ernesto Cardenal, *El Estrecho Dudoso*, se edite en España. Es la mejor noticia que puedo recibir, aquí y ahora *hic et nunc* en el lugar donde me encuentro y en el momento que vivimos. Te escribo, como sabes, desde la propia zona del *Estrecho Dudoso* —tan fascinante siempre y tan dudoso y casi tan inexplorado como hace 4 siglos— y del río San Juan o más exactamente de la vega del llano del río Medio Queso, uno de sus afluentes más misteriosos, medio perdido en las bajuras y pantanos y selvas tropicales de la frontera...” Esta misma idea vuelve a repetirse como un *leit-motiv* en forma insistente en todos sus escritos, como en el *Pésame* por la muerte de Leopoldo Panero: “Me llegan de Managua recortes de periódicos a la frontera de Costa Rica, hasta el remoto sitio donde estoy retirado, en la margen de un río y una selva sin

nombre, que ni figuran en el mapa..." Y al final: "Y como yo, en mi casa de madera, en la finca Las Brisas, entre llanos, selvas y ríos, en un lugar perdido adonde sólo llega dos o tres veces por semana, el avión que te lleva esta carta". Pero desde ese lugar contempla el mundo, puesto que tal vez no hay "en el mundo lugar más apropiado para ese objeto, ni islas que más recuerden las ínsulas extrañas de San Juan de la Cruz por lo muy apartadas y ajenas de la comunicación de los hombres!"

"Y no sólo en Madrid, sino también en Santander y Salamanca ha vivido en Sevilla.

Si ella fuera propensa a la nostalgia la sentiría por los pueblos de España.

Santillana del Mar

Alcalá de Guadara

Coria del Río...

Viendo el Guadalquivir... mi mujer recordaba al San Juan...

Cuando vive en España la siente como suya

Experimenta la sensación de estar entre su gente

Pero igualmente en Alemania donde tiene familia

En Saarbrücken estuvo con su tía Johanna...

Pasó unos días en la Selva Negra con su prima Hildegard...

y con su prima Leonie Guillain y su marido Rudi, los cuales viven en Luxemburgo

En Nuremberg fue huésped del Juez Rodolfo Hable y su esposa Theresa, padres de Helga, la gran muchacha, amiga nuestra desde en Madrid... Hizo con ella todo su recorrido desde Colonia... hasta Munich... desde La Haya... deteniéndose en Heildberg, Badenweiler... y vuelta a Holanda. Desde Holanda también hizo el viaje de Italia, por la ruta del Rhin y de Francia y de Suiza, entrando por Lugano, y vio Venecia, Florencia y Roma y las otras ciudades y pequeños lugares con sus inagotables maravillas—Asís y los recuerdos y monumentos de San Francisco y los frescos del Giotto, y el hotel con el nombre de pintor franciscano, con un balcón florido desde el que se domina el Valle de Spoleto.

El paisaje del Golfo de Nápoles... el Hotel Tramontano, en Sorrento—un antiguo palacio donde nació Torcuato Tasso y que ha tenido huéspedes inmortales, como Goethe, Lord Byron e Ibsen le recordaba que Squier lo compara con las puestas de sol en el Gran Lago, vistas desde la vieja comandancia de San Carlos.

En las marcas pontinas, desecadas por Mussolini, encontraba el modelo para la desecación de los pantanos en las riveras del San Juan.

Y lo mismo en Holanda donde se interesaba en el sistema de hacer canales... Hasta en la propia Francia, más que París, le atrae la campaña francesa. Su mejor día en Francia fue el que pasó en la Beauce, merendando bajo los árboles y contemplando los trigales, a un cuarto de hora apenas de Notre Dame de Chartres.

Y todo eso entre gentes amigas, hospedada en sus casas, siempre rodeada de amistades.

Si tomara el avión mañana, probablemente la

recibiría, al bajar en Lisboa nuestro amigo el poeta, Don Cristovam Paviá".

Porque para José Coronel Europa siempre ha sido "Maravillosa Europa llena de amigos.

Mi mujer en Europa nunca ha sido extranjera".

Como tampoco él. Pero no sólo Europa, sino, como digo el mundo entero como lo dice citando aquel verso de Joaquín Pasos, en el que "expresaba... lo que, según parece, todo nicaragüense, por el hecho de serlo, lleva en su sangre:

El tiempo está en las arterias y en los émbolos de las arterias.

Locomotoras que van marchando con su tres hacia... Asia".

Porque para él, como lo dijo en su 3o. Conferencia, "todos somos hoy, aún sin saberlo, miembros de todas las culturas, especialmente de las tenidas por grandes culturas, y nosotros nicaragüenses, como nicaragüenses, no solo somos parte de la cultura o sub-cultura que existe en Nicaragua mejor dicho de la cultura del pueblo nicaragüense, no sólo somos americanos e hispanoamericanos y latinoamericanos, más o menos pertenecientes a lo que llamamos cultura occidental, sino que, en algún grado, somos también o podemos ser un poco negros africanos o americanos con Sengor o con Lanston Hughes, o un poco hindúes con Rabindranath Tagoras o, como ya lo he dicho, un poco chinos como Mao". Pero a la verdad, ahondar en este problema nos llevaría demasiado lejos, y tenemos que terminar, muy a nuestro pesar, porque como dice San Juan de Xto en su evangelio—lo cual se puede decir de todo hombre en cuanto hombre—"no cabría en todos los libros". Resumiendo, esta idea de Heráclito y de Heidegger que hemos venido tratando de aplicar a José Coronel Urtecho de que "el lugar habitual o habitat del hombre es la apertura a la presencia de lo divino o lo insólito", la expresa él mismo en el prólogo al Estrecho Dudoso: "Aquel deseo de conocer el mundo y las cosas extrañas o extranjeras, es natural que haya sufrido a lo largo del tiempo las más inesperadas alteraciones y desengaños, pero no me parece posible que llegue a faltar por completo en ninguno de los países donde se habla español, puesto que está en el genio mismo de nuestra lengua.

Para mí es, por ejemplo, un hecho significativo—seguramente relacionado con la idea del Estrecho Dudoso y la posición geográfica de Nicaragua— que esa abertura al mundo y a lo extranjero, haya sido una de las características principales de la poesía nicaragüense, desde Rubén Darío". Pero sí, como hemos dicho, el río de Coronel es como el río de Heráclito, que "fluye siempre todo el río de su memoria que es el río del tiempo como el río San Juan", es también el río del Ser de Parménides, "porque el Ser es "(estin gar einai):" y el gran río está ahí mejor dicho aquí está es decir está y va está y va todo donde va está y va todo donde está donde uno está está todo es decir todo el río el gran río de todo y donde está pregunto la Casa Encendida en la noche del río a la orilla del río o en el mismo río puesto que está

no hay duda reflejada en el río y a la orilla del río en donde todo avanza y todo se repite de noche y de día mientras ahora ayer hoy o mañana ya en pleno día...” Y “en la distancia en que parece perderse el río en que nada parece perderse porque todo parece volver a repetirse y donde todo lo que pasa en realidad no pasa puesto que siempre está pasando y volviendo a pasar en el río del tiempo en el tiempo del río donde el mismo futuro está presente en el pasado como el mismo pasado presente en el futuro el pasado el futuro en el mismo presente toda la historia...” y todavía “todo como en el río siguió lo mismo todo con todo y todo sigue lo mismo aunque parezca todo lo contrario nunca ha dejado de ser lo mismo lo mismo en los raudales y los remolinos y las aguas arriba que en los remansos y los recodos y los tablazos y las vueltas del río siempre la misma historia y siempre el mismo río en que nada se pierde porque todo el futuro pasado y el pasado futuro el ayer y el mañana y el pasado mañana es el presente siempre está presente siempre como el río San Juan está presente...” Esta presencia o proximidad la explica mejor que nadie Heidegger: “Lo que lanza en el proyectar no es el hombre, sino el Ser mismo que destina al hombre a la Existencia de estar allí como en su esencia. Este destino deviene como el esclarecimiento (Lichtung) del Ser; él mismo es esa iluminación. “Pero otra vez José Coronel: “claro recordará otra vez volverá a recordar a vivir otra vez tratará de explicar explicará mañana que la salida casi súbita del río Medio Queso al gran río San Juan fue aquella vez y es siempre como un deslumbramiento una iluminación un repentino ensanchamiento del espacio una explosión del tiempo en que se olvida de uno mismo como entidad distinta separada del río. “Pero volvamos a Heidegger: “El (destino) acuerda la proximidad al Ser. En esta proximidad, en la iluminación del allí (da), habita el hombre en tanto que existente, sin que le sea todavía posible hoy experimentar propiamente entre habitar y asumirlo. Esta proximidad del Ser que es en sí misma el “allí”, la llamo en mi disertación sobre la elegía de Holderlin “Heimkunft”, pensando según ‘Sein und Zeit’, “La Patria” de una palabra tomada de un canto del poeta y partiendo de la experiencia del olvido del Ser. La palabra aquí se piensa en un sentido esencial, no patriótico ni nacionalista, sino sobre el plano de la historia del Ser. La esencia de la patria es definida igualmente con la intención de pensar la ausencia de patria del hombre moderno a partir de la esencia de la historia del ser... De hecho, Holderlin cuando canta el ‘Retorno a la Patria’, pretende hacer llegar a sus compatriotas a su esencia. De ninguna manera busca esta esencia en un egoísmo nacional. Más bien la ve como perteneciendo al destino de Occidente. De todas maneras, no pensamos en Occidente como algo regional, en oposición al Oriente, ni siquiera solamente como Europa, sino sobre el plano de la historia del mundo, a partir de la proximidad de su origen

(Ursprung) Apenas hemos comenzado a pensar en las misteriosas relaciones con el Oriente... La “realidad alemana” no se dice al mundo para que la esencia alemana sea la solución del mundo; es dicha a los alemanes para que en virtud del destino que los une a los demás pueblos, lleguen a ser con ellos participantes de la historia del mundo. La patria (Heimat) de este habitar histórico es la proximidad al Ser”

No deja de ser curioso, en este sentido, que haya sido una mujer aparte de ser natural “una alemana pelirroja... parecida a la estatua de la muchacha griega... Con su cara pecosa de leona o gata/ Y una mirada verde de reflejos dorados/ Cuya mensaje no descifraron los barbilindos extasiados ante los cromos de las barberías” la que arrancase a José Coronel de la muchedumbre “municipal y espesa” de su ciudad natal, Granada vestida a cuadros” y “que acostada en el suelo se divierte” para conducirlo un día, “aquél día —aquél miércoles” a “una luna de miel en el río Melchora”, y el poeta enviara a su madre y hermana una “luna de palo”; y lo condujera luego al Mirador y Casa Encendida donde

“Todo es tranquilidad en tu presencia
Contigo el mundo entero es nuestra casa
a cuya vera el tiempo lento pasa
dándole eternidad a la experiencia”;
esa mujer, a la vez “Rústica Conjux” y “Mater amabilis”, condujera, repito, al poeta “libre ya del amor que aturde y ciega”, a la proximidad del Ser en el río, y hasta, cual otra excelsa Beatriz, a la presencia misma del Dios insólito.

Y para ya ponerle punto final a este —de otra manera interminable— trabajo, quisiera citar las palabras del mismo José Coronel en su libro *Rápido Tránsito sobre Thoreau*, que muy bien puede ser aplicadas a él mismo, porque explican admirablemente no sólo la vida y la actitud de aquel sino la de este también poeta, empeñados ambos tenazmente como si les fuera en ello la vida —porque les va— en preservar a toda costa su humanismo. “Para vivir como poeta, es decir, con plenitud, creando su propia vida como un poema, necesitaba toda su independencia, y ésta es la base de su economía, expuesta en *Walden*. La independencia personal —más urgente hoy que nunca— afirmada de una manera radical frente al estado, la sociedad, la propiedad, la técnica y demás formas de presión que el mundo ejerce sobre nosotros. Sin libertad e independencia era imposible vivir la vida poéticamente, y no sólo vivirla, sino decía —lo que nos ganamos no es vida, sino muerte” Que es más o menos la misma idea de aquel verso de Holderlin:

Voll verdienst, doch dichterisch wohnt
der Mensch auf dieser Erde.

CARLOS CHAMORRO CORONEL.
Managua, 1975.

José Coronel Urtecho

Constantino Láscaris

Varias veces he escrito artículos breves sobre Coronel, y para una obra que espero salga a la luz en 1976, las *Ideas Contemporáneas en Centroamérica*, escribí dos cuartillas con la pretensión (a priori fallida) de pergeñar los perfiles intelectuales del escritor. En estas ocasiones, mi interés ha fluctuado desde lo más periodístico a la grave pretensión filosófica. En la vida académica, se supone que soy un especialista (;) en Historia de la Filosofía. Y aunque yo aparente burlarme de toda clasificatoria luliana o neopositivista, acaso deba reconocer la necesaria deformación profesional en los puntos de vista. Esto viene a cuento para explicar al lector interesado por la figura y la obra de Coronel, que yo veo en él a un filósofo.

Claro es que Coronel no es un profesor de filosofía, ni le interesan en absoluto las filosofías académicas. A lo más, se podría decir que tiene, y extensa, cultura filosófica, pero apostaría cualquier cosa a que nunca se puso a resolver un silogismo o a escudriñar la *Ethica* de Espinoza. Sin embargo, precisamente por llevar treinta años estudiando, enseñando y comentando por escrito la Historia de la Filosofía, bien me sé que en gran parte la filosofía académica carece de la primordial condición del filosofar: el hábito del pensar vivido.

Enfrentado con el estudio de las ideas, actuantes o disueltas, por Centroamérica, Nicaragua me ha planteado un problema difícil.

En bloque, Nicaragua es un país extra-filosófico. Nicaragua es una población de seres humanos que unen la simpatía y el sentido campesino de la vida, la religiosidad con el anticlericalismo, el aldeanismo con vigencias canaleras universales, la obediencia simpatizante del peón con el amor por el enmontañarse. Alguna vez he leído que el nicaragüense tiene vocación poética... en el sentido etimológico.

Si además se compara con los demás países de la llamada Centroamérica, el problema de la caracterización se agudiza.

Guatemala es el paraíso de los antropólogos: poblaciones de inter-relaciones problemáticas. El Salvador, es el paraíso de los sociólogos: castas no inter-relacionadas. Costa Rica fue el paraíso de los asilados políticos hasta la década pasada, y hoy es empresa económica. Panamá vive de su complejo: el canal. Honduras, proeza de multivariada orográfica, todavía no ha empezado a explotar sus territorios. Nicaragua fascina poéticamente, Rubén y Sandino, por citar dos nicaragüenses típicos, son fascinantes; el bardo que convertía en oro todo lo que cantaba, y el masón y teósofo que vindicó la dignidad de su país, son suficientes. Alguna vez, en esas discusiones

superficiales que se arman a las veces, acerca de qué es un país subdesarrollado, me planteo el problema de que existen subdesarrollos en aspectos diferentes. Son muy raros los pueblos que en alguna época han sido "desarrollados" en todo. Por poner un ejemplo. Suiza es subdesarrollada poéticamente y Nicaragua lo es económicamente, afirmando simultáneamente que Suiza es superdesarrollada económicamente y Nicaragua lo es poéticamente.

Pero cuando escribo desarrollada poéticamente, ciertamente no me refiero a la cantidad de poetas. Podría hacerlo, aunque numéricamente me sospecho que todos los pueblos pueden presentar versificadores en cantidades estelares. Me refiero a la cantidad, por supuesto, y a la calidad. Y sobre todo, a la incardinación telúrica del poetizar como medio de conciencia existencial. En Nicaragua, los poetas son "pensadores". No que desarrollen silogismos ni dialécticas; eso sería epifenómeno. Sino que sus versos distienden el pensar del hombre concreto que va hacia la tierra, vuelve al hombre y retorna a la tierra, enriquecido por el bagage de los ritmos bellos transidos de angustia.

José Coronel Urtecho es un típico nica.

Nicaragua, el país del mundo donde el "apellido" tiene menos importancia, hace su historia por apellidos de clanes. Los Coroneles y los Urtechos podrán haber venido de Castilla y del País Vasco, pero se han enraizado en la tierra de los lagos sorbiendo, generación a generación, su mejor humus. Por el aspecto, como individuo, José es un típico vasco. Y con su boina, en Guernica le saludarían al paso en vasco. Pero cuando habla, y le gusta hablar, es puro nica. No solo por estilos lingüísticos, sino por esa pasión desbordada y desbordante del nica que se deja fluir por entre los labios a chorro. Hablar es vivir, no ya a nivel vegetativo, sino personal. La comparación, frecuente de los mayas clásicos con los griegos clásicos, la encuentro más acertada entre los nicas y los griegos: la pasión por hablar. Los nicas no se escuchan, pero siempre hay los que escuchan, cuando un nica habla. La fuerza, el vigor, tanto de la voz como de la "tesis" vivida con voz imperiosa, radicalizan al nica como gente habladora. Todavía la letra impresa no tiene (y ojalá no la tenga nunca) la vigencia del pensamiento.

Conocí a José Coronel hace treinta años en Madrid. Desde mi escasa perspectiva de aragonés y baturro, estudiante de filosofía, conocedor libresco de América (de Centroamérica ni eso), aquel nica provocaba en mí cierta vivencia de la maravilla. No era sólo él. Eran media docena de nicaragüenses (citaré de paso a Carlos Martínez Rivas también). Algunas veces me pregunté qué tenía aquel hombre. A mí me aburrían

los cenáculos poéticos, los recitales, los cónclaves políticos y nunca me sacudió la "hispanidad". Pero cuando aquel hombre hablaba, yo entreveía una fuerza patente y oculta a la vez.

Es fácil y directo hablar de cierto andalucismo. Era evidente. Con todo lo que para un aragonés tiene el andalucismo, simultáneamente, de gracia y superficialidad, de fuerza del canto y de llorineo, de gitanismo y de anarquismo. Y veía a un hombre que parecía un vasco y hablaba como un andaluz. Que decía cosas que me parecían carentes del rigor kantiano pero que me interesaban. Que leía versos que no me interesaban al oído pero que me decían algo.

Es un lugar común en filosofía académica el repetir, desde Platón y Aristóteles, que el origen del filosofar es la maravilla. Yo he tenido la desgracia de no maravillarme nunca de nada. He tenido que realizar verdaderos esfuerzos por llegar a desacademizar esa noción de la maravilla, que no fue ni se dio nunca en los discursos de ingreso a las academias, sino en un quedarse boquiabierto, babacayente y patidifuso ante lo palmario y presente de lo cotidiano omnipresente. Y de tierras lejanas, de más allá de la Mar Océana, venía aquel hombre que me maravillaba porque vivía en maravilla permanente.

Mi relación en Madrid con Coronel fue episódica y sin futuro. Sin embargo, el azar, veinticinco años más tarde, me lo hizo re-encontrar. En el Río Medio Queso, afluente del San Juan, Desaguadero del Gran Lago de Nicaragua o Mar Dulce. Y la maravilla afloró a mi conciencia, dejándome babacayente. No he sido un trotamundos, pero he conocido veinte o treinta países bien diferentes. Ya me hallo en ese estadio de la senectud en que los paisajes han llenado mis pupilas. Sin embargo, el Desaguadero y la Mar Dulce me sacudieron. Me sacudieron como no me había sacudido en absoluto la Nicaragua del Pacífico (solo la catedral de Subtiava despertó mis fibras enmohecidas). Y entre tumbo y tumbo por el lago, o pescando en el Río Frio, me dije para mí: son los lugares más bellos de la tierra.

En esos lugares no viven casi los nicaragüenses: le han vuelto la espalda al lago. Solo se acuerdan de él cuando, para hacer una guerrilla, se van a las ultimidades. Y allí me encontré a José Coronel: en medio de una finca de ganado, con la providencia encarnada de Doña María, en un clan de Coroneles ganaderos y dedicado a pensar.

De todo lo que ha escrito José Coronel, a mí me han interesado de veras dos cosas: su ensayo sobre la cocina nicaragüense, y su poema "a mi mujer". Son las páginas más concretas, más enraizadas en su vivir cotidiano, y a la vez, las de interés más general, por humano. Y son, afirmo, las más bellas.

José Coronel es la negación de la vida activa. Es una conciencia vigilante que mira lo que ve. Claro es que lo que ve le hostiga y le fuerza a mirarlo. El resultado ha sido un hombre angustiosamente alucinado por su pueblo. Ha escrito mucho, no siempre fácil de encontrar por disperso. Y siempre inteligente y perfectista. Y casi siempre, por no decir siempre, estremecido de preocupación.

Para José Coronel el mayor problema de su vida ha sido y es el de ser nicaragüense. Se ha maravillado de serlo y ha pretendido entenderse, no, insisto, de manera académica, sino auscultando la vida de su pueblo, no en abstractos, sino en los hombres concretos del fluir de la vida nacional. Voy a aplicarle a él mismo lo que él escribió sobre otro nica: "...Rubén Darío representa la libertad y al mismo tiempo la tradición, que él renueva precisamente en la medida en que es capaz de libertarse de ella y legarla a nosotros como una tradición de libertad". La afirmación radical del individuo José Coronel ha buscado en la tradición de su pueblo el sentido permanente de la individualidad, y se ha encontrado como individuo pleno en esa tradición de individualidades. Es lo más nica que pudiera darse: ese pueblo de individuos todos diferentes (ni Mao lograría uniformar a los nicas) y todos tan nicas al mismo tiempo.

Por eso, José Coronel, poeta y anti-político, termina siendo historiador, historiador como lo puede ser un hombre inteligente.

En las llanuras del San Juan, entre Coroneles en servicio activo del trabajo ganadero, José Coronel vive: piensa, lee, medita y a veces escribe y reescribe la historia de su pueblo.

"Por lo que a mí respecta, creo haber adquirido, gracias a la lectura y la conversación, cierto sentido histórico... Sentido histórico es para mí lo que me hace encontrar mi modo de entender".

Esa frase, caída a lo largo de un análisis histórico, es de una sinceridad aplastante. Se trata de un hombre naturalmente inteligente, conversador y lector de libros. Libros de letras, literatura e historia. Literatura universal e historia de su pueblo. Y desde estas tres vertientes (la conversación con los hombres concretos, la literatura universal, los libros sobre historia nicaragüense) ha ido madurando un "cierto sentido histórico". Motivo: "A mí no me interesa lo que se llama historia si no le hallo sentido". Y se va maravillando de la falta de sentido de los libros de historia y reescribe entonces la historia buscando ese sentido que no se encuentra en los libros de historia.

Pero no hace historia.

"Yo, por ejemplo, no sé historia por dos razones.

Hay otras muchas, desde luego, La primera es la falta de memoria que en mí resulta casi absoluta... La segunda razón es que apenas entiendo los acontecimientos referidos o sólo enumerados en los libros de historia".

La falta de memoria, me atrevo a afirmar, es tan solo relativa... Cuando algo le apasiona, José Coronel tiene memoria de elefante. El problema no va por ahí. Va por el "apenas entiendo".

Claro es que José Coronel apenas entiende los acontecimientos enumerados en los libros de historia porque no le interesa la enumeración de acontecimientos. A esa conciencia vigilante le interesan los hombres de carne y hueso viviendo unos con otros; cuando de esas vidas concretas se separa el "acontecimiento" para enumerarlo, entonces la boca de José Coronel se cierra, se acaba la maravilla, y solo queda la inquietud de no entender nada. Por esto, José

Coronel no es, ni nunca ha pretendido serlo, un historiador. Eso hubiera sido dejarse encasillar profesionalmente. ¿Y desde cuándo un poeta, aunque a veces escriba prosa sobre hechos históricos, va a dejarse encasillar? Además, en el Río Medio Queso no hay más biblioteca que la de José Coronel; no hay fuentes históricas; ni archivos, ni begages para la erudición. Por eso, ha sido un lector de historia, que escribe lo que piensa cuando lee historia.

“...dejo así las cosas para ilustrar la diferencia entre escribir historia y escribir sobre historia o entre el método del historiador y el del lector de historia que no se basa en los documentos sino en los mismos historiadores”.

Y todo ese tomo, el IIB de las Reflexiones, puede servir de ejemplo palmario. Sobre el libro de Chester Zelaya, José Coronel se escribe otro libro, que es una verdadera filigrana de exégesis, con el más heideggeriano método de darle vueltas al asunto, para clarificar lo clarificable ... de las conductas de los hombres concretos.

Pablo Antonio Cuadra es acaso, con Rubén ciertamente, el escritor nica que más ha insistido en la universalidad del nicaragüense. Estoy de acuerdo: no por un Robinson más o menos, que también los tienen, sino precisamente por la vocación del terruño. Repito: lo más local es lo que tiene valor universal. A veces he sospechado que Nicaragua carece de la vocación del país canalero y de tránsito, si es que tal vocación existe. Le fue impuesta “desde fuera”. Claro que José Coronel no estaría de acuerdo con esto que escribo. Granada puerto al Atlántico... Y es exacto. Lo fue... para los del mundo entero que transitaban. Cuando dejaron de transitar desde ese desde fuera, por el Río San Juan no se ve un bote ni por equivocación.

José Coronel es anti-político, que es una forma de hacer política, especialmente en Nicaragua. Y como anti-político es ambicioso; tiene algo de tentación platónica, de considerar el mundo de la materia como raíz de imperfección y buscar la plenitud del ser. Y lo busca en las raíces de su pueblo. Ahí, unido a un sufrimiento atroz ante el espectáculo de la vida cotidiana, se da entonces, por paradoja vivida y pensada, la afirmación grande. “América es, en no pocos aspectos, una culminación de la historia de Occidente y significa en cierto sentido, un paso más en el camino de lo occidental a lo universal. Nacionalidad, hispanidad, latinidad, occidentalidad —.....— para nosotros sólo designan distintos grados de unidad, en la universalidad”. Y me quedo dudando si ese “para nosotros” es un plural mayestático de nica que vosea, o señala con el dedo a los nicaragüenses como pueblo. De lo que sí estoy seguro es que no designa a los “americanos”

“No se puede negar que la historia de Nicaragua, como la de todo país americano y hasta posiblemente más que la de casi todos ellos, ha estado siempre abierta a lo universal. Basta un ligero conocimiento de ella para rendirse cuenta de que, efectivamente, casi todo el proceso de su desarrollo es consecuencia de actividades o tendencias no enteramente circunscritas a nuestro territorio, sino en alguna forma relacionadas

con el mundo entero o con alguna concepción del universo”.

Ahora bien, para José Coronel toda la historia de su pueblo se ha cifrado en la guerra civil. Me pregunto si será ésta la universalidad del nica. Una vez apunte en un papel las guerras civiles hispánicas (no siempre con este nombre, pero civiles) y me resultó un promedio de 3 por siglo, desde la prehistoria hasta el siglo XIX. Y si ha habido algo europeo, ha sido la guerra entre vecinos (la verdad es que también entre asiáticos y entre africanos; no sé entre oceánicos).

Pero más que un recuento de tesis, prefiero recoger unas cuantas frases coronelianas, que muestren, al margen del análisis histórico concreto, la percatación personal del sentido histórico de la vida colectiva en que se vive inmerso. Están tomadas de las Reflexiones y son, espero, las reflexiones generales deslizadas por entre las reflexiones concretas.

“Por sus orígenes y por el hábito adquirido de las revoluciones, el espíritu faccioso o de guerra civil, vino temprano a consistir en un complejo de difícil análisis, puesto que afecta más o menos a la totalidad de la nación, incluyendo lo mismo a la ciudadanía que a las autoridades. El verdadero enfermo de esa especie de epilepsia nacional es el Estado entero, pueblo y gobierno”.

“.... Sigue existiendo una profunda inseguridad en el alma criolla, que aún no consigue resolver su complejo de inferioridad. Las clases principales de ahora lo manifiestan corrientemente en forma de hostilidad hacia la cultura”.

“La verdadera guerra civil de Centro América y sobre todo la de Nicaragua, no ha sido hasta ahora, como suele creerse, la lucha armada entre los partidos políticos o las ciudades rivales, sino más bien la anárquica disputa por el poder entre los hombres que de alguna manera han dominado en las ciudades o en los partidos”.

“Lo que le da un carácter trágico a la independencia de Centro América es que a pesar de haberse realizado pacíficamente, trajo de todos modos la guerra civil”

La independencia produjo como resultado un “círculo vicioso”.

“Lo que se entiende aquí por “apoliticidad de la inteligencia” es, pues, únicamente la determinación de examinar con libertad de espíritu tanto la historia como la política”

“Puede decirse sin exageración que es la política nicaragüense la que en verdad ha sido una guerra civil, fría o caliente, y la historia su resultado”

“La vida política de los nicaragüenses, en el pasado igual que en el presente, debe empezar por libertarse

del espíritu de guerra civil que anima esa política y la conduce necesariamente por los caminos de la violencia”

Desde la primera, que señala el espíritu de fronda, hasta la última, que plantea el “deber” de liberarse de ese espíritu, se transparenta una actitud permanente: el amor por lo nicaragüense. José Coronel está en desacuerdo con la conducta de sus paisanos, precisamente por tanto sentirse compenetrado con ellos.

Por esto, la vocación de José Coronel como “lector de historia” es política. Lo que ha buscado es precisamente el talante nacional, para como buen nicaragüense, no estar de acuerdo con él. Por eso, este típico representante de su pueblo, se ha vivido como un anti-pueblo (lo cual sería generalizable a los intelectuales nicaragüenses, a esos “poetas pensantes” que afloran cerca de los lagos). El nica carece de conciencia histórica, es presentista; ni busca en la historia el ejemplo del futuro, ni planea el futuro desde el pasado-presente. Entonces, José Coronel bucea en el pasado el sentido del presente y añora un futuro.

De ahí que no sea un tema baladí el que señala de los defectos de la historiografía nicaragüense y en general de la centroamericana.

“Lo peor quizá de esas mentiras o verdades desfiguradas, casi siempre enseñadas en las escuelas como verdades indiscutibles (de las manuales de historia) no es ... Ni siquiera podemos saber si en realidad son falsas o verdaderas. Sin acceso a las fuentes, por lo demás escasas, de nuestra historia, yo sin embargo me resisto a admitir explicaciones sospechosas de partidismo políticos, sin examinarlas por lo menos a la luz del sentido común”.

El hombre pensante se erige en utilizador del sentido común. ¿No llamaría la atención ya sólo por esto en un país donde cada habitante guarda celosamente su propio sentido común por aparte de los sentidos comunes de los demás? Es decir, donde el sentido común es privativo y no común.

José Coronel tiene conciencia de esta situación emergente. Recuérdese su acucioso y hasta cierto punto lancinante darle vueltas al problema de la actuación de Víctor de la Guardia en Nicaragua. ¿Raíz del problema? No tiene los documentos que necesitaría para poder penetrar con la *verstehen* en lo que realmente hicieron los hombres. Y suspira por las fuentes, esas fuentes históricas, los papeles viejos, que en Centroamérica han venido, y vienen siendo, destruidos por el clima y los hombres, pero sobre todo por los hombres: la incuria por desprecio de lo que hicieron los demás.

“....., la tarea de publicar las fuentes de nuestra historia, sólo podrá llevarse a cabo en dimensión centroamericana, y tendrá que contar si no precisamente con el apoyo de los cinco gobiernos, por lo menos con la colaboración de algunas de las otras Universidades de Centroamérica, las Universidades, precisamente, son las llamadas a demostrar que semejantes obras tienen al menos tanta importancia,

como las que hoy se consideran necesarias para el desarrollo de la llamada infraestructura”.

Es claro que José Coronel utiliza el sentido común al escribir este párrafo. Y sin embargo, se equivoca, pues el sentido común de José Coronel no es el de las Universidades. Ojalá en el siglo XXI sea profeta; por hoy, lo único que cabe reconocer es que han sido los gobiernos y no las Universidades los que, aunque poco, han ayudado a la publicación de algunas fuentes históricas. Yo mismo sufrí el error de perspectiva de José Coronel. Pensé: las Universidades deben (y pueden) hacerlo. Y me puse a la obra. Plané en la Universidad de Costa Rica una colección de fuentes históricas; recibí apoyo del Rector Eugenio Rodríguez y una subvención del Instituto de Cultura Hispánica, pero, al primer cambio de autoridades, éstas declararon que estudiar Centroamérica no entra en las prioridades. No me interesa escarbar en los detalles. Simplemente es una actitud concorde con el presentismo que, en lugar de estudiar el pasado, se refugia en un activismo de apariencias.

Que deberían editarse las fuentes históricas de Centroamérica, y que sería más fecundo a nivel centroamericano y universitario, de acuerdo. Eso sería lo racional. Pero si hay algo aislado en Centroamérica lo son precisamente las Universidades... El único contacto vivido y permanente que tienen es el acoger de cuando en cuando exilados de los otros países. ¡Pero si hay una Universidad, la de Honduras, que ni siquiera tiene, ni buena ni mala, ni académica ni politizada, Facultad de Letras donde se estudie su propia historia! El argumento que oí, y por cierto a un “intelectual”: es más importante la Facultad de Veterinaria. Y claro es, interesan más los animales que el conocer el propio pasado.

Pero veo que ya me he contagiado de José Coronel. Poner el dedo en la llaga no es masoquismo; es la primera condición para plantear correctamente la situación histórica. Y la situación histórica de Centroamérica es que hizo más por la cultura histórica Somoza, al subvencionar la edición de la famosa colección de documentos, que las cinco Universidades estatales. En éstas, el espíritu de fronda impide cualquier trabajo en equipo centroamericano. A veces se excusan con el presupuesto, a veces simplemente ni se excusan: es evidente que las fuentes históricas no interesan. Como recordaba José Coronel en 1953: “el espíritu solo soplan donde quiere y cuando quiere”.

Como hombre prosaico, estoy ahora cometiendo el pecado que condenó José Coronel. Hablaba de la Hispanidad, pero elegió la anécdota a categoría, como diría el maestro D’Ors. “En cuanto un sueño se define, deja de serlo. Al punto se convierte en un concepto frío y acabado. Se vuelve una abstracción terminada y concluida. Queda, a lo sumo, como una realizada pasada y muerta”.

En Centroamérica, a la hora de la verdad, la historia queda “pasada y muerta”. De cuando en cuando hay un hombre lúcido y lee documentos y fuentes, pero las instituciones no lo toman en serio.

Y allá se queda José Coronel, en Las Brisas del Río Medio Queso, soñando sueños históricos, dando vueltas

en torno a los datos impresos, forcejeando con el sentido común, voz que clama sobre el desierto intelectual - administrativo centroamericano.

A veces, de tarde en tarde, alguien viaja a la frontera entre Nicaragua y Costa Rica, a visitar a José Coronel. Desde la casona se contempla la llanura que llega hasta el San Juan y el lago. Entonces, el espíritu sopla y aquel vasco andaluzado, nica puro, habla como es: inteligente voz que redime a una humanidad prosaica.

Todos los que conocemos a José Coronel sabemos lo que debe a Doña María. Para acabar, y si el director de la Revista no se opone, quiero recoger unas líneas que escribí una vez sobre la Coronela. Solo antepongo ya la expresión de mi envidia por la roja leona:

José Coronel empieza su poema.
"Mi mujer es roja como una leona".
Ese poema es a su mujer: Doña María.

Doña María, esposa del Coronel nicaragüense que no ha pasado por ninguna Academia Militar, es, en mi parecer, "la Coronela del Río Medio Queso". Doña María no ha esperado a que la UNESCO declare Años de la Mujer para demostrar todo lo que una mujer es capaz de hacer. Porque es capaz de hacer todo, incluso de ser la esposa perfecta de un poeta.

"Mi mujer era roja..."

Roja de veras, con el cabello rojo que realza ojos azules y tez blanca. Roja de cabellos que tienden al oro en tormenta.

La Coronela lleva adelante la ganadería en Las Brisas, la hacienda más famosa de Los Chiles. Ha demostrado, con su cabeza y con sus manos, que una mujer puede "abrir" una finca: manejar tractor, guiar lancha, asar choncho, criar a los Coroneles, ya dos

generaciones. Cuando yo no he sabido hacer funcionar mi foco, para ir a pescar de noche, Doña María lo ha hecho funcionar: viéndola trabajar, me he enterado que las pilas y los bombillos son especializados.

Doña María es una mujer que ha permitido que José Coronel sea el poeta de mayor suerte en el mundo. Es una de esas mujeres que han llevado adelante la colonización de los territorios salvajes de Costa Rica; de esas mujeres que no figuran en la Historia libresco, pero que han dado consistencia y permanencia a las familias que hacen rendir a la tierra.

"Todo el día escapando a bañarse en el río..." sigue el poeta marido, o bien: "Mi mujer trabajaba donde quiera que estaba"; o bien, cómo criaba a los hijos y cómo les hacía amar la naturaleza. Y hoy he visto a los nietos, uno de cuatro años y otro de tres, jinetes a caballos, con las riendas en mano; y el de cuatro me ha dado un apretón de manos vigoroso, con la fuerza de doña María.

¿El secreto de Doña María? Es un secreto vivido tenazmente: "mi mujer... tiene fe en esta tierra". Esta tierra es Los Chiles, la región secreta de Costa Rica, el puerto secreto de los ticos al Norte, el centro de ese tercio del país que es cuenca de "La Mar Dulce", el bello Lago de Nicaragua.

Esta tierra es espléndida, fecundada por ríos y caños, digno marco para una mujer espléndida que cuando tiene taquicardia se queja del estómago y sigue sacando las cuentas de la semana de la finca. Y cuando le interrumpo para pedirle café, me da café sonriente con sus manos fuertemente femeninas.

No me he atrevido a echarle un pipopo. Lo he hecho a su nieta, que me ha sonreído con los mismos ojos azules orlados de rojo vibrante del mejor trópico.

CONSTANTINO LASCARIS C.

San José, Septiembre 1975
Universidad de Costa Rica.
San José, C. R. A. C.

El Concepto de Burguesía en dos Noveletas

Sergio Ramírez

El sentido que el movimiento de vanguardia, surgido en Granada en 1931 y gestado durante los años anteriores, imprimió al término *burgués*, merece ser analizado, para, a partir de su comprensión, penetrar en la ideología de la narrativa de José Coronel Urtecho, principalmente de sus dos noveletas, *Narciso* y *La Muerte del Hombre Símbolo*, escritas ambas en el año de 1938, ya que fue Coronel el caudillo del grupo y su inspirador.

Es obvio, como ya se ha señalado en otras ocasiones, que la reacción antiburguesa que define desde el primer momento al grupo de vanguardia, no apuntaba hacia la burguesía como clase, sino de una manera estética contra un gusto burgués; la burguesía era en todo caso depositaria del mal gusto, de una estratificación cultural y sobre todo literaria. La ideología expresada por los miembros del grupo de vanguardia en cuanto a sus propósitos literarios —rescaté de un alma nacional vernácula, reposición de una autenticidad nacional fundada por la nación colonial y patriarcal; y abolición del complejo de gustos y costumbres creado por una clase comerciante que malversaba ese legado cultural tradicional, es en cierto modo la misma que informará poco después sus inquietudes políticas, inquietudes que se aparejarían con las literarias: restablecimiento de la nación a través de un líder único y permanente, de un dictador que se impusiera por sobre los partidos políticos para crear un nuevo orden corporativo. El nacionalismo cobra, cultural y políticamente, su lugar en la ideología reaccionaria, tal como el grupo mismo entra inmediatamente a calificarse: de la vanguardia, a la reacción.

Para comprender el concepto de burguesía creado por el grupo de vanguardia, habría que partir de un examen objetivo de la realidad nicaragüense en el año de 1931, y la década precedente: la intervención extranjera se había impuesto desde 1912 sobre los despojos del estado liberal sostenido por Zelaya, y los intentos de modernización política habían retrocedido, al entregarse el aparato económico y financiero a la banca norteamericana, junto con las aduanas y los ferrocarriles. Los gobiernos conservadores, nada más que un remedo patriarcal de administración pública limitada a funciones de policía de hacienda, al ceder las funciones primordiales del estado a la intervención, dejaron la economía interna limitada al crecimiento vegetativo de una agricultura estacionaria, condenando el surgimiento de una burguesía nacional que a comienzos de la década de 1930 estaba muy lejos de aparecer en Nicaragua,

mucho menos dentro de las condiciones externas impuestas por la recesión económica mundial.

Tampoco podrá pretenderse que en un país que seguía siendo atrasadamente agrícola, el menos caficultor de los países centroamericanos y por ende con una economía de exportación débil, pudiera darse un crecimiento urbano que incubara el nacimiento de una burguesía: Granada, la ciudad de los burgueses del movimiento de vanguardia, no tenía más de 15.000 habitantes para aquella fecha, una ciudad poblada por artesanos y obreros agrícolas de ocupación en las fincas de los alrededores, ciudad aún semirural y más que nada, provincial, dominada por una minoría de terratenientes y comerciantes, dueños de haciendas ganaderas desde la colonia, y enriquecidos también por el tráfico de mercancías hacia ultramar, y que se habían estabilizado como una oligarquía de tintes apagados después de la independencia.

Los jóvenes del grupo de vanguardia, adolescentes en su mayoría, emergen al final de los años veinte precisamente del seno de este grupo dominante, que había aportado a los tribunales y estadistas conservadores que gobernaron bajo la égida de la intervención norteamericana hasta 1928. A partir de la llegada de Coronel desde los Estados Unidos a Granada, despiertan a un afán de modernización cultural, de novedades literarias, de una calidad poética que está ausente del país, cuya élite ha descubierto su marca definitiva en la admiración a la obra dariana, y se negará por mucho tiempo a moverse de allí. Es el país, pobre y atrasado, intervenido, sin estructuras culturales ni tradición literaria, analfabeto, heredero aún de una retórica decimonónica y encumbrado en el oropel de la fama dariana, el que permanece ajeno a las importaciones vanguardistas, colocadas muy lejos aun en el tiempo: Los ismos europeos de la vanguardia, la *new american poetry* de T.S. Elliot y Ezra Pound.

Los dardos de los vanguardistas granadinos irán, como es lógico, contra lo que ellos llaman una burguesía, y que no es sino la misma clase dominante empobrecida política y culturalmente: abogados, boticarios, ingenieros agrimensores que se resisten a cualquier modernización literaria, porque se resisten en general a cualquier modernización: conciben al país como en el siglo XIX, entre la hacienda ganadera y la tienda de comercio, entre el chuzo y la vara de medir. Pero además, frente a la actitud cultural innovadora de los vanguardistas, estará apareciendo un sector políticamente emergente: el de los grupos liberales que al concluir la guerra constitucionalista, han llegado,

siempre bajo la intervención norteamericana al gobierno, después de la transacción de José María Moncada con los interventores para alcanzar la presidencia. Entre ellos se colocan los retóricos leoneses en un tiempo en que intelectual era, despectivamente, sinónimo de leonés, y los profesionales y periodistas departamentales, más provincianos aún, grupos que están en conflicto con los sectores oligárquicos desplazados de la burocracia gubernamental a raíz del arreglo forzado de liberales y conservadores provocado por Stimson. La clasificación vanguardista de burguesía alcanzará por lo tanto, también a estos grupos advenedizos, que ni por tradición habían tenido que ver con la formación de un legado cultural patricio que la vanguardia quiere restablecer dentro de su sentido de patria agraria y católica.

La pretensión de este restablecimiento nacional se encuentra con el afán de renovación cultural, y especialmente literaria, y se presentan en un juego alterno a lo largo de la exposición doctrinaria del grupo. Se quiere un despertar, una recuperación de las tradiciones del pasado cultural fundado por los abuelos y malbaratado por los padres, según se lee en las proclamas; y a la par, se quiere sustituir los gustos mediocres por una literatura estacionada en el modernismo, y allegar una nueva. La lucha, en ambos frentes, se hace con insolencia y desplantes que alborotan a la tranquila ciudad de Granada. Actos, manifiestos, páginas en el único diario de la ciudad, *El Correo*, cuya circulación alcanza apenas el millar de ejemplares.

Si el mal gusto literario es un signo de lo que la vanguardia llama la burguesía (un mal gusto que se extiende a sus hábitos, a sus muebles, a sus lecturas, incluso a sus creencias), las baterías se emplazan antes que nada, contra él, contra esa inautenticidad de vida, contra el culto al dinero; y la pieza literaria donde tales aversiones y definiciones se plasman con valor auténticamente literario, es en *La Chinfonía Burguesa*, escrita al alimón por Coronel y Joaquín Pasos; repetirá sus planteamientos en *La Petenera*, pero también años más tarde, como ya se ha dicho, en las dos noveletas escritas en 1938, ya en su retiro del río San Juan, y cuando la transformación del grupo en cuanto al campo de sus actitudes, había llevado a la mayoría de sus miembros a plantear su pretensión de restablecimiento del estado nacional patriarcal, a través de la figura del líder único que no fue otro que Anastasio Somoza, llegado al poder tras la muerte de Sandino y el derrocamiento de su tío, Juan Bautista Sacasa.

Por eso es interesante ver cómo, para entonces, las noveletas de Coronel, que son piezas literarias de auténtico cuño y que no desmerecen con el tiempo, siguen reflejando esa ideología inicial en cuanto al reclamo por una originalidad personal y una autenticidad de vida, del yo, frente a la pobretona limitación del ambiente provincial y la vulgaridad y mediocridad de aquello que se sigue llamando la burguesía. Las dos noveletas expresan con suma gracia esa ideología que cubre su armazón

humorística, y en ambas, desde distintas tomas de distancia, la intención crítica se complementa.

En *Narciso* la vena irónica resalta desde la exaltación, o exageración del ego del personaje, su refinamiento aristocrático llevado hasta lo cómico; *Narciso*, nieto de un comodoro italiano, descendiente por lo tanto de inmigrantes, se rodea, como defensa frente a la pobreza urbana, de lecturas selectas y objetos de arte, recuerdos de viajes y de mujeres finas, viviendo clausurado dentro de él mismo ajeno por rechazo a una realidad que no le toca sino en lo esencial. En las polvorientas calles de Managua sus puntos de contacto son las joyerías, los clubes, los campos de golf, como fantasmagorías casi inexistentes en una capital que en verdad, sigue siendo un pueblón encharcado y de solares baldíos, que no logra substituir las ruinas de un primer terremoto. *Narciso* persigue un ideal abstracto femenino por esos lugares provincialmente mundanos, en la persona de Clara Fonte. El relato, trazado en forma de un ameno diario de caballero solo, enhebra con lucidez fascinante los planos de apreciación psicológica por los que *Narciso*, sufriendo la miseria del trópico frente a su refinamiento espiritual y egocentrista, va buscando una sustitución espiritualmente perfecta que cubra el vacío que dejan todos sus rechazos, incluido el sexo como categoría manoseada, incluida la sensualidad, como valor desprestigiado por el uso burgués.

Aunque para contar con gracia, y con eficacia, el autor deshecha toda identificación liminar con el personaje, no puede olvidarse que aunque llevadas a su extremo las aficiones puristas de *Narciso*, su pretensión por una belleza intocada, toda su concepción del mundo, están ya incluidas en el catálogo de aspiraciones nacionales del grupo de vanguardia, a la hora de plantear, pocos años atrás, una ruptura con el pasado decrepito y una apertura hacia una autenticidad espiritual nueva y creadora. No en balde dice *Narciso*:

“¿No sospecha que el profesionalismo mercenario repugna a mi independencia de amateur, a mi elegancia de diletante?”.

En el fondo el relato es una condena al mundo que rodea a *Narciso*, no tanto a esa pobreza provincial en la que se mueve, sino a las actitudes y creencias de la gente que lo rodea, burguesía o clase dominante, una condena del credo burgués, otra vez, del dinero, de las apariencias, de las instituciones pervertidas, principalmente la del matrimonio. De nuevo como en *La Chinfonía Burguesa*, al final de *Narciso*, acudiendo al recurso de hacer aflorar de una vez toda la carga irónica que la noveleta tiene, salta el resorte del matrimonio como consumación comercial y falsificación permanente de la relación humana, institución que ridiculizada junto con los gustos feos y dudosos, la gramática adocenada y la mala poesía por el movimiento de vanguardia, antes de corromperse como sacramento, por supuesto, y perder la pureza que tenía en la sociedad patriarcal.

Si *Narciso*, cuestiona sarcásticamente el tipo de relaciones predominantes en la burguesía local, *La*

Muerte del Hombre Símbolo va más a fondo y erige en contra de la retórica institucional, la libertad de vivir, la íntima sinceridad, el desenfado puro. Un respetado político, caudillo civil, mantiene hasta la muerte el secreto de su odio a las instituciones, que el mismo ha fortalecido con su ejemplo, su desprecio a la moral burguesa; lo que ama realmente es su libertad de leer simples novelitas policiales, escondidas en su biblioteca tras el empaste de obras de filosofía clásica, su libertad de divertirse con los matchs de boxeo por la radio, de interesarse en los resultados de béisbol, jugar a las cartas y hacer trampas. La demanda de Narciso por una libertad perfecta respecto del amor burgués y su cauda de conveniencias, es en **La Muerte del Hombre Símbolo** una demanda de destrucción del aparato convencional con todas sus artimañas, morales y políticas.

En conclusión, si bien es cierto que no puede sostenerse la idea de que para la época existiera en Nicaragua ningún sector social identificable con una burguesía, conviene ver el asunto del rechazo cultural de los usos de la clase dominante, desde la perspectiva vanguardista del ataque al espíritu burgués, como concepción opuesta al ideal de vida que ellos preconizaban. Si pudiéramos hablar de tal espíritu burgués, habría que ligar este concepto más bien a una serie de ausencias culturales, porque el culto al dinero y los egoísmos chavacanos, no son sólo privativos de una burguesía resultante de una era industrial, sino también, y perfectamente, de una casta provinciana de finqueros y comerciantes.

Casi una década antes, las vanguardias europeas

practicaron su juego de alardes con ingenio y mordacidad, y pudieron en última y definitiva instancia aportar creaciones artísticas que significaron en su momento una ruptura y una severa contracción con el gusto establecido, obras que dentro de las leyes del mercado de las sociedades capitalistas de la entreguerra, Alemania o Francia, pasarían después al reino mortuario de los museos, ya como piezas digeridas por lo que sí era una burguesía. En este último contexto, pese a la grave implicación política de un movimiento que como el nicaragüense estuvo desde el principio condicionado a una nacionalismo entendido como parte de una ideología confesamente reaccionaria, la vanguardia jefada por Coronel sí logró un objetivo fundamental: provocó una ruptura de los moldes literarios que el modernismo amenazaba con estratificar por largo tiempo, e inauguró una verdadera nueva poesía, una verdadera nueva prosa de la cual las noveletas y la dispersa y escasa narrativa posterior de Coronel serían el mejor ejemplo, y construirían una amplia base para la apertura posterior de posibilidades artísticas de nuevas generaciones de escritores. No puede olvidarse que incluso en 1938, cuando se escriben las dos noveletas aludidas, la prosa narrativa centroamericana camina aun atada a la preferencia criolla o lo vernáculo, que nunca alcanzarían gran vuelo.

Y estas dos noveletas de Coronel pueden leerse ahora como antes, con la misma frescura y la misma gracia irónica que las animó desde el principio.

San José de Costa Rica, diciembre de 1975.

Resistencia de la Memoria

José Coronel Urtecho

José Coronel Urtecho, impulsor, guía y constante colaborador de la REVISTA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO, desde los años de su fundación, nos ha honrado brindándonos la Introducción de su obra en preparación MEA MAXIMA CULPA, sus Memorias Políticas.

En este Número de Homenaje en el setenta aniversario del Capitán del Movimiento de Vanguardia nicaragüense, nos es grato publicar “Resistencia de la Memoria”, magnífico ejemplo de la sin par prosa coroneliana e irrecusable testimonio de la fecundidad y siempre fresca riqueza de su pensamiento.

RESISTENCIA DE LA MEMORIA

I

Aunque no tuve dotes para político, ni inclinación a serlo, ni lo fui nunca en el sentido usual de la palabra, toda mi vida estuve metido en política. Por tal razón estas que llamo Memorias Políticas, en vez de ser las de un profesional de las actividades de partido o gobierno —que es lo que entre nosotros suele entenderse por político— son las de un individuo no dotado, ni inclinado y de suyo más bien refractario a la política. Si hubiera sido en realidad político, estas memorias se titularían Memorias de un Político y no sencillamente Memorias Políticas, aunque nuestros políticos profesionales no suelen escribir y mucho menos sus memorias.

El General Emiliano Chamorro, poco antes de su muerte, dictó las suyas porque su amigo Joaquín Zavala Urtecho, con su característica insistencia, no lo dejaba en paz y lo hacía dictar diariamente lo que el viejo caudillo podía o quería recordar de su vida. Puede decirse que lo mismo pasó con las memorias del doctor Cuadra Pasos, que él desde hacía tiempo prometía escribir, pero nunca las empezaba, aunque dictaba naturalmente con la facilidad con que se expresaba en la conversación o en la tribuna. Lo que nos queda de ellas en Revista Conservadora, también se debe a instancias de Zavala Urtecho, pero no obstante las Memorias del doctor Cuadra Pasos, por las enfermedades y las penas de sus últimos años, quedaron inconclusas. Es una lástima, porque los dos, Chamorro y Cuadra Pasos, representaban dos factores antagónicos de un mismo binomio político, que de algún modo retendrían en el fondo de su memoria, lo esencial de la vida política nicaragüense, desde el final de los treinta años hasta la muerte de Somoza, y el establecimiento de su dinastía. Cuando escribieron ellos sus Memorias, representaban por lo menos, o más bien todavía, lo que aún quedaba de la política oriental conservadora que tan complejamente había gravitado en la historia de Nicaragua y que con ellos dos precisamente —aunque entonces no fuera ya del todo evidente— acabaría su papel.

Pero, además, en cierto modo, el doctor Cuadra Pasos, en mayor grado que Chamorro, por sus estudios y pesquisas y sus conversaciones con intelectuales de anteriores generaciones, como don Anselmo H. Rivas y el ex-presidente Zavala, que a su vez conversaron, como he escrito otras veces, con los protagonistas y testigos del movimiento emancipador nicaragüense o centroamericano, representaba más cabalmente la tradición oriental conservadora desde la independencia, por no decir desde el amanecer de la Ilustración en Centroamérica en el siglo XVIII. Esto tal vez explique el hecho de que el libro que el doctor Cuadra Pasos venía preparando con mayor gusto y detenimiento, por su espontánea determinación y sin que nadie lo presionara —aunque tampoco llegó a concluirlo— no fue su Autobiografía, ni simplemente unas memorias políticas personales o centradas en su

persona, como las de Chamorro, sino más bien lo que llamaba Un Libro de Familia, que trataba de ser la historia de la familia Cuadra en relación a la del país y sugestivamente subtitulada: “Una hebra en el tejido de la historia de Nicaragua”. En ese libro iba poniendo o quería poner, el Dr. Cuadra Pasos, una experiencia y una visión, tradicionales en su familia, de la vida y la política en que la mayoría de sus miembros y aun la familia misma como tal, habían participado. De todos modos, en Nicaragua, tales obras han sido hasta aquí la excepción. La verdad es que aparte de las dos mencionadas, no hay que yo sepa otras memorias de políticos nicaragüenses que las de don Toribio Tijerino, otro político de la misma línea conservadora, que no llegó a tener la importancia de aquellos, no tanto por el hecho de no ser oriental —sino de Chinandega— cuanto por su invariable posición anti-imperialista, abiertamente opuesta a la intervención norteamericana en Nicaragua, cuyas memorias por lo demás y quizá por lo mismo, fueron al parecer las únicas escritas por espontánea voluntad y sin presión de nadie. (1). El sentimiento de culpabilidad que, en parte por lo menos, explica entre nosotros la resistencia de los políticos a escribir sus memorias, es probable que en Tijerino estuviera atenuando y fuera superable, por su satisfacción de haber estado contra la intervención norteamericana. Aunque callara algunas cosas y las otras las presentara más bien a su favor —como instintivamente y aun sin saberlo, nos pasa a todos —parece cierto que sus memorias las escribió espontáneamente sin que se note casi la resistencia que debió superar. La resistencia nunca falta y no sólo de los políticos a escribir sus memorias o de los no políticos a escribir sus memorias políticas, sino también, supongo, de todo el que trata de poner por escrito memorias o confesiones o su autobiografía, aunque no tengan nada que ver con la política. Esta es no obstante la que parece —en nuestras circunstancias de lugar y tiempo— remover más a fondo el complejo de culpa, que en algún grado existe en todos y provocar por eso mismo la mayor resistencia, principalmente la resistencia a hacer consciente y público lo que de suyo pertenece al dominio privado, cuando no a la confusa región del subconsciente, individual o colectivo. En Centroamérica como tal, es decir en conjunto, la excepción más notable a la costumbre de los políticos de no escribir memorias o relatos autobiográficos, son las memorias de los intelectuales o militares o intelectuales militares que en Guatemala participaron en la bien maniobrada operación de la independencia, como también en las subsecuentes revoluciones o guerras civiles que condujeron a la ruptura de la Federación Centroamericana. Esos hombres podían superar su culpa o exonerarse de ella, porque después de todo se consideraban los independizadores del país.

De todos modos, desde el afianzamiento de Carrera en Guatemala o desde el trágico desenlace de la lucha de Morazán, o si se quiere, desde el comienzo de la

revolución centroamericana, en 1826, por el conflicto de Arce con los liberales guatemaltecos —que a no dudarlo fue el principio de todo lo demás— y más temprano aún en Nicaragua, desde la iniciación de la guerra civil de 1824, entre los ordoñistas y Sacasa, ningún político o participante en las actividades de la política, ha podido ufanarse de motivos compensatorios similares a los que explican, a mi modo de ver, las excepciones indicadas por lo que no les es posible a los políticos escribir otra cosa que propaganda o auto-apología, sin experimentar una resistencia generalmente inhibitoria. De algún modo esto afecta aun a los mismos costarricenses, cuyo innegable aunque inconsciente complejo de culpa, más que en su historia interna, tiene sus raíces en el fusilamiento de Morazán y en la actitud tradicional y popular en Costa Rica respecto a Centroamérica. Pero la cosa viene, al parecer, de mucho más atrás y para mucha gente al menos, debe rastrearse hasta la conquista. Esa manera de pensar o sentir ha sido entre nosotros común en ciertas épocas, especialmente como base de actitudes políticas, pero no es necesario retroceder hasta los orígenes de nuestra historia hispanoamericana para encontrar las causas más innegables de nuestro propio complejo de culpa. Aunque no sé que se haya intentado con éxito el psicoanálisis de los pueblos o naciones, como ya se practica el de los grupos o familias, es evidente que en el rastreo de nuestra culpa original, se corre el riesgo de no detenerse hasta llegar al primer hombre, como en la Biblia. Todas las culpas de la historia deben estar presentes de algún modo en nosotros, como lo enseña, a su manera, la misma Biblia. Pero en estas memorias no veo al menos la necesidad de un retroceso hasta la conquista, cuando podemos deternos mucho más cerca de nosotros, para encontrar siquiera algunas de las causas más personales y directas de nuestro sentimiento de culpabilidad. Mi relación, o mejor dicho, mis diferentes y cambiantes relaciones intelectuales y emocionales con el hecho de la conquista, lo mismo que con los otros hechos determinantes de la historia nicaragüense, no podrán sin embargo estar del todo ausentes de estas Memorias y cuando el caso lo requiera o lo juzgue oportuno, iré escribiendo lo que recuerdo o pienso de ellas en la actualidad. No es la menor de las dificultades saber lo que se piensa de lo que se pensaba o recordar lo que se pensaba desde lo que se piensa. Pero lo cierto es que el llamado complejo de culpa, entre nosotros es lo primero con que tiene que habérselas el que escribe memorias. Ni siquiera cuando se tienen, como en los casos indicados, motivos compensatorios, nos libramos lo suficiente de ese complejo o sentimiento de culpabilidad y, en nuestro caso, menos aún del de culpa política y de la resistencia que ésta produce a recordar tal como fue nuestro pasado individual en relación al nacional. Aun éste, o lo que es lo mismo, la historia del país, está más afectada de lo que suponemos por esa casi nunca consciente resistencia.

Aun la escasez de historias de Nicaragua hay que atribuirle en parte a que los propios historiadores nicaragüenses han sido actores o comparsas más o

menos activos de algún momento del proceso histórico nacional y no sólo han vivido sino también tratado la historia como lucha de partidos o ciudades o clases sociales. cuando no simplemente como guerra civil, por lo que aun sin saberlo, han sido solidarios y de algún modo compartido las culpas de nuestra historia como totalidad. Aunque los dedos de una mano bastan para contar los que, capeando a su manera el complejo de culpa, escribieron historias, es imposible, claro está, contar los que podían haber sido y no fueron historiadores de Nicaragua, por el mismo complejo. A este respecto es significativo que, salvo Ayón, los que han tratado de escribir la historia de Nicaragua desde la época precolombina hasta su propio tiempo, no fueron propiamente de las ciudades responsables de las guerras civiles o las tiranías militares, ni de las más representadas en las oligarquías regionales, como Granada o León, sino vecinos, como Gamez, de las ciudades menos involucradas en las culpas históricas, como Rivas. (2). El mismo Gamez escribió su Historia, cuando empezaba apenas a figurar entre los jóvenes liberales de más promesas entonces en la política nicaragüense, pero no volvió a hacerlo con la misma visión de conjunto o con el mismo brío —por lo menos a publicar— desde que fue ministro y colaborador de la Dictadura de Zelaya. No publicó después sino trabajos sobre aspectos particulares, accidentales o marginales de la historia nicaragüense, lo cual explica que la suya no haya pasado más acá de la Guerra Nacional. Es una lástima, desde luego, porque su Historia de Nicaragua, con todos sus defectos y tan parcial y apasionada como un panfleto partidista, aun sigue siendo, sin embargo, la más inteligente y penetrante visión de conjunto de la historia nicaragüense hasta el umbral, de los Treinta Años (3). Lo que es Ayón, en los tres tomos de su Historia de Nicaragua no pasó más acá de la independencia de Centroamérica. Lo que nos queda de sus restantes escritos históricos, es meramente monográfico y también marginal, como el resto de lo de Gámez que hasta ahora se conocía. Pero es curioso que el primero, aunque fuera leonés, era no obstante conservador y colaborador de los gobiernos de hegemonía granadina, lo que naturalmente hace pensar si esa manera de liberarse o por lo menos de aliviar su complejo de culpa no sería quizá lo que le permitió meterse a historiador. (4). De todos modos no sabemos cómo habría tratado lo referente a los conflictos de León y Granada y de los dos partidos que reflejaban la complicada rivalidad entre las dos ciudades. Ayón fue en todo caso una excepción entre los leoneses, que aunque generalmente intelectuales y aficionados al estudio —en ese tiempo al menos— no fueron historiadores o por lo menos no se encararon con la historia nicaragüense como totalidad. Lo que se dice de don Tomás puede también decirse de su hijo don Alfonso Ayón, que escribió, según dicen el tomo tercero de la Historia de su padre. Así se explica que no tengamos una historia leonesa de Nicaragua, que nos permita contrarrestar o por lo menos balancear la historia granadina —que tampoco tenemos— para buscar, en una síntesis de sus contradicciones, una visión más nacional de nuestra historia. No se ha

tenido, por consiguiente, una visión nacional de la historia nicaragüense, o invirtiendo la frase, una visión nicaragüense de la historia nacional. Esto quiere decir que, en realidad no hemos tenido una verdadera historia nacional o nicaragüense. La que se acerca más a una visión nicaragüense o nacional es quizá la de Gámez, porque los textos posteriores, aunque atemperen su parcialidad o la cambien de signo, se han limitado a reproducir la misma perspectiva, dentro del mismo marco. Por lo demás es cierto que nuestra historia como tal, es decir, como historia más que historiografía o más como acontecida que como escrita, fue más leonesa y granadina que nicaragüense, más de León y Granada que de Nicaragua, aunque más de Granada que de León desde la independencia hasta la dictadura de Zelaya, en que empezó a consolidarse el predominio de Managua y más aún desde la hereditaria dictadura de los Somozas, en que la historia no fue ya de León, ni de Granada sino de Managua más que de Nicaragua. Aunque más por supuesto, de los Somozas que de Managua. Se podría decir, sin embargo, que desde el régimen de Zelaya y de manera más acelerada desde el de los Somozas, la historia de Nicaragua casi del todo ha sido historia de Managua o simplemente historia de la capital más o menos impuesta o extendida al resto del país. Más extendida, quiero decir, cuando no más impuesta a unas regiones que otras. No surgida de todas ellas o de su mayoría, ni proyectada o sucedida para el país como país, es decir, el país como combinación o totalidad, de sus diversas partes o regiones. En la misma medida en que la historia de Nicaragua ha sido fraccionadamente nicaragüense o no nicaragüense es que ha sido en la práctica antinicaragüense.

Pero precisamente por el carácter fratricida y culpable de nuestra historia en general, ha sido tan escasa nuestra historiografía y la poca que existe no la han escrito, como digo, ni granadinos ni leoneses. Los que después de todo pusieron las bases de la historiografía nicaragüense desde la independencia a los Treinta Años y, como consecuencia, hasta el presente —aparte, claro, del rivense o arrivensado Gámez— fueron, como se sabe, los cronistas Jerónimo Pérez y Francisco Ortega Arancibia, los dos de Masaya, una ciudad que se desarrolló más bien en oposición a su vecina Granada, de parecido modo que Chinandega lo hizo respecto a León. En ese aspecto al menos, podría decirse que Masaya era en oriente una pequeña réplica de León, contrapuesta a Granada, mientras en occidente Chinandega era en igual sentido una réplica de Granada, contrapuesta a León. Por lo menos Masaya tenía, como León, numerosos intelectuales —entre ellos los que escribieron las crónicas mencionadas —mientras en Chinandega, donde también abundaba el talento, predominaba sin embargo, lo mismo que en Granada, la actitud comercial. Por lo común los chinandeganos de vocación intelectual o emigraban a León —como luego a Managua— o dejaban de actuar o figurar como intelectuales. Los leoneses intelectuales o no intelectuales —aunque en un tiempo era difícil

distinguir unos de otros— hasta hace poco se encontraban muy a gusto en León y no fue sino hasta la presidencia del Dr. Juan Bautista Sacasa, que los intelectuales metropolitanos empezaron también el éxodo a Managua, donde ya emigraban casi todos los del resto de Nicaragua. De los leoneses intelectuales casi sólo quedaron en León los conectados de algún modo con la Universidad. Los de Granada antes del éxodo y los de antes del cierre de la Universidad de Oriente y Mediodía, si es que no eran intelectuales de actitud anti-intelectual o contrarios a la actitud de los intelectuales del resto del país —como en el caso de los Guzmanes, que dejaron escuela y por lo tanto reforzaron el anti-intelectualismo tradicional de la ciudad —deliberadamente fueron no sólo contrarios, sino además ruidosamente, escandalosamente opuestos a la actitud comercial y burguesa de la misma Granada, como los vanguardistas y reaccionarios, y demás variedades posteriores de reacción juvenil, que al final emigraron casi sin excepción. Ni que decir que en esto, hubo excepciones de otro estilo, como la de los Cuadras, una familia de tradición intelectual que, según lo he indicado en alguna otra parte, no encajaba del todo en el marco de la ciudad; o la del escritor Carlos A. Bravo, aun más ajeno a la tradición de la localidad, pero que tuvo más influencia de la que se suele reconocerle entre los jóvenes que en su tiempo empezábamos a escribir, y hasta quizá la de algún otro, como Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, casi el único granadino que por lo menos tomó en serio su vocación de historiador. Esos también tenían que emigrar de Granada, unos temporalmente, otros del todo y sus actividades las ejercían casi sólo en Managua. En Granada sólo quedaron los menos inquietos o los menos activos y los que por temperamento preferían la vida aldeana. La verdad es que los intelectuales no fueron los primeros en dejar la ciudad, sino más bien los interesados sólo en hacer dinero, los comerciantes y hombres de negocios que desde que Granada perdió el poder en forma definitiva, iniciaron el éxodo hacia Managua. Sin embargo, Granada, aunque perdió del todo su importancia político-económica, no terminó por despoblarse y quedar a la par de las otras poblaciones del departamento, no tanto por su atractivo aspecto colonial y su después de todo prestigioso pasado o por su ya olvidado o abandonado y cada vez más problemático porvenir vinculado al del lago y el río, que la orientaban hacia el Atlántico, cuanto porque Granada era o tendía a ser el más lejano, pero accesible, suburbio de Managua.

No es mi propósito ocuparme de la actual situación de Granada, ni examinar sus causas, aunque algo de eso se desprenderá de lo que narraré en estas memorias, ya que las causas del eclipse y el mismo eclipse de la ciudad tienen que ver conmigo, con lo que por llamarlo de algún modo, llamo mi formación y desenvolvimiento y con el rumbo y aun el sentido de mi propia existencia, por ser yo granadino, nacido y criado en el ambiente granadino, en que pasé mi juventud y di forma a mi vida, o mejor dicho, donde mi vida tomó en cierta manera su forma y dirección. Ese

ambiente, puedo decir que en gran parte me hizo —más quizá de lo que yo mismo me puedo dar cuenta— no sólo por la influencia que tuvo sobre mí, sino también porque con él estuve siempre en pugna. Fue por entonces que los granadinos casi masivamente se fueron a Managua, sin que por eso hayan dejado de ser como eran —precisamente tuvieron que irse para poder seguirlo siendo— y más bien se llevaron consigo lo esencial o característico del espíritu granadino y lo extendieron al país. De esa manera, lo que se llamaba espíritu granadino dejó de ser únicamente o propiamente granadino para identificarse o confundirse con lo nicaragüense en general. Aun la misma ciudad de Granada en ese aspecto pasó a ser tan granadina como Nandaime. Pero, aquí por lo menos, tampoco diré nada sobre los granadinos que emigraron en mi tiempo a Managua o de los otros que pertenecían a las generaciones anteriores porque lo que recuerdo o pienso de eso también formará parte o podrá desprenderse de lo que narraré en estas Memorias de mi propia generación y de las relaciones de ésta con las otras, anteriores o posteriores. Sólo diré que la situación, por lo que hace a Granada, era en el fondo simple o por lo menos simplificable. Simplificando para resumir, puede quizá afirmarse que la razón de casi todo lo que ocurrió en la década de los 30, fue la de que Granada perdió su función. No me refiero a su influencia política y económica que también perdió entonces —aunque como una consecuencia de la pérdida principal— sino sólo a la pérdida de su función como ciudad. Cualquiera que ésta fuera y aunque nunca los granadinos lograron entenderla, y mucho menos realizarla, la ciudad la perdió precisamente por sus errores, mejor dicho, por culpa de las generaciones de granadinos que sostuvieron las ambiciones y los puntos de vistas de los que al fin tuvieron que emigrar a Managua. Pero aquí lo que interesa no es aclarar lo dicho, sino explicarme de algún modo por qué los granadinos, igual que los leoneses, no escribieron la historia, ni dejaron siquiera memorias políticas.

La excepción en Granada fue, como ya lo dije, Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, el único granadino que en realidad merece el nombre de historiador, aunque tampoco haya podido realizar plenamente su verdadera vocación y mucho menos en una forma realmente nacional. No solo son contados los otros granadinos que han escrito de historia o la han investigado, sino hasta aquí ninguno de ellos puede tomarse como excepción en el sentido en que lo fue Pedro Joaquín Chamorro. No lo fue ni siquiera don Anselmo H. Rivas. Aunque tenemos hoy su libro *Ojeada Retrospectiva* —por lo demás muy útil— don Anselmo no se propuso escribir historia, ni ser historiador, sino periodista y como tal fue q' escribió cuando las circunstancias le exigieron hacerlo en su diario, lo que puede llamarse historiografía periodística o periodismo historiográfico. Esto quiere decir, que la historia que don Anselmo había presenciado o recibido por tradición del sector en que se movía y en cierto modo representaba, él la usó únicamente como material periodístico, desde su

situación de Director de El Diario Nicaragüense y por sus fines o motivos de periodista político —que es lo que él era— y por lo tanto con el objeto de exponer los hechos del pasado a la luz de la actualidad, por no decir de su propia y personal actualidad. En realidad su enfoque de la historia de Nicaragua era el de los gobiernos de los Treinta Años, especialmente el de la tendencia estrictamente chamorrista de ese período, tal como el mismo don Anselmo la había formulado y contribuido más que nadie a generalizar. De todos modos él tenía un agudo sentido del tiempo o ritmo de la historia y de sus cambios de dirección. De haber podido dedicarse de lleno a la historia es probable que hubiera sido un gran historiador. Pero es difícil no pensar que siendo granadino, le era imposible superar la inhibición que le impedía tratar de ser historiador, en el sentido usual de la palabra. En realidad, su mismo libro *Ojeada Retrospectiva*, no es propiamente suyo, ni concebido como libro, sino tan solo una recopilación de sus artículos periodísticos de tema histórico, la mayoría escritos a mediados del siglo XIX y recogidos en un volumen por el historiador Pedro Joaquín Chamorro en 1936. No se puede negar, sin embargo, que la serie de artículos correspondientes al título del volumen tienen la suficiente unidad, continuidad de propósito y desarrollo para darle carácter de libro a lo que sigue siendo todavía el más inteligente reportaje de la historia de Nicaragua desde la independencia a la terminación de la Guerra Nacional. En todo caso fue el historiador el que de los artículos del periodista hizo un libro de historia, por lo cual el granadino don Anselmo H. Rivas puede quizá considerarse como el que está más cerca del historiador Pedro Joaquín Chamorro entre los que en Granada han pretendido dar cuenta del pasado de la ciudad o del país. No es casual, sin embargo, que tanto, el periodista don Anselmo H. Rivas como el historiador Pedro Joaquín Chamorro, emocional y mentalmente estén también muy cerca del Presidente de Nicaragua don Pedro Joaquín Chamorro, que en realidad fue como el eje de los Treinta Años. En un cierto sentido los tres representan una misma historia. De cualquier modo que esto se vea es indudable que por lo menos en una lista de los granadinos que han escrito de historia, debiera figurar don Anselmo H. Rivas enseguida de su editor Pedro Joaquín Chamorro Zelaya. Pero tampoco hay que olvidar que don Anselmo se sentía como identificado con don Pedro, de quien él fue Ministro y que para él representaba la resistencia de Walker y la campaña contra éste, más real y próxima sin duda que la misma independencia, lo que quizá le ayudaría a superar hasta cierto punto su complejo de culpa. Otros como don Pedro Fco. de la Rocha o los hermanos Alvarez Lejarza, Emilio y Miguel, o Francisco Vijil, que escribieron folletos o libros y los dos o tres más granadinos actuales q' como aquellos han escrito de historia nicaragüense, la han abordado en la misma forma monográfica y marginal q' he señalado en casi todos los del resto de Nicaragua. Me refiero a investigadores, por lo demás muy acusiosos, como Eduardo Pérez Valle y Alejandro Barberena Pérez. De

igual manera que a los demás, las circunstancias mismas del país los obligan a ser simples aficionados q' no pueden tener una actitud profesional. Esto a lo que parece, facilita la resistencia derivada del complejo de culpa. En cuanto al más profesional de los nicaragüenses dedicados a la investigación de nuestra historia, Carlos Molina Argüello, también granadino, pero que lleva más de veinte años de vivir en Sevilla, investigando diariamente en el Archivo de Indias, se ha concretado por lo mismo a la conquista y la colonia, es decir, a la época del dominio español documentada en el Archivo. Ese trabajo desde luego, que para Nicaragua anteriormente se reducía a casi nada, es necesario y fundamental, pues sin él no se entiende nada de lo que sigue, ni por qué y cómo los nicaragüenses somos nicaragüenses. Pero no sólo el hecho de vivir lejos de Nicaragua, sino también el de investigar en el Archivo de Indias lo referente a la colonia, en cierto modo debe amortiguar el sentimiento de culpabilidad nicaragüense tal como lo ha formado o modificado nuestra vida independiente o mejor dicho tal como existe actualmente en nosotros. Por lo que hace al complejo de culpa granadino, por no decir más bien, a la forma granadina del complejo de culpa nicaragüense, no funciona lo mismo en relación a la colonia que a nuestra época independiente o no funciona al menos como complejo granadino, sino acaso como complejo criollo nicaragüense. No parece q' por lo tanto, tenga la misma efectividad del q' nos es más próximo como el que se origina de las guerras civiles y mucho menos del que proviene del régimen somocista. En realidad las dificultades de Carlos Molina no han sido las relativas a su trabajo de historiador sino más bien las que interfieren con la publicación de sus trabajos. Porque hay que ver el miedo que en Nicaragua le tienen a la historia los que editan o pueden editar libros. Pero de todos modos, Carlos Molina, ha superado, al parecer, o por lo menos esquivado su circunstancia de granadino. El otro investigador (5) de la historia de Nicaragua, con las capacidades para ser un verdadero historiador, Chester Zelaya Goodman, aunque de origen granadino, es costarricense y si no enteramente de mentalidad, de formación costarricense, por lo q' se halla es de suponer, libre de los complejos nicaragüenses o granadinos. De tener uno, debiera ser un complejo costarricense y en relación más bien a Costa Rica que a Nicaragua. Quizás por eso ha escrito más historia de Nicaragua q' de Costa Rica o de nicaragüenses incorporados a la historia de Costa Rica que de costarricenses. Si el no le da más tiempo a la historia nicaragüense es por que casi todo el tiempo de que dispone se lo da a sus tareas de catedrático y funcionario de la Universidad Nacional de Costa Rica.

De modo, pues, que granadino historiador o verdadero historiador en el sentido estricto, y verdadero granadino en el sentido tradicional, sólo ha sido hasta ahora, con las reservas ya señaladas, Pedro Joaquín Chamorro Zelaya. Como también ya he sugerido, su visión granadina de la historia de Nicaragua era hasta cierto punto la de su abuelo, el Presidente, don Pedro Joaquín Chamorro, cuya ex-

presión más articulada fue la de don Anselmo. Las circunstancias mismas exigían que esa visión fuera incompleta y unilateral no solo en lo que toca a Nicaragua sino también a Centroamérica. Es, sin embargo, significativo que la obra histórica principal de Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, no sea sobre la historia interna de Nicaragua, sino su Historia de la Federación de la América Central. Aunque naturalmente su condición lo involucraba de algún modo en la culpa de la ruptura de la Federación, este complejo era más débil que el derivado de la historia interna de Nicaragua. A pesar de sus méritos, ese libro parece un escape a la vez que un intento de resolver el complejo de culpa granadino respecto a Centroamérica. No es gratuito pensar, en efecto, que su motivación profunda fuera el deseo de exculparse de la ruptura de la Federación, inculcando a los que trataron de mantenerla a toda costa. En todo caso, la visión histórica granadina, más o menos tradicional, que en Nicaragua representó Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, es indudable que no tenía la amplitud necesaria para contener y dar cabida, en la debida forma, a las figuras capitales de Morazán y de Jerez. No podemos formarnos una visión cabal de Centroamérica y Nicaragua, si no admitimos lo que aportaron de positivo y permanente esos dos personajes. Todo lo dicho, sin embargo, no quita que la Historia de la Federación de la América Central sea una de las obras históricas más sólidas escritas en Centroamérica o sobre Centroamérica. Yo al menos no conozco otra mejor, construida y más organizada, más metódica y clara sobre ese periodo. Más que las obras de la época y las memorias de los hombres que en ella figuraron, fue para mí la mejor guía en ese laberinto. Aún la sigo teniendo por la mejor para el que trate, no de formarse un juicio, sino más bien de ver y comprender cómo se hizo y deshizo la Federación Centroamericana. Los otros libros suyos de tema histórico, que además sólo abarcan aspectos particulares de la historia de Nicaragua o Centroamérica, son polémicas contra opiniones y posiciones opuestas a la suya o contra personajes representativos de tales posiciones. En esa línea están sus discusiones en torno a Jerez. Sus circunstancias, por lo demás, lo mismo que sus principios y modo de sentir familiar y tradicional, lo obligaban a combatir de manera directa, en su diario LA PRENSA, la dictadura de Somoza y esto acarreo sobre él persecuciones y vejámenes que llegaron a hacerle imposible la vida en el país por lo que tuvo que emigrar por algún tiempo a Norteamérica. Quizás por eso, como historiador, optó por atacar de manera indirecta las dictaduras nicaragüenses llamadas liberales, como la de Zelaya y la de Somoza —hoy se diría las de los Somozas— disparándole a un blanco del pasado para acertar en uno del presente. Así escribió El Patrón, su biografía del dictador "liberal" decimonónico, Justo Rufino Barrios de Guatemala, que en cierto modo fue el patrón de los dictadores "liberales" centroamericanos (6). El mismo título El Patrón, ambigualmente significaba patrón en el sentido de amo y señor como también patrón en el sentido de

pauta o modelo. En cuanto a Nicaragua, sin embargo, es evidente que el historiador Pedro Joaquín Chamorro no pudo superar su repudio total de Jerez, y por eso tampoco superar sus inhibiciones y escribir una historia general de Nicaragua o de la vida independiente de Nicaragua, que reflejara sus indudables cualidades de historiador, como lo hizo su Historia de la Federación de la América Central.

Si me he alargado en examinar especialmente a los que en Granada han escrito de historia, no solo ha sido para hacer ver, que no hay historia granadina de Nicaragua, como no la hay leonesa, sino además para sugerir que los interesados en recordar nuestro pasado personal en relación con el del país, carecemos casi del todo de ayudas a la memoria. Al fin y al cabo el conocimiento de la historia de nuestro pueblo da densidad y ámbito a la memoria individual. Pero no sólo son contadas las historias y crónicas de Nicaragua, sino también, como ya he dicho, casi no hay autobiografías, memorias o diarios —salvo quizás el del granadino don Enrique Guzmán— ni que yo sepa se han publicado, si acaso se conservan, colecciones de cartas particulares de nicaragüenses. Cuando mucho, es posible a veces obtener, no sin dificultad— con el auxilio de algún amigo aficionado a los papeles, como Franco Cerutti, Jorge Eduardo Arellano, Xavier Zavala o Pablo Antonio Cuadra, copias o fotocopias de periódicos o folletos o parecidas publicaciones que nos ayudan a averiguar un hecho no sabido o a mejor recordar o simplemente a recordar algún dato olvidado. Entre todos los hombres, somos quizás los nicaragüenses los más cercados por los abismos de la ignorancia y el olvido. Pero no cabe, ahondar en esto sin insistir una vez más en que el punto de vista oriental o granadino, como el leonés occidental —no espuesto, ni examinados a la luz de la historia por granadinos y leoneses— es posible encontrarlos, o al menos deducirlos de los cronistas Pérez y Arancibia, originarios de Masaya. Estos dos son los únicos que se tomaron el trabajo de poner por escrito la tradición que recibieron o averiguaron preguntando a los de las generaciones anteriores sobre la independencia y sus consecuencias en las oscuras décadas de anarquía, en que se produjeron, como también los únicos que relataron en sus crónicas, con la fidelidad posible, lo que vieron, oyeron o hicieron durante la seminal y sin embargo insuficientemente investigada época histórica comprendida desde los hechos que culminaron con la Guerra Nacional, hasta las consecuencias de ésta en la segunda mitad del siglo XIX. Pero los hechos —aunque no sea sino al nivel en que hasta ahora se han estudiado— parecían estar en la línea o se alineaban en la perspectiva de los puntos de vista granadino y leonés que hasta Zelaya por lo menos orientaron el suceder de la historia de Nicaragua. No es de extrañar por consiguiente que tanto en Pérez como en Arancibia se pueden encontrar ambos puntos de vista. Pero lo extraño no es que en ambos cronistas aparezcan ambos puntos de vista, sino que en Pérez predomina casi del todo el granadino, mientras en Arancibia casi del todo predomina el leonés. Es en aquél, precisamente donde

mejor podemos conocer el primero, mientras que de Arancibia se deduce mejor el segundo.

Probablemente, la explicación se podría encontrar en sus correspondientes biografías. Aunque los dos, desde muchachos, tuvieron que ver con Granada y su gente y aún se relacionaron íntimamente con familias granadinas de las que ya por ese tiempo dominaban en la ciudad, sus experiencias sin embargo fueron bastante diferentes, como también más adelante lo fueron sus actitudes y modos de pensar. Así se explica que aunque los dos hayan sido conservadores y casi siempre o siempre actuando como tales o más o menos figurado en posiciones conservadoras, la orientación o las tendencias de sus crónicas respectivas se proyectan más bien en direcciones encontradas o casi siempre opuestas. En todo caso, Pérez, tan representativo de Masaya como el mismo Arancibia, no fue granadista y lo fue menos entre más figuró en la política pero no abandonó del todo en sus Memorias el inicial punto de vista granadino por el leonés, ni se apartó de la perspectiva histórica oriental, vista desde Granada, para situarse en la occidental, vista desde León, como casi del todo lo hizo Arancibia en sus propios recuerdos. Se comprende por eso que Pérez fuera de los dos cronistas, sino precisamente el único aprobado, el preferido del historiador Pedro Joaquín Chamorro Zelaya. Este no solo reeditó en un volumen aparecido en 1938, las ya entonces inconseguibles obras históricas de Pérez, sino además trató de renovar el por lo visto nunca demasiado brillante y ya casi apagado prestigio del cronista de tendencia conservadora, escribiendo sobre él un estudio biográfico lleno de simpatía. Un solo pero pon Chamorro a Pérez: el de su martinismo. Le parece excesiva y nada crítica su admiración por la figura y la trayectoria del general Tomás Martínez, su íntimo amigo y luego su cuñado, en cuya Presidencia desempeñó distintos cargos y misiones y de cuya política en general fue solidario. La política de Martínez, centrada en Managua y favorecedora de su predominio, entre sus varias motivaciones tenía, como se sabe, la de buscar la superación de las tradicionales rivalidades y conflictos entre Granada y León, en un 3er. partido de entendimiento nacional. Aunque Pérez, al parecer, por sus antecedentes legitimistas, no confiaba gran cosa en los occidentales en general o por lo menos desconfiaba de algunos de ellos, mi impresión es que su martinismo no era solo lealtad personal a su amigo y cuñado sino adhesión a la política de entendimiento nacional que éste representaba y que tenía origen en su acuerdo inicial con Jerez. Ni que decir, que esa política no encajaba dentro del punto de vista oriental, granadino, que fue siempre el del historiador Pedro Joaquín Chamorro Zelaya. Este mismo asegura que en Pérez influyó, sobre todo en su juventud, el doctor Rosalío Cortés, intelectual occidental bastante orientalizado con raíces profundas en Granada y Masaya y que representaba precisamente en el gobierno de Martínez, la tendencia al entendimiento de oriente y occidente en un partido o cuando menos en

un gobierno nacional.

No cabe duda que el doctor Cortés era al menos teórico de esa tendencia. Chamorro piensa que su influencia en Pérez estaba en éste balanceada por sus propias raíces conservadoras y por influencias predominantes de sus amigos orientales más tradicionalistas, cosa que desde luego parece cierta. En Arancibia, al mismo tiempo, la misma influencia es tan notoria y tan sin contrapeso, que si no todo, una buena parte de lo q' cuenta o piensa parece un eco del doctor Cortés, que si no me equivoco, era su suegro. No solamente en los pasajes, donde transcribe sus palabras, sino también en muchos otros donde si no las cita se ve que las recuerda, la floja prosa de Arancibia toma el ritmo, el acento y hasta según parece el tono de la voz de Cortés. Esto es lo que hace, desde luego, que el punto de vista leonés u occidental, se haga presente y aún predomine en la crónica de Arancibia. No es el único punto de vista q' en ella aparece, o mejor dicho, no aparece como si fuera el q' se tenía desde el propio León, quizás no tanto porque Arancibia fuera de Masaya, cuanto porque en el mismo doctor Cortés aquel punto de vista se encontraba sin duda atenuado o modificado por su condición de occidental radicado en oriente. Más exacto sería decir que en el doctor Cortés se hallaba por lo menos ampliado. En un cierto sentido el estricto punto de vista occidental leonés era más amplio que el estricto punto de vista oriental granadino, pero el del propio Dr. Cortés, no cabe duda era más amplio que el occidental, puesto que incluía o trataba de incluir también al oriental para encontrar a base de ambos el nacional. Las circunstancias, sin embargo, determinaban que eso fuera bastante más intencional que real. De todos modos, Arancibia, aunque a ratos se vea casi suplantado por él, no es el Dr. Cortés y su punto de vista con todo estar calcado en el occidental como el de su maestro, no da señales de tener la coherencia, ni mucho menos la calidad intelectual que tendría en aquel. Sólo las tiene en realidad cuando cita o recuerda las opiniones y maneras de ver y aún las palabras mismas del doctor Cortés. No me parece, pues, aventurado deducir de lo dicho q' es al doctor Cortés al que Arancibia debe no solo su amplitud o por lo menos su comprensión de las actitudes occidentales, sino ante todo lo que llamo su punto de vista, es decir, su manera de enfocar sus recuerdos. En algunos aspectos al menos, el de Arancibia es un punto de vista más amplio que el de Pérez. Este, no cabe duda, resulta más coherente, más consecuente siempre consigo mismo, porque no había desajuste entre su situación y su punto de vista. Arancibia se siente, en cambio, como en contradicción a veces consigo mismo, cosa q' no podría en modo alguno suponerse del doctor Cortés, por más que se encontrara en una situación entonces contradictoria, por no decir en el centro mismo de la contradicción. En todo caso es al doctor Cortés al que en último término parece que de algún modo se debe el impulso a la influencia inicial que hizo posible las dos crónicas o memorias en que se funda aún —aparte o a la par de la Historia de Gamez— nuestro conocimiento más directo y vivo,

aunque muy reducido, de nuestro trágico y a la vez prometedor y malogrado siglo XIX, nicaragüense. Cabe llamar de paso la atención al hecho de que a la influencia de Jerez en Rivas podría quizás atribuirse el impulso inicial a q' se debe la Historia de Gamez. Por lo demás sería no sólo largo sino del todo fuera de lugar, hacer notas aquí las semejanzas y las diferencias en las figuras de esos dos personajes occidentales que como intelectuales influyeron entonces en oriente y cuya influencia indudablemente contribuyó en algunos a superar las inhibiciones del complejo de culpa oriental. No es la menor de las deficiencias de la historia nicaragüense que la figura del Dr. Cortés apenas se conozca. Más todavía que por sus logros o su influencia, muy relativos y al fin de cuentas reducidos a nada por las fuerzas contrarias, su importancia es sin duda mayor de lo que se supone, por el significado y la rareza de su papel. Fue quizás el único verdadero mediador entre occidente y oriente. En un sentido más equilibrado, pero también quizá más hondo que el de Jerez, fue además una influencia inequívoca de occidente en oriente, aunque influenciado él mismo en no pocos aspectos, por el punto de vista oriental, como también seguramente por el modo de ser. En todo caso, tales influencia explican en parte q' se hayan escrito textos completos, como el de Gamez, o relaciones generales de la historia de Nic., como las de Pérez y Arancibia, en ciudades de oriente como Rivas y Masaya. Se me ocurre que es lástima que no haya habido en occidente influencias orientales del mismo calibre o de las mismas índole, con resultados similares. Pero es de creerse que ni siquiera fueron en realidad posibles, dado el carácter anti-intelectual dominante en oriente o por lo menos característico de los granadinos. La influencia en León de los Sacasas —iniciadores en cierto modo del pragmatismo granadino del siglo XIX— tendió, parece, a neutralizar la de occidente en ellos y por lo consiguiente a no superar sino más bien a complicar el sentido de culpa, inhibitorio de la historia. No sé —ni estoy ahora en condiciones de investigarlo— por q' motivos don Tomás Ayón y su hijo Alfonso, fueron conservadores. Pero no deja, sin embargo, de llamar la atención que los trabajos de don Tomás sobre la independencia y sus inmediatas consecuencias en Nicaragua estén escritos evidentemente desde el punto de vista de los Sacasas.

La realidad es que en Nicaragua, en materia de historia —individual y colectiva o personal y nacional— siempre volvemos a los mismo. La que tenemos es no sólo exigua, superficial y descentrada, sino que falta en ella la exposición profunda de los auténticos representantes de los puntos de vista oriental y occidental que la completarian o por lo menos permitirían intentar una síntesis realmente nacional. Por más que el hecho tenga diversas causas, no es la menor la inhibición que en nosotros produce el sentimiento de culpabilidad histórica nicaragüense. No se puede ignorar por lo menos cuando se trata de escribir memorias. Lo que a mi ver afecta a nuestra historia en todos sus aspectos —y no sólo la escrita o la

enseñada en las escuelas, sino también, la acumulada de una manera o de otra en la mentalidad nicaragüense— es sobre todo efecto del complejo colectivo de culpa, que entre nosotros no ha sido objeto siquiera de atención, cuanto menos de estudio, ya que ni se ha advertido hasta aquí su existencia. El escribir memorias personales se ve afectado en cambio, más que nada por el complejo de culpa individual —hasta donde es posible diferenciarlo o separarlo del colectivo— y por la consecuente resistencia individual de la memoria, en este caso por mi propio complejo de culpa y la resistencia de mi memoria. A estas palabras no pretendo darles, por más que en si lo tengan, sentido técnico y mucho menos definir las, ni referirlas a la psiquiatría, o al dominio de la llamada psicología profunda —que me es ajeno— y en realidad las uso con la amplitud o la vaguedad con que suelen emplearse en la conversación corriente. Pero debo advertir que en el título *Mea Máxima Culpa* —puesto en latín con el objeto de dar a la expresión el mismo alcance colectivo que tiene en el *Confiteor*— más que todo hago mía la culpa general, quiero decir, acepto la parte que me toca en la culpa de todos, además, desde luego, de la culpa de todos en su totalidad. Las culpas sólo mías, individuales o personales, carecen de interés, salvo para mí mismo —y las más de las veces ni siquiera para mí mismo— por lo que casi sólo me reduzco a referir o confesar las que a mi juicio tienen alcance general. Tampoco es fácil conocer —o recordar y reconocer— las unas o las otras. En todo caso es cierto que mis culpas individuales casi no tienen interés político y en la medida en que lo tengan será que las confiese, si es que logro acordarme siquiera de algunas contra la resistencia de la memoria. Naturalmente tiendo no sólo a olvidarlas, si no también quizás a restarles importancia o a suponerlas inspiradas en las mejores intenciones. Me asombro a veces de las cosas que dicen que dije o me sorprende que algún diario me atribuya algún hecho que ya había olvidado —porque quizás me avergonzaba— y al que me inclino a dar ahora alguna explicación menos desfavorable.

Hace ya tiempo un líder del Frente Sandinista, conversando conmigo, me dijo sin más ni más que después de Somoza, yo era el mayor culpable de la dictadura del mismo Somoza, con lo que yo no pude estar del todo en desacuerdo —aunque él exageraba— porque era cierto que de algún modo yo había contribuido al carácter dictatorial y aún quizás, como consecuencia, a la misma estructura dinástica del régimen somocista. Tampoco pude, sin embargo, dejar de hacerle al guerrillero dos advertencias a mi favor: la primera que no era yo el inventor de Somoza, como tampoco el que lo había sacado de la nada y llevado al poder; y la segunda, que el apoyo más o menos intelectual, oral y periodístico y aún si se quiere hasta moral que le había prestado, junto con otros jóvenes granadinos de procedencia conservadora, concientemente al menos se fundaba en buenas intenciones, ya que pensábamos que podíamos orientar a Somoza hacia el bien del país y del pueblo nicaragüense, sin comprender, por inexperiencia, que

era imposible. Esa insoluble contradicción, puesta enseguida de manifiesto con creciente evidencia por el transcurso de los años y el anquilosamiento del sistema implantado por los Somozas, como también por sus consecuencias en todos los órdenes de la vida nicaragüense— que yo, por mis circunstancias, no tardé tanto en reconocer en todos sus alcances, cuanto en hallar para mí mismo una salida —es decir, la contradicción entre la intención y su imposibilidad, no solamente constituye el núcleo de Mis Memorias, sino además en la medida que puedo saberlo, es el origen o la raíz de mi propio complejo y culpa y de la resistencia de mis memorias. De todos ya se sabe que de buenas intenciones está empedrado el infierno. Lo que no significa que entre nosotros hayan sido abundantes —las buenas intenciones— salvo quizás entre los que rechazan todo el sistema. Ni estoy seguro de que las mías hayan sido buenas, más tal vez que en plano de lo consciente y racional, o de que no las haya yo arreglado entonces —digamos entre los años 30 y 40— para satisfacción de mi conciencia, y que actualmente no las ponga al día y les agregue lo necesario para mi propia tranquilidad. Pero tampoco estoy seguro que la verdad es lo contrario.

Mi verdad, por lo tanto es probable que esté en el juego, o mejor dicho, en el equilibrio de lo consciente y lo subconsciente de entonces y de ahora. Mi memoria no puede decidir eso y sólo espero que me permita aproximarme lo más posible a lo que puedo verificar por otros testimonios, especialmente por los considerados testimonios objetivos. De todos modos mi memoria no ha sido buena, sino al contrario además de insegura, tan poco digna de confianza como incapaz de distinguir la línea que la separa de la imaginación y la fantasía. No que esa línea exista en realidad o que objetivamente pueda establecerse con toda precisión. En parte, al menos, la memoria es la capacidad de imaginar lo que realmente ha sucedido, quiero decir de imaginarlo tal y como sucedió. En tal sentido puede decirse que la imaginación es la vida de la memoria o su vitalidad, y la memoria la verdad, o mejor dicho, la historicidad de la imaginación. En el mismo sentido puede también decirse que la memoria deja de ser memoria verdadera cuando es ya sólo imaginación. Por eso mismo cuando se tiene una mala memoria o tan siquiera menos memoria que imaginación —como a mí me sucede— más peligroso puede ser recordar que olvidar. Por que lo peor quizás no es olvidarnos de lo que hemos hecho, sino acordarnos de haber hecho lo que no hemos hecho. Lo peligroso, pues, es el momento en que la imaginación deja de ser memoria para convertirse, sin saberlo, en calumnia. Es lo que a veces pasa con el llamado falso recuerdo que también puede ser un falso testimonio. Pero ni en éste ni en aquel es fácil distinguir el falso del verdadero en la política nicaragüense, donde las ocurrencias más ordinarias parecen calumnias.

El problema en definitiva —dicho en conceptos o palabras que se aprendían antes en la escuela, pero que en realidad aún pertenecen a la estructura mental de la lengua —más que de la memoria o de la

imaginación, lo es de la voluntad o de la dirección de la voluntad, que es la intención. Sólo puedo decir, por lo tanto, que por lo menos mi intención, al escribir estas Memorias, es no apartarme de la verdad.

**JOSE CORONEL URTECHO
LAS BRISAS, DICIEMBRE, 1975**

NOTAS:

- (1) No hago mención de las Memorias de don Pío Bolaños —un granadino de familia tradicional conservadora que desempeñó la Secretaría del Presidente Zelaya— inéditas hasta 1966, año en que aparecieron en Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano, pues a pesar de su amenidad y del interesante paralelo entre el historiador José Dolores Gámez y don Fernando Sánchez, como Ministros de Zelaya, están escritas en un plano demasiado superficial, puramente anecdótico, sin otro mérito que el de revelar la típica mentalidad de un funcionario subalterno a principios del siglo.
- (2) Aunque nació y se educó en Guatemala, Gámez era tenido por todos como rivense o rivense honorario —y aún él mismo

pensaba y actuaba como tal —por lo que no es impropio interpretar su radicación en Rivas como una forma quizás inconsciente de su repudio a Granada. En su mentalidad y su actitud era rivense y ser rivense para Gámez era quizás su liberación de la tradicional política granadina. Su historia misma era su carta de naturalización en Rivas.

(3) Después de escrito lo anterior se ha publicado en las ediciones del Banco de América (Serie Histórica) la inexplicablemente inédita hasta entonces, Historia Moderna de Nicaragua —complemento de su historia— del mismo Gámez, que aún no he leído y que no creo modifique esencialmente lo aseverado sobre el efecto del sentimiento de culpabilidad en los nicaragüenses.

(4) Como a Gámez el hecho de ser liberal y rivense adoptivo.

(5) No hago mención del admirable Jorge Eduardo Arellano— cuya labor es sorprendente para su edad— porque hasta ahora se ha ocupado más de la historia literaria y cultural que de la general.

(6) Años después de la muerte de su autor, el libro fue publicado por su hijo, Pedro Joaquín Chamorro, el actual director de La Prensa, que ha continuado y llevado más lejos la oposición a la dictadura hereditaria.

SECCION ARCHIVO

Suministrados por el acucioso investigador, Orlando Cuadra Downing, profundo conocedor del Movimiento de Vanguardia Nicaragüense y, particularmente, de la obra Coroneliana, nos honra reproducir en esta SECCION ARCHIVO los primeros artículos de Don José, escritos en sus años juveniles y publicados en la revista del Colegio Centroamérica de los jesuitas de Granada. Completamos nuestro ARCHIVO con el primer capítulo de la **Historia de Nicaragua** que se propuso escribir Coronel Urtecho en 1935. Sólo llegó a escribir un capítulo más, que también publicaremos nosotros en un próximo número y que, junto con el que ahora ofrecemos, constituye su primera aproximación a un tema que le apasionaría siempre, plasmándose al cabo de los años en sus penetrantes **Reflexiones**.

Los cuadritos en la poesía moderna

HAY en la poesía moderna un género de pequeños poemas, que tienden exclusivamente a presentar una escena breve y delicada, un rincón de paisaje, un objeto; a esto llamo «cuadritos». Su origen podemos encontrarlo en la poesía parnasiana. Heredia los tiene admirables; pero hoy son asunto predilecto de los grandes poetas de cualesquiera tendencias.

Son acuarelas acabadas, óleos en miniatura, en que la poesía refunde las cualidades de la pintura con las propias suyas, dando así a los *cuadritos* color, movimiento, profundidad, animación, en fin, vida.

Esos delicados y sutiles poetas, que para encontrar la belleza no necesitan buscarla en cosas grandiosas, en sublimes hazañas, en poderosas pasiones, sino que fácilmente la descubren en las humildes y familiares cosas que nos rodean, son los verdaderos maestros creadores del precioso género literario de los *cuadritos*.

Los asuntos son así, breves, delicados, ténues, corrientes, sin deducción de consecuencias, sin altos vuelos. Ved aquí algunos señalados en estas palabras de Gregorio Martínez Sierra:

«... sobre el rojo de los geranios en los balcones de las casas pobres; sobre un suspiro que se perdió en la noche y se quedó en la luna; sobre un arroyo que corre y canta; sobre unas lavanderas que están en la orilla; sobre un carro de húngaros que viene por el camino; sobre la silueta negra, en el oro de una puesta de sol, de una torre de aldea; sobre el musgo de las peñas, y las chiquillas rubias sentadas sobre el musgo... cosas todas leves».

Hay poetas-águilas y poetas rui-seño: es. Los primeros vuelan sobre los ígneos cráteres de los volcanes, cerca del sol: miran la tierra en conjunto, perciben los cataclismos; tocan las trompetas proféticas; cantan el amor-pasión, que inflama y consume; glorifican a los héroes de la guerra y de la

paz; beben la *leche* de la *via*, escriben con la flecha del *Arquero*, pulsan las cuerdas de la *Lira*, puntúan con estrellas.

Mientras los poetas-rui-señores cantan la manzana dorada, la rosa que se abre, la espiga y la espigadera; beben el sol en una gota de rocío, aman la belleza de las cosas humildes y diarias, la belleza del detalle preciso y amable de donde resulta la gracia del conjunto, como de pétalo y pétalo la rosa.

Entre los poetas españoles se ha cultivado relativamente poco este género. Los antiguos casi no presentan ejemplos; hay en todas sus cosas un sentido siempre trascendental.

Existen, es verdad, en ciertos poemas, cuadritos; pero engarzados en ellos como simples detalles descriptivos.

Entre los modernos, los Machado, Diez Canedo, Fortún, Martínez Sierra y otros nos ofrecen cuadritos acabados, y exclusivamente tales.

Los catalanes han cultivado el género con amor: Maragall, Carner, Rusiñol etc.

Entre los poetas latino-americanos, por derivación francesa quizá, la cosecha es abundante y lozana. Rubén, era poeta-águila, pero en su vasta complejidad nos dejó valiosas muestras de ellos. Chocano, Nervo, Lugones los tienen admirables. Pero más que todos ellos y de gran belleza nos los han dado: Juana Ibarburou y Gabriela Mistral.

Sin embargo, los maestros del género son los franceses: Francis Jammes, Samain y Mad. Noailles.

De nada serviría lo dicho hasta aquí, si no ilustráramos la cuestión con algunos ejemplos. Tengo a mano muchos y muy lindos, pero desgraciadamente no de todos los autores que quisiera. Dedicaré sin embargo, el resto del artículo a citar y comentar con alguna extensión, los modelos más escogidos que poseo.

He aquí, uno de los más bellos, de licados, coloridos y acabados de Alberto Samain:

EL MERCADO

Sobre la pequeña plaza, en el primer resplandor del alba, rie el mercado, alegre y multicolor. Sobre los estantes cojos, se exhiben confusamente cestos de huevos y quesos y frutas y miel luciente; y en la loza en que las aguas continuamente resbalan, pescados de plata clara ásperos tufo exhalan. Myléne, que a su infantil Alidé lleva con tino de la mano, entre la gente con pena se abre camino. Se retardada en caja puesto, va, viene, vuelve, endereza A los premiosos llamados suele tornar la cabeza, Comen unas cuantas frutas, negociando las mejores o bien se alejan en medio de escandalosos clamores. La niña leltz la sigue, pues ella adora el gentío, los gritos, los estrujones, el agua y el viento frío, los pequeños asnos grises, el vivo umbral de los puestos y el piso por todos lados sembrando de verdes restos. Myléne ha hecho su gasto de legumbres y sabrosas frutas, luego agrega un ánade de plumas esplendorosas, Alidé bate las manos, cuando, por verla entusiasta, la madre le pide al fin que le lleve la canasta. El peso hace dobligar el pequeño brazo, mas marcha orgullosa, silente y arqueándose hacia atrás, mientras el ánade inquieto, prisionero que protesta, grita y pasa el pico de oro por las rejas de la cesta.

Difícilmente, a mí entender, puede darse mayor viveza, colorido, delicadeza y gracia en tan pequeño espacio. La animación de este cuadrato se siente, se vive, se recuerda como cosa vista, que hoy vuelve a nosotros purificada en un baño de emoción estética.

A la inversa de las cosas reales que van de los sentidos al alma, ese poemita va del alma a los sentidos para darnos el efecto de la realidad de las cosas. Hay detalles de un primor que encanta. Nada sobra, nada falta, todo es de una delicada y poética exactitud. El escenario de tan claras y vivas pinceladas, tan movido es, que no sabe-

mos de qué arte prodigioso se ha valido Samain para no caer en la vulgaridad del prosaísmo. La pequeña Alidé, graciosa figurita que se mueve llena de tanta animación infantil, pegadita a las faldas de su madre, está perfecta, marchando «orgullosa, silente y arqueándose hacia atrás—mientras el ánade inquieto prisionero que protesta—grita y pasa el pico de oro por las rejas de la cesta».

Este verso final vale un Perú.

He aquí otro poemita de sobriedad, fuerza, vida y delicadeza dignas de Homero:

EL PEQUEÑO PALEMON

Grande, apenas de ocho años, Palémon, el pequeñuelo sostiene en vano el cabrón que resiste con pujanza; le arrastra y fuerza a correr en el jardín con gran celo, y con brusquedad recula y se repente se lanza. Ellos luchan cuerpo a cuerpo; fogoso el cabrón se esfuerza, pero el niño, que se afirma echando el torso hacia atrás, estrecha el cuello rebelde en los brazos con fuerza, se libra del cuerno oblicuo y, a poco, cada vez más rojo, apretando los dientes, indomable, dominante, triunfal conduce al establo al negro macho cabrío. Luego Lycidé, su madre, de trenzas de oro brillante, que está en el umbral sentada con un niño que reposa, se alegra de ver su astucia, y su destreza, y su brío; lo llama, y sonriente enjuga con emoción amorosa su frente en cuyo sudor se han pegado los cabellos, y el orgullo maternal fulgura en sus ojos bellos.

¿Dudaría el Divino Ciego, o el sencillo y tierno Teócrito en avalorar con estos diez y seis versos la Iliada o los Idilios?

Ved ahora lo que a mi modo de ver,

fué escrito con una pluma que de sus alas arrancóse el ángel de la poesía, tanta y tan pura es la que aquí se encierra.

LA BURBUJA

Bathille, allá en el corral donde el volátil cloquea,
sobre la tosca escudilla sopla una paja, inclinado;
el agua hueca hace espuma, con gran ruido borbotea
hasta que desborda. El niño, que lucha sin resultado,
siente venir a su boca como una acritud salina.
Más feliz, una burbuja por último se vislumbra,
y, conducida con arte, se alarga, se determina,
redondeándose, por fin en un globo que deslumbra.
El niño sigue soplando; ella más y más aumenta;
luciendo los cien colores del prisma y de la alborada,
y refleja en las paredes del fino cristal que ostenta,
los árboles, el camino, el caballo y la morada...
Pronta a destacarse, brilla cual maravilloso faro.
Retiene su aliento el niño, ella oscila con donaire,
y remonta dulcemente verde luz y rosa claro,
como un endeble prodigio; resplandeciendo en el aire,
ella sube... Repentino, el alma aun deslumbrada,
en vano busca Bathille su gloria evaporizada.

Decidme ¿no es esto oro puro, virgen, sin amalgama? ¡Qué precisión de calificativos! ¡Qué poder de asociación! ¡Qué cristalina delicadeza!

Recordad:

«luciendo los cien colores del prisma y de la alborada—refleja en las paredes del fino cristal, que ostenta,—los árboles, el camino, el caballo y la morada...»

Y termina ¡qué profundo!

«en vano busca Bathille su gloria evaporizada».

¿Habéis visto algo más encantador que la Burbuja de ese mágico Samain?

Los cuadritos que he citado son policromos, graciosos, llenos de luz y alegría, veamos ahora otros de diferente procedimiento, pero no menor belleza.

Leed la «Romanza sin palabras» de Juan Maragall:

En el agua del pilón
Flota una rosa bermeja;
De bruces al manantial
Se sacia una jovencuela;
Por la barba y por el cuello
Le resbala el agua fresca;
Del remojón que se da
Sus hermanitos se alegran;
Ella ríe y bebe aún
y al fin se atraganta y cesa...
Todos chillan a la par,
Se alborotan y enajenan;
Todos hasta el chiquilín
Que está en la cuna allí cerca,
Oyendo alborozo tal,
Desnudo ríe y pernea
Y empieza solo a cantar
Una romanza sin letra.

Ya en esto se ve mayor sobriedad en el color, menos policromía y rapidez. El tono es de una serena transparencia en que domina el color perla, pudiéramos decir. Hay menos movimiento, pero más vida interior. Sin embargo se siente gran frescura, ale-

gría y paz. A la vida del epíteto iluminador corresponde la de los hechos.

Podemos citar como un cuadrito, pues tiene sus condiciones, el bello y famoso poemita «La Vaca ciega» del mismo Maragall:

Tropezando, con este y aquel tronco,
Caminando con tiento hacia el estanque
Llega la vaca solitaria. Es ciega.
De un certero y funesto golpe de honda,
El rabadán le vació un ojo. El otro
Se le entelo. La vaca es ahora ciega.
Va a abrevarse a la fuente como antaño,
Mas sin el firme paso de otros días
Y sin sus compañeras. Marcha sola.
Sus hermanas por cimas y collados,
En la paz de los prados y riberas
Hacen sonar la esquíla mientras pacen
Hierba fresca al azar. Ella caería.
Da con el belfo en el pilón gastado;
Retrocede atontada, pero vuelve;
La testa inclina al agua y bebe en calma.
Bebe poco, sin sed. Después eleva
Al cielo la testuz armada enorme
Con trágica actitud, sobre las muertas
Pupilas parpadea. Luego torna,
Huérfana de la luz de un sol, que quema,
Y dudando, por sendas que no olvida,
Blande con languidez la larga cola.

Habéis leído un crayón trágico, doloroso, que deja una emoción de angustia en el alma y una cruel pero viva imagen en la mente. Los colores son grises, oscuros, sombríos; casi no hay adjetivos; pero se ve, se siente y se sufre. Los rasgos son severos pero fuertes, escasos pero penetrantes. Hay un procedimiento de claro-oscuro patente. Ese golpe del belfo en el pilón gastado duele.

En el género de los cuadritos podría

también incluirse el de los retratos, pero a mi parecer, éste merece lugar aparte; y pienso tratar de él en otra ocasión.

Para no ser más extenso no cito algunos cuadritos de Juana Ibarburou y Julio Herrera y Reissig que el lector puede encontrar en cualquiera antología hispano-americana.

JOSÉ CORONEL Y U.

La muerte de las escuelas

LOS que, la vela hinchada de ensueños, vamos al viejo reino de la literatura al toque de conquistas, y explorando con el telescopio buscamos un sendero, nos hemos preguntado: ¿Hay una égida vencedora? ¿cual es el estandarte que ha de cobijarnos en el arribo? Nada vemos enfrente. El gran tinglado bulle y vibra sin duda pero en la más desconcertante confusión; se representa la Comedia Humana en completo desacuerdo de comparsas, en ir y venir de tendencias; se aplauden las cabalías, los volatines, los malabarismos, la maromería de la cuerda floja en los unos, mientras otros pasan solitarios, meditabundos, despreciativos como raros bonzos de extraños ritos, murmurando oscuras filosofías.

Los claros, los serenos, los que no gritan, pocas veces logran una mirada de esa precursora de gloria o fracaso que se llama atención.

Hoy en día la literatura ha llegado a una total dispersión de tendencias que ha bifurcado las aguas madres en el insólito caso de la individualización como tendencia única. Es ese el golpe de vista general que para mí presenta, por lo menos. Todos están claros en convenir regocijados que las escuelas han muerto. Las pobres escuelas, madres de la disciplina, eran malas, según dicen, porque llevaban al anquilosamiento o a la extravagancia por sistema, que es mil veces peor que la más extravagante sinceridad. Las escuelas literarias, por lo menos las de moda en los figurines de las últimas estaciones, han muerto por disgregación por pulverización como trociscos de alcanfor al aire libre. Cada átomo de ese alcanfor evaporado es un plumífero del día, que solamente se parece a otro en cuanto los hombres se parecen, y viceversa. En consecuencia de la desorientación, faltan los guías, los directores, y el Reino de las letras, sin reyes, se ha vuelto república anárquica.

Pasó en Francia—la directora—el gran movimiento simbolista, que ahora nos parece cosa lejana y apenas flota un raro perfume de recuerdo, para nosotros los amigos de las cosas vagas y las etéreas sensaciones. En la América Latina y en España murió también el modernismo, del cual apenas nos llegan a veces escasos gritos de despedida y violentos giros agónicos de los rezagados. El modernismo, o lo que se ha llamado de tal modo, tuvo brillos gloriosos de apoteosis a principios del siglo presente; la lengua española bailó danzas prodigiosas al son de los galos cascabels, pero al comenzar el desfile de los grandes maestros a regiones más serenas del ocaso, aquellas notas modernas fueron echando arrugas de vejez de puro amaneradas o insinceras.

Los adalides franceses del movimiento simbolista fueron los primeros en personalizarse y tomar sendas definidas. Moreas del Peregrino Apasionado está muy lejos del ateniense sereno y purísimo de las Estancias, cuya lira, según él mismo asegura, sonaba ahora, «siempre más sabia, más cálida y más pura».

El tumultuoso forjador de imágenes de las Fuerzas Tumultuosas, Emilio Verhaeren, enamorado de la luna acabó por refugiarse en un virgilianismo de georgica en Les Blés Mouvants, donde, cantos como la Vaquera tienen olor a campo lleno.

Y así con casi todos: Henry de Regnier, Rodenbach, Vielé-Griffin abandonaron más o menos a tiempo el misterio inconsútil del símbolo.

Después sonaron los dobles del modernismo, tocados por los propios maestros; Rubén, el de *alma clara* que tenía el horror a las tinieblas y el dulce filósofo Nervo, lleno de amor a Dios, que buen despreciador de la forma acabó bendiciendo el lugar común en bello canto, y hasta diciendo en otra ocasión:

Yo no sé nada de literatura. ni de vocales átonas o tónicas, ni de ritmos, medidas o cesura ni de escuelas (comadres antagónicas) ni de malabarismos de estructura.

Igualmente se van transformando los otros, y a estas alturas, Chocano el que en los Nocturnos cantó «las noches locales de espejos» hoy dice bellas cosas sencillas al Indio fatalista y taciturno, y al Gato con botas, y a la Cenicienta, exquisitas puerilidades bien sentidas y.....muy medidas.

Esos son los idos, o los que ya se van a dormir mientras la fama conserva sus nombres por muchos, o no muchos años, pero la sed literaria resta, el amor a la belleza persiste con la preocupación de los que vienen más o menos pronto.

Vuelve aquí la cuestión de tendencias con la anterior afirmación del fin de las escuelas literarias, que necesita para crédito tuyo, lector, una partida de defunción con un dictamen médico

Para eso nos fijamos en la transición de los simbolistas y los modernistas, escuelas que fueron afines en principios y disgregación. Esas tendencias que han sido capitales literarias de éstos últimos tiempos trajeron en sí mismas el germen de multifurcación que fué causa de la muerte prematura.

Desde el movimiento romántico, el gran clarín de Hugo cantó sus dianas libertarias por donde se vieron surgir en Francia, en relativamente corto tiempo, las más diversas agrupaciones: Naturalistas, Parnasianos Simbolistas.....

El naturalismo murió podrido como era natural.....Hoy aun andan por ahí novelas pornográficas, estilo Joaquín Belda, para alimento de rufianes y mozas del partido, pobres hojas escatológicas, que revuelven el estómago.

El Parnaso era estrecho, puramente recinto de orfebres y alfareros, de donde se comenzó por expulsar el sentimiento. Por eso el Parnasianismo murió paráltico, abandonado del mismo pontífice, Leconte de L' Isle y de Prudhomme, que se hizo poeta diáctico y de Dierx y de Mendés.....Su

recuerdo permanece en las letras para siempre, porque hicieron bellos medallones de oro y delicadísimos alto-relieves.

Pero la rama del árbol hugoliano, más extendida, más general, y que llegó a cobijar con su sombra todas las literaturas modernas, fué el simbolismo.

Este trajo el germen de disociación más íntimamente inoculado. Los derechos de libertad literaria eran absolutos; la forma fué renovada y enriquecida hasta lo indecible, desde las más antiguas maneras de los trovadores hasta la prosa rítmica y rimada de Paul Fort y Caudel; el subjetivismo, el egotismo tendieron a la disgregación individualista; la sugestión del símbolo, *le rêve* que ellos decían, produjo la libertad de interpretaciones, el libre examen literario, padre posible de infinitas sectas.

Así es exacta la frase de Alejandro Plana, en el prólogo de la Antología general de poetas líricos franceses de Maristany, cuando dice: «La sugestión puede darse expresando estados de alma indecisos, como en la poesía de un George Rodenbach o de un Maurice Maeterlink, o a través de una afección estricta a la vida cotidiana, como en la poesía de Francis James», y luego. «Se incluyen en el simbolismo los temperamentos más diversos y fórmulas técnicas esencialmente contrarias».

Una escuela tal en que la única senda común es esa cosa vaga, incorpórea y tan diversamente interpretada que se llama símbolo, muere, pero no dividiéndose en tres o más escuelas como el romanticismo, sino microtomizada por cada uno de los que quieren cantar sus fugaces sensaciones anímicas.

Por más que se diga, el estado actual de la literatura en las lenguas cultas no es otro que un individualismo más o menos pretencioso de originalidad.

Se hablará—entre los amigos de escuelas—de futurismo, de simplismo, de estridentismo, de ultratísmo.....pero eso y lo demás son saltos en la cuerda, maromas, originalidades de mayor

o menor excentricidad, *ismos* a quienes va canalizando el hastío que siempre llega.

Y si no, yo pregunto: ¿Cuáles son las orientaciones contemporáneas, las orientaciones caudalosas y dirigidas por hombres representativos? De ninguna manera puede considerarse en serio cierto movimiento minorista en el cual se cuenta un joven guatemalteco, de quien leí hace pocos unos versos estu.....pendos en *El Universal Ilustrado* de México, y decía de los «autobuses que llevaban el crepúsculo al hospital», y escribía «chimeneas» con las letras puestas en línea vertical a la manera china, sin duda para darnos una imagen gráfica. Y asimismo las demás saltimbanquerías, todo lo divertidas que se quiera, pero absolutamente carentes de belleza.

¿En donde está ese Guía literario que los jóvenes buscan? ¿Cuáles son esas escuelas? ¿En España?. Los novelistas son absolutamente personales. Sólo hay un Ricardo León, sólo un Azorín, sólo un Valle Inclán. La Academia ha abierto sus puertas a literatos de sistemas en diametral oposición, tales León y Martínez Ruiz. Seguir al primero resulta ridículo, pues no se llega al tejedor de páginas sonoras, hidalgas y galanas con los juegos de luz de sus viejas y amadas palabras castizas. Al segundo, fatal y dañoso, pues es don único de Azorín ese poder de sugerir con la estricta construcción directa.

¿Los poetas? Marquina, académico que es el primer poeta de España. Marquina es único. Los Machado, Jiménez, Carrere y Pérez de Ayala y muchos.

¿Mas dónde está ese guiador de multitudes que buscamos?

El teatro, si.....Dos cumbres: Benavente y Linares Rivas, y en seguida, grandes y personales, Los Quintero, Martínez Sierra.....El teatro español es el teatro español, robusto y floreciente

Por todas partes buscamos en vano los directores de escuelas. Cumbres aisladas no faltan sin duda, ni

han de faltar nunca, Rudyard-Kipling, Bernard Shaw, mantienen la poesía y el teatro en Inglaterra.

El poeta soldado, el de Fiume, D'Annunzio, que, a pesar de todo, marcaba una tendencia, está en su ocaso de Garda. El teatro de Italia cuenta con dos eminencias: Pirandello y Nicodemi. La novela: Papini. La eterna y divina Lutecia, se divierte como loca en la capital de la belleza, mientras, como un profeta, Bourget castiga sus vicios con novelas soberbias. La novela francesa va siempre a la avanzada. El teatro que era ayer el primero del mundo, a la desaparición de Capus, de Bataille, de Bernstein, ha quedado entre juegos *vaudevillescos* y locuras fantasistas, solo interrumpidas por las delicadezas de R. de Flers y de Caillavet o de Tristan Bernard o del gran Kistaemakers u otras voces aisladas. ¿Su poesía? En Versalles no mueren los ruiseñores, ni dejan de cantar:

Les grands jets d'eau esbelts parmi les marbres; de Verlaine. Hoy son Romains, Duhamel, Vildrac. El genio no llega aún. Rusia está loca.

En nuestra América Latina aún cantan los de la antigua generación, cansados de modernismo; Chocano, Lugones, Fombona, Valencia, y para hoy, y para mañana, ese portento que se llama Aurelio Martínez Mutis. Hay tres mujeres que valen: Mistral, Ibarburu, Storni.

Pero escuelas no hay, por más que se busquen con la lámpara de Aladino.

Leopoldo Lugones presentaba hace poco a un poeta, Roxlo, autor del libro «El Grillo». Pero.... la *pose* exéntrica está allí.

No hay escuelas, pero la actual confusión de individualismos, nos presenta un aspecto abigarrado de Carnaval.

José María Salaverría en su libro «La Intimidad Literaria» ha tocado en lo más vivo ese deseo de llamar la atención con excentricidades de los jóvenes que llegan a escalar cumbres.

Aconseja: «Ante todo habrá de ser el escritor un diestro arrivista, hábil en el reclamo y en todas las artes trepadoras». Y añade: «Trepador, llama-

tivo, efectista, sensacional, experto en producir curiosidades, no solo por lo nuevo y eficaz de la obra, sino además por ciertas excentricidades y con la ayuda de oportunas exhibiciones personales». Esa es la amarga realidad que pide el público lector para prestar atención. El paladar estragado quiere rarezas. Se han leído todos los libros cuerdos y locos... son necesarias las artes mágicas y la prestidigitación.

El viejo Malla, mé nos dijo ayer: J'ai lu tous les livres!

Hoy dice Xenius: He aquí que todos los libros nos han sido dados. Todos los libros, todos!... Los insignes, los fuertes, los raros!!

Y ¿cómo atraer las miradas de las gentes? Hacer piruetas, nuevas, personalísimas, lejos de las escuelas en la cuerda floja de nuestra propia imaginación.

Danza la juventud intelectual contemporánea al aire libre y de propia inspiración, en danza extraña, mientras suena a lo lejos la siringa del maestro Darío; que canta: «Libertad, mis amigos, no os dejéis poner librea.

Felizmente en el fondo hay un ambiente de optimismo y una innegable actividad revelatriz de vigores raigales, por donde nos queda el derecho de aspirar a frutos de porvenir.

En resumen: Han muerto las esue-

las, rotas por una explosión de libertad individual. Hoy reina una total desorientación, una multifurcación de ideales en medio del amor a las poses más raras, desde el snobismo más alquitarado y ridículo hasta el simplismo más simple y ramplón.

Permanecen como cumbres solitarias pocos consagrados; lo demás es agitación, revolución, estridencia. Causa de esto es sin duda la falta de senda y de tendencia, en el solo deseo de sobresalir y llamar la atención, en una palabra, la muerte de las escuelas contemporáneas. Esta muerte, ¿es un mal? ¿es un bien? Yo me inclino a creer que es un bien. La locura, el desacuerdo que hoy imperan acabarán por hastiar de excentricidades, y sin refugio de escuelas terminaremos por ponernos de acuerdo volviendo a la eterna fuente de la Naturaleza y la Verdad, de igual manera que Anteo al contacto con la madre tierra cobraba fuerzas.

El delirio depara una fecunda serenidad; los nervios que han vibrado con rapidez enfermizas tienden al descanso equilibrado y hacia la mar en calma, donde el sol de la Belleza se refleja; irá la nave tripulada de futuros con la experiencia de un millón de tempestades.

JOSE CORONEL U.

FLORES EXÓTICAS

Impresión de la lectura. A los
alumnos de cuarto curso la dedico.
J. C. U.

ESCRIBO bajo la impresión de un librito precioso: «Antología de poetas orientales, por Carmela Eulate Sanjurjo.» Sabrosa y rara miel de las Islas de la Especiería, sobre hojuelas de versos castellanos: eso debemos a la gentil traductora.

Hay que entrarse por la Antología, como por un jardín de ensueños de las Mil y Una Noches, a cazar impresiones extrañas, penetrantes, como el sabor de las especias que fueron el sueño de Colón.

Poesía fantástica, grandiosa como las magnificencias arquitectónicas de la India, son esos—hoy bastante conocidos—poemas sagrados el Mahabharata y el Ramayana.

Delicada, frágil poesía de exquisitos contornos de forma como la Torre de Porcelana de la China, los poemas de Li-Taipé y Chia-Tiu-Lin.

Y así es de notarse la semejanza nacional de la poesía y la arquitectura en cada uno de los pueblos orientales, pues ambas proceden de la misma fuente, la Naturaleza.

Trae la Antología bellos fragmentos de los citados poemas de la India, antiguos monumentos de una poesía teogónica y panteísta, ante los cuales no me detengo por ser ya bastante conocidos de aquellos a quienes dedico estas rápidas impresiones.

Luego siguen los poetas judíos como el célebre Salomón Ibn Geribol, judío español de Málaga, de profundo acento religioso, autor de la «Corona Real.»—Moisés Ibn Ezra, del mismo sabor religioso que es propio a la poesía judaica, en la «Visión Trágica,» pero de una fina gracia de madrigal en «Lógica Inocente,» tan breve que no puedo dejar de copiarlo.

Responde, hermosa niña,
pero dí la verdad:
¿por qué causa los viejos no te agradan?
Ellos saben amar.....

Una dulce sonrisa
su boca dibujó.
¿Y por qué a ti las niñas a tus años,
te inspiran tanto amor?

Poeta de Madrigal y de canción amorosa es Jehú Da Levy y gran poeta moral, Meir de Rothemburg, judío alemán. Noto en estos poetas israelitas poco sabor oriental, a no ser por imitación bíblica en algunos cantos religiosos y me lo explico con sólo saber que todos ellos son nacidos y radicados en Europa.

Entre los persas ha recogido la traductora bellos poemas. Obras de caudillos beduinos famosos por el valor como Antar Ben Scedad y Al Katarí, hombres de vida azarosa entre el amor y la muerte.

Asimismo, del poeta Omar Ibn Abí Rabbia, bello como un Dios, según dicen, constantemente complicado en aventuras galantes, y cuyos poemas no era permitido leer a las jóvenes de la Meca, residencia de Omar. Obras de pensadores, como el ciego Abú L'Alá Al-Maurri, impregnadas de un amargo escepticismo. Obras como los Rubayata, de Omar Khayyam, de una belleza simbólica admirable, y de un epicurismo de rosas y vino casi helénico.

La cumbre épica persa es generalmente conocida en el Shah-Named de Ferdusi.

Poesía de amor y de guerra, con tintes a veces reflexivos, a veces puramente líricos es la poesía de los persas.

Al Katarí exclama al final de su canción «Frente al peligro:»

«Nada vale la vida sin lucha,
sin gloria alcanzada,
cuando allá en el rincón solitario,
se quedan las lanzas,
y parecen sus hierros mohosos,
enseres de casa.»

Por otro lado, Hafiz, altísimo poeta, dijo:

«Vivo tan sólo porque el pecho mío
siente el amor que tu belleza inspira.»

Mientras Khayyam canta:

¡Oh, mi adorada! Llena la copa del presente;
en ella olvidar quiero
temores y pesares en lánguida embriaguez!
¡Mañana! ¡Qué me importa lo que será
(mañana)

El tiempo con exceso
sobre mi propia vida veloz ha de correr.

Pero el ciego Abu Lalá piensa:

Que he comprobado
que el universo
tan sólo encierra
si lo observamos
atentamente,
polvo y miseria.

Los árabes, poetas del amor y de la voluptuosidad, reyes de la imaginación torrencial, y cálida, pasan cantando a sus huries, a sus caballos, a sus tierras:

Poesías de frondas lujuriantes, de frutas ópimas, de aguas corrientes, de esbeltas palmeras, de oro y sedas y tapicerías..... y el amor en medio de todo, pero muy lejos del amor.

En una estrofa de Ibn Safar Al-Marrini, árabe de España; de el «Canto a Andalucía» veo como la síntesis de la poesía árabe:

Las aguas de sus ríos, como cintas,
la van ciñendo un cinturón de plata;
su arena es oro, y perlas y escarlata
el rocío y las rosas del jardín.

Balsámico es el aire que se aspira,
y al corazón más duro le conmueve,
y en dulce soplo, indefinible y leve,
el amor se desliza sin sentir.

Voy ahora a entrar en la parte que me atrae más poderosamente, y en donde me detendré a aspirar el perfume de las rosas exóticas, más raras, más puras, más nuevas.

Es en el Imperio del Sol Naciente y en la China Celeste, del dragón amarillo: La China, color de arrozales, China misteriosa por lo impenetrable, de los bellos palacios, de raros nombres—tales Wan-Shi-Shan, (monte de las mil felicidades), Ta-Hiung-Pao-Tien, (sala preciosa del divino héroe)—fué siempre fecunda en poetas desde los más remotos albores de la Historia.

La primera Antología china fué recogida por Confucio, bajo el título Sci-Kiung, 500 años antes de nuestra

era. Cantó al amor—siempre con una pureza exquisita—a la guerra, al vino, a la danza, a los palacios y damas de palacio.

La poesía china es esencialmente externa admirable de forma en la imagen, en la evocación, en el paisaje, de una plasticidad delicada de perfiles, y a veces envuelta en cierta vaguedad oscura, que ellos pusieron de moda siglos antes de que soñara la Europa simbolista.

Li-Tai-Pe es el genio lírico de la tierra celeste.—Sus poémitas breves son como esas maravillas de cerámica que hicieron los artifices chinos, teteras de raras formas con paisajes diminutos, como madrigales del color que son a mi gusto lo más exquisito en el género, que hay y ha habido jamás en el reino de las cosas frágiles.

Mirad aquí el «Pabellón de Porcelana» lleno de gracia clara y precisa, cosa fina y exótica que encanta y resume las cualidades del gran poeta ebrio Li-Tai-Pe:

Mirad lo que se eleva
allí, en medio del lago:
Se eleva un pabellón de porcelana,
de un tono verde y blanco.
Hay que cruzar un puente,
de cárdeno alabastro,
que aseméjase a un tigre, cuyo lomo
estuviese encorvado.

Encima de aquel puente
están varios amigos
que hablan, y que ríen, y que beben
en tazas, vino tibio.
Arróllanse las mangas
de sus claros vestidos,
y los sombreros pónense en la nuca
con ademanes nimios.

Está invertido el puente
en medio de este lago,
y parece una inmensa media luna
de nitido alabastro,
donde varios amigos,
con vestidos muy claros,
allí en el pabellón de porcelana
beben cabeza abajo.

El cuadro parece pintado en un plato de porcelana, o dibujado con tinta china en un abanico. Del mismo poeta hay en la Antología otro poema, en donde ya se ve moverse un algo de misterio, entre la precisión rara y casi pueril de detalles no esperados. Se llama el «Graznido de los cuervos». Está allí el presagio supersticioso de una manera vaga y sua-

ve indicado. Con todo, queda la preminencia casi total de la forma externa.

La esposa del guerrero está tejendo «con sus manos de ámbar transparentes» una urdimbre de seda. Oye el graznar de los cuervos, lleno de tristes augurios y

dulce y pausadamente
arregla con sus manos,
con sus manos de ámbar primorosas,
el lecho solitario,
y fluyen unas lágrimas
de sus ojos opacos
de improviso, violentas y copiosas,
cual lluvia de verano.

Una nota sentimental, verdadera y profunda, humana, es difícil de encontrar en medio de la tenue melancolía general de la lírica china; apenas sensaciones verdaderamente delicadas, tiernas y preciosas como «En secreto» de Uang-Sing Yú que transcribo aquí:

He extinguido la lámpara,
porque brilla la luna
y su luz ilumina el recinto en redor
y en el fondo del alma
misterioso murmura
un sutil pensamiento de inefable dolor.
Mi pupila, anegada
por el llanto, se nubla,
y un dolor agudísimo viene el alma a sentir,
al pensar que mi amada
no sabrá nunca
que en su ausencia por ella he llorado yo aquí.

La delicadeza, la pulcritud, el trazo fino, el afecto aristocrático, la melancolía leve por los dolores humanos, la extraña concepción poética que habla del Diamante Azul, del Río Amarillo, de Kiosco de luz, etc, son características de la poesía del antiguo Imperio Celeste. rico de extraños poemas de nombres monosilábicos: Tu-Fu, Tsín-Tsén, Fan-Yun, Tse-Tié, etc, etc.

Es de notarse en la poesía china la falta de religiosidad casi absoluta a pesar de la pureza con que siempre tratan las cosas, y sobre todo el amor, para ellos leve y pulcro en extremo. Asimismo al revés de los otros pueblos orientales, la épica china es pobre y poco feliz, debido sin duda al carácter pacífico de sus gentes.

El Japón,—Imperio del Sol Naciente—estuvo en la antigüedad bajo la influencia de los chinos, por lo cual

hasta épocas muy posteriores encontró expresión propia en la lírica. Los historiadores dan detalles importantes que voy a recoger para lo que puedan ser útiles. La primera Antología japonesa data del año 784 y lleva el título de Hojiki, (Recopilación de cosas antiguas).

El período clásico comienza el año 800 y llega hasta 1.186.

Es mayor en el Japón, el número de las poetisas que el de los poetas, debido a que el ejercicio de este arte fué cosa popular a quien los hombres consideraron delicada para atraer las viriles energías.

Fué la poesía, luego, ejercicio de nobles y es curioso detalle el que el Mikado Muzu-Hito, fué poeta celebrado y lo mismo la emperatriz viuda Haruco.

Desde la entrada del Japón entre las grandes naciones civilizadas, el movimiento literario es admirable y cuenta hoy día con poetas como Shiwoi Uko de fama mundial.

Estos datos los he recogido del prólogo de la señora Eulate Sanjurjo, que abunda en detalles curiosos.

Convergen la poesía nipona y la china en la admirable plasticidad de la forma, pero difieren muy hondamente en cuanto late en la fibra japonesa gran fuerza sentimental, un extraordinario vigor pasional de energía que alterna con las delicadezas agrid y allá esparcidas. Sobre todo la poesía del Japón ha sabido vibrar a los acordes del sentimiento patrio, que es médula de esa raza guerrera.

Poesía honda, elevada, profundamente humana es la poesía en esa isla de hombres y árboles pequeños.

Ya lo decía Tsurayuki—altísimo poeta—en el famosísimo prefacio a la colección Kokinshú: «La poesía nació, cuando fueron criados el cielo y la tierra.»

«Escuchando al ruiseñor que canta entre las flores, o el grito de la rana que se sumerge en el agua, reconocemos que todas las cosas vivas necesitan del canto para expresarse».

«La poesía de Yamato (el Japón) tiene en el corazón humano su propio asiento».

Tsurayuki dijo verdad.

Bella sobre toda ponderación, es la elegía de Hito Maro—uno de los más célebres poetas antiguos,—«A una dama de la corte», superior sin duda alguna a la del poeta francés Francisco de Malherbe, «Consolación» (A. M. de Perrier) tan celebrada, con la cual coincide en el asunto.

Hay en la obra del poeta oriental sentimiento sincero y penetrante de verdad, unido a la insuperable belleza de forma y alteza de pensamientos.

No puedo citarla íntegra por ser un poco larga. Bastará ver alguna imagen bellamente rara.

Comienza así:

Tenia su semblante las aureas tintas pálidas
de un bosque en el otoño:
Su cuerpo se cimbraba cual caña de bambú.
Las esperanzas dulces de un porvenir risueño,
llenábanla de gozo,
y todos admirábamos su hermosa juventud.

La vida prometía una existencia larga;
su delicioso rostro
tenía el atractivo que emana de la flor;
Mas ¿quién adivinara que aquel feliz encanto
desapareciera pronto
cual gota de rocío secada por el sol?

Y tiene ésta estrofa final:

Oh, ¡bella entre las bellas! Pasaste como
(sombra
en medio de nosotros,
y ha sido tu destino tan rápido y fugaz,
cual lo es el de la niebla, cual lo es el del
(rocío
que se evaporan pronto,
dejándonos la imagen de un «algo» celestial!

Los Tankas son estrofitas breves de versos cortos y en una combinación especial, muy ligda según dicen los que saben japonés.

De ellas están llenas las colecciones clásicas japonesas: unas encierran un pensamiento filosófico, otras uno patriótico, aquellas un simple concepto artístico o galante.

Copio algunas que me han llamado la atención.

He aquí una tanka, que encierra lindamente un pensamiento de optimismo:

En el árbol más lozano
hay siempre una rama seca;
mas ¿porqué buscarla, hermano,
entre las frondas risueñas
que acaricias con tu mano?

Y ved esta otra, y decidme si hay algo más encantador, más fortificante y lleno de elevado y fino idealismo.

Lo que aparece en nuestros sueños,
¿por qué decimos que no existe?
El mundo real es tan pequeño
que para mí es un vano empeño
decir que es único, ¡es tan triste!

Luego una imagen preciosa:

Contemplo de la luna la figura,
en las plácidas noches del estío,
y sintiendo del aire la frescura
yo pienso que es el abanico mío,
suspendido del cielo, allá en la altura.

Las anteriores tankas están tomadas del Kokinshū (colección de poemas antiguos y modernos) formado en 905 por un comité de poetas que presidió Tsurayuki.

La elegancia externa de la poesía japonesa se manifiesta en todos los poetas principales y llega a veces con precisión de relieve a asemejarse a los mejores versos de Li-Tai-Pé. Véase por ejemplo la perfección descriptiva del poemita «Al paso de la luna» obra de forma impecable del poeta Bun-To-Ku.

En un mar de celajes navega
el esquife gentil de la luna,
y las nubes le forman al paso
una sombra tan diáfana y pura
que parecen las costas lejanas
donde el mar va a romperse en espuma.

Sobre el techo de antigua pagoda
su contorno el esquife dibuja;
se refleja en el fondo de un vaso
de licor, en su rara avetura,
y parece que inmóvil un punto
en el cielo se queda la luna.

De un estanque al pisar va a copiar
en el agua tranquila y profunda,
para luego seguir entre nubes,
invariable su plácida ruta,
que rodeada de estrellas, prosigue
en el mar de los cielos la luna.

Eran por lo común, composiciones breves, ya en tankas, ya en otros diversos métodos, entre los que llegó a hacerse popular el Hakai, método inventado por el monje poeta Matsura Bashō, y que sin duda halagaría a un buen poeta modernista por la repetición del primero y último verso de la estrofa:

Policroma y alada mariposa:
al pétalo de rosa,
cuando cae, tú límtas en tu vuelo;
¡Policroma y alada mariposa!

Y así sucesivamente. (Sonriete, maestro Verlaine; que eso era antiguo en el Japón).

A raíz de la guerra con Rusia se despiertan las musas patrióticas y surge la colección «Flores del Ciruelo»,— emblema del amor patrio—y toda una copiosa floración poética.

Brillan entonces el primer poeta japonés de hoy Shiwoi-Uko y el poeta soldado Fuku-Shima, autor el primero del libro «Hojas de Otoño» (Hana Momiji), 1898—y el segundo del canto «Gloria al Japón» de sople guerrero y patriótico genial. Finalmente, en nuestros días figura asimismo la poetisa Fuand-Fi, casada con un americano, que es una de las más puras glorias literarias del Japón.

Guarda además la Antología bellas flores de poetas indostánicos, javaneses, etc...

Llaman la atención Kushal Khan, poeta de Afganistán, autor del fino y viviente poema «Seducción» y Momin, poeta indostánico de portentosa fuerza pasional y galanura sugestiva en «Era un día».

Entre los poetas contemporáneos del Oriente a cuyo frente, figura el famosísimo indio Rabindranath Tagore—uno de los más grandes poetas del mundo—de quienes todos guardamos más de una emoción lustral, figuran la igualmente célebre poetisa indostánica Sarojini Naidu y Noto Son,—roto, poeta javanés, de quienes no quiero pasar sin copiar alguna bella composición.

Véase de la primera el «Canto del país de Kachemira»:

La flor del Iris orna los sepulcros,
las rojas peonías el terrado;
hay esperanza en los amantes fieles,
y temor en el alma del esclavo.

Los ópalos se encuentran en el río
las perlas en el fondo del océano
la duda en el espíritu que sufre,
la fé en el corazón enamorado.

Danzan las mariposas en la noche
al fulgor de la luna tibia y leve,
danzan al sol las hojas del manzano;
los sueños del poeta allá en su mente.

Hay dulzura en la miel de las colmenas,
y en el pecho de virgen inocente;
alegría en los ojos de los niños,
y reposó en las manos de la muerte.

De Noto Souro, leed «La Flor de Loto», que es nuestra bella y blanca flor de Mondongo:

Antes de revestirse de su traje
nupcial,
la flor de loto, que es la desposada
del Sol;
antes de que su cándida corola,
se abra al rayo de luz,
tiene que hacer un misterioso viaje
por la oscuridad,
con angustia letal, que la desola
con innato temor,
para alcanzar al fin de la jornada
la plena beatitud.

Eso es bello y simbólico, ¿no es verdad?

Son las flores exóticas de perfumes mágicos y no soñados, son los clavos de olor de las Islas de especiería que hay que saber gustar como un manjar nuevo y extraño.

El pequeño libro de bolsillo que ahora tengo junto a mí, me ha enseñado a amar la literatura de esos pueblos de misterio y de belleza más que todos los estudios de intrincada erudición que marchitan todo asfodelo, toda flor de espedezza, toda flor de loto.

Por eso quiero indicar a los estudiantes de literatura extranjera, ese tesoro de volumen, que se hace necesario para comprender, es decir, amar la entraña lírica del lejano oriente, donde la Belleza tiene los ojos color de misterio.

Y si oímos decir que eso no es práctico y que más vale saber llevar las cuentas que auscultar los latidos del corazón sencillo y mirar los vuelos del Pájaro Azul rayando el cielo, dejemos hablar y que enseñe con el bardo nipón Tadu-Miné que vale más la ilusión que la vida. La ilusión que es poesía, que es amor, que es esperanza.

Esto pensemos:

No me importara; no, perder la vida
pues perdí, al despertar del dulce ensueño
la ilusión, que, purísima
abrigaba en mi seno,
¡Y era toda la luz del alma mía!
Así sea.

JOSÉ CORONEL URTECHO.

REVISTA

DE LA ACADEMIA DE GEOGRAFIA E HISTORIA DE
NICARAGUA

DIRECTOR: DOCTOR PEDRO JOAQUIN CHAMORRO

REDACTORES: DOCTORES RAMÓN ROMERO Y MODESTO ARMIJO

ADMINISTRADOR: GUSTAVO KATTENGELL H.

AÑO I	MANAGUA, DICIEMBRE DE 1936	TOMO I No. 2
-------	----------------------------	-----------------

HISTORIA DE NICARAGUA

Por JOSE CORONEL URTECHO

CAPITULO I

Descubrimientos, exploraciones y fundaciones.

Nicaragua surge a la historia como tierra de tránsito. Los principales descubrimientos y exploraciones realizados en esta tierra y la fundación de algunas de sus más importantes ciudades fueron resultado de la búsqueda de una ruta para la navegación. Primero la búsqueda de un paso hacia las Indias Occidentales. Después—descubierto el Pacífico—la de un estrecho imaginario llamado el estrecho Dudoso y más tarde—hallado el lago de Nicaragua y disipado el mito del estrecho—la del desaguadero de aquel lago en el Atlántico.

Cuando en 1502 emprendía Cristóbal Colón su cuarto viaje, iba empujado por la última ilusión de hallar un paso a los dominios del Gran Kan. Con ese anhelo recorrió en vano las costas atlánticas del continente desde la punta caxinas o cabo de Honduras hasta el golfo de San Blas en Colombia y dejó por consiguiente descubierto el litoral que hoy pertenece a Nicaragua, desde el Cabo de Gracias a Dios—adon-

de arribó el 12 de septiembre—hasta el punto llamado Carriay — que algunos historiadores sitúan en la desembocadura del río Punta Gorda.

Las consecuencias de este descubrimiento de Colón fueron trascendentales para Nicaragua, porque del territorio descubierto le fue asignado a Diego de Nicuesa la provincia de Veragua, que se extendía desde el cabo de Honduras hasta el golfo de Urabá o de Darién. Instalado Nicuesa en el Darién, tropezó con obstáculos que fue incapaz de superar, y fracasó en su empeño. Con eso, la población de Nicaragua no se llevó a efecto por el Atlántico. Pero toda esa costa de la futura nación nicaragüense quedó ligada a la suerte de Veragua. Hecho que es necesario tener presente para comprender las dificultades que más adelante se presentaron en la formación de la fisonomía natural de nuestro país y en la colonización y dominio de la Mosquitia.

Poco después del fracaso de Nicuesa, la necesidad de nuevas rutas marítimas se hizo sentir con más urgencia. En 1513, uno de los hombres empeñados en la conquista del Darién, el genial Vasco Núñez de Balboa descubrió el Océano Pacífico, cruzando el istmo de Panamá. Frente a las perspectivas que se abrían, se planteaba un problema: el paso del Atlántico al Pacífico, y la imaginación de los conquistadores lo resolvió con una incógnita: el estrecho Dudoso. Esa nueva leyenda arrojó a Nicaragua los navíos.

Pedrarias Dávila, nombrado Gobernador de Castilla del Oro—que abarcaba la provincia del Darién—la recibió con una mar inesperada llena de invitaciones. Luego, ocurridos los lamentables sucesos políticos que sólo afectan de un modo negativo a nuestra historia, los tenientes de Pedrarias, Bartolomé Hurtado y Hernán Ponce de León, descubrieron en 1519, el golfo de Chira o de Nicoya, umbral de la conquista de Nicaragua. Por allí penetró la expedición del Gil González Dávila en 1522.

Tanto Gil González como el piloto Andrés Niño estaban directamente autorizados por el monarca español desde 1519 para descubrir hasta mil leguas al Oeste de Panamá y llevaban instrucciones expresas de “saber si lo descubierto por las costas de la mar del Sur tenía salida hacia las del Norte”.

González entró en las tierras de Nicoya y al tener noticias de un cacique llamado Nicaragua, fue a buscarlo. Nicaragua habitaba en las orillas del Gran Lago, en un poblado que ha subsistido y es actualmente el puerto de San Jorge. “Vuestra Magestad ha de saber—escribía el conquistador a Carlos V—, que este pueblo de este cacique Nicaragua está la tierra adentro tres leguas de la costa de esta mar del Sur y

junto a las casas de la otra parte está otra mar dulce, y digo mar porque crece y mengua y los yndios no saben decir que por aquel agua se vaya a otra salada, sino que todo lo que ellos an andado por ella a una parte e a otra es dulce; yo entré a caballo en ella y la probé y tomé la posesión en nombre de vuestra magestad. Preguntando a los yndios si esta mar dulce se juntaba con la otra salada, dicen que no, y cuando nuestros ojos pudieron ver, todo es agua, salvo una isla que está dos leguas de la costa, que dicen está poblada; el tiempo no dió lugar para saber otra cosa más de que yo mandé entrar media legua por el agua en una canoa en que los yndios navegan para ver si el agua corría hazia alguna parte sospechando que fuese río, y no le hallaron corriente; los pilotos que conmigo llevaba certifican que sale a la mar del Norte, y si así es, es muy gran nueva porque avía de una mar a otra dos o tres leguas de camino muy llano". Forman esas palabras finales una precisa descripción del Tránsito. Penetrando al lago por el Atlántico, viene a decirse se pondría cruzar la estrecha faja de tierra que media entre el lago y el Pacífico. No por eso la fábula del estrecho Dudoso, quedó desechada. ¿Qué razón existía para creer que el lago no se comunicaba también con el Océano Pacífico? Relatan algunos cronistas que los indios dijeron a González que así era la verdad y que el conquistador se lo guardó en secreto para no despertar ambiciones competidoras. Lo cierto es que lo vemos persistir en su propósito de hallar aquella misteriosa comunicación. Se introdujo algo más en la tierra, visitando los pueblos de Ochomogo, Nandapía, Mombacho, Nandaime, Moratí y Gotega, pero al ser sorprendido por la resistencia de los naturales bajo el mando del famoso Diriangén, es indudable que juzgó imprudente internarse en el país con sus escasas fuerzas, y regresó al golfo de San Vicente (bahía de Caldera, Costa Rica), a donde estaba citado con Andrés Niño, su compañero, quien había navegado a lo largo de la costa nicaragüense y descubierto el golfo de Fonseca. Iba Gil González a Santo Domingo a preparar una nueva y más formal expedición, con la cual volvería por el Atlántico en demanda del estrecho Dudoso.

Al pasar por Panamá se hizo lenguas de las tierras por él descubiertas y avivó la codicia de Pedrarias, quien se creía con derecho sobre ellas por la anterior expedición de sus tenientes al Golfo de Nicoya. No era Pedrarias hombre para dejar escapar una oportunidad al parecer tan inmediata de descubrir el estrecho Dudosa, tanto más cuanto que aquellas tierras eran prometedoras de riquezas.

Y así se ve salir en los principios de 1524 tras de las

nuellas de González a Francisco Hernández de Córdoba, enviado de Pedrarias. Llevaba encargo de fundar ciudades que asegurasen el dominio de la tierra y de solucionar el "misterio del estrecho". Con el objeto de darle un puerto a la provincia que iba a poblar y establecer de esa manera la comunicación segura que dejara ligada a Nicaragua con Castilla del Oro, fundó la ciudad de Bruselas en las costas del Golfo de Nicoya, en un lugar que aún no ha sido precisado por la historia.

Sin perder tiempo se dirigió a buscar el lago y junto al pueblo indígena de Jalteva fundó la ciudad de Granada en el mismo año de 1524. Se fundó esta ciudad para que sirviera de base a las exploraciones de aquel "mar dulce", que prometía revelar el secreto del estrecho. Cuentan que fueron acarreadas desde Bruselas a lomo de indio, las piezas de las naves que armadas de nuevo en Granada se utilizaron en la expedición del Capitán Ruiz Díaz, quien bajó el lago y entró en el desaguadero hasta el primer raudal. Estaría sin duda muy bajo el río en ese tiempo, ya que, poco después fracasó la nueva expedición que hizo salir el de Córdoba, capitaneada por el audaz Hernando de Soto. De suerte que el desaguadero continuó en el misterio.

Entre tanto, los acontecimientos políticos comenzaron a complicar el curso de las exploraciones geográficas. Mientras Hernández de Córdoba se internaba en el país, ávido de sus secretos y descubría Imabita y otros lugares vecinos al lago Xolotlán, tuvo noticias de que Gil González se introducía a Nicaragua por Honduras. Por consiguiente, se hacía necesario defender el dominio político de la tierra y esa lucha vino a prestar un nuevo impulso a las exploraciones y fundaciones.

Como base de exploraciones militares y como plaza defensiva del territorio conquistado fundó Hernández de Córdoba la ciudad de León siempre en el año de 1524 que fue de tanto fruto para el país—a orillas del lago Xolotlán y desde donde se dominaban esas costas y las rutas de norte; de manera que León nació capital, porque nació para dominar (1)

Desde León se despacharon excursiones de frailes y soldados a convertir y someter a los pueblos vecinos, como era la costumbre de los conquistadores y además, con motivo de las operaciones militares a que dió lugar la incursión de Gon-

(1) En 1610—a causa de conmociones volcánicas—León fue trasladado de las orillas del Xolotlán a Subtiaba, donde hoy se halla. El doctor Carlos Cuadra Pasos ha creído ver en esto el principio de una decadencia de la Supremacía política de la capital. Es posible, pero hay que tener en cuenta que una tradición de dominio necesita conmociones políticas profundas para extinguirse.

zález, fue explorado el extenso territorio que actualmente limita con Honduras, hasta el Valle de Olancho inclusive.

Comenzaban a formarse los límites de las provincias de Honduras y Nicaragua por ese choque de corrientes exploradoras hacia el estrecho Dudoso. La corriente de Sur a Norte había subido de Castilla del Oro. La corriente de Norte a Sur bajó de México. Gil González fue una coincidencia extraña entre las dos corrientes y a merced de ambas. Los enviados de Hernán Cortés, Cristóbal de Olid y Francisco de las Casas—que se vieron envueltos en el remolino producido por el choque de las corrientes—y el propio conquistador de México en persona ¿qué buscaban en Honduras? Claramente lo expresan los documentos. Las instrucciones dadas en Valladolid a 26 de junio de 1523, relativas a la población y pacificación de la Nueva España ordenaban a Cortés en la instrucción 18: “Y porque soy ynformado que en la costa abaxo de essa tierra ay un estrecho para passar en la mar del Norte a la mar del Sur, e porque a nuestro servicio conviene mucho savello, yo os encargo y mando que luego con mucha diligencia procuréis de saber si ay el dicho estrecho y enviéis personas que lo busquen e os traigan larga e verdadera relación de lo que en ello allaren y continuamente me escribiéis e enviareis larga relación de lo que en ello se hallase, porque como beis esto es cossa muy ymportante a nuestro servicio”. Y Cortés escribía anunciando su viaje a Honduras: “Así porque tengo mucha información que aquella tierra es muy rica, como porque hay opinión de muchos pilotos que por aquella bahía sale estrecho a la otra mar que es la cosa que yo en este mundo más deseo topar, por el gran servicio que se me representa que dello Vuestra Cesarea Magestad recibiría”. “Asimismo pienso enviar los navíos que tengo hechos en la mar del Sur, que, queriendo Nuestro Señor, navegarán en fin del mes de julio deste año de 524 por la misma costa abajo, en demanda del dicho estrecho; porque si le hay, no se puede esconder a estos por la mar del Sur y a los otros por la mar del Norte, porque estos del Sur llevarán la costa hasta hallar el dicho estrecho o juntar la tierra con la que descubrió Magallanes y los otros del Norte, como he dicho hasta juntar con los Bacalaos”. Allí donde chocaron las corrientes se detuvieron, pero enseguida se rompió algunas veces la línea fronteriza y aunque fue demarcada claramente por las cédulas reales es todavía objeto de polémicas.

¿Estaba ya madura Nicaragua para formar una gobernación? La mayor parte de sus tierras quedaban prácticamente descubiertas. Podía hacerse un mapa bastante exacto del territorio que hoy está comprendido en los departamentos

del Pacífico y los del Norte. Las costas de Chontales habían sido visitadas por los bergantines armados o contruídos en el Gran Lago. Ya se iba disipando la duda del estrecho. "Los primeros exploradores de Nicaragua—afirma don Manuel María de Peralta—creyeron que entre el mar del Sur, el golfo de Nicoya y el lago de Nicaragua se hallaba un estrecho que llamaron el *estrecho Dudoso*, denominación que desapareció tan pronto como los oficiales de Pedrarias Dávila se convencieron de que entre el lago y el Océano Pacífico no había tal pasaje y que la mar dulce de Gil González Dávila, no era sino mediterránea, aunque se vaciaba en el Atlántico por el desaguadero o río de San Juan de Nicaragua". Disminuído, pues, en cierto sentido el interés que despertaban hasta entonces las exploraciones de Nicaragua, la atención de los conquistadores se distrajo por algún tiempo del objetivo que la geografía les señalaba para concentrarse sobre el dominio político de la hermosa provincia. Por eso entre los años de 1526 y 1528 se sucedió una serie de disputas que tuvieron, a no dudarlo, un efecto deprimente sobre el desarrollo de las exploraciones y fundaciones, pero que no lograron detener por completo el movimiento de éstas.

Hernández de Córdoba creyó oportuno alzarse contra Pedrarias y conseguir para sí mismo la gobernación de Nicaragua. Para aislarse mejor de Castilla del Oro despobló la ciudad de Bruselas, dejando el puerto desmantelado. Pero Pedrarias al saberlo se trasladó con toda rapidez a Nicaragua y restableció su jefatura, degollando al de Córdoba—en julio de 1526—.Reforzó la frontera y volvió a anudar los lazos de Nicaragua y Castilla del Oro, repoblando Bruselas.

Por algunos meses el orden restablecido dió cabida a las empresas, pero no a las empresas expansivas, sino a las productivas. Con Pedrarias, hombre ambicioso de riquezas, un nuevo elemento poblador se establecía en Nicaragua: las minas de Oro, en la zona minera del Norte fueron pobladas para la explotación del precioso metal, Santa María de la Esperanza, que debe ser la actual Santa María; Villa Hermoso al Norte del río Guayape o Patuca y Yohana Mostega que más tarde, vuelta a fundar, tomó importancia con el nombre de Nueva Segovia.

Con esas fundaciones a su favor pasó Pedrarias a Panamá para ser residenciado por Pedro de los Ríos, nuevo gobernador de Castilla del Oro.

Puede afirmarse que Nicaragua quedó en acefalía. Por lo tanto se rompió la frontera del Norte y Nicaragua fue invadida por Diego López de Salcedo, gobernador de Honduras, en abril de 1527. Las intenciones del usurpador son mani-

fiestas. Existe un documento del mismo año de 1527, con este mote: "Instrucción y poder que dió el gobernador del nuevo reino de León, Diego López de Salcedo, a Gabriel de Rojas para que fuese al descubrimiento del Desaguadero de una laguna en la provincia de Nicaragua". Pero la expedición no fue llevada a efecto porque ya el Sur volvía a la defensa de sus derechos. A'entado por Pedrarias, el gobernador de Castilla del Oro vino a León a reclamar su primacía y sometida la disputa ante el Ayuntamiento de la ciudad, éste creyó prudente inclinarse a favor de quien tenía la fuerza de las armas. En consecuencia, Pedro de los Ríos se vió arrojado de Nicaragua y el puerto de Bruselas fue destruído una vez más y ahora para siempre. Porque la vida de Bruselas fue sólo el símbolo de unión de Nicaragua y Castilla del Oro y en adelante sería Nicaragua una gobernación independiente.

Pedrarias fue nombrado gobernador en 1527 y tomó posesión el siguiente año. La provincia de Nicaragua comenzaba a tener conciencia propia y a darse cuenta de sus necesidades naturales. Por eso ya no se manda a repoblar Bruselas sino a buscar la ruta del Atlántico.

Rumbo al desaguadero salieron de Granada Gabriel de Rojas y Martín de Estete, poco después de haber tomado posesión Pedrarias. No fueron más afortunados que los otros y en el primer raudal dejaron los navíos. Pero se internaron en el territorio que se extiende sobre las márgenes derechos del río, explorando la provincia de Suerre que iba a pertenecer a Costa Rica, y esto marcó una desviación de las empresas nicaragüenses que iba a seguir acentuándose para perjuicio de nuestra patria.

Tal vez aquel fracaso desalentó las esperanzas de navegar al mar por el desaguadero y Pedrarias volvió los ojos a sus empresas favoritas. Buscando minas en donde había noticia de ellas, los expedicionarios fueron de nuevo a Olancho, a Chorotega, Menalaca, Choluteca y a Nequipio—el Salvador. Esas expediciones desborda en los límites de Nicaragua, pero al fijar las pretensiones de Honduras marcaban su frontera hasta el río de Choluteca en la mar del Sur y hasta el río Aguán en la del Norte.

También el oro de Chontales atrajo a los exploradores. "Como vi la pobreza e perdimiento de la tierra —informa Castañeda—se dió orden por el gobernador e oficiales de vuestra magestad e por mí, que un capitán que se dize Garavito fuese con cinquenta hombres aderezados de armas, bateas e herramientas a una tierra que se dice Boaco, do ay nueva por los indios que hay oro, que son de aquí según dizen de veinte e

cinco e treinta leguas, e a que partió la gente de nueve leguas de aquí, do se juntaron en un cacique que se dize Tipicapa”.

Explorado el territorio chontaleño ¿por qué razón—ocurre preguntar—no fue ganada la Costa Atlántica y asegurada la fundación del puerto que los nicaragüenses necesitaban?

Unos vecinos de León, en el informe en que participaban al rey la muerte de Pedrarias, le decían: “Otro sy, suplicamos a vuestra magestad nos haga merced que por cuanto esta gobernación no tiene límites señalados que vuestra magestad sea servido de mandar que se estienda en los terminos e límites desta gobernación desdel golfo de San lucas por las costas del Sur hasta el río de lempa yncclusive nordeste sudeste de mar a mar que entre el golfo y provincia de las higueras y puerto y cabo de honduras pues que conviene al servicio de vuestra magestad e a la sustentación destas dos gobernaciones que se junten para que la una favorezca a la otra y se pueble y pacifique la tierra y porque esta gobernación no tiene puerto ninguno a la mar del norte por donde se provea y bastezca de las cosas necesarias”. Se siente en este documento de manera casi angustiada el vacío de aquella tierra ignota que se extendía entre el Gran Lago, la mar del Norte y el Desaguadero. Y por él se comprende asimismo, que Pedrarias no buscaba en Honduras sólo minas. Por eso extraña mucho que Nicaragua se mostrara mejor dispuesta a pedir prestado un puerto a Honduras que a fundarlo en las costas inexploradas de la mar del Norte. Conviene pues examinar las circunstancias del momento.

La provincia de Nicaragua no estaba libre de las contingencias del Imperio. Durante los gobiernos de Pedrarias y del Licenciado Castañeda—1528 a 1535—el Perú había sustituido en el anhelo conquistador a las Islas de la Especiería. En 1529 Castañeda informaba: “Algunos quieren hacer nabios diziendo que quieren yr a descubrir por la mar a esa costa del Perú e Tacamez e Tumbes, ques la tierra que Pizarro e Almagro descubrieron e sacar gente de aquí para ello; yo lo contradigo por dos cosas: lo uno por questa tierra como he dicho no está bien calada ni bisto todo lo que en ella ay, e es menester que la gente pueble en esta tierra e la anden e se busquen minas porque a faltar esto se despoblarán”. Pero los temores del Licenciado Castañeda no impidieron que por el año 1533 salieran de Nicaragua muchos conquistadores bajo el mando de Francisco Godoy, ávidos de los tesoros de los Incas. Ni que Gabriel de Rojas organizara poco después una costosa expedición que Aprovechó don Pedro de Alvarado.

Naturalmente, la Costa Atlántica sufrió las consecuencias que temía el Licenciado.

En resumen: La necesidad de un puerto nicaragüense era imperiosa, pero la empresa de fundarlo era más que difícil. Ciertamente el Licenciado Castañeda no abandonó completamente las conveniencias de Nicaragua y envió a los capitanes Díaz y Benalcasar a ensayar la navegación por el Desaguadero, pero el fracaso de aquella nueva expedición demostró, una vez más, lo que ya habían demostrado las anteriores expediciones: que el Desaguadero se presentaba innavegable. Por lo tanto el camino era claro: cruzar la tierra que hoy pertenece a los departamentos de Chontales y de Bluefields. ¿Sabemos lo que aquello significaba? Romper las selvas, pasar las montañas, atravesar los ríos, dominar a los indios bravos, por toda una extensión desconocida y cargando lo necesario para poblar un puerto. Es decir, una expedición pobladora superior a la de Hernández de Córdoba, que era imposible en los momentos en que el entusiasmo despertado por la conquista del Perú robaba conquistadores a Nicaragua.

Un solo beneficio dejó a nuestro país el movimiento de hombres hacia el Perú: en el puerto nicaragüense donde Alvarado arrebató sus barcos a Gabriel de Rojas, fundó la Villa del Realejo.

En 1535 vino Rodrigo de Contreras a hacerse cargo de la Gobernación de Nicaragua. La fiebre del oro peruano se había enfriado y los vecinos volvían sus ojos al Desaguadero. Escribían al rey encareciéndole la necesidad de aquella comunicación que acortaría el tráfico al Perú y abriría el lago de Nicaragua al comercio marítimo. Y Contreras encontró a su llegada una cédula real con el mandato de formar una flota de bergantines que recorriesen el Desaguadero. El mismo, en carta al Emperador había escrito: "Hai en esta provincia una laguna grande en que entran muchos rios y desagua por un rio grande en la mar del Norte. Podríase navegar con navíos pequeños y servir para comunicar ambos mares.

Desde el principio de su gobierno se entregó a preparar la expedición que pudiera vencer los obstáculos materiales del Desaguadero. Pero un obstáculo moral vino a impedir la pronta realización del viejo anhelo de los colonos. Fray Bartolomé de las Casas había pasado a Nicaragua con el objeto de poner en práctica sus teorías de que por medio de la mansedumbre y de la sola predicación era posible reducir a los salvajes. Opuesto a toda clase de expediciones descubridoras por miedo a las crueldades que de ellas resultaban para los indios, provocó escándalos en León y Granada con sus sermones

R. de la A.—P. 2

apasionados. Algo más todavía. La víspera de la partida del Capitán Alonso Machuca de Suaso y de su gente a la deseada expedición sembró la indisciplina entre la tropa, negándose a absolver a los soldados de ella. El resultado lógico de tanto celo humanitario fue el completo fracaso de la empresa. Se revelaron los soldados a los tres meses de sufrimientos y Machuca estuvo a punto de perder la vida asesinado por los rebeldes.

Pero las piadosas teorías de Fray Bartolomé de las Casas apenas comenzaban a producir efecto. Más adelante, traducidas en leyes o llevadas a la práctica, tendrán influencia decisiva en el desarrollo de la conquista y población de Nicaragua.

La corona española insistía. En el mes de septiembre de 1536, una cédula de la reina volvió a indicar la ruta de la geografía. Los costosos preparativos se levantaron. Se organizó la nueva empresa. Pero otra vez las conveniencias del imperio se impusieron sobre las conveniencias de la provincia, y todo fue utilizado en el Perú para debelar el alzamiento de Manco Inca. No obstante, la tenacidad española dominó las circunstancias adversas y en 1539, se realizó la expedición de Alonso de Calero y Diego Machuca de Suaso, que fué coronado por el éxito.

Pasaron de Granada a Chontales, cruzando el lago en línea recta. Siguieron luego la costa chontaleña y entraron en el río San Juan, cuyo primer raudal no los detuvo. Entre este, que es el raudal del Toro y el raudal de El Castillo, los capitanes se separaron con la intención del volver a juntarse. Machuca entró en la tierra de la margen izquierda, con sesenta hombres de a pié y de a caballo y llegó hasta el río Coco, llamado Yarí o Yoro y después de sufrir las grandes calamidades de semejante recorrido regresó a pié y deshecho hasta Granada. El capitán Calero, mientras tanto, salió al Atlántico. En busca de Machuca, navegó hasta la desembocadura del Coco y remontó su curso durante cinco días. Víctima también él de insoportables padecimientos, desanduvo lo andado y fué a Nombre de Dios donde tenía asiento la audiencia de Panamá.

Los resultados de aquella expedición fueron diversos. Había sido alcanzada la meta de las exploraciones nicaragüenses. Los contornos del país, tal como hoy aparecen en el mapa, quedaban perfectamente delineados. El interior de la provincia—abierto al mar atlántico, a su comercio y tráfico—se convertía en un lugar de tránsito, que acarrearía la acechanza de toda suerte de piratas. La política exterior de la nación tenía señalado su destino.

Todos aquellos elementos nuevos junto con otros renovados, pronto comenzarían a complicar el curso de la conquista del territorio nicaragüense. Conviene por lo tanto, proseguir de manera ordenada, separando los grupos de sucesos según las varias causas que los determinaron.

Rodrigo de Contreras fue actor o testigo de algunos hechos determinantes.

Cuando el Capitán Machuca regresó a Granada ignoraba el resultado de la exploración y la suerte del Capitán Calero. El Gobernador Contreras, tenaz en el empeño, se preparó para una nueva expedición bajo su propio mando. Pero la ruta que iba a seguir la estaban decidiendo los acontecimientos que se desarrollaron en Nombre de Dios.

El Dr. Robles, oidor de la audiencia de Panamá, había envuelto al Capitán Calero en toda clase de asechanzas para impedirle volver a Nicaragua en busca del provecho de su descubrimiento. Sabía que aquellas tierras estaban comprendidas entre los límites de Veragua, cuya gobernación tenía destinada para su yerno Hernán Sánchez de Badajoz y envió a éste a conquistar lo descubierto por Calero. Al Gobernador Contreras le ordenó abstenerse de la conquista que confiaba a su yerno, pero cuando las órdenes llegaron a Nicaragua ya era tarde. La expedición de Don Rodrigo había partido a fines del año 1539. Sánchez de Badajoz, entre tanto, conquistó la provincia de Suerre—que ya habían descubierto los expedicionarios nicaragüenses—y se fortificó en ellas. Contreras avanzaba despacio, reconociendo las márgenes del río. Ya cerca de la desembocadura, se encontró con Alonso Calero, que había burlado la vigilancia del Dr. Robles. Informado el Gobernador de las andanzas de Badajoz, se internó por Suerre, y tras un largo sitio logró apresarlo y hacerse dueño de la provincia. Fundó el puerto de San Juan de la Cruz, en el Desaguadero y continuó su conquista de Suerre. Así se desvió otra vez, el curso natural de las exploraciones, dejando sin conquistar en las márgenes izquierdas del Desaguadero el territorio nicaragüense del Atlántico. Ya se verá enseguida lo inoportuno de aquella desviación.

Por de pronto, es necesario detenerse—porque naturalmente no todo se redujo a las expediciones al Desaguadero.

En 1536 Rodrigo de Contreras practicó un reconocimiento en la zona minera del Norte, próxima al río Coco, y allá fundó Nueva Segovia en el lugar que había ocupado la Yohana Mostega de Pedrarias, destruída por las insurrecciones de los indios. También Nueva Segovia fue despoblada y la volvió a fundar el Capitán Diego de Castañeda, vecino de Granada. Este mismo Capitán recorrió Chontales y fundó en

1542, el puerto lacustre de Nueva Jaén. Dónde quedaba esta ciudad, es cosa no resuelta. Unos historiadores la sitúan en las bocas del río San Juan, donde hoy está San Carlos, y otros, en un punto impreciso de las costas chontaleñas entre los ríos Oyate y Tapenaguasapa (1). Tales fueron las principales poblaciones que se fundaron en aquel tiempo, según las escasas noticias que tenemos.

La fundación de villas y de pueblos, continuará calladamente a través de la época colonial, venciendo todos los obstáculos, pero no así la exploración y población de la Costa Atlántica. Con este objeto nada que merezca los honores del recuerdo se llevó a cabo durante la segunda mitad del siglo XVI.

¿Por qué razón?

Cuando Rodrigo de Contreras llevaba a cabo la conquista de Suerre tuvo noticias de un hecho capital que vino a decidir de la suerte de la Costa Atlántica nicaragüense. El rey había firmado en 1540 una capitulación con Diego Gutiérrez para la conquista de Veragua. Resucitó, pues, la Veragua de Colón en los momentos en que un Gobernador de Nicaragua, impelido por las circunstancias, conquistaba las tierras situadas sobre la margen derecha del Desaguadero, y así, perdía la oportunidad de conquistar las tierras de la margen izquierda, que eran las que la geografía destinaba para el país de los lagos.

Contreras reclamó sus derechos adquiridos, pero la apelación no hubo lugar y Nicaragua se vió privada de la Costa Atlántica, pues la Veragua de Diego Gutiérrez, llamada también Gobernación de Cartago, se extendía desde la bahía de Zarabaro, hoy laguna de Chiriquí, hasta el Cabo Camarón y el río Aguán, con ciento cincuenta leguas de costa, comprendido el Desaguadero desde su desembocadura hasta quince leguas del Gran Lago. Ya antes, en el año 1534, había sido otorgada a Felipe Gutiérrez la provincia de Veragua, extendiéndola sólo hasta el cabo de Gracias a Dios. Fracasada la conquista de Felipe Gutiérrez, la Veragua se fraccionó, quedando de hecho para Nicaragua abiertas las posibilidades de conquistar su Costa Atlántica. Volvió a cerrarlas la capitulación con Diego Gutiérrez que confinaba la Veragua a Costa Rica. Fracasó Diego Gutiérrez. Juan Pérez de Cabrera, que heredó sus derechos, no emprendió nada, y de ese modo

(1). Hay entre los ríos Oyate y Tepanaguasapa una hacienda llamada La Jaén y un sitio al que le dicen *La Jaén Vieja*. ¿Sería Nueva Jaén base de la agricultura chontaleña? Pero entonces ¿qué motivó su desaparicimiento? Los historiadores oficiales guardan silencio.

los años transcurridos entre 1542 y 1560 se pasaron prácticamente en blanco para la conquista costarricense.

Entre tanto, aguijoneaba a nuestra patria el impulso geográfico. Al pulsar aquel período de nuestra historia se toca una corriente de energías exploradoras hacia el Atlántico, contenidas por un cúmulo de circunstancias adversas. Parece que un destino enemigo se empeñara en privar a Nicaragua de las costas que había descubierto el Almirante.

La Taguzgalpa era el nombre que en esos tiempos daban a aquellas costas (1)—“Dábase este nombre—dice el Marqués de Peralta—al territorio que se extiende desde la boca del Desaguadero, a la parte del Norte, hasta el Cabo Camarón, con toda la tierra adentro, hasta los confines de Nicaragua y Honduras, a cuyas Repúblicas pertenece hoy”. Con vivo afán buscaron los conquistadores la Taguzgalpa, ante la oportunidad abierta por el fracaso y la muerte de Diego Gutiérrez, ocurrida en 1544. Sin embargo, la sombra de Fray Bartolomé de las Casas, protector de los indios, vino a impedir una vez más la realización feliz de aquel anhelo.

Sean cuales fueren sus beneficios en otros órdenes, las leyes de 1542, inspiradas en las doctrinas de Las Casas, pudieron haber paralizado hasta las tentativas exploradoras a no existir un empuje geográfico tan intenso. Las nuevas leyes ponían trabas a la realización de las conquistas. “Con el fin de contener los abusos que se cometían en los descubrimientos de nuevos territorios—dice el Dr. Ayón—, se ordenaba que nadie pudiera emprender esa clase de conquistas, fuese por mar o por tierra, sin licencia; y que no se tomasen indios contra su voluntad, sino tres o cuatro para intérpretes, debiendo éstos ir también voluntariamente.” El Obispo de Nicaragua Fray Antonio de Valdivieso escribía en 1545: “... la *Huzgalpa*, que en nuestra lengua quiere decir *patria de oro*, ha sido buscada por su fama por muchos capitanes que en esta tierra a avido y creo estoviera poblada sino que con las nuevas ordenanzas no ven tanto interese y con esto no hallan los capitanes quien los siga”. El historiador García Peláez afirma “que una cédula dirigida al Presidente Cerrato en 3 de octubre de 1547, no permite a un capitán la salida de la ciudad de Segovia a poblar ni conquistar la Taguzgalpa, según lo ordenado en las nuevas leyes.”

Además, las disposiciones contra los poseedores de encomiendas, provocaron disturbios en el Imperio. En el Perú

(1) La Taguzgalpa era el nombre general. Estrictamente, Taguzgalpa era la tierra desde el río Aguán al Cabo de Gracias a Dios, y Tologalpa desde el Cabo de Gracias a Dios hasta el Desaguadero.

se levantó don Gonzalo Pizarro, y Nicaragua prestó su contingente para debelar el alzamiento. En nuestra propia tierra las conmociones políticas producidas por la estricta aplicación de las leyes culminaron con el asesinato del Obispo Valdivieso y la rebelión de los Contreras.

Las leyes de 1551, promulgadas en el mismo espíritu, provocaron en 1553 el alzamiento de Francisco Hernández Jirón en el Perú, que fue dominado con los auxilios prestados por Nicaragua. Como el desorden es contagioso, en 1554 Juan Gaitán invadió nuestro país y fue vencido.

Naturalmente, aquellos años tan conmovidos, no eran los más propicios para llevar a cabo expediciones pobladoras, y aquellas que se emprendieron tuvieron todas un carácter aislado e insuficiente. Los documentos en que constan son como huellas borrosas donde podemos leer apenas la dirección que buscaban las energías exploradoras de Nicaragua.

En carta de la Audiencia de los Confines al monarca fechada en 1545, se decía: "Al tiempo que esta Audiencia se sentó aquí (1544) un capitán proveído por el Adelantado Montejo andaba entendiendo en la conquista y pacificación de una tierra que es entre Ulancho y Trujillo y corre hasta el Desaguadero de la laguna de León que va a la mar del Norte".

Joan Dávila, vecino de Granada, habla en un memorial de una expedición suya a la Taguzgalpa, que aproximadamente ha de caer en 1547: "Me fue mandado por Vuestra Real Audiencia, con provisión que para ello me envyaron que fuese a descubrir la Tausgalpa, lo qual visto por mi y viendo que a Vuestro real servicio convenia, me dispuse a hacer la dicha jornada, la qual hize sirviendo a Vuestra Alteza..."

El Licenciado Ortiz de Elgueta, Alcalde Mayor de Nicaragua, fue comisionado por el Rey en 1559 para llevar a efecto la conquista del territorio comprendido "entre la provincia de Nicaragua y la de Honduras y el Desaguadero de la dicha provincia, a la parte de las ciudades del Nombre de Dios y Panamá, entre la mar del Sur y la del Norte". Se trataba nada menos que de la provincia de Costa Rica, tal como había sido cedida a Diego Gutiérrez. La Taguzgalpa quedaba reducida a una importancia secundaria en el conjunto señalado a Ortiz de Elgueta, pero no obstante, por allí comenzó su conquista el funcionario nicaragüense. Ese es un hecho revelador.

Nuestro país gozaba de tiempos prósperos y tranquilos. Una vez más la ruta de la Costa Atlántica estaba franca. El Alcalde Mayor de Nicaragua reconocía la Taguzgalpa. Era la hora de que el destino adverso se presentara.

Hubo un conflicto de comisiones. Al par que el Rey co-

misionaba a Ortiz de Elgueta, la Audiencia de los Confines comisionaba a don Juan Cavallón. Mientras el primero se limitaba a reconocer lo que es hoy día la Costa Atlántica de Nicaragua, el segundo “daba principio—dice un historiador costarricense—a la conquista real y permanente de Costa Rica”, o sea, dicho en palabras nicaragüenses, del territorio que hoy día pertenece a esa República. En vista de tales hechos la corona española expidió una real cédula en febrero de 1561, en que se dice: “que Nos aviamos proveydo por nuestro Alcalde Mayor de la provincia de Nicaragua al Licenciado Ortiz, y le aviamos encargado de la población de cierta tierra que está cerca de la dicha provincia, y otras cosas tocantes a nuestro servicio, y para todo ello le aviamos mandado dar proviciones, cédulas e ystrucciones nuestras, las quales originalmente, ansy y como se avian dado al dicho Licenciado, os mando enviar con esta, y que por algunas causas cumplideras a nuestro servicio no conviene que el dicho Licenciado Ortiz entienda en lo susodicho, avemos acordado que vaya a ello el Licenciado Cavallón.....”

Emprendida por el Licenciado Cavallón la conquista efectiva de Costa Rica, las energías exploradoras de Nicaragua por tanto tiempo detenidas, se derramaron en ese cauce.

Y así, la Costa Atlántica de Nicaragua, relegada a un lugar secundario en el conjunto costarricense, permaneció inexplorada y salvaje durante toda la segunda mitad del siglo XVI.

Hay que advertir que lo que ahora parece desviación dañina al criterio nacionalista, era perfectamente natural para los colonos nicaragüenses, por dos razones: la íntima solidaridad del Imperio y los precedentes de Pedrarias y Contreras. Así, decía el capitán Diego de Castañeda, fundador de Segovia y de Nueva Jaén en una declaración: “que este testigo (Castañeda) ha visto y ansi es notorio, que todos los que han gobernado esta provincia (de Nicaragua) han procurado de poblar e pacificar la dicha tierra del Desaguadero e Costa Rica, e que han enviado capitanes e gente a ello por estar, como está, junto e muy cerca de esta gobernación.”

Del Licenciado Cavallón en adelante copiosa información documental nos muestra a los conquistadores de Costa Rica sacando de Nicaragua gente, dinero, armas, provisiones y toda clase de elementos para poblar. Bastan para probarlo, algunas pocas citas ordenadas:

Lic. Juan Cavallón:

Dice un informe del Cabildo de Garci-Muñoz, fechado en 1562.

“El dicho Licenciado Cavallón, salió de la dicha ciudad de Granada para yr por la banda del Sur, como

tenemos dicho, con noventa españoles e negros que se ofrecieron de yr a servir a V. M. en la dicha jornada, a los cuales dió e proveyó de armas, cavallos, ropas e lo necesario, llevando asimismo muchos ganados, puercos, cabras, vacas e mayz e otras cosas necesarias a la dicha población.”

Padre Juan de Estrada Rávago:

El mismo informe dice:

“Partió el dicho padre Jhoan Destrada de la ciudad de Granada, de la provincia de Nicaragua, por el Desaguadero de ella, por el mes de octubre del dicho año de sesenta, donde se aprestó de dos navios e canoas e las otras cosas para ir por el dicho Desaguadero e banda del Norte con hasta setenta españoles e mas que para el dicho viaje procuró, dando e proveyendo a todos muy cumplidamente, ansi armas, vestidos, comida y lo necesario, llevando ansimismo muchos negros y servicio, en que yrian por todos cerca de trescientas personas, con las cuales gastó mucha cantidad de pesos de oro”.

Juan Vázquez de Coronado:

Este admirable conquistador era también Alcalde Mayor de Nicaragua. Fué enviado a Costa Rica en 1562. “Vázquez de Coronado—dice el historiador costarricense Don León Fernández—envió desde Nicaragua a Costa Rica al Maestro de Campo Juan de Ovalle, como su teniente de Alcalde Mayor y un navio con soldados, armas y víveres; compró otro navio que igualmente hizo cargar de todo lo necesario para la colonia, y el 26 de agosto de 1562 partió para Costa Rica llevando gente, ganado y caballos.”

En carta de Vázquez de Coronado al Licenciado Landecho de la Audiencia de Guatemala, se lee: “Los vecinos de Nicaragua se me van todos y hazen bien, porque no sienten que an de ser remunerados, antes maltratados, ningún mestizo de aquella provincia que ha quedado. Partiré a buscar gente a la provincia de Nicaragua este veranillo...” “A Juan Romo y Zamora le han traydo no se que ropa, creo que me la darán; siendo asy, avisaré la gente, yré a Nicaragua a proveer la de aquí”. Desde León escribía el Conquistadar al Monarca: “También escribí a V. M. como me hera forzosso venir a esta gobernación (de Nicaragua) a reahazerme de gente y bastimentos y municiones por la falta que de todo había. Habrá un mes que llegué a Ella. En este

tiempo e enviado treynta soldados y polbora, cavalllos y ganado y tengo a pique el navio con otros tantos soldados como socorro de Pereyra y yo entraré al berano con la mas gente que pudiere". (Se refiere al capitán Antonio de Pereyra, enviado a establecer una colonia en el Guaynú).

Perafán de Ribera:

En un informe al Rey decía este Gobernador:

"Ahora últimamente envió al dicho mi hijo a la real Audiencia de los confines a que personalmente dé cuenta de todo lo subcedido, y para que se pueble otra y que provean de algunas cosas que convengan proveerse a vuestro real servicio, para la perpetuidad de esta nueva ciudad y de otra hacia el Desaguadero en la provincia de Suerre, por donde entró vuestro gobernador Diego Gutiérrez, que habrán de entrar por la ciudad de Granada, provincias de Nicaragua, por fragatas y bergantines". El presidente de la Audiencia, doctor Villalobos, informaba en 1573: "Está allí (en Costa Rica) por Gobernador Perafán de Ribera, es un hombre de mucha edad y cargado de enfermedades, anme venido algunas quejas del. Diole el doctor Antonio Gonzalez el corregimiento de Nicoya que vale duzientos pesos, para ayudar a sus gastos". De Nicoya había dicho Vázquez de Coronado: "Los tributos del pueblo de Nicoya son muy importantes para esta jornada, yo los compré de los oficiales reales y di por ellos novecientos y tantos pesos, por causa del maiz hasta que la tierra dé con que sustentar. Si Vuestra Magestad hiciese merced de ellos a esta jornada y quel proveedor de ella tuviese cuydado dellos, será principio de algún socorro".

En 1572 el Presidente de la Audiencia Dr. González explicaba al Rey la conveniencia de sostener la conquista de Costa Rica con los recursos de Nicaragua: "Convendria que V. M. mandase proveer allí (en Costa Rica) algún Gobernador que tuviese posibilidad para poder llevar allí gente, con que la tierra quedase facilmente allanada y podriasele dar juntamente lo de Nicaragua por estar en vecindad y tendria más ocasión de favorecerse de mantenimientos de la misma provincia de Nicaragua y a los soldados por ahora convendria hacerles alguna merced para entretenerlos; lo cual se podria remediar con mandar que lo que se gasta en Nicaragua en corregimiento

R. de la A.—P. 3

cesase por dos años y se diese a los soldados de aquella provincia (Costa Rica) que han servido mucho y por su pobreza no es posible sustentarse”.

Anguciana de Gamboa:

En noviembre de 1573 escribía el presidente Villalobos: “A 10 de octubre escribí a V. M. como había renunciado Perafán de Ribera, Gobernador de Costa Rica, el cargo que tenía de Gobernador, por su vejez y pobreza. Porque aquella tierra no se despoblase y que los concejos de las poblaciones de Costa Rica avian pedido por su capitán y Gobernador a un vecino de Granada que se dice Alonso de Anguciana, hombre de gran término y rico...” El rico granadino se comprometía a introducir a Costa Rica lo siguiente: “Serviré a Su Magestad de mi propia hacienda y bienes con treinta e un mil pesos de oro de mina, en las cosas y a los precios que de yuso irán declarados, que es lo que valen en aquella tierra y son los siguientes: *Navio*. Primeramente un navio que tengo aparejado en la mar del Sur, etc . . . en cinco mil pesos, 5.000 *Fragatas*. Item, dos fragatas por la mar del Norte, etc . . . en tres mil pesos, 3.000. *Ganado*. Dos mil cabezas de ganado vacuno que me costaron cinco mil pesos, 5.000. *Yeguas*. Quinientas yeguas que me costaron dos mil pesos, 2.000. *Negros*. Treinta negros mineros que me costaron ocho mil pesos, 8.000. *Armas y Municiones*. De armas e municiones mil y quinientos pesos, 1.500. *Ropa y Botica*. De ropa para favorecer a soldados y cosas de Botica, bastimentos y rescates para dar a los indios, quatro mil pesos, 4.000. *Fragua y dos negros y otras cosas*. Una fragua con dos negros maestros, esclavos, y todos sus adherentes, hierro para hacer las herramientas necesarias, barretas, y almocafres para las minas, dos mil quinientos pesos, 2.500. *Indios Oficioles*. Demás de lo qual meteré en la dicha tierra y provincia diez indios oficiales para la jornada, que anden con el campo de Su Magestad y jornadas y entradas que hicieren, los quales tengo ya prevenidos y se han ofrecido para el dicho efecto que son: un carpintero de banco, un texedor, dos zapateros, un curtidor, un sillero, un alpargatero, un xaquimero y un cordonero y otro texedor que an de ser dos. Otro sí, me profiero a meter quarenta hombres casados, con sus mugeres y ochenta solteros que todos estén y

habiten en ella, entre los quales irán labradores de trigo y carpinteros de rivera y banco y estancieros para poblar estancias y otros officios necesarios para la perpetuidad de la tierra”.

Diego de Artieda:

Fue nombrado Gobernador en 1573 pero no llegó a Costa Rica hasta 1577. La Capitulación celebrada con el rey decía: “y porque por la provincia de Nicaragua, que alinda con la dicha provincia de Costa Rica (según somos informados) podreis ser socorrido y ayudado para hacer el dicho descubrimiento con más comodidad vuestra y de los que con vos fueren, por os hacer mas merced, tenemos por bien de os la hacer de la Gobernación de la dicha provincia de Nicaragua y Nicoya . . .” En julio de 1576 escribía Diego de Artieda desde Granada: “A la ora que esta escribo estoy de camino para ir a tomar residencia al Alcalde Mayor que está en Costa Rica que por ciertas causas que allá han subcedido se me encargó la brevedad y ansi dexo en astillero tres navios para volver a las Bocas del Orago, que es en el río que dicen del Guaymi . . .” Y en efecto, se lee en el testimonio de la fundación de la ciudad de Artieda, suscrito el 8 de diciembre de 1577: “Por quanto en cumplimiento de lo capitulado con Su Magestad acerca de la poblazón e pacificación de la provincia de Costa Rica, él (diego de Artieda) salió de la ciudad de Granada con navio e gente de armada e vino derecho a las Bocas del Drago . . .”

Con diego de Artieda Cherino terminó la desviación de las fuerzas colonizadoras de Nicaragua, porque fue suprimida la causa que la había provocado y mantenido. La Costa Atlántica nicaragüense dejó de formar parte de Costa Rica para completar la fisonomía de Nicaragua. Ello fue motivado, a juicio del que escribe, por la presencia de los piratas en el Desaguadero.

No parece casual la coincidencia de los sucesos. En 1572 llegaron a Puerto Caballos “tres navios de franceses y una chalupa, que eran corsarios luteranos”. En febrero de 1573 aparecieron en la desembocadura del río San Juan. En Mayo de ese mismo año el Dr. Villalobos, Presidente de la Audiencia, se lo hacía saber al monarca: “Una fragatilla vino por el mes de febrero por la costa de Veragua, a la boca del Desaguadero, venian en ella treze ingleses y traian dieciocho versós y dos tiros de campo mayores, bien a punto de guerra; tomaron quatro fragatas que salian de la provincia de Nicara-

gua, de la ciudad de León y la ciudad de Granada e iban a vender gallinas, maíz y otras cosas al Nombre de Dios". Seis meses después el primero de Diciembre, celebró el Rey la capitulación que concedía a Diego de Artieda la Gobernación de Costa Rica, cuyos límites se reducían en esta forma: "desde el mar del Norte hasta el del Sur en latitud; y en longitud, desde los confines de Nicaragua por la parte de Nicoya, derecho a los valles de Chiriquí, hasta la provincia de Veragua (1) por la parte del sur; y por la del Norte, desde las bocas del Desaguadero, que a las partes de Nicaragua, todo lo que corre la tierra hasta la provincia de Veragua". A las partes de Nicaragua quedaba pues el resto del territorio comprendido entre el Desaguadero y el río Aguán en la frontera de Honduras. Era lo más aconsejado. Porque la amenaza de los piratas en el Desaguadero hacía urgente la necesidad de conquistar la Costa Atlántica y para facilitar esa conquista nada mejor que incorporarla a la provincia a que estaba ligada por la naturaleza.

Quedaba Nicaragua compuesta por dos zonas territoriales cuyas circunstancias eran completamente diferentes. La primera zona comprendía los actuales departamentos del Pacífico y parte de Chontales, Matagalpa, Jinotega, y Nueva Segovia; y la segunda caía hacia el Atlántico, más allá de una línea aproximada que podría trazarse desde Jalapa hasta El Castillo. Para seguir con claridad el desarrollo de la población del país y de la conquista de su territorio durante los siglos XVII y XVIII, es necesario estudiarlo por separado en cada zona.

La primera estaba ya explorada y sometidos sus habitantes desde antiguo y era tierra de paz como entonces decían, tierra propicia para fundar.

Escasos datos suministran los historiadores nicaragüenses sobre las fundaciones realizadas desde mediados del siglo XVI en adelante. Sin embargo, puede iniciarse una ligera indagación de sus causas.

La solicitud monárquica excitó siempre al establecimiento de poblaciones y señaló las reglas a que debían sujetarse los pobladores. Felipe II emitió leyes sabias al respecto. Mas no se fundan sin motivo las Villas y los pueblos. Los conquistadores fundaron ciudades para facilitar comunicaciones para dominar territorios, para explotar minas y tierras

(1) Como se ve no se refiere a la Veragua de Diego Gutiérrez, sino al Ducado de Veragua. "Este ducado se extendía—dice Peralta—desde el río Belén tan célebre en la historia de Colón, hasta la bahía de Zarabaro o del Almirante, en 25 leguas de longitud y otras tantas de latitud."

de labranza. Más tarde, cultivada y pacificada la tierra, ella, a su vez; comenzó a producir poblaciones. Y estas surgieron como resultado de la prosperidad del suelo, del aumento de población y de la conversión de los indios.

La agricultura era la base de la vida colonial. Extendido el cultivo de la tierra y regados los agricultores por dilatados campos brotaron algunas ciudades como nuevos centros de vida social. Rivas pertenece a ese tipo de ciudades agrícolas.

Hija espontánea de Nicaragua, Rivas brotó de nuestro suelo como una planta. Por el año 1607 se dejó sentir el primer movimiento de urbanización entre los agricultores del Valle de Nicaragua y el Obispo Villarreal autorizó la erección de una parroquia en aquel sitio. La comunión religiosa, necesidad primaria del espíritu social, impulsaba a los fundadores de Rivas a juntarse. “En aquella localidad—dice el doctor Ayón—poseían muchos vecinos de Granada haciendas de cacao y de ganado vacuno y como la larga distancia que media de un lugar a otro y el mal estado de los caminos no les permitían viajar con frecuencia para cuidar personalmente sus intereses, quisieron radicarse definitivamente en el Valle. La erección de la nueva parroquia tenía, pues, por objeto, el establecimiento de una ciudad formal, a cuyo progreso habría de contribuir poderosamente la fertilidad de los terrenos y la abundancia del cacao, que ya era por entonces uno de los más importantes ramos de la riqueza nacional”. Era un intento balbuciente que al tropezar con la oposición de las autoridades pareció detenerse. Pero las fuerzas naturales no se detienen. En 1657 se elevaron solicitudes más formales. Se construyó una ermita y algunas casas fueron edificadas. No convenía, es claro, la fundación de aquella Villa a las autoridades, ni a los curas de Granada, y se opusieron. A pesar de este y de otros inconvenientes, el presidente de la Audiencia, Francisco Rodríguez de Rivas, concedió a la nueva población el título de Villa de la Purísima Concepción de Nicaragua de Rivas. La oposición de las autoridades nicaragüenses se hizo más obstinada. Rivas fue objeto de atropellos. Pero la fecundidad de la tierra se impuso y acomodando las condiciones del campo circunvecino a las necesidades de una ciudad, Rivas mereció en el siglo XVIII el título y las prerrogativas de villa libre.

La Villa de San José de Tipitapa es otro ejemplo conocido. “En 1753—dice el Dr. Ayón—, Don Juan Bautista Almandares se presentó al superior Gobierno manifestando que a doce leguas de Granada y a una del río Tipitapa, en la vega de este, poseía una hacienda cuyo sitio era amenísimo y

frecuentado por numerosos pasajeros: que a sus inmediaciones se encontraban muchas haciendas, en las cuales, como también en los montes cercanos, vivía multitud de personas que carecían de pasto espiritual: que por esta causa se había resuelto, previo permiso del Obispo, a fundar allí un lugar de vecinos, a costa suya, haciendo construir una capilla y pagando capellán que administrase en lo espiritual, y que deseando que la población tuviese mayor extensión y aumento, ocurría al Capitán General solicitando licencia en forma y que ordenase a las justicias de estos territorios le diesen los auxilios necesarios para el exterminio de ladrones y salteadores". Almendares no reunía las calidades para obtener el título de fundador y de esto se originaron dificultades. Pero creció la población en medio de promesas halagadoras. El corregidor de Matagalpa decía de ella: "a mi concepto dentro de muy breves años puede hacerse entre las ciudades dicha población el emporio de todas, pues si en tan corto tiempo se halla tan poblada y llena se deja al soberano discurso de U. S. cual se podrá hallar en lo venidero".

Entraron, pues, en la fundación de Tipitapa los mismos elementos que en la de Rivas: la base agrícola y el lazo religioso.

Los dos ejemplos anteriores no son hechos aislados. Común origen deben de tener muchas otras ciudades y pueblos de nuestra patria.

Se fundaron también numerosas poblaciones de indios, que la historia ha pasado en silencio. Forman la mayor parte de las actuales poblaciones nicaragüenses (1). Si las otras fueron hijas de la agricultura, estas lo fueron—simplemente—de la cultura.

El poblado indígena tipo no se acomodaba a una concepción de la vida social como la nuestra. Era un conjunto de huertas, una dispersión de cabañas. Todo lo más, un caserío. Fray Bartolomé de las Casas decía que los pueblos de Nicaragua "duraban tres o cuatro leguas en luengo". "Vivían—dice Remesal—los indios en su gentilidad en pueblos diferentes unos de otros, con diferentes nombres, diferentes señores, diferente gobierno, diferentes lenguas y todo tan distinto como una señoría o reyno de otro; y a causa de no se ordenar los pueblos por calles o barrios como en Europa, estaba aquí una casa, acullá otra, a otro trecho otra, sin correspondencia alguna, y por esta razón un lugar de quinientos y de

(1) El mapa de Nicaragua está cubierto de villas y pueblos cuyos nombres denuncian su origen.

menos vecinos, que en aquellos tiempos era muy pequeño, ocupaba una legua de tierra, de donde precedía ser ellos entre sí mismo poco sociales”.

Los colonizadores y los misioneros construyeron los nuevos pueblos a la usanza española, muchas veces, en los sitios ocupados por los antiguos caseríos que conservaron el nombre indígena. Otras veces, los indios dispersos, o traídos de montañas distantes, fueron reducidos en pueblos levantados para el caso en sitios nuevos. La planta a que debían sujetarse aquellas poblaciones no se ha perdido. “Los padres—dice el doctor Ayón—pidieron la forma o planta que debían dar a las poblaciones para que fueran igualmente edificadas, y se acordó que dieran el primer lugar a la Iglesia mayor o menor conforme al número de vecinos: delante de la Iglesia una plaza muy grande, diferente del cementerio; enfrente la casa del Regimiento o Concejo, cerca de ella la cárcel y el mesón o casa de comunidad, donde posasen los forasteros. Lo restante del pueblo debía dividirse por cordel, con las calles rectas y anchas de Norte a Sur y de Este a Oeste, formando cuadras. Con emoción familiar se leen esas palabras como una descripción de pueblos conocidos.

El pueblo indígena, al ir sufriendo su transformación, se convertía en una escuela de artes y oficios, en una plaza de la cultura. Los indios aprendían a edificar sus casas y a trazar sus aldeas de acuerdo con un concepto más alto de la vida. “Las casas de los indios—escribe Remesal—son de poca costa y embarazo. Cuatro horcones hincados en la tierra, el tejado de paja, las paredes cubiertas con lodo: puertas ni ventanas no las ocupan, ni menos escalera para los altos, que todas están en tierra”. Pero más adelante: “En fin agora, ya hay mas pulicía en las casas: hácenlas de tapias y adobes: enjalvéganlas y píntanlas por dentro y fuera. Hay puertas y ventanas, corredores y soportales: y muy al uso de España edifican ya los naturales de estas tierras”.

Obra lenta y paciente cuya corriente fluye sin ser notada por los historiadores: “Pues como era obra que no se había de ejecutar a palos—concluye Remesal—para llevarla a cabo fueron menester industria y tiempo”.

Igual silencio nos sorprende acerca de las poblaciones de ladinos cuyo origen no fué, como el de Rivas o Tipitapa, la agricultura propiamente dicha. En su historia del Reino, el Obispo García Peláez señala algunas de estas fundaciones en las provincias de Guatemala y El Salvador.

Durante los siglos XVI y XVII los ladinos comenzaron a ser problema porque, como dice el Obispo “multiplicándose los nuevos pobladores y no alcanzando vecindario en las ciu-

dades de españoles, deben buscarlo en los pueblos de indígenas y en ellos aventurarse la suerte de los unos y de los otros". Surgieron dificultades en la convivencia y fueron exigidas para arrojar a los intrusos céltas que prohibían el avecinamiento de ladinos en pueblos de indios. Si bien no se cumplieron esas leyes estrictamente, se fundaron al cabo algunos pueblos netamente latinos. "Agotándose más y más — añade el Obispo— o no alcanzando el recurso de los pueblos indígenas y multiplicándose cada día los ladinos, vejados en los campos y abandonados a sí mismos y también apercibidos u hostigados, andando los Siglos 17 y 18, muchos llegaron a acomodarse en poblaciones propias, es decir, no dispuestas por ministerio de autoridad, ni con terrenos de concesión pública, sino por esfuerzos de particulares y en terrenos de dominio privado, en estrechez de circunstancias y sin formalidad de municipio".

Despojadas esas palabras de los prejuicios habituales del erudito Obispo, un hecho escueto permanece: el exceso de habitantes en algunas poblaciones fue origen de otras. Hay una significación profunda debajo de esa simple realidad. Hoy día aspiran las ciudades a un número ilimitado de habitantes. Pero la Villa y el poblado coloniales tendían a no congestionarse, sino a repartir las porciones excedentes de su población en nuevos centros limitados. Sería, por consiguiente, de mucha utilidad el estudio detallado y penetrante de las poblaciones ladinas de Nicaragua que se originaron de la repartición proporcional de los habitantes.

La Costa Atlántica—por la otra parte—fue agregada a Nicaragua bajo el signo siniestro de la piratería.

Pero en 1573—fecha de la capitulación con Diego de Artieda—las amenazas de los corsarios apenas se iniciaban. La agregación de la Costa a Nicaragua fue, pues, un acto de previsión monárquica cuyo sentido no penetraron los colonos sino más tarde. Durante los largos años en que Nicaragua sostuvo con sus recursos la conquista de Costa Rica, no sólo abandonó la conquista de la Costa Atlántica, sino que le volvió la espalda. Los conquistadores, hombres de armas, se convirtieron en colonos, hombres apegados a la tierra. Y Nicaragua era para los colonos nicaragüenses la parte ya explorada y cultivada de nuestras tierras. Por eso, cuando Diego de Artieda—Gobernador de Costa Rica y de Nicaragua—vino al país en 1576, recorrió las costas atlánticas en busca de piratas, y al encontrarlas limpias, se fue a fundar en Costa Rica.

Pero el peligro iba creciendo. En 1579 Sir Francis Drake sembró el temor en el Pacífico. Los colonos se sintieron ame-

nazados en sus propias costas y fortificaron El Realejo en 1583. La inseguridad en el Pacífico intensificó la navegación por el Desaguadero y los piratas a su vez, establecieron bases para sus correrías en Bluefields y en Laguna de Perlas en 1589.

El problema comenzaba a plantearse: para prestar seguridades al interior de Nicaragua, se hacía necesario disputar el dominio de la Costa a los piratas. Una invasión armada, como las primeras expediciones conquistadoras, era de esperarse. El país se encontraba en condiciones de levantar un ejército capaz de conquistar toda la tierra comprendida entre el río Aguán y el Desaguadero. Sin embargo, nada de eso ocurrió.

¿Por qué?

En 1594 el interés por la conquista de Taguzgalpa, avivado por las correrías de los piratas, había llegado a su punto más alto. Muchas personas se ofrecían a emprenderla. El rey urgía la empresa y se quejaba de que no hubiese sido realizada. Todo parecía indicar que la conquista iba a lograrse.

El Capitán Diego de Espinosa entró por Sébaco y sus soldados sometieron crueldades con los indios. La indignación general que esto produjo llegó hasta el trono. En 1600 el monarca escribía al Presidente de la Audiencia: "Y en lo que toca a no haber cumplido Diego de Espinosa el asiento que con él se tomó sobre la pacificación y descubrimientos de la provincia de la Teguzgalpa y al castigo del agravio que sus soldados an hecho a los yndios hareis justicia como dezis".

Aquel hecho nos da la clave de la situación. Nadie estaba dispuesto a aceptar las consecuencias de una conquista. La Taguzgalpa estaba poblada de indios independientes, y en "materia de indios"—como entonces decían—las doctrinas humanitarias de Fray Bartolomé de las Casas habían terminado por imponerse.

Pero aquellos indios estaban a merced de los piratas. Para la realidad política, en consecuencia, indios o piratas eran una sola cosa: lo importante era la posesión del territorio costero, defensa de los grandes ríos del país y de las puertas del Desaguadero. Sin embargo, la mentalidad lascasiana estableció la diferencia.

La reducción de los indios, es decir, la conquista de la Costa Atlántica fue encomendada a los misioneros. Los colonos tendrían que entenderse sólo con los piratas.

La cruz y la espada—antiguamente unidas—se separaron.

De esa manera Nicaragua no podrá resolver, por sí sola, ni uno ni otro problema: los indios permanecerán rebeldes mientras halla piratas en la Costa: Y los piratas podrán

R. de la A.—P. 4

invadir el país mientras halla en la Costa indios rebeldes. Misioneros y colonos llegarán con el tiempo a ese convencimiento. Entonces ambos pondrán sus esperanzas fuera de Nicaragua en la política imperial. Por eso, cuando el Imperio resuelva el problema general de la piratería, el problema particular de nuestra patria sólo será resuelto a medias.

Por de pronto, es necesario seguir por separado a misioneros y colonos.

En 1607 y en 1609 —según refiere García Peláez— escribió el Rey al Presidente de la Audiencia, Alonso Criado de Castilla, “que procurase la conquista de esta provincia (de la Taguzgalpa) sin armas y con solo la predicación de los religiosos”.

Pero las misiones evangelizadoras no pueden ser un instrumento de expansión territorial ni de dominio político (1) Y en este sentido, las misiones a la Taguzgalpa fueron fracasos lamentables que costaron la vida a los heroicos misioneros para rendir únicamente resultados mezquinos.

En 1603 Fray Esteban Verdelete y sus compañeros se dirigieron a la Taguzgalpa, pero extraviados en las montañas por la malicia de los guías se regresaron. En 1610 los padres Verdelete y Monteagudo entraron por el río Coco. Formaron dos reducciones de indios conversos, pero éstos comenzaron muy pronto a desertar. Luego incendiaron los dos poblados y huyeron a los montes. Satisfacían su curiosidad y se marchaban. Los misioneros, sintiéndose en peligro, fueron a Guatemala. Comprendían—dice García Peláez—“que para entrar de nuevo era forzoso algún resguardo de soldados”.

Poco después volvieron con una escolta de veinticinco hombres bajo el mando de un cabo. Encontraron resistencia de parte de los indios y trataron de sosegarlos disparando tiros al aire. En cambio, los indios mataron algunos españoles. “Al dar la vuelta para verse con los padres—dice el cronista Vázquez—uno de los soldados traía consigo prisionero un indio tan valeroso que él solo había muerto dos españoles y venía respirando coraje. Siendo por ello reprendido del soldado, todavía más airado le dió un bofetón. El español que se vió herido tan afrentosamente, ayudado de otro, forcejó con el indio, y después de algunas coces y bofetadas que le dió, atándole la mano izquierda fuertemente con una liga a la cintura, le clavó la derecha contra un árbol con una herra-

(1). En el orden espiritual—cuya supremacía es indudable—hay que atenerse a la siguiente máxima: “Más vale salvar un alma que conquistar un mundo”. Además, hay que hacer excepción, como modelos de organización política y social de las Misiones de los Padres Jesuítas en el Paraguay.

dura de caballo y ocho clavos, con mucha crueldad, dejándolo así preso desesperadamente, sin que lo supiese otro que los dos soldados”. Este incidente, que en tiempos de Pedrarias habría pasado sin mayores consecuencias, acarreó el exterminio de los santos misioneros y de la pequeña escolta de los tiros al aire. “Este horrible suceso—dice el doctor Ayón—se verificó el 16 de enero de 1612. Al día siguiente los indios celebraron un gran banquete en que se repartieron los restos de los españoles descuartizados, sirviéndose para usos profanos de los sagrados ornamentos que los Padres habían dejado”.

Se abandonó por algún tiempo la Costa Atlántica a la penetración de los piratas. Pero los indios, abusados por ellos, tomaron la ofensiva, efectuando incursiones a los pueblos fronterizos. Y hubo necesidad de otras misiones.

La misión del padre Martínez en 1622 terminó como la de Verdelete y Monteagudo aunque esta vez no hubo crueldades de soldados. Fundaron los padres algunos pueblos y después, dice Vázquez, “andando más llegaron a los albatinas, quienes, simulando recibirlos, dieron sobre ellos y condujeron al suplicio, estacando a uno en alto, partiendo a cercen la cabeza a los otros”. Tales carnicerías eran los frutos que se recogían en la conquista humanitaria de la Taguzgalpa.

Más tarde, en 1661, un hacendado de Olancho, llamado Bartolomé Escoto, cansado de las incursiones de los caribes, promovió nuevas misiones. Estas fueron haciéndose permanentes desde lugares fronterizos a los salvajes como Trujillo, en Honduras, y en Nueva Segovia en nuestra patria. En el Siglo XVIII escribía el Guardián Castillo: “Yo estuve en la Casa del Gobernador Escoto, hacendado, descendiente de otro Escoto, que fomentó estas misiones en el Siglo pasado y él y su hermano son de sangre noble y han hecho crecidos gastos en sostenerlas”.

Se tiene noticias de numerosas entradas de los frailes en la Costa Atlántica. Los pueblos que fundaban eran destruidos o abandonados. Se recuerdan los nombres de Fray Fernando Espino, Fray Pedro de Lagares, Aguila, Sarria, y Zepeda y de otros abnegados misioneros cuya labor espiritual fue inmensa. Pero en la obra de la conquista sus esfuerzos apenas contaron. “En fin—dice García Peláez—de las conquistas del Padre Margil en Talamanca y de las de sus continuadores en la misma Talamanca en Tologalpa y Taguzgalpa en cerca de un siglo, no resulta una colección de pueblos capaz de formar un corregimiento.

Como las reducciones en la Taguzgalpa no daban resultados duraderos, se sacó a los caribes conversos y con ellos se

fundaron algunos pueblos en el interior de Nicaragua. Ese origen tuvieron Lóvago y Lovigüisca. Pero cuando los caribes fueron puestos al servicio de los colonos, los misioneros protestaron. “Todavía se repitieron otras dos entradas—dice el autor citado—y en la tercera se sacaron solamente 30 (indios) que llevaron y fueron repartidos en Granada, resistiendo y reclamando los misioneros, así la servidumbre, como el que no se pudiesen a su disposición, conforme a cédulas de la materia”.

¡Todo, menos la servidumbre de los indios!

Pero detrás de los caribes estaban los piratas ingleses. Los zambos mosquitos—raza aparecida en el Siglo XVII de la mezcla de caribes y negros—eran sus aliados. “De esa alianza—escribía don José Lacayo—ha provenido la osadía con estos bárbaros saqueah continuamente los pueblos vecinos matando a sus moradores, llevándose las mujeres, profanando los Templos, cometiendo los demás absurdos que les dicta su fiereza....” Además “....profesan ojeriza a los españoles por haberles imbuídos los Ingleses”.

Por eso, mientras existan los ingleses en la Costa, dijeron los opinantes de la época, es imposible reducir a los salvajes. “El Guardián Urcullú—refiere García Peláez—en informe de 1763 deplora el poco o ningún fruto de las misiones en aquellas montañas, interin el inglés estuviese poblando en la Costa del Río Tinto por los daños y perjuicios que se experimentaban, pues unido con los zambos, no cesaba de pervertir a los gentiles de aquellas partes, atrayéndolos o con violencia o con dádivas con el objeto de conseguir por sus tierras paso libre para repetir hostilidades, robos, y captiverios, no sólo de indios ya convertidos y de mulatos, pero aun también de gente española, y más adelante añade, se conseguirán progresos en las misiones si el inglés se desaloja de la costa del Río Tinto y se establece en ella competente guarnición de españoles”.

¿Qué hacían, entretanto, los colonos nicaragüenses?

Aislarse más y más del Océano Atlántico, volverle las espaldas definitivamente.

Las primeras amenazas de los corzarios—que se concretaban a la rapiña marítima—solo afectaban directamente a los mercaderes y a los navegantes. Así, en 1598—mientras se preparaban las primeras misiones—la ciudad de Granada exigía que el Desaguadero fuera fortificado. La ciudad mercader y navegante, avisoraba el peligro y reclamaba la defensa de sus intereses.

Por mucho tiempo todavía gozó Granada de las ventajas comerciales de su posición geográfica. Pero el Desaguade-

ro—mientras la costa no fuera sometida—sería un río a través de territorios enemigos.

En 1565 el pirata Davis penetró por el Desaguadero hasta Granada y los colonos comenzaron a comprender que los planes de la piratería se ensanchaban. El Gobernador de la provincia en informe al Gobierno Superior aseguraba: “He averiguado por pesquisa particular, que el pirata Davis, que robó esta ciudad, dijo que estimaba en lo que vale una botija de vino el tesoro que llevaba en comparación de haber reconocido esta plaza (de Granada) la laguna y sus isletas, y la isla de Ometepet, y que había de hacer todo esfuerzo, para fomentar con Jamaica o Portugal le diesen gente para ocupar estos puertos, donde se prometía con mucha facilidad ocupar la mar del Sur afirmando no habían más que tres leguas. Eran las mismas palabras de Gil González Dávila al descubrir el lago.

La amenaza tomaba proporciones mayores. Se levantaron fuertes en el Desaguadero, para cerrar la puerta del Atlántico. En 1666 quedaba terminada la fortaleza de San Carlos. En 1675, El Castillo de la Inmaculada Concepción. Aquellos fuertes alzaban sus murallas como un intento de separación y de aislamiento. El país se entregaba a la agricultura, a la tranquila posesión de sus bienes, a la vida sencilla de las ciudades. En una palabra, a la paz. Se armaba para defender la paz.

Granada misma, la ciudad que había sido predominantemente mercader y navegante, se consagraba a la vida interior con la ilusión sembrada en sus terrenos. Desde mediados del siglo XVII la navegación por el Desaguadero se hacía cada vez más difícil, como resultado, según decían, de terremotos ocurridos en 1648 y 1651. Se cuenta que un buque grande vino a Granada de la Habana en 1662 y quedó prisionero en el lago. El tráfico por el río se hacía en adelante, en lanchas planas entre dificultades y peligros. Granada le dió la espalda al mar. “He aquí lo que se dice en esta época—escribe García Peláez comentando una exposición hecha por el Ayuntamiento granadino en 1716—entre otras cosas de la gente de Granada, de la opulenta y marítima ciudad de Granada que en 634 y 638 enviando innumerables fragatas a Portobelo, no es capaz a los 90 años de enviar una galeota al mosquito”.

El sentimiento contra el Desaguadero se exasperaba. “Se levantó una torre defensiva en el raudal de Santa Cruz (ahora El Castillo)—dice el geógrafo Levy—y otra en la del Tauro (ahora del Toro) y, cosa de mayor gravedad, se mandó obstruir con rocas esos dos pasajes, ya bastante dificultosos”.

Y más tarde: "Se ensanchó al mismo tiempo la apertura del Colorado en su punto de desprendimiento del río principal para disminuir la cantidad de agua que pasaba por el San Juan". Tales fábulas están preñadas de sentido histórico.

El sentimiento que denuncian llegó a manifestarse en altos funcionarios. Cuando Inglaterra trató de apoderarse del istmo nicaragüense con miras a un posible canal interoceánico, los ingenieros españoles demostraron que era impracticable. Fue una demostración sentimental, más que científica. El Capitán General del Reino, doctor Matías Gálvez, escribía con ingenua franqueza en 1781: "Desde que supe que uno de los adelantamientos más interesantes en su proyecto, con que contaban los ingleses en las empresas de adquisición de la provincia de Granada, su gran lago y adyacentes, giraba sobre el designio de franquear la navegación y comercio desde la mar del Norte a la del Sur, abriendo el istmo, que la separa del lago, no han tenido intermisión mis desvelos, hasta ver demostrada esta imposibilidad, que siempre fundé en lo mismo que ahora ha resultado". Un poco más todavía. En 1782 el mismo Capitán General expresaba: "Vuelvo a asegurar a V. E. que el río de San Juan no ha sido navegable, ni lo puede ser, y de presente tengo la evidencia de que una goletilla y una balandra que bajaban del gran lago con la expedición que mandé venir por el río, estando éste en lo más lleno de las aguas, por falta de fondo encallaron por el raudal llamado de Machuca y la Bartola, y no se han podido sacar".

¡El Desaguadero nunca ha sido navegable! afirmaban los colonos en 1782.

El nervio impulsor de la conquista y población de Nicaragua, no podía desear mejor responso.

Naturalmente, cuando el inglés fue desalojado sucedió lo que era de esperarse.

Por la Convención de Londres, firmaba entre España e Inglaterra en 1786, los ingleses se obligaron a desocupar la Costa de Mosquitos. La mayor parte de las familias inglesas residentes en territorio nicaragüense así lo hicieron.

El derecho de Nicaragua sobre sus costas atlánticas quedaba asegurado. Pero un derecho es poca cosa.

Cuando los reyezuelos moscos vieron a los ingleses abandonar sus posiciones, se formaron un alto concepto del poder español.

Temerosos, fingieron convertirse o solicitaron misioneros. Dieron muestras de amistad al enemigo de antes.

Entonces, los ingenieros españoles practicaron reconocimientos del litoral y de sus ríos principales. Las autoridades

se entretuvieron alimentando las rivalidades de los salvajes reyezuelos como si se tratara de las rivalidades de los nicas. Los misioneros, como el padre Berrueta, se vieron burlados por la doblez de los caciques moscos como Don Carlos Antonio de Castilla (1) ¿Se hizo algo más? Descripciones. Mapas. Planos. Planes.

No aparecieron ni la fuerza, ni la ilusión, ni el sentido organizador de la conquista. La Costa Atlántica de las misiones permaneció salvaje. La Costa de los piratas, conquistable, poco a poco fueron volviendo a perturbar los mosquitos. Poco a poco fueron volviendo los ingleses. Pero, entretanto, el Imperio Español se desmoronaba. Ya estaba cerca la Independencia.

El Desaguadero, julio 19 de 1932.

(1.) Para conocer en todos sus detalles burlescos la tragicomedia de Don Carlos Antonio de Castilla léanse los capítulos VI y VII del Tomo 3 de la Historia de Nicaragua por el Dr. Tomás Ayón.

*Agradecimiento
Azúcar San Antonio*

First National City Bank

Embotelladora Milca

Shell Nicaragua

Compañía Nacional de Seguros

Supermercado La Colonia

E. Chamorro y Cia Ltda.

La Prensa

Jabón Prego

Gracsa

Embajada de España

Nicalit, S.A.

FIGURILLA DE CABEZA
ABIERTA
Estilo Olmecoide
Periodo Bicrome, 200-300 D.C.
Nicaragua



En esta meditadora figurilla precolombina no se advierte en verdad la titánica concentración del "El Pensador" de Rodin... Los trazos más bien evocan la somnolente laxitud de los Budas. Sin embargo, no asoma a los ojos mongoloides la interior mansedumbre de Gotana: en su frustrado entorno, pugnan la resignación y el ánimo insatisfecho. El oído atento pareciera recoger, fragmentados, los ruidos de un "divino y eterno rumor mediterráneo".